

Aportes queer para la representación del pasado

Aspectos políticos, epistemológicos y estéticos-formales

Autor:

Pérez, Moira

Tutor:

Tozzi, María Verónica

2014

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía

Posgrado

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras

Tesis de Doctorado

**“Aportes queer para la representación del pasado:
aspectos políticos, epistemológicos y estético-formales”**

Doctoranda: Lic. Moira Pérez

DNI 27.847.408

Directora: Dra. María Verónica Tozzi

Consejera de Estudios: Dra. María Verónica Tozzi

Año 2014

“Creo que con nuestro trabajo muchos adultos (y estoy entre ellos) intentamos mantener la fe en aquellas promesas que nos hicimos en la adolescencia y que recordamos vivamente: promesas de hacer perceptibles posibilidades y deseos invisibles; de hacer explícito lo que es tácito; de infiltrar la representación queer donde debe infiltrarse y, con la relativa libertad que nos concede nuestra edad adulta, enfrentarnos directamente a todos aquellos impulsos de erradicar lo queer donde debamos hacerlo.”

Eve Sedgwick, “AQueer y ahora”

*"El día en que haya una lectura de la postal de Oxford,
la única y verdadera lectura,
será el fin de la historia.
O la transformación de nuestro amor en prosa."*

Jacques Derrida, *La Tarjeta Postal: de Sócrates a Freud y más allá*

Índice

Agradecimientos	5
Capítulo I – Introducción	
1.1. Los primeros pasos	7
1.2. Filosofía de la historia y Teoría Queer: convergencias (y urgencias)	9
1.3. Algunas aclaraciones preliminares	15
1.4. La organización de este trabajo	23
PRIMERA PARTE	
Capítulo 2 – “Nuev*s sujet*s”, nuevas historias	
2.1. "Nuev*s sujet*s", nuevas historias	27
2.2. “Historia con mayúscula”, “historia con minúscula” y ciencia histórica	39
2.3. Incursión de la Nueva Filosofía de la Historia	54
2.4. La historia como presente y futuro	57
Capítulo 3 – La teoría queer y sus usos de la historia	
3.1. Introducción	61
3.2. La Teoría Queer: surgimiento, características y vigencia	62
3.2.1. Lo Queer más allá del sexo-género-deseo	66
3.2.2. Críticas y debates	71
3.2.3. La potencialidad de lo queer	82
3.3. Perspectivas queer sobre las representaciones del pasado	86
3.4. Hacia una(s) historiografía(s) queer	95
SEGUNDA PARTE	
Capítulo 4 – Aportes políticos	
4.1. Introducción: L*s “nuev*s sujet*s” y sus desafíos políticos	98
4.2. La historiografía en la esfera pública	103
4.2.1. Identidades, pureza y agencia	104
4.2.2. Progreso y teleología	110
4.2.3. Héroes del pasado, héroes del presente	114
4.2.4. El sitio de “lo otro” en la historiografía	120

4.2.5. Las categorías en funcionamiento: figuras y progreso en las políticas de la representación de Stonewall	126
4.3. Algunas conclusiones preliminares	132
Capítulo 5 – Aportes epistemológicos	
5.1. Introducción: L*s “nuev*s sujet*s” y sus desafíos epistemológicos	136
5.2. La historiografía y sus prácticas disciplinares y académicas	140
5.2.1. Realismo y empirismo	141
5.2.2. Objetivismo y neutralidad	146
5.2.3. Ad Fontes	156
5.2.4. Las categorías en funcionamiento: consideraciones en torno a <i>Waltz with Bashir</i> y <i>Los Rubios</i>	161
5.3. Algunas conclusiones preliminares	167
Capítulo 6 – Aportes estético-formales	
6.1. Introducción: L*s “nuev*s sujet*s” y sus desafíos estético-formales	173
6.2. Las formas de la historia: modos de presentación del pasado	177
6.2.1. El potencial del arte para abordar el pasado: la construcción de mundos posibles	180
6.2.2. Modos de presentación: propuestas desde la Nueva filosofía de la historia y el pensamiento queer	183
6.2.3. Las categorías en funcionamiento: algunas representaciones de la disidencia sexo-genérica en la literatura rioplatense	189
6.3. Algunas conclusiones preliminares	194
Capítulo 7 – Queerizar el pasado, queerizar el futuro	
7.1. Recorrido del trabajo	198
7.2. Posibilidades de las historiografías queer	201
7.3. Algunas tensiones	205
7.4. Mirando al futuro	211
Bibliografía	216

Agradecimientos

Es prácticamente imposible reconstruir todos los caminos transitados en estos años para recordar a todas las personas que los hicieron posibles. Sin embargo, tampoco sería el caso de dejar sus nombres en silencio, dado que sin ell*s esta Tesis no existiría.

En primer lugar, es fundamental destacar el lugar que ocupó mi directora, Dra. Verónica Tozzi, en el proceso de gestación, escritura, reescritura de mi trabajo. Desde el año 2005 comparto con ella discusiones que influyeron profundamente, más de lo que podría expresar aquí, en mis investigaciones. Su acompañamiento lúcido y paciente desembocó primero en una Tesis de Licenciatura, y luego en mi trabajo de Doctorado. Tanto Verónica como l*s integrantes del equipo de *Metahistorias* posibilitaron invalorable oportunidades para discutir, pensar, leer, argumentar distintos aspectos de lo que aparece en estas páginas.

Desde el punto de vista institucional, quisiera agradecer también a Adriana Russo, quien confió en mi trabajo como docente y continúa incentivándome a seguir apostando a un proyecto profesional.

Considero al trabajo intelectual, y el filosófico particularmente, como una construcción dialógica, con personas presentes y ausentes, contemporáneas y pasadas. Las personas que estuvieron a mi alrededor en estos años alimentando ese diálogo fueron muchas, comenzando por l*s estudiantes que pasaron por las aulas en las que fui docente y los talleres que coordiné, y a quienes sin dudas debo más de lo que yo misma podría percibir. También l*s docentes que me orientaron hacia distintos descubrimientos, conceptos y problemáticas que hoy vuelco en estas páginas. A la distancia o en encuentros iluminadores me ayudaron Hayden White, Carrie Hamilton, Marta Sierra, Ewa Domanska, quienes ofrecieron generosamente sus pareceres y recomendaciones sobre lo que ahora son distintas partes de este texto.

Pero sobre todo tuve como interlocutor*s a grandes amig*s, con quienes construí este conocimiento y espero seguir construyendo otros. Adriana Roldán, Lucía Molina, Martín de Mauro, son tan sólo algún*s de ell*s. Particularmente Gilda Bevilacqua ha sido una referencia fundamental para comprender muchos de los aspectos que me atrevo a abordar en este trabajo, así como también es una amiga que con paciencia y cariño acompañó los momentos más difíciles de esta gestación.

Ese acompañamiento cariñoso y sensible fue el que me ofrecieron también mis amig*s Andrea Bohrn, Sol Cifuentes, Martín Narvaja, Lorena Orfanelli, Lorena Faccio, y también mis hermanos y mi madre quien, entre muchas otras cosas, siempre se interesó por los desarrollos de mi investigación y me escuchó con orgullo y atención.

Finalmente, este trabajo no podría ser lo que es, ni mi vida ser lo que es, si no estuviera a mi lado Blas Radi, en quien convergen todas las maneras posibles de iluminar el camino del crecimiento intelectual y la acción teórica, pero también de un futuro lleno de aventuras y de amor. Allá vamos.

Capítulo I

Introducción

1.1. Los primeros pasos

En una entrevista de 1968 con Claude Bonnefoy, Michel Foucault confiesa:

En el fondo, no escribo porque tengo algo en la cabeza, no escribo para demostrar lo que ya, para conmigo y por mí mismo, demostré y analicé. La escritura consiste esencialmente en emprender una tarea gracias a la cual y al cabo de la cual yo podría, por mí mismo, encontrar algo que no había visto en primer lugar. Cuando comienzo a escribir un estudio, un libro, cualquier cosa, no sé realmente dónde va a ir ni en qué desembocará ni lo que voy a demostrar. No descubro lo que tengo que demostrar sino en el movimiento mismo por el cual escribo, como si escribir fuera precisamente diagnosticar lo que había querido decir en el mismo momento en que comencé a escribir. (Foucault 2014: 49-50)

Las palabras del autor resuenan en mi propio trabajo, y en el camino que me llevó a él: en cierto sentido, podría decirse que la presente Tesis nació hace muchos años, y en otro, que nace en el instante en que cada palabra es escrita, leída, releída, discutida. La indagación en torno a las disputas por la representación del pasado, y en particular los desafíos de escribir el de l*s denominad*s “nuev*s sujet*s”¹ tiene en su haber diez años de trabajo, iniciados con un primer acercamiento más próximo a un enfoque feminista tradicional y la propuesta de Lutz Niethammer (1992) de “historia desde abajo” (por ejemplo en Pérez 2007a). Posteriormente, la comprensión de

1 El uso del asterisco en lugar de las terminaciones de marcación de género es una decisión de escritura – y política – que debo a Mauro Cabral. La incomodidad que nos obliga a salir de las formas tradicionales de denominación, tanto para quien escribe como para quien lee, es, creo, parte del desafío; de todos los modos habituales de lograr este efecto, el asterisco es particularmente interesante, tal como explica Cabral en “Asterisco”, “[p]orque no multiplica la lengua por uno. / Porque no divide la lengua en dos. / Porque no divide la lengua en tres. / Porque a diferencia de la arroba no terminará siendo la conjunción / de una a y una o. / Porque a diferencia de la x no será leído como tachadura, como anulación, / como intersex.” Y, a fin de cuentas, porque “[e]l asterisco no se impone” (Cabral 2009: 14). Se trata de una decisión, por otra parte, que he decidido llevar también a los casos de traducción propia, a fin de saldar la pérdida de neutralidad de género gramatical que se da al pasar del idioma inglés al castellano.

ciertas dificultades que traía aparejado aquel enfoque feminista (a las que me referiré en el Capítulo 3), así como también el contacto con los desarrollos del pensamiento queer, hicieron que el interés se desplazara hacia las posibilidades de cruce entre este último y la teoría de la historia, a partir de una intuición de que incorporar categorías y procedimientos traídos por lo queer podría enriquecer el camino emprendido por la teoría de la historia, y en particular la Nueva filosofía de la historia². Esto explica que la reflexión sobre lo que he denominado “historiografías queer” no se haya centrado necesariamente en historias acerca de “*sujet*s queer*” (esto es, l*s sujet*s privilegiad*s por las propuestas teóricas queer), sino más bien en modos queer de hacer historiografía – esto es, *los modos en los que puede pensarse el pasado y referirse a él, teniendo en cuenta los aportes teóricos y políticos de una perspectiva queer*. A qué sujetos, qué cuerpos o qué comunidades se aplique esta perspectiva, dependerá de cada proyecto teórico-político.³ Parte importante de ese análisis se dedicó con particular atención al trabajo de Arthur Danto, dado su interés en el arte (que postulo, incluso en el presente trabajo, como un medio particularmente interesante para abordar el pasado) y su análisis de la situación contemporánea en términos de “posthistoria” (Pérez 2010b).

A lo largo de estos años de investigación, fue puliéndose aquella pregunta inicial acerca de los desafíos de representar el pasado de cara al fenómeno de l*s “nuev*s sujet*s”, así como también su convergencia con los desarrollos del pensamiento queer y otros marcos teóricos vinculados. Tomó cada vez más evidencia la necesidad y la urgencia de analizar los encuentros posibles entre la Teoría Queer y la Nueva filosofía de la historia, y ello no como un “progreso” (suponiendo a la primera como un avance respecto de la segunda) ni como una oposición radical y discreta (la Nueva filosofía de la historia y la Teoría Queer como absolutamente distintas de una historiografía denominada “tradicional”), sino como una convergencia enriquecedora para todas las partes, que no por ello perderían sus aristas propias y sus tensiones. En efecto, y confirmando las palabras de Foucault, fue a partir del trabajo de investigación y del proceso de escritura de esta Tesis que quedó en claro que, más que tratarse de un análisis de lo que un conjunto constituido de desarrollos teóricos, englobados bajo el nombre de “Teoría Queer”, podría aportar a la Nueva filosofía de la historia, se trataba de una óptica a la vez interna y externa a ambas, una perspectiva propia en la que los elementos tomados de ambas vertientes podrían servir para reflexionar acerca de las prácticas historiográficas en clave epistemológica, política y estética. Considero que así como el pensamiento queer puede ser una contribución útil para los temas que actualmente inquietan a la

2 Sobre esta denominación, ver Capítulo 2.3.

3 Por otro lado, la prevalencia de ejemplos relacionados efectivamente con sujet*s del colectivo lgbt en esta Tesis puede ser explicada, por un lado, porque gran parte de las discusiones en las que se sitúa el trabajo se relacionan con las historias “gay-lésbicas”, y, por el otro, porque se trata efectivamente del foco de atención o caso de análisis de la enorme mayoría de los desarrollos queer producidos actualmente. Del análisis del Capítulo 3 se desprenderá que esta limitación del espectro de subjetividades, vidas o ejes identitarios es, desde mi punto de vista, uno de los principales problemas que presenta gran parte de la Teoría Queer en la actualidad.

teoría de la historia, de la misma manera los elementos de esta última que traigo a discusión son de utilidad para repensar el marco queer, sus puntos ciegos (que no son pocos) y sus realizaciones prácticas. De esta manera, la pregunta pudo tomar la forma que tiene actualmente: *¿qué podemos aportar, desde el entrecruzamiento de la Nueva filosofía de la historia y las perspectivas queer, para la reflexión acerca de los modos de abordar el pasado, sobre todo a la luz del fenómeno que aquí denomino “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”?*

De lo dicho emergerá que la Tesis entiende el vínculo entre pensamiento queer y teoría de la historia como una retroalimentación crítica. Considero que la teoría de la historia, particularmente la Nueva filosofía de la historia, ofrece importantes elementos para pensar críticamente los posicionamientos y estrategias de la Teoría Queer, en sus aspectos políticos, epistemológicos, y estéticos. La Tesis se presenta, de esta manera, no puramente como una contribución crítica a la teoría de la historia, sino que también pretende abrir el camino de una evaluación de las posibilidades y desafíos de la Teoría Queer misma. Esto quedará en evidencia principalmente en la exposición del Capítulo 3, en la que ocupa un lugar prioritario la reconstrucción de los debates internos y externos de los desarrollos queer, momento que considero fundamental para una apropiación crítica del marco teórico.

1.2. Filosofía de la historia y Teoría Queer: convergencias (y urgencias)

La doble pertenencia filosófica de este trabajo – por un lado, la filosofía de la historia, y, por el otro, la Teoría Queer – ofrece otras tantas columnas sobre las que se apoyan la investigación y las propuestas. Sin dudas, éstas abrevan también en otras tradiciones que han cruzado el camino de quien escribe, entre las que encuentran un lugar preponderante los estudios de la subalternidad, los estudios poscoloniales, la teoría trans, y los feminismos latinoamericanos. Si bien la convergencia de aquellas dos vertientes no es casual, tampoco es habitual, lo cual hace aún más interesante y necesario el ejercicio de pensarlas en conjunto, y a la vez obliga a reflexionar acerca de las limitaciones y posibilidades de dicha unión. Desde su profesionalización en el siglo XIX, la práctica historiográfica, lejos de mantenerse impasible, ha sido blanco de numerosas críticas e innovaciones, tanto desde las investigaciones historiográficas mismas, como desde los desarrollos de la filosofía de la historia y la epistemología. En los últimos cincuenta años, particularmente, corrientes tales como el narrativismo, el giro lingüístico, y las historias aportadas por los feminismos y el postcolonialismo, han contribuido con su propia visión respecto de lo que significa abordar el pasado, quiénes pueden hacerlo, cuáles son los medios adecuados y cuáles las limitaciones.

Sin embargo, el abordaje desde marcos relacionados con la Teoría Queer sigue siendo sorprendentemente escaso, limitándose en muchos casos a breves comentarios metodológicos de introducción a estudios historiográficos sobre aquell*s sujet*s usualmente escogid*s como paradigmátic*s por las perspectivas queer (Boyd 2008). La Teoría Queer no ha dedicado demasiada atención a los modos de abordar el pasado⁴, aunque sí ofrece innumerables investigaciones genealógicas en relación con la formación cultural de los géneros, los sexos y las sexualidades, así como también un interesante conjunto de trabajos acerca de lo que se ha denominado “temporalidad queer” (por ejemplo, en los desarrollos de J. Halberstam y E. Freeman). Si bien no es el tema específico de la presente Tesis, sería interesante reflexionar acerca de los motivos de esta ausencia: ¿por qué es tan escasa la utilización de las categorías queer para analizar no "el pasado", sino los modos de abordarlo? Desde el punto de vista de la historiografía, una respuesta posible sería señalar los "riesgos" que suelen asociarse con la adopción de un marco queer, similares a aquellos que han sido denunciados en relación al posmodernismo, el textualismo y el antiesencialismo (Hemmings 2011; White 2010d; Himmelfarb 1997). Incluso en el caso de posturas que buscan el empoderamiento de aquellos colectivos a los que la historiografía se refiere (principalmente a través de las "historias de minorías"), esta negativa a tomar una postura queer podría desprenderse de un temor a que su antiesencialismo redunde en una pérdida de fuerza para las luchas políticas que buscan apoyarse en la investigación historiográfica. Se trata de ejes problemáticos que desarrollaré más en profundidad en los Capítulos 2 y 3, donde tendremos ocasión de revisar los debates relacionados con el esencialismo y las políticas de la identidad.

Con miras a remediar esa escasez de diálogo entre las dos vertientes citadas, el presente trabajo tiene como objetivo presentar una serie de aportes nacidos de la convergencia entre ambas, que sean de utilidad tanto para la tarea historiográfica propiamente dicha, como para la reflexión metodológica, epistemológica y filosófica que acompaña, explícita o implícitamente, el abordaje del pasado. Indagaré en el enorme potencial que, a mi criterio, encierra el encuentro entre lo queer y la teoría de la historia, con particular énfasis en las claves que brinda el pensamiento queer para encarar la profesión historiográfica y los aspectos políticos, epistemológicos y estético-formales de los modos de abordar el pasado, a partir de un trabajo crítico sobre algunas prácticas de la historiografía que podríamos denominar “tradicionales” o “normales”⁵. En este sentido, entiendo el uso de la perspectiva queer no tanto como una crítica que derribe una supuesta “historiografía tradicional” para construir otra nueva y virgen, sino más bien como una gama de modos alternativos de releer la historia y reescribirla; modos de encontrar sus fisuras, sus subversiones, y utilizarlas para contribuir a un mosaico de abordajes de nuestro pasado que esté en permanente

4 El Capítulo 3, apartado 3.3, ofrece un panorama de los trabajos que sí se han abocado a esta reflexión.

5 Sobre esta denominación, ver apartado 1.3 *infra*.

(des)ensamblaje.

La decisión de trabajar en la convergencia de esas dos vertientes está acompañada en esta Tesis de la selección de determinados ejes de trabajo, que se priorizaron por sobre otros a la hora de encaminar el análisis. En primer lugar, en lo que hace a la filosofía de la historia, fue necesario realizar dicho recorte porque adentrarse en esta disciplina es ingresar en un terreno con miles de senderos. Elegir cuál transitar no ha sido fácil, ya que todos llevan a lugares estimulantes y prolíficos tanto desde el punto de vista filosófico como desde sus vinculaciones políticas y aplicaciones prácticas. A la luz de esta dificultad, he decidido mantener dos ejes que, aunque no delimitan tajantemente aquello que es dicho, o las fuentes teóricas de las que me sirvo, sí esculpen la silueta de los abordajes que propongo y el enfoque que doy a la teoría con la que dialogo: se trata, por un lado, del punto de vista queer que adopta mi trabajo y, por el otro, de la temática de l*s “nuev*s sujet*s” y los desafíos que trae. El primero como un marco teórico, el segundo como un escenario coyuntural (o un campo de batalla), me han servido para mantener el foco de la tarea y resistir a la tentación de multiplicar sus alcances más allá de las posibilidades de este escrito. De esta manera, se encontrarán alusiones sumamente breves (sin dudas más de lo que ameritaría el tenor de los debates) a temáticas que han sido fundamentales dentro de la filosofía de la historia, tales como la pregunta por los límites de la representación de eventos liminales, el debate en torno a los criterios de verdad y la noción de realidad en historia, o la relación entre lenguaje, pasado e historiografía, entre otros. En cada caso, existen brillantes trabajos enfocados específicamente en estas temáticas, y procuraré remitir a ellos para una profundización de la lectura.

Algo similar ocurre en relación con la Teoría Queer, en cuya apropiación se encontrarán seguramente ausencias llamativas o priorizaciones que podrían ser consideradas heterodoxas. Nuevamente, el recorte responde a la necesidad de enfocar el trabajo específicamente en los ejes elegidos: los modos de abordar el pasado, y su relación específica con lo que denominaré “el surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”. Esto deja por fuera innumerables análisis sumamente interesantes que han tenido lugar en el seno del pensamiento queer, aunque intentaré dar un panorama general de ellos en el Capítulo 3. Específicamente, y a diferencia de gran parte de los trabajos de Teoría Queer, esta Tesis no es acerca de la producción y reproducción político-social de sexos, géneros, y sexualidades, sino que, como veremos, se apropia de lo queer como una política, una epistemología y una estética que permita (re)pensar, (re)escribir y (re)leer la historiografía. Por otra parte, si bien el trabajo (y mi propia trayectoria intelectual) abreva en distintas vertientes teórico-políticas que exceden a lo queer, como pueden ser los estudios postcoloniales y de la subalternidad (por ejemplo, en las figuras de Chandra Mohanty y Gayatri Spivak), los feminismos de color (a través de Audre Lorde, Ochy Curiel, entre otr*s), los estudios críticos de la raza y teoría

trans, de todos modos ha sido mi decisión posicionarme desde una perspectiva queer. Esto responde, por un lado, a los riesgos que conlleva el uso de ciertos desarrollos de esas corrientes que, desde mi punto de vista, por momentos caen en esencialismos al estilo de las políticas de la identidad que (como espero mostrar a lo largo del trabajo) considero perjudiciales para el modo en que me interesa pensar la tarea historiográfica. Por otro lado, la elección se debe a lo que ofrece el marco queer en términos de herramientas críticas, que pueden ser iluminadoras para pensar los modos de abordar el pasado, y de herramientas políticas, que conciben a lo político como algo posible y necesario aún sin comprometerse con esencialismos o fundacionismos. Una perspectiva queer es particularmente apta para habilitar un trabajo de desestabilización, pero también para acompañarlo de un análisis sobre qué implica la estabilidad que se viene a cuestionar, y qué compromisos juegan a la base del propio ejercicio crítico – y también para tramar otros modos de relacionarse con el pasado.

En el marco de este doble posicionamiento teórico, y el análisis de las fuentes y propuestas que lo componen, me conducen a afirmar a lo largo del trabajo *una tesis general, y una serie de tesis particulares*. Antes de pasar a algunas consideraciones metodológicas, quisiera esbozarlas ya que constituirán la orientación del trabajo; en las páginas que siguen tendremos oportunidad de adentrarnos más puntillosamente en cada uno de sus términos y argumentaciones.

Partiendo de un entendimiento de la historiografía (en tanto *historia rerum gestarum*) como herramienta de intervención en las luchas políticas por la hegemonía, el trabajo plantea la necesidad de profundizar el desarrollo de modelos teórico-prácticos que acompañen y retroalimenten diversos procesos de transformación político-social de fines del s XX y principios del XXI, paradigmáticamente el denominado “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”. En particular, toma relevancia la reflexión acerca de los modos posibles de abordar el pasado, los problemas de las estrategias hegemónicas y el potencial que encierra su relectura o resignificación, así como también los modos que maximicen una apertura y diversidad de visiones acerca del pasado, el presente y el futuro. Con estos objetivos en mente, el trabajo pretende defender la tesis de que el marco de pensamiento que orbita en torno a lo “queer” ofrece elementos fundamentales para la reflexión acerca de los modos de trabajar sobre el pasado en sus dimensiones epistemológicas, políticas y estéticas. En particular, un marco queer provee medios fértiles para replantear las historiografías hegemónicas existentes, resignificarlas y pensarlas en función de proyectos empoderadores, mientras por otro lado puede contribuir a evitar riesgos recurrentes cuando de “nuev*s sujet*s” se trata, tales como el recurso al esencialismo, la idea de progreso, la pretensión de crear relatos radicalmente nuevos, entre otros. Se afirmará, asimismo, que la teoría de la historia, particularmente la Nueva filosofía de la historia, ofrece, a su vez, elementos para pensar

críticamente los posicionamientos y estrategias de la Teoría Queer, alimentando un vínculo de mutuo enriquecimiento.

Esta tesis general desemboca en y nace de una serie de tesis particulares, entre las cuales cabe mencionar las siguientes:

a) Los abordajes historiográficos del pasado conllevan compromisos políticos, éticos, metodológicos y estéticos que pueden ser adoptados de modo implícito (invisibilizando su propia genealogía y sus adhesiones) o pueden ser explicitados presentando un posicionamiento abierto y fundamentado. Se defenderá a este último como el modo más apropiado para hacerlo, ya que abre el trabajo a un diálogo crítico, tanto con la disciplina como con aquellos colectivos o individu*s que son afectad*s directa o indirectamente por él.

b) En parte debido a su falta de explicitación en este sentido, la llamada “historiografía tradicional” o “normal”⁶ (Berkhofer 1995) presenta una serie de problemas epistemológicos, formales y políticos, particularmente en lo que respecta al trabajo sobre identidades, individu*s o experiencias no hegemónicas. De esta manera, se hace necesario profundizar el análisis crítico de sus posibilidades y limitaciones a la hora de forjar figuraciones historiográficas que puedan acompañar el fenómeno que denominaré “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”.

c) No obstante, los desafíos propios de una tarea historiográfica en el contexto del “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s” no llevan al presente trabajo a optar por la estrategia de la retirada (Mouffe 2010) como respuesta a estos problemas. Dicha “estrategia” consiste en afirmar que, una vez detectadas las dificultades de las estructuras hegemónicas y entendida la imposibilidad de ubicarse enteramente por fuera de ellas, la única opción sería retirarse de la esfera pública (en este caso, la esfera de la producción historiográfica). En este trabajo considero que la estrategia de la retirada no hace más que reforzar las estructuras hegemónicas existentes, al dejar el campo de los discursos acerca del pasado a disposición de aquellos que refuerzan el *status quo*. En este sentido, y en relación con el punto anterior, la Tesis se afirma no tanto en oposición a una supuesta “historia tradicional” monolítica e intrínsecamente negativa (que, por otra parte, ya ha sido pensada críticamente desde los inicios de la disciplina), sino más bien en oposición a las estrategias de la retirada, lo cual explica las repetidas alusiones a este punto a lo largo del texto.

d) Una respuesta alternativa a las dificultades que podríamos englobar bajo la etiqueta de “historiografías normales” es la que ofrecen los análisis exhaustivos y las críticas provenientes de la filosofía de la historia, así como también de ámbitos no directamente relacionados con la disciplina, tales como el feminismo, los estudios de género, el postcolonialismo, tanto en sus vertientes

⁶ Me referiré con detalle a esta denominación en el Capítulo 2; baste aquí con aclarar que no se trata de un grupo o corriente historiográfica específica, sino más bien de un concepto en el que convergen distintas prácticas que pueden encontrarse en mayor o menor medida en distintos ejercicios historiográficos actuales y pasados.

académicas como en su activismo. El presente trabajo hace propios numerosos aportes de estas críticas, y pretende continuar en esta vía a través de su análisis desde una perspectiva queer. En este sentido, es una de las tesis fundamentales del trabajo que un enfoque queer puede servir de herramienta para aportar a las líneas de análisis propuestas por la Nueva filosofía de la historia (cuyo surgimiento es cronológicamente anterior), profundizando la transformación acaecida en la historiografía a lo largo de las últimas décadas. El trabajo organiza analíticamente estas herramientas en torno a tres ejes contenidos en toda representación del pasado (siguiendo a White 1973): el de lo ético-político, el de lo epistemológico, y el de lo estético-formal. El trabajo en tres esferas (sucesivas en la presentación elegida, pero conceptualmente simultáneas) pretende, fundamentalmente, dar cuenta de un vínculo de interrelación no jerárquica, no fundacionista y no reduccionista; esto es, se encara cada uno de los aspectos sin considerar que alguno de ellos fundamente o explique a los restantes. En particular:

i. En relación con el primer eje, el marco teórico adoptado nos ofrece herramientas para pensar la práctica historiográfica en tanto intervención política, ya sea en los aspectos “normales” o “tradicionales” de los abordajes del pasado como en distintas propuestas alternativas. Los desarrollos propios de la perspectiva queer y de la filosofía de la historia sobre identidad, agencia, esencialismo, progreso, entre otros, permiten desentrañar y exponer los presupuestos (éticos y políticos, y tal vez incluso ontológicos) subyacentes a toda práctica historiográfica, indagar en su trayectoria, y detectar los intereses en juego en, por ejemplo, la consagración de algunas representaciones y no otras.

Por otro lado, y de manera fundamental, el pensamiento queer nos recordará que toda delimitación (de géneros, de sujet*s históric*s, de autor*s, de fuentes) necesita dejar algo por fuera para marcarse como existente. En este sentido, deberemos tener en cuenta que aún los abordajes más radicales o innovadores operan exclusiones, diferenciándose de alguna “otredad” que se constituye para marcar “lo uno”: esta advertencia, y una alerta crítica sobre este punto, servirán para mantener lejos aquellas ilusiones modernas universalistas de las que también espero diferenciarme.

ii. En relación con el segundo eje, lo queer nos insta a mantener la alerta respecto la ilusión de ruptura que puede traernos la elaboración de “representaciones nuevas”, recordándonos que siempre estamos trabajando con lo ya dado por nuestro marco simbólico, y “citando” algo preexistente. De ahí la importancia de mantener una mirada crítica sobre nuestro propio trabajo, incluso cuando se trate de aquellos relatos hoy considerados “alternativos”, evitando pensarlos como en sí mismos o siempre subversivos. Como contrapartida de esto, la perspectiva elegida nos señala también las posibilidades de subversión incluso dentro de esas “citas”: dado que en toda repetición hay un desplazamiento, será nuestro trabajo advertir o

ejercer dicho desplazamiento, para la producción de abordajes del pasado que sean disruptivos. El marco teórico ofrece herramientas para repensar mandatos propios de la historiografía “normal” tales como el realismo, el empirismo, el objetivismo, la distancia y la neutralidad; aquí intervendrán la genealogía, los saberes situados y la hibridez para marcar el camino de modos alternativos de abordar el pasado. Finalmente, una historiografía queer propone subvertir la norma historiográfica al “queerizar el archivo”, multiplicando las posibilidades de las “fuentes” y los recursos de que disponemos para pensar nuestro pasado.

iii. En relación con el tercer eje, sostendré que la inhabilitación normativa de ciertos géneros y modos de abordar el pasado tiene consecuencias concretas graves que refuerzan la urgencia de abrir el espectro de posibilidades. A partir de los aportes de la Nueva filosofía de la historia en relación con los vínculos entre forma y contenido, expondré la importancia de trabajar sobre las posibilidades de los “modos de presentación” y sugeriré que las artes, en particular, ofrecen un medio interesante para la elaboración de discursos acerca del pasado que jueguen con los posicionamientos hegemónicos. A partir de las salvedades hechas en los puntos anteriores, quedará claro que esto no significa que sólo desde las artes puede conseguirse una “historia queer” (obligándonos a renunciar a una supuesta historiografía “tradicional” monolítica), ni que el uso mismo del arte garantice un relato radical. Más bien se apunta al hecho de que un modo posible de abordar el desafío de trabajar sobre el pasado, desarrollando el potencial que ofrece el pensamiento queer, es a través de representaciones que se alejen de los requisitos de pertenencia que podemos englobar bajo la etiqueta de “historiografía tradicional”. Una perspectiva queer podrá aportar, por ejemplo, la hibridez de los géneros, basándose en la idea de que no existen compartimientos estancos ni “pureza”, sino más bien un continuo que muchas veces toma forma compartimentada en pos de la inteligibilidad de acuerdo con parámetros ajenos. El arte, si bien cuenta con sus propios cánones y limitaciones, podría ofrecer posibilidades discursivas más amplias, siendo de utilidad para individu*s y comunidades que no puedan o no deseen cumplir con las condiciones de producción exigidas por la historiografía canónica.

1.3. Algunas aclaraciones preliminares

En esta instancia, considero necesario introducir de manera explícita y destacada una serie de aclaraciones conceptuales y metodológicas relacionadas con la confección y presentación de mi trabajo. La elección de los marcos conceptuales y las categorías que subyacen a la presente Tesis conlleva diversos desafíos que deben ser abordados críticamente, a fin de transformarlos en recursos

que puedan ser aprovechados, en lugar de obstáculos en el camino hacia los objetivos expuestos más arriba.

En primer lugar, es fundamental explicitar las decisiones que hacen a la elección del marco teórico, y las exclusiones, inclusiones y vinculaciones operadas en el trabajo. En relación con las primeras, la investigación opta por entablar diálogos con autor*s y textos elaborados casi exclusivamente en los últimos 40 años, y en su mayoría de origen norteamericano. En el caso de la filosofía de la historia, el foco teórico se fija principalmente en la denominada “Nueva filosofía de la historia” (Ankersmit 1986), particularmente a través de escritos de Hayden White, Keith Jenkins, Joan Scott, Robert Berkhofer y, en menor medida, Dominick LaCapra. Este recorte se debe, ante todo, a los desarrollos críticos que es*s cinco autor*s han elaborado en relación con las denominadas “historiografías tradicionales”, desarrollos que no apuntan a un cuestionamiento ciego o fundamentalista de un (imaginado) antagonista absoluto, sino más bien a un análisis crítico de las prácticas historiográficas hegemónicas y lo que puede hacerse con ellas. Además, l*s cinco han demostrado un interés en los usos práctico-políticos de la historia y la historiografía, así como también una sensibilidad hacia el escenario propio de nuestros tiempos y – tal vez más explícitamente en White, Scott y Berkhofer – las transformaciones acaecidas (o urgentes) en relación con el “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”. Nuevamente, el recorte es puesto al servicio del objetivo del trabajo, sin desconocer otros caminos que podrían haber sido tomados, sino conviviendo abiertamente con las inevitables limitaciones de cualquier elección. En lo que hace al pensamiento queer, por otro lado, me he concentrado en los aportes más estrechamente relacionados con los abordajes y usos del pasado (lo cual trae al primer plano a Scott Bravman, Heather Love, Jack Halberstam y Henry Abelove), aunque he utilizado también elementos traídos por otr*s teóric*s que no se han ocupado directamente del tema pero aportan herramientas fructíferas para abordarlo. Sorprenderá tal vez la ausencia de análisis pormenorizados de nociones habitualmente discutidas por la Teoría Queer tales como la heteronormatividad, la construcción médico-psiquiátrica del género, o las prácticas sexuales disidentes. Más allá de la necesidad de efectuar un recorte temático, pienso que tal vez la ausencia de estas temáticas y sus respectiv*s referentes se deba a un afán por contrarrestar una tendencia, que considero riesgosa dentro de los estudios queer, de concentrarse excesivamente en lo sexo-genérico o el deseo sexual en detrimento de una muy necesaria interseccionalidad del análisis y la acción. En el Capítulo 3 emergerán algunos de estos debates y quedará asentado, espero, el posicionamiento teórico-político de mi propio trabajo.

En lo que hace a las inclusiones, una vez más resulta clave explicitar los principios subyacentes, dado que se derivan de la fundamentación misma de la investigación. Entiendo el recorte bibliográfico y conceptual como, además de una filiación teórica, una intervención política

de reconocimiento que debe ser coherente con la propuesta que presenta el propio texto. Es por esto que a lo largo de la investigación procuré incorporar desarrollos provenientes de autor*s del Sur Global y de habla hispana, personas trans, personas “de color” (tal como se encuentra la denominación en sus propios textos), personas con diversos grados de consagración académica, entre otros ejes atendidos. Esto responde a mi propia propuesta, que se encontrará en el Capítulo 5, de “queerizar el archivo”, esto es, trabajar con fuentes e interlocutor*s que, en la expresión de Halberstam, “vuelen debajo del radar” académico. Además, en relación con las inclusiones cabe destacar que la Tesis dialoga con recorridos teóricos que, aunque no pertenecen al marco queer ni al de la filosofía de la historia, de todos modos ocupan un lugar fundamental e irremplazable a lo largo de estas páginas. Si bien para este trabajo, en pos de lograr un análisis más profundo, he decidido concentrarme en los enfoques queer (además de la Nueva filosofía de la historia), también tomaré algunos elementos de otras corrientes, dado que en todos los casos se encuentran herramientas útiles para pensar los modos de abordar el pasado. Esto incluye ante todo a pensador*s provenientes de los estudios poscoloniales o de la subalternidad, tales como Chandra Mohanty, Gayatri Spivak y Stuart Hall, y algunos aportes de la teoría trans y del feminismo. Al igual que en el recorte efectuado sobre el vasto campo de la Teoría Queer, aquí se incorporan perspectivas que den cuenta de la interseccionalidad necesaria para el análisis de los aspectos políticos, epistemológicos y estéticos del campo historiográfico. Ellas nos ayudarán a pensar temas tales como las posibilidades de resignificación de las representaciones con las que contamos, las maneras de acompañar el mencionado fenómeno del “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”, la relación entre presencia historiográfica y presencia política, y los usos posibles de las apropiaciones del pasado para contribuir al empoderamiento (o la opresión) de individu*s y colectivos.

Finalmente, es importante atender a los desafíos propios de encarar un análisis que aúna dos líneas teóricas (la Nueva filosofía de la historia y el pensamiento queer) que, tal como se mencionó más arriba, no son frecuentemente emparentadas. La novedad de este cruce significa a la vez una expansión de posibilidades y la obligación de mantener la alerta crítica respecto de sus posibles deslices y limitaciones. Considero que la selección realizada dentro de cada uno de los dos campos a la que me referí más arriba facilita en gran medida esta unión, dado que se trata de los desarrollos de la filosofía de la historia más afines a las posturas antiesencialistas, constructivistas⁷ y comprometidas con una visión política de la tarea historiográfica, y los aportes del marco queer más relacionados con la interseccionalidad, la autocrítica y la teoría aunada con la intervención práctica. Sin perjuicio de ello, a lo largo de mi trabajo he procurado mantener la condición de alerta respecto

7 Me refiero aquí al constructivismo no como una posición escéptica que se autorrefutaría, sino como “una propuesta de investigación en términos de participar en una práctica de hacer explícitos los recursos consensuales que han operado en la constitución del conocimiento” (Tozzi 2009: 102). Volveré sobre este punto en la Conclusión. Respecto del esencialismo y el antiesencialismo, ver apartado 2.1.

de la unión de ambos marcos, y observar con atención los puntos de tensión y los límites del encuentro propuesto.

El trabajo también practica inclusiones y exclusiones al elegir los ejemplos sobre los que se aplicarán las categorías. A lo largo del escrito me referiré a los modos de abordar el pasado y recurriré a casos en los que se narran o presentan eventos de otros tiempos, que podrán ir desde los principios del siglo XX en una Buenos Aires higienista, hasta la masacre de Sabra y Shatila, en el Líbano, en 1982, pasando por los disturbios de Stonewall y la violencia contra travestis en el marco del terrorismo de estado en la Argentina y el Uruguay de los años '70. A fin de dar cuenta de los diversos modos en que se expresan las disputas por las presentaciones y usos del pasado, estos ejemplos provendrán de un amplio abanico de registros que incluye films documentales, obras literarias, y monumentos conmemorativos. No obstante, pensar la historiografía como intervención política y como texto deja abierta la posibilidad de que análisis similares sean aplicados a otro tipo de intervenciones políticas y otro tipo de textos, aunque dichas aplicaciones no estén contenidas en la propuesta de este trabajo. De hecho, en otros escritos he hecho uso de estos mismos elementos para indagar en distintas dimensiones de discursos tales como las representaciones del proceso de debate y aprobación de la Ley de Identidad de Género argentina (Pérez 2013), los abordajes mediáticos de la represión de aborígenes qom en reclamo por sus tierras en el año 2010 (Pérez 2010c), o el trabajo multifacético y literario de la mexicana Gloria Anzaldúa (Pérez 2012b). En esta ocasión, sin embargo, en aras de una mayor claridad y un mayor rigor teórico, preferí concentrarme en discursos que de un modo u otro se involucran en las disputas acerca del pasado, aunque sin clausurar la posibilidad de que los desarrollos que presento circulen en adelante como instrumento para que otras personas puedan pensar otros tipos de representaciones.

Un segundo punto a tener en cuenta a la hora de estas consideraciones previas es la dificultad que implica lidiar teóricamente con un significante tan “huidizo” (Pérez 2007b) como es el de “lo queer”. Se trata de una categoría que, por su misma naturaleza, se rehusa a ser delimitada o clasificada: el momento en que se define lo queer, deja de ser queer, ya sea porque se lo convierte en una identidad estática, o porque se aplanan sus contradicciones y su potencial disidente. En palabras de Martha Umphrey,

[e]l término “queer” se desarma a sí mismo, rechaza una taxonomía fija o una definición estable (...). Si bien un* puede reivindicar el ser queer [*queerness*] como una identidad que emerge de una política específica, puede narrar las historias de otr*s queers, puede unirse a Queer Nation, y así sucesivamente, nada en el término mismo prescribe el contenido de esa identidad; de

hecho el término se define por su misma inestabilidad, su exceso. En efecto, “identidad queer” es en sí mismo algo paradójico porque el ser queer [*queerness*] depende de fracturar la noción misma de identidad, incluyendo una identidad gay/lésbica monolítica y no problematizada. (Umphrey 1995: 19)⁸

Cabe aclarar que existe una proliferación de usos que circulan en torno a “lo queer” en los que se contradice esta caracterización, motivo que llevó a divers*s autor*s a renunciar explícitamente al término o utilizarlo con fines estratégicos, pero acompañado de las salvedades correspondientes (tal como veremos en el Capítulo 3). En este caso, he elegido adoptar la terminología debido, ante todo, a su accesibilidad para referir a un cuerpo de textos y reflexiones de los que hago uso y que, de otra manera, sería difícil señalar de modo unificado. Además, el término mismo ofrece una variedad de juegos y presentaciones ya que en su lengua original, el inglés, “queer” puede ser tanto un sustantivo, como un adjetivo o un verbo. Parte de la riqueza de la noción es que excede en mucho a la fijeza del sustantivo, y en mi propio abordaje considero fundamental priorizar la comprensión de lo queer como verbo, en la medida en que ofrece algo más dinámico, más fluido, menos estático que otros usos que podrían remitirlo a una identidad, o a un corpus estático de autor*s o textos canónicos. Aquí también concuerdo con Umphrey, quien defiende un uso del término que se mueva entre las posibilidades del verbo y del adjetivo: “más apropiadamente, la palabra es un adjetivo o un verbo, no un sustantivo; es extraño o hacer extraño, de carácter cuestionable o el hecho de llevar adelante [*performing*] ese carácter cuestionable”. De esta manera, si hubiera que pensarlo como una identidad sería entendiéndola como algo “variable, provisional, construido; el ser queer [*queerness*] señala la fluidez y la contingencia de la desviación; una categoría amplia de estar por fuera de la ley que es definida en relación con lo 'normal' en cualquier momento histórico específico, más que una identidad positiva en sí misma” (*ibid.*). Considero que es posible mantener la carga radical del término siempre que se encare su uso mediante teorías y prácticas que, con el dinamismo propio de un verbo, sean a la vez críticas y auto-críticas. En este sentido, la enseñanza de la Nueva filosofía de la historia respecto de la multidimensionalidad (ético-política, epistemológica, estética) del discurso, así como también su abordaje crítico de las prácticas profesionales mismas, han sido sin dudas aportes fundamentales para mi análisis.

Un tercer desafío, de orden más metodológico, se vincula a los obstáculos que encontrará quien

8 Esta y todas las citas cuya referencia bibliográfica está en idiomas diferentes al español corresponden a traducciones propias. En los casos en que se trata de expresiones de difícil traducción y/o que podrían prestarse a confusión, reproduce el original en itálica entre corchetes. Por otra parte, tal como adelanté en la Nota 1 *supra*, he optado por incorporar el uso del asterisco en las terminaciones de género, a fin de explicitar las dificultades de traducir a partir de idiomas como el inglés en el que sustantivos y adjetivos en su gran mayoría no cargan con distinciones entre masculino y femenino.

se proponga abordar un* sujet* o una temática que, en muchos casos, han sido marginadas de los saberes académicos. Esto se refiere tanto a la producción y circulación de saberes por parte de las personas aludidas (en este caso, l*s “nuev*s sujet*s”) como, en menor grado, a la presencia de estas problemáticas en el horizonte temático de las disciplinas: en otras palabras, lo que siguiendo a Spivak (2003) podríamos llamar “lo subalterno” aparece poco como “objeto”, y rara vez, o casi nunca, como “sujet*” productor* de saber. No obstante, tal como expliqué más arriba, es fundamental para el posicionamiento de este trabajo, en términos de coherencia ético-política, evitar la reproducción de dichas desigualdades, e intervenir de manera activa en su desmantelamiento. La tarea, entonces, será mantenerse alertas a esa distancia, y hacer lo posible por zanjarla en la propia producción, incorporando, por ejemplo, registros alternativos en los que sí circulan aquellas voces (videos, conversaciones, blogs y escritos informales), ante la falta de hospitalidad de gran parte de la academia y sus registros consagrados. Se trata, en cierto sentido, de un desafío a la creatividad y la inventiva de quien investiga, y en este trabajo he intentado dar algunos pasos – aunque ciertamente insuficientes – en esa dirección. Similarmente, he optado por incorporar dichos materiales a las referencias bibliográficas, sin establecer una diferenciación neta entre ellos y las referencias “tradicionales” (básicamente, libros y revistas especializadas) precisamente para quebrar la estructura de poder implícita en la jerarquización de las fuentes.

Por último, es necesario realizar algunas aclaraciones en relación con la terminología y los conceptos adoptados. Este ejercicio, si bien probablemente reduzca algo de la riqueza propia de las categorías, es necesario para poder avanzar en el análisis crítico de la problemática elegida y el desarrollo de las tesis que me propongo defender. Términos tales como “nuev*s sujet*s”, “queer”, “minoría”, “hegemonía”, entre otros, encuentran su ubicación en los puntos del texto que permiten desarrollar el marco y las limitaciones de las herencias filosóficas en las que abrevan (y de las que se nutre el trabajo en su totalidad).

Hay una serie de nociones que utilizaré siempre de manera entrecomillada: “sujet*s queer”, “nuev*s sujet*s”, “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”, “historia normal”, “Historia con mayúscula”, “historia con minúscula”, por ejemplo. Son términos que encontrarán su explicación – y sus salvedades – a lo largo de estas páginas (principalmente en los Capítulos 2 y 3) y, si insisto en utilizarlos entre comillas, es porque entiendo que dichas salvedades son demasiado fundamentales como para perderlas de vista en el hilo de la discusión. Sigo aquí la práctica de Aníbal Quijano, quien explicita que utiliza términos tales como “raza” (y sus especificidades: “europeo”, “indio”, etcétera) entre comillas porque considera que se refieren a ficciones (referido en Lugones 2008: 18). Desde este punto de vista, las comillas sirven de recordatorio para que ese carácter ficticio no se deslice – como sucede con frecuencia – hacia una afirmación ontológica.

Un ejemplo de ese uso es el que haré de la expresión “sujet*s queer”. Si bien en muchos casos se recurre a este término casi como sinónimo de “lgbt”⁹, en este trabajo se lo utilizará para referir a aquell*s sujet*s usualmente escogid*s como paradigmátic*s por las perspectivas queer – en general, las personas que viven su sexo, género o sexualidad de maneras que se salen de las normas vigentes del sexo-género-deseo. El uso entrecomillado de la expresión tiene como objetivo, por un lado, dejar en evidencia su precariedad, dada la dificultad de fijar a un* sujet* en el lugar de lo “queer”; por el otro, denota un esfuerzo por distanciarme de los excesos de la academia que en muchos casos asigna unilateralmente esta identidad a sujet*s o colectivos sin tener en cuenta sus puntos de vista o sus especificidades (punto al que me referiré en el Capítulo 3.2.2).

En relación con la herencia de la teoría de la historia, adoptaré la nomenclatura propuesta por White y otr*s para referirme a historia, historiografía y teoría de la historia:

las distinciones – convencionales en la moderna teoría histórica – entre la realidad pasada, que es el objeto de estudio del historiador; la historiografía, que es el discurso escrito por el historiador acerca de ese objeto; y la filosofía de la historia, que es el estudio de las posibles relaciones que se dan entre dicho objeto y el citado discurso. (White 2003: 145)

A lo dicho por White añadiría algunas aclaraciones relacionadas con el proyecto que presento aquí. En lo que hace a la filosofía de la historia considero fundamental destacar el análisis – que podría quedar oculto tras la referencia de “la moderna teoría histórica” a la relación objeto/discurso – correspondiente a la triple dimensionalidad de la historiografía: ético-política, epistemológica y estética. En relación con la historiografía, mi propuesta busca desanudar el vínculo habitual entre “historiografía” e “historiador”, motivo por el cual la persistencia de la idea moderna de historiografía como “discurso escrito por el historiador acerca de ese objeto” debería estar acompañada de una ampliación del alcance de alguno de los dos términos, o ambos. También es posible abrir el campo a registros que excedan el “discurso escrito”, y de hecho White mismo lo hace en su interesantísimo artículo “Historiografía e historiofotía” donde redefine el término “historiografía” como “la representación de la historia en imágenes verbales y discurso escrito” (White 1988: 1993).

Dentro del campo de la teoría de la historia me referiré a “historia normal” siguiendo principalmente la denominación establecida por Robert Berkhofer (1995), pero que puede dialogar con las nociones de historia “tradicional” de Scott (1999), “profesional” (White 2010d y otros), o

9 Con “lgbt” me refiero a lésbico, gay, bisexual y trans, lo cual a su vez incluye transexual, transgénero y travesti. Adopto esta denominación, y su presentación en términos de un “colectivo”, por tratarse de aquella habitual en los entornos académicos, políticos y del activismo, aunque reconoce importantes limitaciones en cuando a las jerarquías que establece y las pertenencias y prácticas que excluye.

"correcta" [*proper history*] de Jenkins (1997). Todas ellas se solapan y de hecho son utilizadas de manera indistinta en algunos de los textos con los que trabajo; si opté por la noción de "historia normal", es porque contiene la carga kuhniana de práctica de una comunidad profesional, sin dejarla en el pasado (como sí podría llegar a entenderse una idea de "tradicionalidad") ni emitir un juicio de valor, aunque sea para oponerse a él ("*proper history*"). La noción de "normalidad" conlleva, además, importantes desarrollos dentro del pensamiento queer, que han demostrado ser provechosos para el análisis que emprendo aquí.

Finalmente, en lo que hace a lo queer, he decidido hablar de "marco queer", "abordajes queer" o "pensamiento queer" en un intento por evitar englobar todas estas reflexiones bajo la etiqueta de "Teoría Queer". Mi intención con esto es evitar una nomenclatura que puede resultar limitante respecto de la riqueza de posibilidades que se han abierto bajo la órbita de lo queer, tanto en la academia como en el activismo, y el cruce de ambos. De hecho, Teresa De Lauretis misma, tras acuñar el término "teoría queer" e inaugurar su desarrollo académico, lo denunció como una apropiación y cooptación de la industria editorial y académica (De Lauretis 2011; ver Capítulo 3.2). Me interesa pensar más bien en políticas, epistemologías y estéticas que responden a la noción de "queer" - esa misma noción huidiza e imposible de delimitar con exactitud - sin que se les requiera una adhesión incondicional al término o al conjunto de autor*s y temáticas que usualmente lo abordan. Usaré "Teoría Queer" (con mayúsculas, así como aparecerá también "Nueva filosofía de la historia"), en cambio, cuando me refiera de modo específico a las producciones que toman esa denominación, o cuando aluda precisamente a los problemas que emergen de su estandarización en una teoría delimitada académicamente¹⁰.

En resumidas cuentas, el uso de cada uno de estos términos está acompañado de una reflexión (auto)crítica que no deja de poner en evidencia su carácter problemático y su genealogía inevitablemente espúrea. Tal como afirma Chandra Mohanty, "[m]is argumentos no van tanto dirigidos contra la generalización como a favor de generalizaciones más meticulosas y específicas históricamente, sensibles a las realidades complejas. Mis argumentos tampoco niegan la necesidad de forjar identidades y afinidades políticas estratégicas" (2008: 94), aunque sí muestran la urgencia de que ese forjar no se cristalice en esencialismos o fundacionismos de, por ejemplo, las identidades. En este punto concuerda también Judith Butler: aún con sus peligros, la utilización de los términos generalizadores (incluyendo, en algunos casos, los identitarios) puede llegar a ser "políticamente indispensable"; para evitar los riesgos expuestos aquí, cada noción debe ser puesta a prueba continuamente, tanto desde el activismo como desde la academia - baste como ejemplo su análisis del término *queer*, sus pertenencias y efectos colaterales, en *Cuerpos que importan* (Butler

10 En relación con la adopción de "pensamiento queer" en lugar de "teoría queer" quiero agradecer a Tânia Pinafi, quien me hiciera notar los problemas que emergen del segundo término y las potencialidades que brinda el primero.

2002: 322-323). Mi trabajo intenta mantener y explicitar la alerta respecto de este tipo de riesgos; la adopción del entrecomillado, las aclaraciones en las traducciones, las notas al pie nos ayudarán a transitar ese camino.

1.4. La organización de este trabajo

La presente Tesis consta de siete capítulos, divididos en dos partes: además de esta Introducción, se ofrece una primera parte con dos capítulos de reconstrucción crítica del marco teórico y el estado de la cuestión, y una segunda parte con tres capítulos propositivos; por último, el trabajo finaliza con un capítulo de Conclusiones.

En la presente Introducción he intentado ofrecer una presentación del problema que se abordará a lo largo del trabajo y de los aspectos del marco teórico relevantes, insertando la Tesis en un cruce interdisciplinario poco desarrollado hasta la fecha. Asimismo, he explicitado algunos criterios metodológicos adoptados y una serie de aclaraciones acerca del uso de terminología y categorías conceptuales específicas. Cada uno de estos puntos encontrará su desarrollo en distintos sitios de las páginas que siguen.

En la Primera Parte, los capítulos segundo y tercero ofrecen un desarrollo en profundidad del marco teórico, tanto en relación con el llamado “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s” y su vínculo con la filosofía de la historia de la segunda mitad del siglo XX (Capítulo 2), como con el pensamiento queer (Capítulo 3). Específicamente, el segundo capítulo, “Nuev*s sujet*s, nuevas historias”, comienza con la presentación del fenómeno denominado “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”, no desde una perspectiva de reconstrucción historiográfica sino mediante el análisis de sus dimensiones teóricas y filosóficas. Se vuelcan algunos debates surgidos a partir de este panorama, principalmente en relación con los abordajes esencialistas y de las políticas de la identidad. Posteriormente, se da cuenta del estado de la cuestión de la filosofía de la historia en relación con este y otros fenómenos propios del siglo XX, es decir, se exponen las dimensiones del cuestionamiento de la historiografía que llamaré “normal” o “tradicional” y se reconstruyen algunas respuestas ofrecidas desde la Nueva filosofía de la historia. El objetivo de esta presentación es dejar asentado el marco en el que se inserta el trabajo específico de la Nueva filosofía de la historia en relación con los desafíos planteados a la historiografía a partir del “surgimiento” de dich*s “nuev*s sujet*s” y la urgencia de repensar los modos de vincularnos con el pasado en este contexto. En consecuencia, este capítulo, además de informar sobre el marco teórico-político en que se inserta el trabajo, constituye una primera aproximación a las propuestas de abordaje que se trabajarán en la segunda parte de la Tesis.

El tercer capítulo, “La perspectiva queer y sus abordajes de la historia”, ofrece una reconstrucción de los estudios queer, la otra columna, junto con la Nueva filosofía de la historia, que sostiene el aparato conceptual de la Tesis. El capítulo se centra principalmente en la perspectiva queer, aunque abrevando también en otras corrientes tales como el poscolonialismo, los estudios de la subalternidad y el pensamiento trans. En primer lugar, se exponen las líneas fundamentales de aquella, su surgimiento y sus bases filosóficas, dedicando asimismo un espacio a los cuestionamientos recibidos desde distintos frentes, con el fin de ofrecer una perspectiva crítica e inclusiva del marco teórico utilizado. Se ofrecerán algunas respuestas en relación con estos puntos, defendiendo la relevancia de un marco queer como enfoque teórico-político, siempre que se lo utilice de modo crítico, no dogmático, e interseccional. Al respecto, es importante observar que, lejos de pretenderse único o universal, el análisis de este capítulo (así como los de la Tesis en general) se presenta explícitamente como una construcción propia acerca de aquello que significa la Teoría Queer, la delimitación de su campo, sus temas principales y el posicionamiento en sus debates tanto internos como externos. Cada uno de estos posicionamientos redundará, sin dudas, en el uso del marco que se hace en los capítulos sucesivos. El objetivo de este ejercicio no es, cabe aclarar, el de proponer a la perspectiva queer como radicalmente nueva o como una solución infalible y aproblemática, sino más bien situar mi aporte en el marco de una discusión más amplia que tenga en consideración los pasos ya dados por otr*s teóric*s en este sentido. El capítulo continúa con un análisis de lo que respecta específicamente a las fuentes existentes que operan un cruce entre teoría de la historia y pensamiento queer, es decir, aquellos trabajos que, desde un enfoque queer, indagan en la escritura de la historia, sus usos para el presente, su metodología, entre otros. En el último apartado, se engloba lo dicho hasta ese punto y se deja el terreno preparado para, en los capítulos siguientes, presentar las características de una historia queer tal como la definiendo aquí, analizar los distintos aportes que surgen del cruce entre pensamiento queer y Nueva filosofía de la historia, y trabajar sobre algunos casos seleccionados.

La Segunda Parte de la Tesis corresponde al análisis pormenorizado de los distintos núcleos sugeridos, desde una perspectiva queer, para la reflexión acerca del trabajo historiográfico con el pasado. El objetivo general de esta parte, y de la tesis en general, es ofrecer una contribución al trabajo crítico sobre los abordajes del pasado (tanto en su (re)elaboración, como en su lectura crítica), que incorpore herramientas propias del pensamiento queer, sumándolas a las ya ampliamente desarrolladas por la Nueva filosofía de la historia. La división en tres Capítulos responde a la noción traída por Hayden White (1973) de la triple dimensionalidad de todo discurso acerca del pasado: aquella relacionada con la esfera pública y lo político, la que se refiere a las prácticas disciplinares y académicas y, en tercer lugar, aquellas vinculadas con los modos de presentación de la historia, en particular sus manifestaciones y expresiones artísticas. Siguiendo

esta sugerencia whiteana, he optado por realizar una división entre aportes de naturaleza política (Capítulo 4), aportes epistemológico-metodológicos (Capítulo 5), y aportes estético-formales (Capítulo 6). Es importante destacar que se trata de una división analítica, adoptada a los fines de dar claridad a la exposición; a lo largo de la Tesis veremos distintos modos en los que se entretienen de manera queer las tres dimensiones, habilitando la multiplicación de las posibilidades que brindan.

La estructura interna de cada uno de estos tres capítulos es paralela, de modo que incluye una introducción en la que se describen algunos desafíos que encuentra el abordaje del pasado, y particularmente el de l*s “nuev*s sujet*s”; luego un desarrollo y el análisis de caso, y finalmente algunas conclusiones. El núcleo de cada capítulo presenta e indaga concretamente en cuestiones específicas relacionadas con los abordajes del pasado, así como también los aportes que mi trabajo ofrece en este sentido, estableciéndolos en diálogo con los marcos teóricos detallados en los Capítulos 2 y 3. Estos elementos permiten, en un último apartado de la sección, analizar casos existentes que sirven de ejemplo de cada una de las tres esferas: presentaciones del pasado que pueden señalarnos el camino de estas dificultades y de lo que es posible hacer con ellas. A continuación, cada capítulo cierra con las conclusiones parciales que surgen de él, que serán retomadas posteriormente, en la Conclusión general, para evaluar su entretimiento con las dos restantes, así como también su relación con distintas perspectivas reseñadas en la primera parte de la Tesis.

Luego de estos tres capítulos, la Conclusión servirá para recoger y analizar sus conclusiones parciales, sistematizando los resultados para situarlos en las discusiones relevantes del marco con el que trabajé desde la teoría de la historia y el pensamiento queer. Se avanzará sobre una perspectiva propia e integral de las distintas dimensiones de la disputa acerca de la representación del pasado. De este modo, propongo una lectura que fusione los desarrollos de la teoría de la historia con la que trabajé (Capítulo 2) así como los del marco teórico queer propuesto (Capítulo 3) y las herramientas específicas sugeridas (Capítulos 4 a 6). Posteriormente, se abordarán algunas objeciones posibles y se considerará, en cada caso, cuáles son las respuestas que habilita el marco propuesto. Por último, este capítulo final avanzará con el bosquejo de algunos desafíos y líneas de trabajo futuras que se abren a partir del presente aporte, tanto desde el pensamiento queer, como desde la teoría de la historia e, incluso, en el trabajo historiográfico concreto.

Primera Parte

Capítulo 2

“Nuev*s sujet*s”, nuevas historias

“Las identidades son los nombres que damos a las distintas maneras en que nos posicionan, y nos posicionamos en, las narrativas del pasado”
Stuart Hall, “Cultural identity and diaspora”¹¹

2.1. “Nuev*s sujet*s”, nuevas historias

En 2011, una activista llamada Valeria Ramírez fue noticia cuando testificó por primera vez que había estado recluida en un centro clandestino de detención durante el último régimen militar argentino (1976-1983) (Ramírez 2011). Ramírez, que se identifica como travesti, había comenzado a recorrer las calles porteñas como trabajadora sexual a los 22 años, durante el gobierno militar. Tanto antes como después del golpe – y aún en nuestros días – las personas travestis y trans sufren la violencia institucional, particularmente por parte del sistema penal y penitenciario, en toda la Argentina. Esta es la razón por la que Ramírez misma reconoce que, al igual que muchas otras travestis y trabajadoras sexuales, nunca había pensado en sí misma como víctima del terrorismo de Estado. En su cronología subjetiva, el golpe de Estado no revestía una diferencia relevante: al igual que emerge de otros testimonios¹², en su caso vemos que la violencia experimentada durante los gobiernos elegidos democráticamente y durante el régimen militar no fue significativamente diferente, y la suerte de dich*s sujet*s parecía depender más del humor del oficial de turno, que de las condiciones estructurales del Estado o sus instituciones.

A modo de corolario de dicha indiferencia, tendremos escaso éxito si hurgamos en busca de rastros de estas subjetividades en los primeros juicios contra los perpetradores, o en la historiografía canónica o “normal” (un concepto que desarrollaré enseguida) referida a aquellos tiempos.¹³ Y esto, aunque se trate de una época de nuestro país que la historiografía y el activismo, tanto local como extranjero, han abordado – y continúan abordando – innumerables veces. Dicha ausencia no se debe, por cierto, a que estas personas no hayan existido, tal como nos demuestra el testimonio de

11 Hall 1994: 394.

12 Ver, por ejemplo, Malva 2011, obra a la que me referiré en el Capítulo 6.

13 Es importante destacar que sí existen estudios acerca de la homosexualidad (principalmente masculina) durante la dictadura, tales como *Historia de la homosexualidad en la Argentina* de Osvaldo Bazán (2004) o *Fiestas, baños y exilios: los gays porteños en la última dictadura* de Flavio Rapisardi y Alejandro Modarelli (2001). Sin embargo, además de que no se trata de investigaciones enfocadas en las personas trans, también cabe notar que son aportes que no vienen del campo de la historiografía académica, sino más bien desde el periodismo o el activismo gay.

Ramírez. Tampoco sería prudente afirmar que no existían representaciones, fuentes o rastros de sus vidas, que pudieran ser tomados por l*s estudios*s del pasado reciente argentino. En todo caso, y a contracorriente de aquella invisibilización, hoy en día Ramírez y otr*s están empezando a interpretar su (la) historia de manera diferente: como una experiencia única en la encrucijada de la identidad de género, la condición de clase, y la resistencia social. "Nosotras teníamos nuestra camiseta, que vendría a ser nuestra identidad", afirma, refiriéndose a la corporeidad travesti ("otros militantes se ponían la camiseta del Che Guevara, nosotras teníamos los pechos") y su solidaridad de grupo (Ramírez 2011).

¿Cómo se explica que estas historias hayan sido pasadas por alto en la historiografía "canónica"? ¿Qué ansiedades se ponen en juego a la hora de incluir ciertos recorridos dentro de nuestra indagación en el pasado reciente, y dejar afuera otros? ¿Cuáles son los mecanismos que otorgan entidad de "sujet* históric*" a, por ejemplo, gobernador*s e interventor*s de facto (y, más tardíamente, a líderes de la resistencia armada), pero no a una persona trans víctima de secuestro, detención y tortura? ¿Qué sucede cuando la política, la historiografía y la justicia comienzan a escuchar las voces de est*s sujet*s? ¿De qué manera ello afecta específicamente a nuestras maneras de abordar el pasado?

Interpretar ciertos fenómenos sociales del siglo pasado en términos de "surgimiento de nuev*s sujet*s" o "nuevas identidades" no deja de ser problemático, y requiere algunas reflexiones previas al análisis de sus derivaciones en el marco de las disputas por los usos del pasado (en general, y de las representaciones historiográficas en particular). Ante todo, cabe detenerse a pensar qué entendemos por "surgimiento", "nuev*s" y "sujet*s", ya que cada uno de los términos conlleva una serie de complejidades, que he intentado saldar (aunque sea parcialmente) con el uso entrecorillado, resistiendo el aplanamiento al que nos empuja la gramática. En esta sección, abordaré cada uno de los términos, sus implicancias y algunos debates que desencadenan, para luego pasar a la relación entre este fenómeno y la escritura del pasado, en términos de relaciones hegemónicas/contrahegemónicas de poder.

En lo que respecta al primer término, la idea misma de "surgimiento" parecería implicar que hay algo que antes no estaba allí – si lo pensamos en relación al caso de Valeria Ramírez, por ejemplo, que durante el terrorismo de Estado en Argentina (antes y durante la dictadura militar) no había sujet*s perseguid*s por su identidad sexo-genérica o su condición laboral y social. En relación con la historia en sentido más amplio, el uso de esa expresión frecuentemente parecería sugerir que hasta el siglo XX no había más que personas blancas, heterocissexuales, del Norte

Global¹⁴, y que en algún momento más o menos especificable comenzaron a “aparecer” las diferencias. Es por esto que, en primer lugar, considero fundamental dejar asentado que con “surgimiento de nuev*s sujet*s” no aludo a la aparición de seres que antes no hubieran estado allí. Se trata, más bien, de personas y grupos que hacia la mitad del siglo XX (si tomamos como referencia, por ejemplo, los movimientos de derechos civiles de gran parte de América y Europa) comienzan a tomar protagonismo en el campo de la sociedad civil, la política, y – tal vez más tardíamente – la academia.

Stuart Hall, quien se ha dedicado exhaustivamente al fenómeno que denomina “nuevas identidades” y sus derivaciones, vincula este nuevo protagonismo con

un cambio de conciencia, un cambio de auto-reconocimiento, un nuevo proceso de identificación, la emergencia hacia la visibilidad [*emergence into visibility*] de un* nuev* sujet*. Un* sujet* que estuvo siempre allí, pero emergiendo, históricamente” (1997: 6).

El autor lo entiende como el proceso mediante el cual comunidades tales como la “negra” (“*Black*”, utilizado con mayúscula por Hall) gradualmente toman conciencia activa de su lugar en la estructura social y de sus posibilidades de incidir en ella, interpelando abiertamente su condición de minorías políticas. Otro aspecto importante al que alude Hall es la configuración de est*s “nuev*s sujet*s” en términos de identidad/es. Cada un* de ell*s contiene una pluralidad de identificaciones imposibles de reducir a categorías universales tales como raza, género, localización geográfica o social. Estamos ante sujet*s que se posicionan, precisamente, en la intersección entre todas esas identidades, cuestionando la idea misma de clasificar a las personas según alguna de sus pertenencias, en detrimento de las restantes. En palabras de Hall:

De modo creciente, los paisajes políticos del mundo moderno son fracturados de este modo por identificaciones rivales y dislocantes – advenidas, especialmente, a partir de la erosión de la 'identidad maestra' de la clase, y la emergencia de nuevas identidades, pertenecientes a la nueva base política definida por los nuevos movimientos sociales: el feminismo, las luchas negras, los movimientos de liberación nacional, los movimientos antinucleares y ecológicos. (Hall 2006: 21)

14 Sigo aquí la clasificación de Chandra Mohanty (2003), quien prefiere la expresión “Norte Global” a otras tal vez más frecuentes pero problemáticas tales como “Primer Mundo” o “Países desarrollados”. La expresión “Norte Global” permite dar cuenta de diferencias jerárquicas de escala global, a la vez que evita trayectorias de progreso (como la distinción desarrollado/subdesarrollado) y divisiones limítrofes netas (como la de primer/segundo/tercer mundo). En efecto, esta perspectiva adopta la ubicación cardinal en sentido no literal, sino metafórico: existe “Norte” y “Sur” en cada uno de los puntos del globo, coexistencia que alimenta la complejidad de los cruces identitarios que expondremos aquí.

Como vemos, este autor elige centrar su reflexión en el eje de la clase, entendiendo que el quiebre de los “paisajes políticos” se debe al debilitamiento de la pertenencia de clase en tanto marcador social. Podríamos pensar este proceso, análogamente, alrededor de factores tales como el género o la raza, señalando, por ejemplo, el cuestionamiento a la hegemonía masculina redoblado a principios del siglo XX o el desmantelamiento de las bases “científicas” del racismo. Más allá del eje que se destaque como guía del proceso, el punto es que cada una de estas identidades es relacional, y se modifica a partir de su vínculo con las otras. Al respecto, considero particularmente interesante la noción de género que aporta una autora proveniente de la teoría queer, Kate Bornstein, quien propone un vínculo triangular que en conjunto determina el lugar de cada persona en una escala de jerarquías denominada “la pirámide de género-identidad-poder” (Bornstein 1998: 44). La ubicación en esta pirámide será determinada no sólo por el género de la persona, sino también por su origen étnico, su clase, su corporalidad, su lugar en el mapa socio-económico, entre otros factores. El hecho de que el género sea usualmente percibido como un binomio cerrado y discreto, no sería más que otra manera de borrar estas diferencias internas que hacen al modo en que una persona puede, o no, moverse en la sociedad. De hecho, es posible entender la propuesta de Bornstein como un aporte a esta “dislocación” de las identidades a las que se refiere Hall: el esfuerzo por exponer los distintos componentes que afectan a un* sujet*, para poder ir más allá de la clasificación hegemónica y comprenderl* como una interacción de diversos ejes identitarios.

Hay quienes han preferido, en lugar de la denominación “nuev*s sujet*s”, aquella de “minorías”, dando lugar en la historiografía, por ejemplo, a las llamadas “historias de minorías”. Así como el uso del calificativo “nuev*s” para est*s sujet*s amerita las aclaraciones establecidas hasta aquí, la denominación “minoría” también requiere un uso prudente. No podrá ciertamente ser utilizado como una referencia cuantitativa, tratándose, en realidad, de “mayorías” numéricas en casos tales como el racismo, el clasismo y el sexismo. En ese sentido, Dipesh Chakrabarty (1998), uno de l*s autor*s que utilizan el término, los denomina “*majority-minor groups*”, “grupos mayoritarios-menores”. Se trata de una alusión al lugar que se reserva a cada uno de esos colectivos dentro de la sociedad o, en nuestro caso, la escritura de la historiografía:

Minoría y mayoría no son, después de todo, entidades naturales; son construcciones (...) de identidades hechas en condiciones y circunstancias históricas muy particulares. El significado popular de las palabras 'mayoría' y 'minoría' es estadístico. Pero los campos semánticos de las palabras contienen otra idea: la de ser una figura 'mayor' o 'menor' en un contexto dado. (...) El problema de las 'historias de minorías' [*minority histories*] nos lleva entonces, podríamos decir, a la cuestión de qué puede ser llamado la 'minoría' de algunos pasados particulares, esto es, las construcciones y experiencias del pasado que permanecen 'menores' en el sentido de que su

mera incorporación a las narrativas históricas las convierte en pasados 'de menor importancia' frente a las comprensiones dominantes de qué constituye hecho y evidencia (y, por lo tanto, frente al mismo principio subyacente de racionalidad) en las prácticas de la historia profesional.(Chakrabarty 1998: 475)

El autor diferencia esto de lo que llama “pasados subordinados o 'subalternos'”, es decir, “pasados que nunca podrán entrar a la historia como pertenecientes a la propia postura del historiador” (*ibid.*: 476). En la propuesta de Chakrabarty, un* “subaltern*” es quien ni siquiera puede ser comprendid* por las categorías lógico-rationales disponibles en la disciplina – y de ahí la alusión en el párrafo citado anteriormente al “principio subyacente de racionalidad”. Mientras que la emergencia de aquellas “minorías” a la esfera pública – y, consecuentemente, a la tarea historiográfica – sirvió para “expandir el alcance de la justicia social y de la democracia representativa”, la persistencia de la subalternidad entendida en el sentido que propone el autor nos enfrenta a los “límites de la historia”, que políticamente se traduce en “luchar, o incluso desvivirse por formas de democracia que aún no podemos ni entender ni prever del todo” (*ibid.*: 477). En capítulos subsiguientes de esta Tesis volveré sobre la propuesta de Chakrabarty en relación con la producción historiográfica y los modos de relacionarse tanto con las “minorías” como con la “subalternidad”.

Un sentido distinto de “minoría”, del que este trabajo se distanciará, emerge de la propuesta de Gilles Deleuze, quien lo acerca más a la imagen de un grupo subalterno con potencial de cambio: dado que “las minorías no se distinguen de las mayorías numéricamente”, “lo que define a la mayoría es un modelo al que hay que conformarse: por ejemplo, el Europeo medio, adulto, masculino, urbano...” (Deleuze 1999: 146). Si bien me interesa mantener la noción de “minoría” en sentido estricto como una denominación política, no la entenderé a partir de su situación de diferenciación respecto de las normas y estándares sociales (en cuyo caso, por ejemplo, todas las personas “homosexuales” podrían ser consideradas como parte de esa “minoría”) ni a la luz de su potencial radical, ya que me encuentro más en sintonía con la sugerencia de Chakrabarty de que la “inclusión” de una minoría puede ser funcional a, por ejemplo, un proyecto democrático liberal (proyecto que podrá ser radical en algunos contextos y no en otros). De hecho, en el Capítulo 3, en el marco de la discusión acerca de la dimensión subversiva de “lo queer”, abordaré la “normalización” de esa denominación, que inicialmente había sido gestada con intenciones radicales y desestabilizadoras.

En todo caso, ya sea como “nuev*s sujet*s”, como “minorías” o desde otras denominaciones equivalentes, el hecho es que cualquier representación o análisis que aborde esta temática deberá tener en cuenta la complejidad propia del caso, en la que diversas prácticas y pertenencias

identitarias (raza, clase, género, diversidad funcional, etcétera) se entremezclan, poniendo en jaque la posibilidad de pensarlas aisladamente. Por estos motivos, en la presente Tesis entiendo la expresión misma de “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”, y cada uno de sus términos, siempre teniendo en cuenta las tensiones propias de afirmaciones de este tipo (y de ahí su uso entrecorillado). No se trata de un “surgimiento” propiamente dicho ni de sujet*s “nuevos”, sino, en todo caso, de una entrada en el campo de visión propio de ciertos paradigmas hegemónicos cuya existencia es mutuamente dependiente, entre otras cosas, de las representaciones del pasado sobre las que indagaré aquí. Finalmente, si bien este tipo de señalamientos son posibilitados en parte por las herramientas que nos brindan la teoría de la historia y el pensamiento queer, también es cierto que se trata de observaciones que pueden hacerse a ambas disciplinas y a su funcionamiento fuertemente euro/nortecéntrico, tal como emergerá en distintos puntos de la Segunda Parte de esta Tesis.

El tercer aspecto a tener en cuenta a la hora de hablar de “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s” es el peso que se da a esta idea de “sujet*”. Muchos de los movimientos, tanto políticos como académicos, pensaron estas “nuevas subjetividades” desde un marco esencialista o a partir de una noción fuerte de identidad. Si bien el debate a favor y en contra de dicha perspectiva esencialista y/o identitaria no es el foco central del presente trabajo, de todos modos será importante dejar asentadas (en este capítulo y el siguiente) al menos algunas líneas generales sobre el tema, ya que en más de un punto aquello que veremos en la Segunda Parte de la Tesis se establece en diálogo con estas tendencias. Rastrear una definición del esencialismo acuñada por sus propi*s defensor*s no es fácil, ya que, tal como notaran diversas fuentes, generalmente se utiliza más como una crítica que como una adhesión explícita (Hacking 1999a: 16; Hekman 2000: 294). No obstante, podemos considerar que, en términos generales, una postura es entendida como esencialista respecto del estatus de est*s “nuev*s sujet*s” cuando considera que “la identidad compartida por los miembros de un grupo social es estable y basada en experiencias compartidas y significativas en sí mismas” (Wilkerson 2000: 251). Ian Hacking añade otro aspecto relevante al describir al esencialismo como “la versión más fuerte de la inevitabilidad” (1999a: 17), dado que entiende a aquello que se afirma “esencial” (la raza, el género, la sexualidad) como algo inevitable más allá del contexto o de cualquier situación concreta.

Si bien suele utilizarse el esencialismo como calificativo para criticar posturas discriminatorias tales como el racismo, la misoginia o la homofobia, Hacking se ocupa de recordarnos que esta conexión no es necesaria. La defensa del esencialismo o de las posturas identitarias fuertes como el mejor modo de entender a est*s sujet*s se apoya, en muchos casos, en la idea de que un colectivo debe tener un sentido “fuerte” (esto es, no contingente) de pertenencia para poder avanzar reivindicaciones políticas o emprender luchas colectivas. Tal como afirma Jon Michael Spencer

respecto de lo que llama “la conspiración posmoderna para hacer explotar la identidad racial”: “en este momento en particular, renunciar a la noción de raza – aunque ella sea un engaño cruel – implica renunciar a nuestra fortaleza contra los poderes y principados que aún intentan socavarnos” (citado en Gamson 1995: 401). Se trata de una postura defendida por un amplio espectro de movimientos sociales y políticos, desde cierto feminismo hasta algunas reivindicaciones de agrupaciones afroamericanas; desde el llamamiento a la inclusión de las personas discapacitadas hasta algunas corrientes dentro de los movimientos lgbt¹⁵.

Uno de los enfoques más importantes que usualmente se asocia con esta veta política del esencialismo es el de las llamadas “políticas de la identidad”, que han servido como motor tanto para el activismo político como para trabajos teóricos e historiográficos. Con “políticas de la identidad” suele denominarse a “la organización de movimientos políticos en torno a identidades específicas – mujeres, grupos étnico-raciales, gays, lesbianas, etcétera – en vez de hacerlo en torno a una ideología política o a temas políticos específicos” (Hekman 2000: 305). En línea con lo dicho anteriormente sobre el esencialismo, es fundamental incorporar la dimensión práctica de la conformación de estas identidades: podría decirse que fue entre otras cosas a través del establecimiento de una idea de identidad pública y colectiva que los movimientos (de derechos civiles, lgbt, y otros) han adquirido una fuerza efectiva. Para comprender esta conexión, podemos considerar el modo en que Joshua Gamson expone el vínculo entre el esencialismo, las políticas de la identidad y las reivindicaciones civiles, particularmente en el caso de la comunidad lgbt. De acuerdo al autor, los movimientos sociales gay-lésbicos han construido una “cuasi-etnicidad”, y

[s]ubyacente a esa etnicidad se encuentra típicamente la noción de que lo que gays y lesbianas comparten – el ancla del estatus de minoría y los reclamos de derechos de minorías – es una misma esencia fija y natural, un yo [*a self*] con deseos hacia personas del mismo sexo. La opresión compartida, declaran con fuerza estos movimientos, es la negación de sus libertades y oportunidades para actualizar este yo. En esta política étnica/esencialista se necesitan categorías claras de identidad colectiva, para una resistencia exitosa y para una ganancia política. (Gamson 1995: 391)

Desde estos enfoques, entonces, la identidad de los colectivos no sólo es algo que puede ser señalado y reconocido, sino que también constituye una llave de ingreso a los derechos que les fueron históricamente negados precisamente a causa de dicha identidad. Cada individuo se considera parte de ese colectivo en función de su pertenencia identitaria, que subyace a su persona,

15 En el Capítulo 3 nos encontraremos con el lúcido análisis de Viviane Namaste en relación con el esencialismo y algunos problemas de las críticas que se le hacen desde la Teoría Queer.

pero que también es más fundamental y relevante que las otras identificaciones que lo atraviesan.

Existe un sinnúmero de respuestas críticas a las posturas esencialistas y a las políticas de la identidad (entendidas como la contraparte práctica de las primeras), basadas tanto en argumentos teórico-filosóficos como en análisis políticos y aplicaciones concretas de la idea de identidades esenciales. En esta ocasión, por cuestiones de extensión, me centraré en aquellas que considero particularmente relevantes a la hora de analizar las posibilidades (y dificultades) de representar o representarse tras el “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”.¹⁶

Ante todo, cabe aclarar que hay quienes, aún no comulgando con el esencialismo como forma de entender las identidades, llaman la atención sobre la utilidad y el atractivo que han tenido las posturas esencialistas y las políticas de la identidad en los movimientos sociales del siglo XX y de la actualidad. Sostienen que sería importante no desmerecer esta idea sin más, sino darle el análisis que amerita, atendiendo a su impacto y buscando maneras alternativas de llegar a él. Gamson mismo, en su temprano análisis de las implicancias del advenimiento de lo queer para los movimientos de minorías, expone la paradoja de las políticas de la identidad, al afirmar que las categorías identitarias fijas son a la vez la base de la opresión y del poder político (Gamson 1995: 391). El desafío, entonces, no residiría en optar por una postura u otra, sino en reconocer los aportes de ambas a los movimientos sociales, el análisis teórico y la elaboración de políticas. Susan Hekman, por su parte, si bien no concordaría en que las categorías fijas sirven de base para el poder político, reconoce que, en cierto sentido, las críticas que se le han hecho no han sido convincentes, si tenemos en cuenta que “las políticas de la identidad, en particular el tipo de políticas de la identidad opositivas que Butler rechaza específicamente, ejercen una fuerza poderosa para los grupos marginados” (2000: 294). Por este motivo, desmerecer de plano la importancia de una idea de identidad fuerte implica desmerecer a aquel colectivo con el que se pretende dialogar. Exponentes del feminismo negro, tales como Ochy Curiel, han señalado en esta misma dirección al afirmar que la identidad efectivamente cumple un rol clave en las reivindicaciones de derechos de muchos colectivos (“apelar a la política de la identidad para muchas mujeres negras es (...) un acto político de resistencia y muchas veces de transformación”, Curiel 2002: 107), y que la negación de ese lugar generalmente proviene de personas cuyas existencias no se ven perjudicadas por sus marcas identitarias.¹⁷ Sin embargo, esta importancia “ha colocado a algunas mujeres negras en

16 A lo largo de esta Tesis emergerán otras críticas y propuestas alternativas a las políticas de la identidad; ver por ejemplo en el Capítulo siguiente el apartado 3.2, y en el cuarto el apartado 4.2.1. Allí encontraremos, entre otr*s, a Susan Hekman, quien se opone tanto a lo que denomina “el sujeto metafísico modernista” como a “la deconstrucción total de la identidad” que interpreta en Butler (2000: 290), a la vez que propone “la eliminación total de la identidad de la esfera política” (Hekman 2000: 291).

17 “No es casual que sea a las negras y negros a quienes siempre nos señalen de esencialistas y que quienes lo hagan son generalmente académicos y académicas blancas. Hay que partir de la experiencia negra para entender todas estas

grandes dilemas ya que por un lado entienden que es importante reafirmar la negritud como estrategia necesaria en la lucha política y por otro lado refuerza estereotipos y autoexclusiones, y sobre todo podría perder de vista las causas reales del racismo” (*ibid.*: 98). Como salida a este dilema, y a las trampas del esencialismo, la autora propone apostar a intervenciones políticas basadas en estrategias articuladas con distintos sectores que estén atravesados por sistemas de dominación, a fin de “que no nos siga[n] atomizando en las especificidades de cada grupo social” (*ibid.*: 111).

El pensamiento queer tal como me interesa presentarlo aquí profundiza en esta línea, al denunciar las consecuencias políticas (y teóricas) que conlleva el esencialismo y la universalización de las identidades. Si bien entraré más en detalle sobre el tema en el capítulo siguiente, en esta instancia cabe referirse específicamente a lo que hace al posicionamiento de la teoría queer respecto de las políticas de la identidad y sus matices esencialistas. Autor*s pioner*s tales como Judith Butler han considerado que “[n]o sólo las políticas de 'la mujer' se sustentan en una confusión ontológica, sino que de hecho son perjudiciales para la causa del feminismo porque ocultan los mecanismos que constituyen la subordinación de las mujeres” (referido en Heckman 2000: 292). Es decir, una oposición queer a la afirmación de identidades esenciales se sostiene no sólo en motivos ontológicos, sino también – y sobre todo – en cuestiones políticas, debido a las derivaciones prácticas de estos posicionamientos (punto que también señalara Curiel en relación con “las causas reales del racismo”, tal como se citó más arriba). Considerar las identidades de est*s “nuev*s sujet*s” como originadas en una esencia puede significar, en primer lugar, establecer que su configuración no se desprende de una serie de circunstancias históricas, y, en segundo lugar, inhabilitar la posibilidad de reconfiguraciones futuras. En este sentido, “[e]l desafío máximo del ser queer [*queerness*], sin embargo, no es sólo el cuestionamiento del contenido de las identidades colectivas, sino *el cuestionamiento de la unidad, estabilidad, viabilidad y utilidad política de las identidades sexuales* – incluso mientras son usadas y dadas por supuestas” (Gamson 1995: 397): es decir, la puesta en duda del uso mismo de nociones fuertes de identidad, más allá de cuál sea “el contenido” que las ocupe. Además, este tipo de posturas dificulta el tratamiento interdisciplinario de la situación de opresión, al prestarse a la sugerencia de que existiría una pertenencia del sujet* que sería más “originaria” o “primaria” que el resto. En cierto sentido, esto que vimos en Curiel como “la atomización en las especificidades” de la identidad cumpliría una función opresiva al congelar a l*s sujet*s en una sola de sus identificaciones en lugar de dar lugar al enriquecimiento

implicaciones que tiene la identidad y la necesidad del reconocimiento y de diferencia cultural. Identidades y diferencias que no sólo deben ser analizadas en el plano del discurso académico, sino que atraviesan nuestras emociones y nuestras aspiraciones” (Curiel 2002: 110). Estas palabras resuenan fuertemente en la severa crítica que realiza Hiram Pérez a los vínculos de la Teoría Queer con la raza, tal como emergerá en el capítulo siguiente, apartado 3.2.2.

mutuo de todas ellas, y a la lucha conjunta e interseccional. Tal como señala Gloria Anzaldúa, la ambivalencia y la contradicción entendidas como negativas o como dificultades a ser resueltas, nacen de un diagnóstico por parte de un* sujet* que se cree universal, unívoc* y coherente: “¿Quién, yo confundida? ¿Ambivalente? No. Sólo tus etiquetas me dividen” (Moraga y Anzaldúa 1981: 228). No sólo eso, sino que esta “partición” también implica una exclusión, una jerarquización velada entre las distintas esferas de la persona, y en cierto sentido desactiva gran parte de su potencial político, a la vez que fragmenta el panorama de la movilización contrahegemónica. Esto nos remite a lo mencionado más arriba a partir de Ochy Curiel (aunque la autora no se posicione desde una perspectiva queer): la clave no estaría en elegir una identidad por sobre las otras, sino en establecer articulaciones efectivas entre los colectivos atravesados por distintos sistemas de dominación.

Hasta aquí, he revisado algunos desafíos y debates que plantea la noción de “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”, en lo que hace a cada uno de sus elementos. Si me detuve en esos puntos, fue para poner de relieve la complejidad del fenómeno y anticipar algunas de las derivaciones teóricas y políticas que emergerán a lo largo del presente trabajo. Temas como el esencialismo, la interseccionalidad, la relación entre identidad e historia, surgirán nuevamente al considerar lo que, siguiendo a Hayden White (1973: x), he señalado como la triple dimensionalidad (ético-política, epistemológica y estético-formal, además de sus vínculos mutuos) de la representación del pasado. A modo de cimiento o clave de lectura (muchas veces implícita) de esas consideraciones, tomaré el concepto de “hegemonía”, que funcionará en diálogo con las categorías expuestas hasta ahora y las que introduciré en lo que sigue. Particularmente en referencia a la historia, esta clave permite pensarla no sólo en términos de *res gestae*, sino también como *rerum gestarum*. En el primer caso, veremos que parte del desafío que ha enfrentado la historiografía es el de encontrar medios para plasmar las dinámicas sociales de hegemonía(s) y contrahegemonía(s) vigentes en cada contexto; en relación con el segundo, analizaré los modos en que esas dinámicas se plasman en los distintos modos de abordar el pasado, y en nuestro propio análisis en teoría de la historia. En resumidas cuentas, indagaré en el fenómeno del “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s” y sus vínculos con la historia tomándolo desde una triple dimensionalidad, y entendiendo dichos vínculos como expresión y habilitación de una serie de relaciones (contra)hegemónicas de poder.

Entiendo la “hegemonía”, siguiendo la propuesta de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, como una “lógica de lo social” (2010: 27) o “un tipo de relación política” (2010: 183) donde se definen “enfrentamiento[s] entre prácticas articulatorias antagónicas”, dentro de un terreno que, lejos de estar predeterminado, es en sí mismo el producto de dicha articulación. Las condiciones fundamentales para que se dé un proceso de hegemonía son, de acuerdo a l*s autor*s, “la presencia

de fuerzas antagónicas y la inestabilidad de las fronteras que las separan” (2010: 179). Si me interesa traer el concepto de hegemonía a esta instancia es, ante todo, porque el fenómeno de l*s “nuev*s sujet*s”, en tanto irrupción en el campo de lo político de “fuerzas antagónicas”, a la vez posibilitó y demandó el develamiento de los mecanismos mediante los cuales se dan las relaciones de dominio y subalternidad, tanto en la esfera política como en los relatos acerca de ella. Esta dinámica no es un efecto indeseado de aquella “lógica de lo social”, sino que es necesaria para su funcionamiento, aunque el posicionamiento relativo de l*s distint*s actor*s no esté “suturado”:

Toda 'sociedad' constituye sus propias formas de racionalidad e inteligibilidad dividiéndose: es decir, expulsando fuera de sí todo exceso de sentido que la subvierta. Pero, por otro lado, en la medida en que esa frontera varía con los avatares mismos de la 'guerra de posición', cambia también la identidad de los actores del enfrentamiento, y es por tanto imposible buscar en ellos ese anclaje último que no nos es dado por una totalidad suturada. (Laclau y Mouffe 2010: 180)

Tal como explican Laclau y Mouffe, en el contexto particular de “una crisis generalizada de las identidades sociales” se da una serie de conflictos que introducen la ambigüedad radical en lo social, imposibilitando cualquier tipo de significado trascendente (*ibid.*: 180). Considero que esta clave de lectura puede ser de utilidad para avanzar sobre el caso de l*s “nuev*s sujet*s”, y presenta importantes puntos de contacto tanto con los objetivos de un enfoque queer, como con la teoría de la historia con la que estoy trabajando aquí, tal como se evidencia en el siguiente fragmento de Chantal Mouffe:

Todo orden es la articulación temporal y precaria de prácticas contingentes. Las cosas siempre podrían haber sido de otra manera, y todo orden se basa en la exclusión de otras posibilidades. Es siempre la expresión de una estructura particular de relaciones de poder. Lo que se acepta en un momento dado como “orden natural”, junto con el sentido común que lo acompaña, es resultado de la sedimentación de prácticas hegemónicas; no es nunca la manifestación de una objetividad más profunda y exterior a las prácticas que lo hacen llegar a ser. Todo orden hegemónico es susceptible de ser cuestionado por prácticas contra-hegemónicas que intentan desarticularlo, con el fin de instalar otra forma de hegemonía. (Mouffe 2010: 4)

El pensamiento queer, entre otros, se ha involucrado fuertemente en el análisis y la explicitación de los modos en que se construyen aquellos supuestos “significados trascendentes” o las “totalidades suturadas”, así como también las maneras en que se establecen las divisiones entre ese interior inteligible (“lo que se acepta en un momento como 'orden natural'”) y el exterior que lo subvierte (las “otras posibilidades” excluidas, que en ocasiones toman la forma de “prácticas

contrahegemónicas que intentan desarticularlo”). Se trata, a fin de cuentas, de exponer los mecanismos mediante los cuales los órdenes hegemónicos son naturalizados y cristalizados en términos de “necesidad”, que “en lo que se refiere a lo social, sólo existe como esfuerzo parcial por limitar la contingencia” (Laclau y Mouffe 2010: 154). Por otra parte, y yendo más específicamente a nuestro tema, a lo largo de este trabajo veremos algunas dificultades de los marcos simbólicos hegemónicos en relación con los abordajes del pasado, y particularmente para la voz de l*s “nuev*s sujet*s”. Laclau y Mouffe mism*s explican que “[e]l discurso se constituye como intento por dominar el campo de la discursividad, por detener el flujo de las diferencias, por constituir un centro”, a partir de “ciertos significantes privilegiados” (Laclau y Mouffe 2010: 152), esto es, hegemónicos. En este sentido, si pensamos al discurso mismo como un modo en que la hegemonía se establece y perpetúa, entenderemos que sus términos constituyen, condicionan y limitan el horizonte de posibilidades de quienes están inmers*s en él.

Sin embargo, en este punto se vuelve fundamental distanciarse de aquellas posturas que ven aquí un obstáculo infranqueable para el desarrollo de nuevos discursos, narraciones o incluso vocabulario que responda a los intereses no de la hegemonía, sino de l*s “nuev*s sujet*s” “emergentes”.¹⁸ Lo dicho hasta ahora no debería llevar necesariamente a un encierro nihilista (atribuido con frecuencia, y creo que equivocadamente, a las perspectivas queer como un todo) o al abandono del espacio de intervención (político, teórico, o de cualquier otra naturaleza). En este sentido, sostendré con Chantal Mouffe que la crítica entendida como intervención debe ser activa, no reactiva. En “La crítica como intervención contrahegemónica”, la autora se diferencia de “uno de los puntos de vista sobre la crítica social actualmente más en boga, aquel que piensa la política radical en términos de deserción y éxodo” (Mouffe 2010: 1). Este modelo, que la autora califica de “posmoderno” y encuentra paradigmáticamente en Michael Hardt, Antonio Negri y Paolo Virno, defiende acciones políticas tales como (en el caso de Virno) “el éxodo y la desobediencia civil”, o, en Hardt y Negri, “la evacuación de los lugares del poder” (*ibid.*: 3). Es decir, se trata de propuestas que llaman a “una defección masiva que rechaza el Estado buscando desarrollar la condición pública del intelecto fuera de la esfera del trabajo y en oposición a ella” (*ibid.*: 3). En mi trabajo, en cambio, apuesto con Mouffe a “una estrategia cuyo objetivo sea desarticular la hegemonía existente por medio de una serie de intervenciones contrahegemónicas, para establecer otra más progresiva gracias a un proceso de rearticulación de elementos nuevos y viejos en una diferente configuración del poder” (*ibid.*: 5). Si, de acuerdo a Mouffe y Laclau, todo discurso se encuentra

18 No es mi intención plasmar con este tipo de aseveraciones una división tajante entre discursos o prácticas netamente “hegemónicas” y discursos o prácticas radicalmente distintos, aunque entiendo que la presentación esquemática que hago en el presente apartado podría dar a entender algo en esa línea. A lo largo del trabajo (por ejemplo en el apartado 5.1), tendré ocasión de intervenir sobre esto marcando las contaminaciones, compromisos e interacciones entre lo “hegemónico” y lo “contrahegemónico” (utilizando las categorías de Mouffe), al punto que espero dejar en claro la imposibilidad de establecerlas como dos campos absolutamente distintos y discretos.

permanentemente desbordado “por la infinitud del campo de la discursividad”, entonces en los términos de la hegemonía está contenido el germen de su propia desarticulación o subversión. Las estructuras discursivas logran una fijación sólo parcial, y si se desarticulan no es por la falta o “pobreza” de significados, sino debido a la polisemia de un campo infinito que siempre las desborda (Laclau y Mouffe 2010: 153-154). Lejos de resultar en un nihilismo político o intelectual, entonces, el advenimiento de est*s “nuev*s sujet*s” hacia la esfera pública sirvió y sirve tanto para alimentar como para interpretar, de diversas maneras, aquella polisemia del campo de discursividad, particularmente en lo que hace a los múltiples modos en que diversos movimientos académicos y de base buscaron pensar(se) diferentemente.

2.2. “Historia con mayúscula”, “historia con minúscula” y ciencia histórica

Específicamente en relación con la historia y su representación, podría decirse que el cuestionamiento de dichos movimientos a la historiografía que denominamos “tradicional” tomó un camino gradual, de la mano de la puesta en cuestión de la “ciencia histórica” en términos más amplios. Mientras que de la “ciencia histórica” me ocuparé en lo que sigue, en esta instancia es oportuno anticipar algunas características de la historia de grupos “minoritarios”, a la que volveré en profundidad en los capítulos siguientes. Henry Abelove (1995) y Martin Bauml Duberman (1989), entre otr*s, señalan que el cruce entre “nuev*s sujet*s” e historiografía se tradujo en distintas etapas, y que no todas ellas cuestionaron los términos mismos de la relación hegemónica. En una primera instancia, se habría tratado de una tarea de recuperación de las memorias perdidas, “llenando los vacíos” de la historia “tradicional”. En un segundo momento, la estrategia se habría volcado más bien a periodizar o teorizar la experiencia histórica del grupo, aunque sin cuestionar las estructuras ni los modos de producción de dichas representaciones. Fue sólo en una tercera instancia que se dio el trabajo de cuestionar los modos mismos de la historiografía, su marco conceptual, su periodización y sus filiaciones ético-políticas. Esta incorporación por etapas, así descrita por distint*s autor*s que trabajaron en casos tales como la historia de las mujeres y/o lgbt (ver, por ejemplo, Duberman 1989: 12), da cuenta no sólo de las herramientas teóricas disponibles en cada momento, sino también del peso de una agenda política fuertemente consciente tanto de sus necesidades y urgencias, como de la fundamental importancia de la representación y apropiación del pasado para saldarlas.

En este sentido, es importante entender el fenómeno que he denominado “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s” en conjunción con los desarrollos propios de la teoría de la historia, y de la historiografía misma, que va encontrando sus maneras de comprender(se) y tomar en sus manos

explícitamente las filiaciones que le son inescindibles. Además, el establecimiento de este marco teórico es fundamental para poder incorporar, más adelante, una serie de categorías provenientes de la teoría de la historia que nos servirán para pensar críticamente tanto la configuración de representaciones del pasado, como los movimientos y debates dentro de la teoría queer. A partir de todo ello, avanzaré sobre mi objetivo de ofrecer herramientas para las representaciones queer del pasado, utilizando el marco teórico de la Nueva filosofía de la historia como una de las columnas críticas fundamentales. A fin de comenzar el camino de esta indagación, en la presente sección analizaré algunos derroteros tomados por la historiografía y la filosofía de la historia, deteniéndome particularmente en el surgimiento de la disciplina profesional y las transformaciones que atravesó durante el siglo pasado.

El historiador británico Keith Jenkins (1997) se ha referido a los distintos impactos que ha sufrido gran parte de la historiografía en el siglo XX como un doble colapso: de la “Historia con mayúscula”, por un lado, y la “historia con minúscula”, por el otro. De acuerdo con el autor, éstos se dan principalmente a partir de nuestra entrada en la postmodernidad (entendida aquí como la etapa histórica en la que nos encontramos, con sus implicancias socio-económicas, políticas y culturales), y el advenimiento del postmodernismo como una reacción cultural a ella. Sin dudas, uno de los fenómenos que ha alimentado estos cambios históricos y culturales es el que he denominado “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”, dada la profunda transformación que implica en las categorías identitarias fuertes propias de la modernidad, como vimos más arriba con Stuart Hall. Si bien excede en mucho el objetivo del presente trabajo ofrecer una reconstrucción detallada o profunda de la historia de la historiografía, sí me interesa dejar asentados algunos puntos de su trayecto, ya que serán de utilidad para la discusión que nos espera en los capítulos siguientes. Comprender qué puede realizar la historiografía en la actualidad, y qué compromisos asume, requiere, entre otras cosas, comprender (parte de) lo que ha realizado, los compromisos que ha asumido, y las críticas que se le han hecho. Tras detenerme en este panorama, en la siguiente sección me dedicaré más específicamente a traer a la discusión algunos de los desarrollos que la denominada “Nueva Filosofía de la Historia” ha contribuido al escenario.

Divers*s especialistas coinciden en apuntar al siglo XIX como aquél que dio nacimiento a la historiografía tal como la entendemos actualmente (Niethammer 1992, White 2010c y 2011a, Tozzi 2009c, entre otr*s). Georg Iggers, por ejemplo, en su clásico trabajo *La ciencia histórica en el siglo XX*, afirma:

En los albores del siglo XIX se produjo en el mundo occidental una ruptura generalizada con el modo en el que hasta entonces se había venido investigando, escribiendo y enseñando la

historia. A este respecto, lo decisivo era la transformación de la historia en una disciplina especializada (...). Hasta entonces habían existido dos formas distintas de historiografía, una de orientación erudita y otra, la literaria. Estas dos formas se iban fusionando a medida que la historia dejaba de ser un género literario para convertirse en una disciplina especializada. (Iggers 1998: 24)

A la hora de pensar en qué podría haber desencadenado este proceso, una respuesta frecuente señala al surgimiento y consagración de los Estados-Nación, momento en el que los grupos hegemónicos emergentes habrían encargado a una nueva élite de historiador*s “profesionales” la tarea de configurar un relato unificado que legitimara el nuevo orden y fijara una identidad nacional con su propia genealogía. Si los estudios históricos fueron transformados en una disciplina, ya no a cargo de *amateurs* o especialistas de cada área (generales retirados podían escribir la historia de una guerra, miembros de la familia real la genealogía de su casa, y así sucesivamente) sino de una clase de especialistas formad*s en universidades y academias, era “para dar legitimación a esas naciones cuyos orígenes eran tan oscuros como incierta su composición étnica”, y, con ello, disipar “los miedos que generaba la incertidumbre de los orígenes” y la posibilidad de hibridismo o mestizaje (White 2010d: 166). Es decir, el siglo XIX vio ir de la mano la construcción de una “pureza de la línea de sangre” para los Estados-Nación, y para la profesión misma que la fundamentaba. Y al igual que la delimitación nacional sirvió para confirmar “el reclamo del grupo étnico dominante [en cada caso], dentro de la nación, sobre la tierra que gobernaba” (*ibid.*: 167), similarmente la delimitación disciplinaria sirvió para asegurar un lugar dentro de la academia, arrojando a un lugar subordinado a otros géneros, registros e intereses.

De esta manera, se pretendía establecer una nueva “ciencia histórica” que pusiera fin a la multiplicidad de producciones divulgadas hasta aquel momento por autor*s *amateurs*, imponiendo en su lugar un riguroso método de investigación. De esto emerge como una de las principales características de esta historiografía profesional su *cientificidad*, es decir, la visión de la investigación sobre el pasado como una actividad que debe tener lugar en “una comunidad de científicos provistos de todo un conjunto de prácticas de trabajo y de comunicación”, con un fuerte anclaje en las instituciones académicas (Iggers 1998: 24). En el caso de la “ciencia histórica”, la delimitación de esta comunidad no se da tanto por el objeto (“la historia como ciencia no tiene un objeto epistemológico que le sea propio, sino que lo comparte con todas las ciencias sociales y humanas”, afirma Reinhart Koselleck; 2004: 94), sino por los métodos y reglas mediante los cuales arriba a resultados verificables. En este sentido, de acuerdo al paradigma adoptado por la temprana “ciencia histórica”, el primer precepto del trabajo historiográfico debía ser, en palabras de Leopold Von Ranke (considerado, precisamente, el “padre de la ciencia histórica”), “la rigurosa exposición

del hecho” (citado en Iggers 1998: 27), y el trabajo directo, sin intermediari*s, sobre las fuentes (Zermeño Padilla 2002: 82-83).

El alegato de científicidad servía para diferenciarse de l*s que pasarían a ser “l*s otr*s malvad*s de la historia” (expresión que, como veremos en seguida, debemos a White). Por un lado, la disciplina se distingue respecto de la vieja erudición *amateur*, gracias al mencionado rigor metodológico, particularmente en lo que respecta al examen crítico de las fuentes, y a la consagración del área como disciplina universitaria. En segundo lugar, en el gesto mismo de su constitución le interesa diferenciarse de (y rechazar toda hibridación con) la filosofía de la historia, aún en sentido más amplio. Paradójicamente, tal como nota Reinhart Koselleck, “lingüísticamente, es el mismo evento el que constituyó a la historia en el sentido habitual de nuestros días, y sobre esta base hizo surgir una filosofía de la historia” (Koselleck 2004: 36), ya que esta última se ocuparía de “generalizar y sintetizar las verdades particulares que los historiadores profesionales habían revelado”, a fin de elaborar principios generales acerca de la naturaleza humana y sus modos de socialización (White 2011a: 30-33). En este sentido, una de l*s “otr*s” paradigmátic*s de la ciencia histórica es – al menos explícitamente – la filosofía especulativa de la historia, es decir, aquel abordaje del pasado que priorizaba la búsqueda de un sentido último de la historia y el “destino humano”.¹⁹ Finalmente, además de la erudición *amateur*, la filosofía de la historia y las reflexiones especulativas, se deja de lado también a la literatura: de acuerdo con White, quien en esto sigue a Michel de Certeau y su idea de la ficción como “el otro reprimido de la historia”,

con la transformación de la historia en ciencia, la ficción en general y la ficción literaria en particular comenzaron a considerarse el *otro* malvado de la historia, (...) de forma tal que, para finales del siglo XIX, en el campo de la historia la escritura historiográfica con rasgos literarios marcados era inmediatamente catalogada como la labor de amateurs o, a lo sumo, como el producto de una sensibilidad histórica que había sucumbido a los atractivos de la fantasía. (White 2011a: 29)

Otro de los elementos clave para la separación respecto de otras disciplinas es la afirmación *de neutralidad*: la tarea historiográfica debe distanciarse de la cotidianeidad y del presente “para conocer, en primer lugar, la historia pasada misma. Pues tras las cuestiones guiadas por intereses, barruntaba el peligro de que impidieran precisamente aquel conocimiento histórico” que les competía obtener (Koselleck 2004: 148). Esto implica investigar el pasado como “objeto de contemplación” o “un fin en sí mismo” (White 2012: 32) y no, aparentemente, en función de

¹⁹ Aunque, paradójicamente, “incluso la negación de un significado del curso de la historia es, por supuesto, una filosofía sobre el significado de la historia” (Berkhofer 1995: 40).

intereses presentes o futuros. En 1882, el historiador francés Hyppolite Taine condensaba esta postura de manera muy elocuente:

El método moderno que yo sigo y que comienza ahora a penetrar en todas las ciencias naturales, consiste en considerar las obras humanas (...) como hechos y productos cuyas propiedades hay que mostrar y cuyas causas hay que investigar. Considerada en esta forma, la ciencia no tiene que justificar ni condenar. (...) Este es el movimiento general con el cual se van aproximando en la actualidad las ciencias morales y las ciencias naturales y por el que las primeras alcanzarán la misma certeza y realizarán el mismo progreso que las segundas. (citado en Zermeño Padilla 2002: 25)

Sin embargo, es interesante notar que esto no implicaba renunciar a la intervención de la historia en “la vida” (en la expresión de Ranke), sino todo lo contrario: en sintonía con “la ideología contemporánea de la ciencia”, tanto las ciencias naturales como las humanas podían ser a la vez “*desinteresadas y prácticas* y, al mismo tiempo, socialmente beneficiosas” (White 2012: 33). En palabras de Ranke, “[s]ólo podemos ejercer un verdadero influjo sobre el presente si primero hacemos abstracción de él y nos elevamos a la ciencia libre y objetiva” (citado en Koselleck 2004: 148); de esta manera, se asegura que la ciencia influya sobre la vida, y no la vida sobre la ciencia. En cualquier caso, todo trabajo acerca del pasado que no cumpliera con los requisitos de neutralidad era arrojado al ámbito de “mera ideología o profecía religiosa enmascarada como ciencia histórica” (White 2012: 33), y no obtenía las credenciales de la nueva ciencia.

En cuanto al formato, una de las claves de este momento de gestación de la historiografía profesional es la adopción de *la narración* como modo privilegiado de presentar los resultados de la investigación profesional. La técnica de la narración da cuenta del doble origen de la historiografía que vimos con Iggers más arriba: la investigación erudita, por un lado, y la escritura literaria, por el otro. En el primer caso, se consideraba que la narración permitía transmitir los resultados de un estudio riguroso, desarrollado mediante una metodología específica, de manera “neutral”, sin resabios especulativos. Más adelante veremos que esta visión del trabajo historiográfico tiene por detrás una noción de transparencia del medio: si se toma a la narración como modo de presentación, es porque se considera que ésta puede servir de puente entre el pasado, un* historiador* y un* lector*, sin interferir en dicha transmisión. Sin embargo, lejos de ser transparente y aséptica, un análisis más exhaustivo permite afirmar que la narración es tomada precisamente porque sirve para establecer relaciones causales entre los eventos (lo que Berkhofer denomina “secuencia una-cosa-a-*causa-de-la-otra*”), en lugar de simplemente colocarlos en una sucesión inconexa (“secuencia de *una-cosa-después-de-la-otra*”). Es la narrativa, en suma, lo que permite presentar el pasado como

un relato unificado, una única historia (aun contemplando sub-tramas), y estas presentaciones (y sus compromisos) serán el objeto de análisis de la filosofía narrativista de la historia. En relación con sus antecedentes literarios, por otro lado, la narración toma un lugar de vital importancia para “escribir, como buenos autores literarios, para un amplio público culto” (Iggers 1998: 25). Sin embargo, si la historiografía se presenta como ciencia es, entre otras cosas, porque se diferencia de la ficción, y aquí volvemos sobre la afirmación de la utilidad de la narración pura y exclusivamente como un medio para lograr sus objetivos expositivos. Tal como lo resume bellamente Hayden White:

Aquí hay una serie de hechos organizados para su presentación como si fueran (o como si tuvieran la forma de) un elemento literario o, más específicamente, de un elemento ficcional. La forma de la historia está allí sólo para que la información (...) fuera más apetecible. Entonces, leamos y disfrutemos pero, una vez que hayamos terminado, descartemos la escalera ficcional por la que subimos y contemplemos los hechos en sí mismos. (White 2012: 37-38)

La tarea de representar el pasado se transforma en una ciencia, entonces, mediante la adopción de un método y la delimitación del campo de sus vocer*s y registros autorizad*s. Si, como afirmara Ranke, la historia “debe unir la ciencia y el arte” (citado en Iggers 1998: 25), lo hará ciertamente al servicio de la primera, enarbolando las banderas de la neutralidad y la objetividad, y defendiendo una división neta hecho/ficción (entre otras). Todo esto permitió a la disciplina consagrarse como “paradigma de un grado cero de la facticidad”, y convertirse en la encargada de establecer “la verdad y la realidad de los hechos sociales” de los que podrían servirse las otras ciencias para cimentar su trabajo (White 2010d: 168).

Aún cuando comienza a perder fuerza el historicismo clásico y su noción de “ciencia histórica” decimonónica, la defensa de la historia como ciencia social que lo sucede conserva una parte importante de sus preceptos científicistas. De hecho, las distintas tendencias que se conformaron en el campo de la historia social

tenían en común la idea procedente del historicismo clásico según la cual la historia era una ciencia orientada hacia una realidad objetiva que procedía de un modo estrictamente metódico. Sus representantes también seguían creyendo en un tiempo de progresión lineal, que confiere a la historia su coherencia y hace que sea posible ocuparse de ella científicamente. (Iggers 1998: 37)

L*s historiador*s continúan considerándose como parte de una profesión, reforzando así la idea de

“comunidad científica” con una serie de preceptos, metodologías y estándares en común. Las tecnologías de la información permitieron la profundización de este modelo científico a través de la incorporación de métodos cuantitativos para acompañar el estudio cualitativo de áreas tales como demografía, tendencias electorales, y procesos económicos. Incluso en los años setenta del siglo XX, tanto en Francia como en Estados Unidos prosperó la investigación histórica basada en la estricta cuantificación, que “trabajaba con un concepto de ciencia para el cual la ciencia histórica, como todas las ciencias, únicamente obtiene su científicidad por el hecho de que sus afirmaciones pueden adoptar una forma matemática” (Iggers 1998: 46).

La continuidad de ciertos preceptos científicistas no impidió que dieran cambios importantes en relación con la tarea historiográfica. Entre ellos, cabe mencionar -dada su importancia para el tema abordado en esta Tesis- la ampliación del espectro de estudio de la disciplina desde el Estado y las personalidades que lo sustentan, hacia las personas “de a pie” y el análisis del comportamiento colectivo y los procesos (sociales, demográficos, económicos, etcétera) de larga duración. Particularmente, tanto l*s “New Historians” en Estados Unidos, como parte de l*s historiador*s de *Annales* en Francia, mientras defendían la idea de una “ciencia histórica” basada en métodos cuantitativos, en algunos casos (coincidentes o no con aquella defensa metodológica) trajeron una ampliación del objeto de estudio de la historia, volcando la atención hacia las estructuras anónimas, la vida sentimental, las mentalidades colectivas, entre otros. De hecho, tal vez sea en parte aquel enfoque metodológico mencionado más arriba lo que permite abrir el juego a otras esferas de la sociedad, ya que “los métodos cuantitativos permiten reconstruir aspectos del mundo vital concreto de personas concretas en un momento determinado de la historia y en un determinado ámbito cultural” (Iggers 1998: 45-46). Esto se da, entre otras cosas, porque la incorporación de métodos cuantitativos facilita el trabajo sobre registros demográficos, policiales, parroquiales, donde aparecían aquellas figuras no representadas en las fuentes utilizadas tradicionalmente (documentos del Estado tales como tratados o cartas de las grandes figuras de la política, obras de historiador*s anterior*s, entre otros).

En otros casos, este giro hacia nuevas fuentes y figuras dialoga con el contexto más amplio de cuestionamiento de las ideas de progreso, modernidad y civilización que servían de sustento a esta y otras disciplinas afianzadas en el siglo XIX. Al respecto cabe mencionar a la tercera generación de *Annales* y las llamadas historias de la vida cotidiana, las microhistorias, la historia oral y la antropología histórica, que traen nuevos aires a la representación del pasado, cuestionando algo más que la disciplina académica misma. En estas corrientes, “las razones para alejarse de la historiografía, tal como la hacían los marxistas y también la ciencia social histórica, residían en una radical puesta en tela de juicio de la valoración optimista del progreso técnico y civilizador” (Iggers 1998: 82). De esta manera, la propuesta de no centrarse en l*s sujet*s privilegiad*s del pasado se

respalda, en ocasiones, en una crítica a las ideas modernas de progreso; al relato en términos de grandes procesos se contraponen la necesidad de dirigir la atención a aquellas personas o comunidades que pagaron el precio más caro por los paradigmas modernos, y a los sucesos anteriormente excluidos tanto de las representaciones como de los procesos históricos de toma de decisiones.

No obstante, tal como se adelantó en el apartado anterior – y se verá nuevamente a lo largo de los siguientes capítulos – la inclusión de sujet*s previamente excluid*s no es sinónimo de radicalidad política o de derribo de los paradigmas modernos. Muy por el contrario, divers*s exponentes de estas nuevas corrientes fueron cuestionad*s por reproducir el modelo de historiografía como búsqueda de un relato único (al que no harían más que ampliar en alcance) y “mejor”, sin cuestionar los fundamentos mismos de la práctica historiográfica. Joan Scott, por ejemplo, analiza las transformaciones en la historiografía a partir de la incorporación de las mujeres como objeto de análisis (principalmente desde la llamada “Her-story” y la historia social) y concluye:

No basta con simplemente afirmar que el género es un tema político. La realización del potencial radical de la historia de mujeres llegará cuando se escriban historias que se enfoquen en las experiencias de las mujeres y *que además* analicen las maneras en que la política construye el género y el género construye la política. Así, la historia feminista se transforma no en el recuento de los grandes logros de las mujeres, sino en la visibilización de las operaciones, frecuentemente silenciosas y ocultas, del género, que sin embargo son fuerzas presentes y definitorias en la organización de la mayoría de las sociedades. Con este enfoque, la historia de mujeres enfrentará críticamente las políticas de las historias existentes, e inevitablemente dará comienzo a la reescritura de la historia. (Scott 1999: 27)

Con todo, y como también reconoce Scott, la contribución de estas corrientes a la práctica historiográfica en cuanto a la ampliación del espectro de estudio y de los recursos metodológicos, y a la puesta en cuestión de los compromisos políticos de la historiografía moderna, es insoslayable y valiosa.

Los primeros pasos de la profesionalización de la disciplina, que aquí expuse muy someramente, son una muestra clara de cómo funcionan las dinámicas hegemónicas a las que me referí más arriba (ver apartado 2.1): estableciendo un dominio sobre el campo de la discursividad, se detiene el flujo de las diferencias y se constituye un centro a partir de ciertos significantes privilegiados. La construcción del Estado-Nación implicó su “purificación” respecto de una cierta cantidad de elementos que quedaron por fuera del campo de la discursividad: “A partir del

establecimiento de un lugar” (lo que Laclau y Mouffe señalan como “un centro”) “se procede a explicar al 'otro', al extraño distinto de uno mismo, o bien se le incorpora dentro de una genealogía narrativa lineal, progresiva, la propia de la patria y de la nación” (Zermeño Padilla 2002: 64). Si bien el tratamiento específico de las dimensiones políticas de la dinámica entre “uno” y “otro” es más propio del Capítulo 4 de esta Tesis, baste aquí con notar que mediante este gesto constitutivo se consagran a la vez los Estados-Nación y la profesión historiográfica. Es decir, la “pureza” de la Nación y la “pureza” de la ciencia histórica suceden mediante un mismo gesto de hegemonización de un fragmento específico y la exclusión de un/un*s otr*/otr*s. Esas exclusiones son las que hacen posible que hoy en día, alrededor de un siglo y medio después de consagrado ese proceso de “purificación”, la presente Tesis incluya una noción tal como “nuev*s sujet*s”, sabiendo que se trata de sujet*s que, como vimos, no son ciertamente “nuev*s” en un sentido ontológico. Se trata de aquell*s “nuev*s sujet*s” que no fueron incorporad*s a la “genealogía narrativa lineal, progresiva, propia de la patria y la nación”, y que en la segunda mitad del siglo XX impulsaron su demorada incorporación.

De las múltiples y variadas críticas que ha recibido la historiografía profesional desde su instauración como ciencia en el siglo XIX, me interesa particularmente traer aquí las que se han ocupado de exponer y cuestionar este tipo de relaciones hegemónicas constitutivas. Al visibilizar los compromisos implícitos en la historiografía profesional, ellas han logrado impugnar sus pretensiones de universalidad y exhibir la política y la epistemología subyacentes a aquel alegato de neutralidad. Concentrarme en estos puntos me permitirá avanzar, en la segunda parte del trabajo, sobre algunas alternativas que se han realizado o que podrían implementarse en pos de una historiografía pensada desde una perspectiva queer. No obstante, al abordar las críticas a los compromisos hegemónicos (o, podríamos decir, hegemonzantes) de aquella historiografía, es importante no caer en la reproducción de oposiciones tajantes y binarias entre una historia “tradicional” o “moderna” que sería universalizante, estructurada, acrítica y cientificista, versus una historia “nueva” o “posmoderna” consciente de sus propias pertenencias, abierta, emancipadora y politizada. No se trata de dos momentos cronológicos ni de dos grupos opuestos, sino más bien de una serie de características que me interesa reivindicar para el trabajo de abordar el pasado, y otras cuyos problemas quisiera exponer. Evidentemente, en algunas corrientes historiográficas se destacan más las primeras, y en otras las segundas; no obstante, también encontramos entrecruzamientos sumamente interesantes, tales como los vistos más arriba en relación con la ampliación del espectro del estudio habilitada por la adopción de metodologías cuantitativas.

A fin de comprender más profundamente tanto las contribuciones como los desafíos de estos y otros proyectos historiográficos, adoptaré la distinción de Keith Jenkins (1997) entre “Historia con mayúscula” e “historia con minúscula”. Si bien se trata de una nomenclatura esquemática,

considero que, si logra sortearse el riesgo de una excesiva simplificación, puede ser de utilidad para exponer dos grandes núcleos problemáticos que se han señalado en la historiografía a lo largo de las últimas décadas. Adelantándolo en pocas palabras, podemos decir que Jenkins propone entender al proceso que atravesaron los estudios del pasado en términos de, por un lado, el colapso de una “Historia con mayúscula”, que entiende a la historia como direccionada hacia un sentido inmanente; y, por el otro, el colapso de una “historia con minúscula”, esto es, un proyecto específico de historiografía que, diferenciándose de la primera, se pretende objetivo, no especulativo y neutral. Viendo en detalle estos procesos, que Jenkins no entiende como unívocos o acabados, podremos dar forma más definida a lo dicho hasta ahora sobre la “ciencia histórica”, y comprender qué panorama presenta el campo de la historiografía cuando se dan los desarrollos sobre los que entraremos en el capítulo siguiente y en la segunda parte de esta Tesis.

De acuerdo a las categorías propuestas por Jenkins, podríamos decir que tanto la “ciencia histórica” en sus primeras versiones historicistas como sus sucesivas transformaciones (incluyendo la mencionada “New History” y toda la corriente de *Annales*) se presentaban como alternativa y oposición a la llamada “Historia con mayúscula”. Ésta, de visos claramente especulativos, mira “al pasado en términos que asignan a los eventos y situaciones contingentes un significado objetivo, identificando su lugar y función dentro de un esquema general de desarrollo histórico que generalmente se construye como apropiadamente progresivo” (Jenkins 1997: 5). Esta teleología, entendida ya sea en términos proletarios o burgueses, sería el vehículo de la emancipación universal a la que aspiraba la modernidad europea. Allí reside, precisamente, uno de los ejes de la crítica posterior: este tipo de abordajes del pasado habrían estudiado la historia no “por sí misma”, sino en función de un proyecto que la excedía. La defensa de una “ciencia histórica”, en cambio, se presenta como libre de intereses políticos, ideología o compromiso con un significado propio de la historia; es así como se abre el “colapso de la Historia con mayúscula” al que se refiere Jenkins. Sucesivamente, la puesta en cuestión del proyecto moderno, acelerada por las Guerras Mundiales y otros eventos liminales del siglo XX, dio el golpe de gracia a esta “Historia” cimentada en las nociones de progreso, teleología y triunfo de la razón. Tales condiciones dan lugar a lo que ha sido señalado como una de las características principales del postmodernismo, la “incredulidad frente a las metanarrativas” (Lyotard 1997: 36), y consigue dejar en evidencia la relatividad de aquellas nociones, y los riesgos que conlleva la creencia en “Grandes Relatos” (Berkhofer 1995).

El hecho de que la “Historia con mayúscula” se haya cuestionado principalmente a través del impulso de la “historia con minúscula”, implica que esta última se estableció como hegemónica, al punto de fusionar su identidad con la de la disciplina en su totalidad. “Hacer historia” es, a fin de cuentas, hacer historia de una manera en particular, pero “por supuesto, esta historia no se referirá a sí misma como historia en minúscula, sino que – siguiendo la característica universalizante de toda

ideología – olvidará el adjetivo calificativo y hará pasar a su 'especie' de historia como si fuera la historia en sí misma” (Jenkins 1997: 9). La “historia con minúscula” se presenta como un modo “neutral” de hacer historia, aunque aquí me interesa más bien entenderla en tanto configuración posible de las representaciones del pasado, que responde a los intereses de la hegemonía que la estableció, borrando luego las huellas mismas de su constitución (de acuerdo a los procesos hegemónicos expuestos en el apartado anterior). Es por ello que, tal como señala Jenkins, aun quienes aceptan la caída de la “Historia con mayúscula” (en manos de la “ciencia histórica”, el postmodernismo, o cualquiera de las otras corrientes que la han criticado), pueden seguir afirmando que la “historia con minúscula” no se ha visto afectada por este “colapso”.

Ahora bien, si tanto la “Historia con mayúscula” como la “historia con minúscula” son posicionamientos dentro de la profesión cargados de una determinada ideología, ¿en qué se diferencian una de otra? ¿Qué características sostienen a la “historia con minúscula” como algo distinto y, aparentemente, opuesto a su antecesora? Divers*s autor*s han estudiado las características de esta “historia con minúscula”; en esta instancia, tomaré elementos de las contribuciones de Robert Berkhofer (1995), Scott Bravmann (1997), y el mismo Jenkins, para ofrecer algunos de los trazos principales que me permitan introducir, en lo que sigue del trabajo, las alternativas ofrecidas por la Nueva filosofía de la historia, el pensamiento queer, y otras vertientes teóricas. Entre aquellas características podemos destacar:

- Realismo: la afirmación de que el pasado “realmente existió”, se caracteriza por una plenitud compleja, y ya no está presente. Aún en los casos en que se admite una pluralidad de interpretaciones presentes, esto no implica el reconocimiento de una pluralidad de narraciones/historias ni de una pluralidad de pasados.
- Empirismo: en parte como consecuencia del punto anterior, se considera que la tarea de la disciplina es describir la realidad pasada, no construirla. Se parte del supuesto de que “los trabajos de l*s historiador*s son representaciones adecuadas de lo que de hecho fue el pasado”, y esto es posible porque la historiografía es “un medio transparente entre el pasado y la mente del* historiador*” (Berkhoffer 1995: 28).
- Objetivismo: justamente porque se cree posible la transmisión transparente de “lo que realmente sucedió” en el pasado hacia el presente, la historiografía puede y debe aspirar a un conocimiento objetivo de la realidad.
- Documentalismo: se propugna el uso de documentos y archivo como fuente privilegiada de información, siguiendo la vieja máxima de “*ad fontes*”. Esto constituye el foco de la formación académica dado que, una vez establecidos los puntos anteriores, el mayor desafío que encontraría un* historiador* sería plasmar en su producción la plenitud del pasado, a

través de las huellas que quedaron de éste en los documentos.

- Neutralidad: Además, y como resabio de aquella profesionalización de los estudios históricos, en muchos casos se sigue considerando que la tarea historiográfica debe ser “por sí misma” y no en función de intereses externos o presentes, ni distorsionada por reflexiones teóricas (White 2012: 25; Jenkins 1997: 10, 14). En este sentido, tanto la política como la teoría histórica serían impurezas que deben ser purgadas del discurso histórico “propriadamente dicho”.

Incluso cuando se reconoce que no todos estos principios son posibles en la práctica profesional concreta, de todos modos se mantienen como ideales a los que toda representación del pasado debería aspirar para adquirir las credenciales de “historiografía” (y no ser relegada, como ya vimos, a las esferas de la ideología, la ficción, o el *amateurismo*). Es precisamente en este sentido que teóricos tales como Robert Berkhofer optan por hablar de “historia normal”, esto es, el ejercicio de la práctica profesional de acuerdo a una serie de preceptos acordados por una época y una comunidad de investigador*s específicas. La expresión proviene, evidentemente, de la *La estructura de las revoluciones científicas* de Thomas Kuhn, donde el autor denomina “ciencia normal” a la etapa en la que la comunidad científica llega a un acuerdo sobre una cantidad de estándares profesionales, objetos de interés, metodología, conocimientos básicos, entre otros. En palabras de Kuhn, se establece “[c]uáles son las entidades fundamentales de que se compone el Universo” (en nuestro caso, el “universo” histórico), “cómo interactúan esas entidades, unas con otras y con los sentidos”, y “qué preguntas pueden plantearse legítimamente sobre esas entidades y qué técnicas pueden emplearse para buscar las soluciones” (1971: 25). Aplicado al ejercicio de la disciplina historiográfica, estos presupuestos paradigmáticos de la comunidad profesional se traducen en una “práctica histórica normal” que “depende del uso de métodos aceptados profesionalmente para la obtención de hechos [*facts*] sobre el pasado a partir de la evidencia remanente, o de las fuentes” (Berkhofer 1995: 28).

El hecho de que no exista tal cosa como un* historiador* “normal” “perfect*” (al igual que no puede existir un* científico* “normal” “perfect*”), no impide que se sostengan ciertas tendencias en las instituciones educativas y de investigación que direccionan la práctica. Entre otras cosas, estos estándares tienen la función de determinar qué permanece dentro del campo de la historiografía y qué no. Cada época tiene su propia idea de qué es la “historiografía normal” - idea que a la vez habilita y es habilitada por una serie de exclusiones, tal como vimos en el caso del surgimiento de la ciencia histórica. Esto nos servirá para pensar, entre otras cosas, la delimitación de l*s sujet*s y las temáticas estudiadas; de hecho, Kuhn mismo advierte que “[n]inguna parte del objetivo de la ciencia normal está encaminada a provocar nuevos tipos de fenómenos; en realidad, a los fenómenos que no encajarían dentro de los límites mencionados frecuentemente ni siquiera se los

ve” (1971: 53). En este trabajo señalaremos, entre otras cosas, qué es precisamente aquello que no se está viendo cuando determinadas representaciones del pasado son excluidas del campo de la historiografía.

En *Beyond the Great Story* (1995), Berkhofer se ocupa de aclarar que su uso de “historia normal” se aplica tanto a las prácticas “tradicionales” como a las “no tradicionales” (y de hecho es por eso que prefiere aquella expresión a la de “historia tradicional”, adoptada, por ejemplo, por Joan Scott), ya que en realidad la expresión refiere a una serie de estándares de la comunidad historiográfica en un tiempo y lugar determinados. Siguiendo la clasificación de Jenkins, entendemos que es posible hablar de “historia normal” tanto en relación con la “Historia con mayúsculas” como a la “historia con minúsculas”. De hecho, el trabajo de Berkhofer vio la luz en un momento en el que la vertiente “con mayúscula” ya había sido cuestionada desde diversos frentes, que objetaban, como vimos, aquel “Gran Relato” al que el autor dedica el título. Sin embargo, el hecho de que la “historia con minúscula” constituya, en cierto sentido, la “historia normal” propia de nuestro tiempo, implica que sus cimientos – los principios de realismo, empirismo, objetivismo, documentalismo y neutralidad mencionados más arriba – no sean puestos en cuestión (o al menos no hasta el punto de derribar las prácticas y la formación instituidas académicamente). Ante todo, el hecho mismo de construir una narrativa rara vez es explicitado: quien se prepara para la profesión aprende la metodología aceptada de acceso a las fuentes “para la obtención de hechos”,

Pero combinar esos hechos en una narrativa coherente u otro tipo de síntesis es aún más importante, si una historia tiene que ser más que un mero ensamblaje de hechos [*facts*]. Por lo tanto, a partir de fuentes que se supone que son sobre, además de pertenecientes a, el pasado o la historia, un* historiador* normal crea generalizaciones que son ensambladas en una síntesis a la que en el presente se llama, una vez más, (una) historia. (Berkhofer 1995: 28)

Si el ejercicio de ensamblaje y presentación no es explicitado a la par de las disposiciones metodológicas de acceso a las fuentes, se debe, entre otras cosas, a que el texto histórico es considerado transparente en relación a la realidad histórica – pasada – y al interés o juicio del* historiador* respecto de qué merece ser incluido en su narración (Ankersmit, citado en Berkhofer 1995: 28). Esta supuesta transparencia determina que el foco principal del entrenamiento profesional estará en cómo trabajar con la evidencia, y no en los modos de presentación de esos “hechos”, así como tampoco en la discusión de los cinco presupuestos de la historia “con minúscula” mencionados anteriormente.

En este sentido, entendemos que las diferencias entre la “Historia con mayúscula” y la “historia con minúscula” tal vez se deban más a una autopercepción de esta última que a un cambio cualitativo real:

tanto las historias con mayúscula y con minúscula, al ser construcciones 'metahistóricas', son a fin de cuentas, como toda construcción, maneras arbitrarias de dar forma a lo que llega a constituir el campo. Tanto las historias con mayúscula como las con minúscula no son más que teorías sobre el pasado y sobre cómo debería ser apropiado. (Jenkins 1997: 8)

En ambos casos, se trata de formas en las que la modernidad conceptualizó el pasado y nuestra relación con él, en sintonía con las distintas transformaciones (sociales, políticas, culturales, etcétera) que tuvieron lugar en el contexto de producción historiográfica. Berkhofer señala una sucesión de crisis (conceptuales y metodológicas, políticas y prácticas), que, cada una a su manera, van socavando los cimientos mismos de estas maneras de abordar el pasado: una disminución del interés por parte del “público popular” en las grandes historias narrativas, los cuestionamientos del multiculturalismo al eurocentrismo de la historia académica, la “pérdida de fe en los grandes temas del progreso y la liberación que servían de guía moral y política a través de las lecciones de la historia”, y, finalmente, “la crisis creada por las implicancias de la teoría literaria y retórica para la práctica de la historia misma” (Berkhofer 1995: 25). Mientras que los primeros tres ejes dan cuenta principalmente (aunque no sólo) del cuestionamiento a los “Grandes Relatos” o la “Historia con mayúscula”, el último apunta directamente a la “historia con minúscula”, y en este sentido el mismo Berkhofer destaca las contribuciones del giro lingüístico, el multiculturalismo, el estructuralismo y el postestructuralismo. De acuerdo al autor, cada una de estas corrientes hace su aporte para exponer el carácter ideológico de aquellos criterios supuestamente objetivos y neutrales (derribando la diferenciación respecto de los “Grandes Relatos”), y mostrar qué es lo que se oculta detrás de esta construcción que pretende ser meramente “técnica”. Siguiendo a Berkhofer, podemos señalar particularmente cinco tendencias que ponen en cuestión las nociones que sustentan todos los campos del estudio humano, incluidos los estudios sobre el pasado:

- **Desnaturalización:** categorías que eran otrora consideradas naturales, se exponen como fruto de construcciones sociales y políticas específicas y datadas, con la evidente consecuencia de la posibilidad de que sean de otra manera. Un claro ejemplo de este punto es el de las “identidades” ilustradas al inicio del capítulo.
- **Desmistificación:** entendida aquí como una metodología de corte genealógico que expone las relaciones sociales como sistemas de inequidad, e indaga en los modos en que ésta se plasma en comportamientos, ideas y artefactos humanos.

- Desjerarquización: la erosión de los límites académicos y/o estéticos entre la cultura popular y la de élite. En el caso de la historia, un ejemplo de esto son aquellas corrientes que proponían un uso equiparado de fuentes provenientes de la “alta cultura” con otras de registro histórico “liso y llano”, entendiendo a ambos como parte de la organización social y cultural de un período.
- Desreferencialización [*dereferentialization*]: este punto, al igual que el siguiente, lleva aún más allá el desafío a la historiografía. En este caso, se trata de poner en tela de juicio su calidad de mediadora entre “conceptos” y “realidad”, sugiriendo que “las representaciones textuales y otras no corresponden a una realidad extratextual y extralingüística”, sino a construcciones histórica y socialmente específicas (Berkhofer 1995: 10).
- Deconstrucción: en el uso que le da Berkhofer, este término refiere al abordaje de los textos y discursos como heterogéneos, autocontradictorios y partes de una conversación continua que no lleva a un cierre; una de las consecuencias es el cuestionamiento de la jerarquía que domina oposiciones tan arraigadas en nuestra cultura como naturaleza/cultura, razón/emoción, verdad/ficción, entre otras.

La confluencia de estas tendencias lleva a que “la definición misma de historia” tome “un significado más reflexivo, uno que muestre su naturaleza socialmente construida” y “las relaciones entre la naturaleza del conocimiento histórico, las bases sociales de su producción, y sus implicancias en el sistema de poder de una sociedad” (Berkhofer 1995: 7-8). El análisis de Hayden White sigue una línea similar, notando el cuestionamiento de una serie de “distinciones que, habiéndose convertido en dogmas, aseguraron las ilusiones del objetivismo en las modernas ciencias sociales y humanas” (White 2010d: 162). Entre dichas distinciones, White destaca siete que, si bien están pensadas específicamente en relación con los aportes del modernismo literario, pueden servir para pensar más ampliamente en algunos ejes de aquel “colapso” al que se refiere Jenkins: eventos y su representación en el discurso, documentos y textos (literarios), textos (literarios) y contexto social, discurso literal y discurso figurativo, referente y tema, hechos y ficción, e historia y literatura. Cada uno de los elementos de estas duplas, antes defendidos como dos esferas separadas e impolutas, colapsa uno en otro dando lugar a investigaciones y experimentaciones sobre los diversos modos de representar el pasado.

Berkhoffer señala que, en el ámbito académico, prácticamente todas las disciplinas se han visto afectadas por esa tendencia a la desnaturalización, desmitificación, deconstrucción, desjerarquización y desreferencialización. La impugnación de la supuesta universalidad y objetividad del conocimiento y los puntos de vista acerca del pasado tiene como ejemplo paradigmático, precisamente, el denominado “surgimiento de los nuev*s sujet*s”, a partir del cual

diversas corrientes de pensamiento denuncian el autoritarismo de la historiografía llamada “tradicional” y se reapropian de la cultura y la historia como sitios de creación, lucha, y resistencia social (Berkhofer 1995, Bravmann 1997). En este sentido, es importante notar que, más allá de las impugnaciones, denuncias y colapsos vistos, la tarea reflexiva se traduce también en ideas de cómo puede ser (re)presentado el pasado, abrazando las características de la profesión que no eran explicitadas bajo el marco tradicional: el posicionamiento teórico que acompaña al relato, la interpretación, la expansión creativa de las fuentes posibles, la intertextualidad, entre otros. Sobre esto volveremos a lo largo de la Segunda Parte de la presente Tesis, cuando indagemos en las propuestas ofrecidas por estas perspectivas alternativas.

2.3. Incursión de la Nueva filosofía de la historia

Dentro de este panorama de replanteo conceptual y metodológico de las “ciencias humanas” en general, y la indagación sobre el pasado en particular, ocupa un lugar central lo que Ankersmit y otr*s han denominado “Nueva filosofía de la historia” o “filosofía narrativista de la historia”, esto es, el conjunto de propuestas en teoría de la historia que se concentran en “la naturaleza de los instrumentos lingüísticos que l*s historiador*s desarrollan para incorporar conocimientos sobre el pasado” (Ankersmit 1986: 2). La importancia de este movimiento es insoslayable, ya que ha involucrado un fuerte cuestionamiento de los presupuestos del ejercicio de la historiografía tal como se la conocía hasta el momento, incluyendo la “concepción representacionalista del conocimiento histórico, [el] ideal de alcanzar el relato o interpretación verdaderos acerca del pasado y (...) la consideración de la historia como una ciencia” (Tozzi 2009c: 27). De lo dicho en el apartado anterior emergerá que estos señalamientos y aportes alcanzan no sólo a la historiografía “normal” y/o “tradicional”, sino también a las distintas corrientes que se presentaron como alternativas.

El momento inaugural de la nueva filosofía de la historia suele señalarse en 1973 con la aparición de *Metahistory, The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* de Hayden White. Sin embargo, a fin de evitar una excesiva simplificación de acuerdo a la cual el narrativismo habría surgido *ex nihilo* con esta obra, podemos recuperar, con Ankersmit, parte del proceso que lo antecede. El autor distingue tres fases o formas del narrativismo: el “narrativismo psicológico” [*psychological*], que indagaba en “cuáles mecanismos psicológicos debía movilizar un* historiador* en la mente de sus lector*s para que sigan su relato [*story*] sobre el pasado”; la contribución de Arthur Danto y su análisis de la narrativa histórica como una serie de “argumentos narrativos”, bajo inspiración del Modelo de Cobertura Legal; y, finalmente, las posibilidades que efectivamente se abren con la publicación de *Metahistory* y el consiguiente aterrizaje del giro

lingüístico en la teoría de la historia. No daré aquí la profundidad que ameritaría una reconstrucción de la propuesta whiteana, dado que el objetivo de la presente Tesis no es el estudio de esta perspectiva en sí misma, sino hacer uso de ella (así como de otros aportes de la Nueva filosofía de la historia) para llevar adelante un análisis de los modos posibles de (re)elaborar y abordar los relatos acerca del pasado, en diálogo con diversos posicionamientos y estrategias de la teoría queer. Sin embargo, sí me interesa recuperar algunos puntos clave de la perspectiva narrativista (incluyendo, pero no limitados a, los aportes whiteanos), que servirán de telón de fondo a la propuesta que presento en la Segunda parte de este trabajo.

La incorporación del giro lingüístico y la teoría literaria a la filosofía de la historia se da, ante todo, con la comparación establecida por White entre el pasado histórico y un texto: “[a]l igual que un texto, el pasado posee un significado que estamos intentando descubrir, requiere de interpretación, y consiste en elementos lexicales, gramaticales, sintácticos y semánticos” (referido en Ankersmit 1986: 18). El tema de discusión de la filosofía de la historia pasa a ser, de esta manera, la relación entre el texto del pasado y el texto (narrativo) que producen l*s historiador*s. White señala que “[l]as historias (y también las filosofías de la historia) combinan una cierta cantidad de 'datos', conceptos teóricos para 'explicar' esos datos, y una estructura narrativa para su presentación como una imagen [*icon*] de conjuntos de eventos que se supone ocurrieron en el pasado”, así como también un “elemento metahistórico”, esto es, “un contenido estructural profundo que es generalmente de naturaleza poética, y específicamente lingüística, y que sirve como paradigma aceptado pre-críticamente de lo que debería ser una explicación específicamente 'histórica’” (White 1973: ix). Este contenido estructural profundo se pone en juego en el momento en que un* historiador* debe “traducir” el “texto” del pasado al “texto” narrativo que producirá. En esta instancia, que White entiende como un acto poético de prefiguración, un* historiador* o filósof* de la historia debe elegir qué estrategias conceptuales utilizar para explicar o representar sus datos, guiándose por alguno(s) de los cuatro tropos del lenguaje poético: metáfora, metonimia, sinécdoque, o ironía (*ibid.*: x). La escritura acerca del pasado consistiría, entonces, en la imposición de una forma narrativa a un pasado que no puede ser abordado sin una estructura metahistórica previa: esto es, sin un tropo discursivo vinculado con los presupuestos teórico-políticos y las elecciones narrativas de su autor*.

Las consecuencias de este tipo de perspectivas sobre los cimientos de la historiografía “normal” y/o “tradicional” detallados en el apartado anterior no tardan en hacerse notar. Ankersmit destaca algunos ejes de la propuesta whiteana que, desde su punto de vista, habrían resultado particularmente revolucionarios en el campo de la teoría de la historia y la historiografía. En primer lugar, que “es aquí donde la filosofía de la historia abandona explícitamente y sin medias tintas el enfoque epistemológico y se convierte en una filosofía del lenguaje” (Ankersmit 1986: 19). La

opción por esta estrategia emerge ya desde la misma presentación que White hace de su trabajo, cuando afirma: “consideraré a la obra histórica como aquello que manifiestamente es: una estructura verbal en forma de un discurso de prosa narrativa que pretende ser un modelo, o imagen [*icon*], de las estructuras y procesos pasados con el objetivo de explicar qué fueron, representándolos” (White 1973: 2). En segundo lugar, esto pone en tela de juicio la ilusión de transparencia del lenguaje y afirma que “no miramos al pasado *a través* del lenguaje del* historiador*, sino *desde* el punto de vista que aquél sugiere”; así, “la tarea del* historiador* no es ofrecernos un reflejo o modelo del pasado que esté atado a ese pasado mediante ciertas reglas de traducción, sino el desarrollo de un instrumento más o menos independiente y autónomo que puede ser usado para comprender el pasado” (Ankersmit 1986: 19-20). En tercer lugar, siguiendo a La Capra, afirma que esta postura – a diferencia de la epistemología mimética del positivismo, que se concentraba en la dicotomía entre “las cosas” del pasado y “el lenguaje” del* historiador* – enfatiza la función de “hacer” (“función poética”) de la narrativa, a expensas de la función de “hacer coincidir” [*matching*]. Además, el ingreso de las interpretaciones narrativas al debate teórico implica reconocer que “los desacuerdos históricos no conciernen solamente al pasado en sí mismo, sino también a los objetos creados por l*s historiador*s para comprender el pasado” (Ankersmit 1986: 26).

Desarrollos posteriores del narrativismo muestran que este trabajo crítico sobre la “función poética” de la historiografía alcanza no sólo a la “historia con minúscula”, sino también a lo que podría considerarse la versión contemporánea de lo que Jenkins denominó “Historia con mayúscula”, esto es, los significados que se otorgan al curso de la historia, aun abandonados los abordajes teleológicos o de causalidad determinista. White, por ejemplo, en trabajos más recientes ha reflexionado acerca de lo que denominó “causalidad figural”, esto es, la concepción de acuerdo con la cual

el significado de los eventos que acontecen en la historia presente consiste precisamente en lo que ellos revelan acerca de ciertos acontecimientos previos respecto de los cuales ellos no implican relaciones causales o genéticas de ningún tipo. Su relación es genealógica en la medida en que los agentes responsables de la ocurrencia del acontecimiento posterior opten por el acontecimiento previo como un elemento de la genealogía del evento ulterior. (White 2010b: 45)

El análisis de la “causalidad figural” o “realismo figural” ha permitido echar luz sobre los mecanismos de constitución de las tradiciones, las relaciones que establece quien produce una representación en el presente entre distintos eventos del pasado, y la importancia de la historiografía

para la formación de sistemas socioculturales, a través del “proceso de constitución ancestral retroactiva” (White 2011b: 263).

Estos y otros cambios jugaron un papel clave en aquel “impulso por desnaturalizar, desmitificar, deconstruir, y, podríamos continuar, desjerarquizar y desreferencializar” (Berkhofer 1995: 4) que se dio en las humanidades, al que me referí en el apartado anterior. De esos “impulsos”, en el caso de la Nueva filosofía de la historia me interesa particularmente poner el énfasis en los que exponen el reverso de nuestros presupuestos de “lo que debería ser una explicación específicamente 'histórica’”, desplazando la atención de la disciplina a los compromisos – y potencialidades – que comporta, explícita o implícitamente, todo abordaje del pasado. Ya en *Metahistory* White se proponía “identificar las dimensiones manifiestas – epistemológicas, estéticas, y morales – de la obra histórica [*historical work*] y luego penetrar en el nivel más profundo en que estas operaciones teóricas encuentran sus aprobaciones implícitas y precríticas” (1973: x). Será esta misma tríada la que organizará la Segunda Parte de la presente Tesis (Capítulos 4, 5 y 6), donde a los aportes de la Nueva filosofía de la historia vistos hasta aquí se sumarán otras contribuciones que presentaré en el capítulo siguiente.

2.4. La historia como presente y futuro

De lo dicho hasta ahora emergerá una semblanza, aunque sea a grandes rasgos, de los desafíos a los que se enfrenta quien desee abordar el pasado, no sólo de lo que he llamado “nuev*s sujet*s”, sino de todo tipo de colectivos, prácticas y subjetividades. Si considero que excede aquel campo específico se debe, ante todo, a que los análisis y debates presentados, tanto de la filosofía de la historia (apartado 2.3) como de los desarrollos historiográficos (2.2) y la discusión acerca de las identidades y la hegemonía (2.1), alcanzan, además de a los contenidos, a los mismos modos de presentación, presupuestos y compromisos de todo abordaje del pasado. Sin embargo, es importante destacar que la profundidad de estos cuestionamientos, de los “colapsos” dentro de la historiografía y de los señalamientos de la Nueva filosofía de la historia no llevará, ni en esta Tesis ni en l*s autor*s a los que sigue, a una postura nihilista ni a la retirada de la esfera pública y/o académica. En este sentido, coincido con Verónica Tozzi en que “la asunción constructivista de los conceptos y teorías, unida al abandono de los sueños fundacionales para alcanzar o la teoría 'verdadera' acerca de la naturaleza o la interpretación definitiva del pasado, no son elementos que contribuyan al escepticismo ni al relativismo” (Tozzi 2009c: 36). Quisiera concluir el presente capítulo con algunas consideraciones acerca de estos riesgos de escepticismo y relativismo,

haciendo uso de lo expuesto en los apartados anteriores.

Por un lado, en relación con el camino del escepticismo o el pesimismo, el presente trabajo, ya desde su marco teórico, toma a los desafíos propios de la tarea que historiador*s y académic*s tenemos por delante no como una razón para la retirada, sino como un incentivo para pensar críticamente tanto las propias prácticas como los riesgos de abandonar el terreno de la investigación. Tal como vimos con Chantal Mouffe, las propuestas planteadas “en términos de desertión y éxodo” (2010: 1), al renunciar a ocupar un espacio dentro de las luchas hegemónicas llevan a “una situación caótica de pura diseminación, dejando la puerta abierta para que penetren otros intentos de rearticulación por parte de fuerzas no progresivas” (*ibid.*: 5). Esto se hace particularmente evidente al pensar el estudio del pasado, máxime en el caso de lo que aquí hemos llamado “nuev*s sujet*s”. White mismo ha mostrado cada vez más interés en pensar la escritura de la historia como una herramienta de intervención política, y en sus trabajos más recientes ha denunciado lo que entiende como una tendencia de la academia historiográfica en el sentido opuesto. Pensar el pasado puede tener – y tiene – consecuencias políticas concretas, comenzando por “una función vital en la construcción de la identidad comunitaria” (White 2010e: 210). Cuando se intenta separar el “pasado práctico” del “pasado histórico”, sin embargo, el resultado es una producción que no sirve a las comunidades de las que habla, ni hace explícitos sus andamiajes y sus derivaciones políticas (White 2011a y 2010d, entre otros).

En lo que respecta a la vía del relativismo, considero fundamental abordar de manera responsable y frontal aquella crítica habitual al narrativismo – y el posmodernismo en general – de acuerdo a la cual éstos habilitarían una sobreabundancia de representaciones, sin criterio ni responsabilidad de selección.²⁰ Muy por el contrario, en el Capítulo 5 tendremos oportunidad de presentar algunas propuestas en este sentido, debidas en gran medida a las contribuciones de la Nueva filosofía de la historia. Baste aquí con adelantar que, lejos de terminar con cualquier tipo de parámetro de selección o jerarquización de representaciones, l*s autor*s trabajad*s aportan un abanico de criterios que sirven para dar aún más profundidad y especificidad a las lecturas, escrituras y reescrituras de la historia. En el caso de White, por ejemplo, se afirma que el estatus de las distintas obras de historia y filosofía de la historia “como posibles modelos de representación o conceptualización histórica no depende de la naturaleza de los 'datos' que usan para respaldar sus generalizaciones o las teorías que invocan para explicarlas; depende, más bien, de la consistencia, coherencia, y potencia iluminadora de sus respectivas visiones del campo histórico [*historical field*]” (White 1973: 4), así como también de “su utilidad para el presente” (White 2010d: 157). Por

²⁰ Es paradigmático el caso de Gertrude Himmelfarb (1997), según la cual “podría decirse que la historia posmodernista no reconoce ningún principio de realidad, sino sólo el principio de placer – la historia al gusto [*pleasure*] del historiador”. Ver también la respuesta de White en “El posmodernismo y las ansiedades textuales” (2010d).

este motivo, ni “datos nuevos” ni “teorías interpretativas” diferentes servirán para “refutarlos”, sino que esta evaluación se hará a partir de “la naturaleza preconceptual y específicamente poética de sus perspectivas sobre la historia y sus procesos” (White 1973: 4). A esto podemos sumarle la perspectiva de Dominick LaCapra quien, a contrapelo de la búsqueda de plenitud o cierre, coloca el énfasis en el potencial crítico y cuestionador que pueden ofrecer las representaciones del pasado, poniendo en primer plano las tensiones propias de todo texto:

Ningún texto o artefacto cultural puede por sí mismo reformular críticamente o transformar la sociedad. Pero algunos son particularmente efectivos en estimular procesos críticos que interfieran con la regeneración o refuerzo de ideologías y contextos establecidos en general; brindan las bases para la crítica de sus propios puntos ciegos al ayudar a iniciar un proceso de reflexión que puede educarnos como lectores y tener implicancias de tipo práctico. (LaCapra 2008: 41)

Para ello, tal como veremos más adelante, el autor defiende “‘cánones’ auto-contestatarios que siempre se abren al cuestionamiento y a la renovación” (*ibid.*: 57). En esta misma línea de relatos no clausurantes que sugiere La Capra, encuentro particularmente interesante la propuesta de Verónica Tozzi, quien recoge las contribuciones del realismo figural whiteano y el pragmatismo, para pensar los modos de abordar el pasado en general, y la historia de l*s llamad*s “nuev*s sujet*s” en particular. Tomando el desafío de pensar el trabajo historiográfico tras la caída de la pretensión de Verdad o universalidad, la autora considera que “lo que hace verdaderamente significativa una representación histórica es su valor heurístico; es justamente su promesa de más interrogantes, más problemas para abordar, más debates en los que involucrarnos” (Tozzi 2009c: 186). Esto, aplicado particularmente a las demandas de l*s “nuev*s sujet*s” en el pasado reciente, se traduce en tres principios básicos: el antifundacionismo (evitando particularmente el respaldo en la experiencia como reducto último de la autenticidad), el compromiso con las “demandas de representación histórica justa” en el presente, y la habilitación y multiplicación de discusiones historiográficas a partir de la propia producción. En el segundo caso, pensando en el caso de l*s “nuev*s sujet*s” la autora afirma que

son requisitos obligatorios para cualquier teorización que asuma dicha agenda asegurar, por un lado, algún acceso a una caracterización adecuada de aquellas condiciones que favorecen sistemas de opresión, y, por el otro, que la interpretación propuesta no contribuya a su vez a perpetuar esas condiciones. (*ibid.*: 168 y 193)

Y en lo que respecta a las discusiones historiográficas, se inclina por “los abordajes que ponen

siempre en cuestión los lenguajes que constituyen la historia” (*ibid.*) porque son más capaces de evitar la caída en estrategias fundacionistas. A esto podríamos añadir, de acuerdo a lo visto, que dicho cuestionamiento de los lenguajes de la historia ha jugado y deberá seguir jugando un rol fundamental en el ejercicio de desjerarquización, desnaturalización, y demás perspectivas críticas vistas más arriba con Berkhofer.

Por todo lo dicho, si considero interesante y relevante continuar indagando y ocupando un espacio dentro del debate acerca de las representaciones del pasado se debe a la importancia que, desde mi punto de vista, éstas revisten en relación con el presente y el futuro. En este capítulo, he pasado revista del contexto del debate, las críticas a la historiografía “tradicional” y/o “normal” moderna, y el abordaje que ofrecen los análisis exhaustivos y críticas provenientes de la historiografía y la filosofía de la historia. En el siguiente, a esta perspectiva se añadirá la de ámbitos no directamente relacionados con la disciplina, tales como el feminismo, los estudios de género, el postcolonialismo (tanto en sus vertientes académicas como en su activismo) y, principalmente, el pensamiento queer. En efecto, es una de las tesis fundamentales de este trabajo que un enfoque queer puede servir de herramienta para continuar las líneas de análisis propuestas por la Nueva filosofía de la historia, profundizando la transformación acaecida en la teoría de la historia a lo largo de las últimas décadas. Ambas vertientes han jugado un rol fundamental en la puesta en jaque de los presupuestos y compromisos del discurso (historiográfico o no), los modos de hacer lugar a las realidades del pasado reciente (o, incluso, preguntarse si tal lugar era posible en el marco de disciplinas tales como la histórica), y la elucidación de vías alternativas de vinculación con el pasado que sean política, epistemológica y formalmente responsables.

Capítulo 3

La teoría queer y sus usos de la historia

“Lo queer se trata de hacer que lo dado se vea extraño”
Martha Umphrey, “The Trouble with Harry Thaw”²¹

“Queer es un punto de partida, nunca de llegada”
Fefa Vila, *Non Grata*²²

“Es precisamente cuando creemos que sabemos lo que un término significa, cuando hay tanto acuerdo sobre su uso que ya no es necesario dar su significado, que necesitamos nuevas palabras y nuevos conceptos”
Joan Scott, *Gender and the Politics of History*²³

3.1. Introducción

El camino abierto por la Nueva filosofía de la historia, junto con otras críticas a la historiografía constituida en el siglo XIX, ha recorrido un largo trecho al exponer el andamiaje narrativo, metodológico, político y ético de los abordajes del pasado, así como también de los vínculos entre los modos de narrar el pasado y las aspiraciones presentes y futuras. Considero que esta tarea puede hallar una continuidad y enriquecimiento en los enfoques de perspectivas tales como el pensamiento queer, los análisis poscoloniales, y los aportes del pensamiento trans. Todos ellos llevan aún más allá las críticas emprendidas en la segunda mitad del siglo XX por diversas vertientes del feminismo y los llamados “estudios de género”, que ya habían denunciado los vicios de los contenidos, la elaboración y el enfoque del estudio del pasado tal como era mayoritariamente practicado hasta el momento.

En lo que sigue, me centraré principalmente en la perspectiva queer, aunque en sus diálogos se entrecruza también con otras corrientes tales como el poscolonialismo, los estudios de la subalternidad y el pensamiento trans. Comenzaré por exponer las líneas fundamentales de la Teoría Queer, su surgimiento y sus bases filosóficas, dedicando un espacio importante a sus convergencias con campos que exceden al tradicional eje de lo sexo-genérico. Posteriormente, me concentraré en los cuestionamientos recibidos desde distintos frentes, con el fin de ofrecer una perspectiva crítica e inclusiva del marco teórico utilizado. Considero que abordar estas críticas es fundamental, en primer lugar, para no exponer a la Teoría Queer como una teoría monolítica y sin fisuras, sino como un conjunto dinámico e incluso contradictorio de propuestas. Además, el trabajo detenido sobre los debates tanto internos como externos que emergieron y persisten en torno al pensamiento queer será

21 Umphrey 1995: 21.

22 Vila 1997: s/p.

23 Scott 1999: xii.

fundamental para poder avanzar sobre una propuesta que incorpore esos señalamientos y se fortalezca con ellos. Finalmente, enfocaré la atención en lo que respecta específicamente al estudio de la historia desde un marco queer, relevando los trabajos existentes al respecto para añadirlos al estado de la cuestión en el que se inserta mi propuesta. De esta manera, es mi intención dejar el terreno preparado para, en los capítulos siguientes, presentar las características de una historiografía queer tal como la defiendo aquí, analizar sus distintos aportes y trabajar sobre los casos seleccionados.

3.2. La Teoría Queer: surgimiento, características y vigencia

En el año 1991, la publicación estadounidense *differences*, abocada a los estudios culturales y el feminismo, publicó un número especial bajo el título “Queer Theory: Lesbian and Gay Sexualities”: aparece así, por primera vez, la fórmula “Teoría Queer” en el panorama académico estadounidense y mundial. El número, surgido a partir de un encuentro sobre teorías de la sexualidad gay-lésbica que tuviera lugar el año anterior, fue editado por Teresa de Lauretis, semióloga y teórica feminista. En esa ocasión, De Lauretis decidió tomar el término “queer”, ya utilizado desde hacía algunos años por el activismo gay-lésbico, para denotar lo que consideraba – y esperaba – como un giro dentro de y respecto de los estudios gay-lésbicos. En un llamado a abandonar la idea de la homosexualidad “como meramente transgresora o desviada en relación con una sexualidad natural y correcta”, o “como simplemente un 'estilo de vida' más”, la terminología elegida “transmitía un doble énfasis – sobre el trabajo conceptual y especulativo que conlleva la producción de discursos, y sobre el trabajo crítico necesario de deconstruir nuestros propios discursos y sus silencios construidos” (De Lauretis 1991: iii-iv). La invocación de lo “queer”, entonces, apuntaba a cuestionar el camino tomado por los estudios gay-lésbicos, y anteriormente “lo gay”, y más atrás aún “lo homosexual”: un camino de homogeneización, normalización, y universalización que parecía ser ciego tanto a las diferencias entre gays y lesbianas, como a los entrecruzamientos con otras categorías tales como raza y clase, como así también a otras identidades sexo-genéricas no reducibles a la homosexualidad. Tal como reconstruye la autora misma veinte años después:

Cuando usé por primera vez la expresión *teoría queer* como la temática de una conferencia de trabajo que organicé en la Universidad de California en Santa Cruz, en 1990, la pensé como el término de un proyecto a la vez crítico y político, que apuntaba a resistir la homogeneización cultural y sexual en los 'estudios gay-lésbicos' académicos, que en ese momento eran considerados un único campo de estudio unificado. El proyecto era un llamado a que las

lesbianas y los varones gays enfrentáramos nuestras respectivas historias sexuales y deconstruyéramos nuestros propios silencios contruidos en torno a la sexualidad y sus interrelaciones con el género y la raza, y desde allí 'reforjar o reinventar los términos de nuestras sexualidades, construir otro horizonte discursivo, otra manera de pensar lo sexual'. (De Lauretis 2011: 257)

El uso que la autora hacía allí del término “queer”, lejos de tratarse de un invento académico, fue tomado de una práctica ya difundida en el activismo y las luchas por los derechos civiles: la de recuperar un término de uso despectivo para resignificarlo y empoderar al colectivo contra el cual se lo blandía. El año anterior, el colectivo Queer Nation había divulgado un volante en la Marcha del Orgullo de Nueva York, bajo la consigna “Queers lean esto” (“*Queers read this*”), en el que explicaba la adopción del término “queer” (en inglés: extraño, raro) en función de su radicalidad política, oponiéndose a su alternativa, “gay” (en inglés: alegre, risueño):

Ah, ¿realmente tenemos que usar esa palabra? Es conflicto (...) Pero cuando muchas lesbianas y varones gays nos despertamos a la mañana, nos sentimos enojad*s y asquead*s, no “gay” [alegres]. Entonces hemos elegido llamarnos a nosotr*s mism*s queer. Usar 'queer' es una manera de recordarnos cómo somos percibid*s por el resto del mundo (...). Sí, QUEER puede ser una palabra dura, pero también es un arma astuta e irónica que podemos robar de las manos del homófobo y usar contra él. (Queer Nation 1990: 4-5)

El término “queer”, entonces, comienza su recorrido teórico-político a principios de los años noventa en los Estados Unidos, a modo de reacción frente a la normalización de aquel movimiento gay-lésbico que había sido de avanzada en los años '60 y '70. Hay quienes atribuyen aquel viraje conservador del movimiento a la llamada “crisis del sida” (Butler 2004, Perlongher 1991, Delfino y Rapisardi 2010), a raíz de la cual gran parte de la comunidad gay habría sentido la necesidad de mostrarse como “ciudadanos responsables”, con el mismo estilo de vida que cualquier persona heterosexual de clase media, potenciando así los sectores más asimilacionistas del ámbito gay-lésbico (Llamas y Vidarte 1999: 13-14). Frente a esto, el movimiento queer – y su correspondiente teoría – se planteó a modo de reivindicación de la vivencia del sexo-género como, por un lado, un posicionamiento político disidente, y, por el otro, blanco de exclusiones, violencias y marginación que no deberán ser soslayadas bajo la promesa de mayor inclusión en una sociedad profundamente discriminatoria de la diferencia sexo-genérica.

Desde esos primeros momentos y hasta nuestros días, tanto el uso político de “lo queer” como su desarrollo teórico en todo tipo de instituciones académicas y culturales han vivido un crecimiento exponencial que, de acuerdo con algun*s, ha atentado contra las raíces mismas del movimiento en

tanto brazo disidente de la comunidad lgbt. Dado que se trata de un ámbito teórico ya afianzado, y con más de veinte años de existencia, en esta ocasión podré presentar tan sólo algunos de sus hitos y debates más reconocidos, fundamentalmente teniendo en cuenta la influencia ejercida sobre los desarrollos posteriores de la teoría y, en particular, sobre el enfoque adoptado en la presente Tesis. Varios de los puntos que expongo a continuación reaparecerán, en muchos casos con mayor profundidad, a lo largo de los capítulos siguientes.

Es habitual la referencia a *Gender Trouble* (1990), de Judith Butler, como una de las principales obras que abren el camino a lo que hoy conocemos como Teoría Queer. La autora afirma que se trataba de un libro escrito con dos objetivos:

el primero era exponer lo que entendía por un heterosexismo generalizado en la teoría feminista; el segundo era un intento por imaginar un mundo en el que aquellas personas que viven a cierta distancia de las normas de género, o que viven en la confusión de las normas de género, puedan todavía considerarse a sí mismas no sólo viviendo vidas vivibles, sino como merecedoras de un cierto tipo de reconocimiento. (Butler 2004: 207)

El hecho es que *Gender Trouble* es, aún hoy, una referencia insoslayable al pensar en el modo en que el género y la sexualidad se construyen y/o cuestionan a partir de nuestras prácticas, convenciones sociales e instituciones: en palabras de la autora, “el texto se pregunta: ¿de qué manera las prácticas sexuales no normativas cuestionan la estabilidad del género en tanto categoría de análisis?” (Butler 1999: xi). Es importante destacar que a Butler le interesaba pensar en la identidad – particularmente el género – no sólo en tanto construcción, sino en tanto posibilidades, y en cómo aquella construcción restringe a éstas – en algunos casos, hasta cerrar toda plausibilidad de una vida vivible. El análisis es doblemente interesante debido a que la autora añade a la lista de blancos habituales de crítica (institución médica y psicoanalítica, escuela, aparato represivo, entre otros) ciertos matices del feminismo, que – aún hoy – idealizan algunos tipos y modos de vivir el género, considerándolos no sólo mejores, sino los únicos verdaderos y originales. A través de su brillante apropiación de la idea de performatividad, la autora logra establecer delicados equilibrios entre agencia y constricción, repetición y subversión, transparencia y oscuridad, real y fantasmático. Al pensar a la performatividad no como “un acto singular, sino [como] una repetición y un ritual, que logra sus efectos a través de su naturalización” (*ibid.*: xv), nos permite comprender no sólo las limitaciones, sino también las posibilidades que encierra este ejercicio performativo de “deshacer” las identidades²⁴. Nueve años después de la publicación de su primera edición, Butler misma repasa

24 Volveré sobre la performatividad y este equilibrio entre construcción, restricción y posibilidades en la introducción del Capítulo 6.

el recorrido hecho desde entonces y el lugar que tomó la obra como referente de la Teoría Queer, a la vez que ofrece reflexiones nuevas y revisadas a la luz de las críticas recibidas y una serie de cambios histórico-políticos dentro y fuera del feminismo y el movimiento lgbt. Mientras tanto, en sus escritos de la década de los '90 continuó este camino ofreciendo desarrollos ulteriores de su marco teórico en relación con el sexo-género-deseo (Butler 2004), además de aplicarlo a temáticas tales como la corporalidad y la materialidad del cuerpo (Butler 2002), o el vínculo entre lenguaje y poder (Butler 1997). En la actualidad, y fundamentalmente tras los eventos del 11 de septiembre de 2001, la autora ha desplazado su atención desde aquellas “vidas precarias” que lo son debido a su presentación sexo-genérica, hacia las que lo son en función de su pertenencia nacional o étnica, o debido a determinados conflictos geopolíticos que atraviesan nuestro presente (personas migrantes en los Estados Unidos, pueblos árabes estigmatizados a partir de la llamada “guerra contra el terrorismo”, pueblo Palestino perseguido por el Sionismo israelí, entre otros). Estos últimos desarrollos de la autora pueden servir para dar cuenta de la riqueza que puede emerger de un análisis interdisciplinario de los mecanismos de poder que afectan no sólo nuestros modos de vivir el género o la sexualidad, sino también nuestra pertenencia de clase, raza, nacionalidad, religión, entre otros.

En las referencias clásicas de los orígenes de la Teoría Queer suele encontrarse, junto con *Gender Trouble* de Butler, *Epistemology of the Closet* (1990) de Eve Kosofsky Sedgwick, obra que, en palabras de la autora, parte de la consideración de que “la comprensión de prácticamente cualquier aspecto de la cultura occidental moderna estará no sólo incompleta, sino también dañada mientras no incorpore un análisis crítico de la definición moderna de homo/heterosexual”, esto es, aquella oposición masculina emergida a fines del s. XIX para describir la homosexualidad masculina (Sedgwick 2008: 1). Esta oposición y sus paradojas (incluida la que alimenta el debate – aún vigente – entre constructivismo y esencialismo en relación con la sexualidad) estarían irremediabilmente en las bases mismas de una serie de binarios (igualmente irresolubles) establecidos alrededor del cambio de siglo, tales como pueden ser igual/diferente, abstracto/figurativo, utopía/apocalipsis, salud/enfermedad, público/privado, entre otros. Mediante un análisis literario y “deconstructivo” de obras de Melville, Wilde, Proust, James, entre otros, la autora indaga en los procesos de constitución de estos binarios y de la relación de nuestra cultura con la sexualidad, no intentando resolver sus encrucijadas sino más bien buscando “entender mejor la estructura, los mecanismos, y las inmensas consecuencias de la dispensación incoherente en la que vivimos ahora” (*ibid.* 91) en relación con los debates entre “las comprensiones 'universalizantes' [*universalizing*] y 'minorizantes' [*minoritizing*] de la relación de los deseos o personas homosexuales con el campo más amplio de todos los deseos o personas” (*ibid.*). Hacia el final de su carrera, la intelectual desplazó su atención hacia la llamada Teoría de los Afectos,

corriente que destaca la importancia de trabajar sobre estos últimos en tanto algo que tiene “una vida ontológica que no puede ser analizada mediante marcos epistemológicos o mediante la reducción a estructuras sociales” (Hemmings 2011: 25).

Siguiendo el eje de la diferencia (o disidencia, en algunos casos) sexo-genérica, en las últimas décadas la Teoría Queer ha llevado más allá el análisis de la construcción sociocultural, alcanzando ya no sólo la elección sexual y el género, sino también el sexo mismo y la configuración de los cuerpos como masculinos o femeninos. Este análisis ha encontrado representantes sumamente lúcid*s en, por ejemplo, Anne Fausto-Sterling (*Sexing the Body*, 2000) y Thomas Laqueur (*Making Sex*, 1990), quienes desde distintos enfoques lograron señalar los procesos históricos mediante los cuales se aislaron y privilegiaron ciertas características físicas y psíquicas para establecer el binario sexo-genérico. Estos desarrollos también se han servido del invaluable aporte de Donna Haraway, quien en su ya clásico “Manifiesto cyborg” (1985) ambicionaba la construcción de “un mito político irónico fiel al feminismo, el socialismo y el materialismo” (Haraway 1991: 149), mientras señalaba la caducidad de distinciones tales como human*/animal, organismo/máquina y físico/no-físico: en una palabra, el dualismo un*/otr*, persistente en la tradición occidental, y funcional a todo tipo de lógicas y prácticas de opresión. La autora, a quien volveremos en el apartado 5.2.2, defiende la noción de “cyborg” como clave interpretativa para el presente, y como antídoto para aquellos dualismos, y cualquier teoría con pretensiones universalizantes y totalizadoras.

3.2.1. *Lo Queer más allá del sexo-género-deseo*

Sin desmerecer la importancia indiscutida del análisis de las identidades o prácticas sexo-genéricas, incluyendo el insoslayable aporte butleriano en este sentido, considero fundamental no perder de vista el diálogo que ha enriquecido al pensamiento queer desde perspectivas más alejadas de (o incluso reñidas con) los llamados “estudios de género”, dentro o fuera del feminismo. Se trata de aportes que no sólo han criticado lo que por momentos pareciera ser un monopolio butleriano²⁵ (tal vez hasta más fiel a Butler que la autora misma, tal como señala Vélez-Pelligrini, 2011) del tema, sino que han reutilizado herramientas desarrolladas en gran parte por enfoques queer, para abordar temáticas que exceden el sexo, el género y la sexualidad. Este tipo de ramificaciones han

25 En su análisis de las historias del feminismo, al que me referiré en el capítulo siguiente, Clare Hemmings nota que “[l]as representaciones del trabajo de Judith Butler son claves para asegurar la narrativa de progreso del feminismo occidental”, y señala “la repetición de Butler como responsable (ocasionalmente junto con otr*s, con frecuencia sola) por una extraordinaria gama de transformaciones”. Sin embargo, la autora nota – atinadamente, creo – que la citación de Butler “está acompañada de una sorprendente falta de compromiso con cualquier cosa que ella haya escrito”, lo cual lleva a Hemmings a afirmar que se trata de un nombre que *hay que citar*, un mojón que debe estar allí para marcar la diferencia entre el pasado de un feminismo esencialista y “primitivo”, y un presente evolucionado. (Hemmings 2011: 54-55).

permitido, a su vez, que los trabajos más “clásicos” dentro de la disciplina (esto es, principalmente aquellos abocados a un análisis de los mecanismos de construcción social de sexo, género y deseo) tomen nota de la necesidad de incorporar otros ejes a la discusión y de pensar críticamente los propios presupuestos (universalizados) de clase, raza, corporalidad, entre otros.²⁶ De esta manera, divers*s autor*s, en muchos casos provenientes de otras latitudes o con otras urgencias, han hecho sus propias contribuciones enfocadas en temáticas tales como la raza, la clase, la funcionalidad corporal, y la diferente incidencia del sexo-género en contextos alejados de la academia del Norte Global. En lo que sigue, presentaré algunas de estas convergencias porque, por un lado, considero que refuerzan la importancia (y el potencial) de la interseccionalidad en el trabajo teórico; por el otro, resultan particularmente relevantes para abordar la temática de l*s “nuev*s sujet*s” que he elegido como foco práctico este trabajo.

Precisamente en relación con la historia de l*s “nuev*s sujet*s” podemos tomar como un caso particularmente interesante de interseccionalidad teórica el de los diálogos que ha establecido el pensamiento queer con el poscolonialismo (Romero Bachiller 2005) y el análisis de categorías tales como “nación” y “raza”, a través de las llamadas “crítica queer de color” (Ferguson 2003) y “diáspora queer”²⁷ (Eng et al. 2005, Gopinath 2005). Allí, por un lado se examinan los discursos hegemónicos, analizando por ejemplo

los numerosos modos en que el heteropatriarcado racializado se ha universalizado como un discurso occidental sobre el desarrollo (sexual), como un proyecto de la modernidad y la modernización, como una misión colonial y civilizatoria, como un índice de avance político y social, y como una historia de libertad humana. (Eng *et al.* 2005: 8)

Por otro lado, también se enfocan críticamente las propias prácticas queer, cuestionando “el parroquialismo de algunas corrientes dentro de los estudios queer” (*ibid.*). En contraposición a estas tendencias colonialistas y etnocentristas dentro de lo queer, se propone dar “al estudio de la sexualidad un lugar central en un proyecto anti-imperialista y anti-racista” (Gopinath 2005). El llamamiento es a emprender un análisis y una lucha que eviten la universalización de las identidades blancas, del “Norte Global” y de la élite académico-intelectual, y que mantengan una alerta crítica que sirva de contrapeso a la universalización de la experiencia blanca (y, en el caso de lo queer, gay masculina y cisgénero). Tal como expresa Romero Bachiller,

26 Butler misma reconoce este punto en una entrevista reciente: ver Butler 2014.

27 En la definición de Gayatri Gopinath, “las formas culturales queer de la diáspora [*queer diasporic cultural forms*] sugieren formas alternativas de colectividad y pertenencia comunal, que redefinen 'el hogar' como espacio nacional, comunal o doméstico por fuera de una lógica de la sangre, la pureza, la autenticidad, y la descendencia de línea paterna.” (Gopinath 2005: 158).

de cara a diseñar planteamientos políticos radicales queer, necesit[a]mos de una perspectiva interseccional que integre en la base de nuestras prácticas no sólo la idea de que los sistemas de opresión están interconectados, sino que las *diferencias* se articulan y refuerzan mutuamente. Tendríamos además que considerar cómo, dado que los diferenciales de poder se reactualizan contingentemente, una determinada marca de exclusión puede en un momento concreto, convertirse en el espacio no marcado para la actuación de otra. (2005: 161-162).

Una exponente temprana de esta perspectiva es la chicana Gloria Anzaldúa, sobre quien volveré a lo largo de los capítulos que siguen. Su enfoque interseccional implica un esfuerzo por pensar críticamente los vínculos y conflictos entre sus vivencias como mujer, como mexicana, como chicana, como lesbiana y como nahuatl. La negativa a privilegiar una identidad por sobre otra, o a aceptar de manera acrítica los aspectos más opresivos de cada una de ellas por el sólo hecho de permanecer fiel a una comunidad, son algunos de los problemas abordados por la autora, que la llevan a defender una cultura del mestizaje, la ambigüedad y la rebeldía como modos de encarar las diversas opresiones que nos atraviesan.

También han sido de utilidad para mi trabajo los enfoques que aproximan el pensamiento queer a la reflexión y la acción política sobre diversidad corporal y funcional: gordura, delgadez, discapacidad, estándares de belleza, salud mental, son tópicos que pueden aliarse con las perspectivas queer para hacer uso de sus herramientas a la hora de pensar los propios mecanismos de normalización y resistencia. Es así como, por ejemplo, cada vez más teóric*s toman recursos del pensamiento queer para reflexionar sobre los procesos de creación de la “discapacidad”, indagando, entre otras cosas, en la necesidad para la “capacidad” de conformar un* otr* “discapacidad*”, la instauración de estándares imposibles de cumplir, y el borramiento de estos y otros mecanismos bajo un discurso médico-social de “normalidad” y “salud”. Quienes se abocan a estas temáticas buscan ofrecer una alternativa más queer a “las investigaciones que contienen serias distorsiones, brechas y omisiones en relación con la producción de la discapacidad, y que reinscriben hacia la discapacidad una voz/lente propias de un cuerpo no discapacitado” (Campbell 2008). Como alternativa, sugieren trabajar bajo un paradigma que el inglés Tom Shakespeare sintetizó con claridad: “tal vez el mantenimiento de una identidad no-discapacitada (...) sea un problema más útil sobre el que ocuparse; en lugar de interrogar al otr*, de-construyamos [sic] la normalidad que-debe-ser-supuesta” (Citado en Campbell 2008). Tal como veremos más adelante (particularmente en el Capítulo 5, aunque también en el 4) estos elementos pueden ser retomados al pensar qué lugar puede ocupar la historiografía queer en la indagación sobre los procesos genealógicos de

conformación de las identidades, el establecimiento de un espacio de abyección constitutivo de “lo uno”, y las posibilidades de forjar posicionamientos identitarios empoderadores. Entre las nociones provenientes del pensamiento queer que toman teóric*s de la discapacidad tales como Tom Shakespeare, Fiona Kumari Campbell, Robert McRuer y otr*s, encontramos por ejemplo el uso butleriano de la abyección, al exponer los modos en que “las prácticas discursivas que delimitan cuerpos de preferibilidad son justificadas por las formas de vida abyectas que pueblan el afuera constitutivo de lo pensable (aquello que puede ser imaginado y re-presentado) y las formas de existencia que son inimaginables y por lo tanto innombrables” (Campbell 2008). Se hace uso también del análisis de Donna Haraway del presente cyborg, la clasificación de las partes del cuerpo de acuerdo a sus funciones permitidas y vedadas, entre otras cosas, para analizar la diversidad funcional ya no desde la perspectiva de un ideal “capacitado”, sino desde la variedad de cuerpos entendida como espectro. Butler misma ha advertido el potencial de este entrecruzamiento, al afirmar que “el género y la discapacidad convergen en un montón de formas diferentes, pero creo que hay una cosa que los dos movimientos hacen, [y] es que nos replanteemos lo que el cuerpo puede hacer”, ya que tanto en el caso de los sexos-géneros como en el de la diversidad funcional, en parte el señalamiento discriminatorio y violento radica en “cómo las personas caminan, cómo usan sus caderas, qué hacen con las partes de su cuerpo” (entrevista en Taylor 2008). Butler, al igual que McRuer, se interesa asimismo en pensar en la interdependencia de los cuerpos, y en la diversidad funcional – al igual que las diferencias de edad – como factores que nos obligan a “repensar al humano como un sitio de interdependencia” (*ibid.*), y así sirven para desmentir el mito liberal de los seres humanos como entidades autónomas y autosuficientes.

La corporalidad y las exigencias sobre el aspecto y los usos del cuerpo humano son también tomados por los llamados “Fat Studies”, o estudios de la gordura, para analizar los modos en que se construyen ideales físicos cuyas características los tornan tan anhelados como imposibles de cumplir. La persecución y opresión cultural, médica y moral que afecta tanto a las personas identificadas como queer, como a las personas “gordas”, ha sido para much*s autor*s el puntapié inicial de una reflexión conjunta sobre estos dos tópicos, adoptando las herramientas provistas por la Teoría Queer, de surgimiento más temprano:

Siguiendo la tradición de los estudios críticos de la raza, los estudios queer, y los estudios de las mujeres, los estudios de la gordura son un campo de investigación interdisciplinario marcado por una crítica fuerte, consistente y rigurosa de las presuposiciones, estereotipos, y estigma negativos que se atribuyen a la gordura y el cuerpo gordo. (Rothblum y Solovay 2009: 2)

A partir de estas temáticas, los “Fat Studies” nos invitan, como lo hiciera la Teoría Queer desde inicios de los '90, a “poner pausa, o interrumpir nuestro modo de pensar cotidiano (o la falta de él)” sobre la gordura -o el género, o el sexo...- y dedicarnos en cambio a cuestionar nuestros presupuestos, interrogar a las preguntas mismas, indagar en quiénes son los objetos de esta opresión y quiénes se benefician con ella (Rothblum y Solovay 2009: 2).

Poscolonialismo, diversidad funcional, y diversidad corporal y de peso, son sólo algunos de los tópicos con los que se ha aliado la Teoría Queer y/o que han tomado elementos de ésta para su propia indagación; la lista de temáticas con las que la perspectiva queer puede pensarse o se ha pensado de manera interseccional es extensa, y supera con creces lo que he podido esbozar aquí. De hecho, a lo largo del trabajo emergerán otros vínculos y diálogos en los que lo queer se enriquece de y enriquece a diversos campos de estudio. En cada caso, se trata de enfoques fundamentales y necesarios para que la perspectiva queer no caiga en los mismos vicios que vino a denunciar en aquellas primeras apariciones hacia principios de los '90: la normalización de algo que inicialmente se había gestado como radical, la universalización de las perspectivas privilegiadas dentro del colectivo (mujeres cissexuales y heterosexuales al interior del feminismo, varones homosexuales y cissexuales en el colectivo lgbt), y la reproducción de los funcionamientos institucionales de gran parte de la academia del “Norte Global”. Ya en 1993, Eve Sedgwick saludaba con agrado los primeros ensayos de estos entrecruzamientos:

Muchos de los trabajos más interesantes y recientes en torno a lo queer desvían el significado del término hacia dimensiones que la sexualidad y el género no pueden abarcar en absoluto: por ejemplo, la forma en que la raza, la etnia y la nacionalidad postcolonial se entrelazan con éstos y con otros discursos que constituyen y fragmentan la identidad. Los intelectuales y artistas de color cuya propia definición de identidad incluye lo queer (...) utilizan la plataforma queer para hacer una nueva clase de justicia a las intrincadas complejidades del lenguaje, de la piel, de la emigración y del Estado. De esta manera, la gravedad (me refiero a *gravitas*, al significado, pero también al centro de gravedad) del término queer gana en profundidad y se transforma. (Sedgwick 1993: 38)

Años después, la interseccionalidad demostró ser una estrategia prolífica: tal como afirman Eng, Hablerstam y Muñoz en un estado de la cuestión sobre estudios queer presentado a mediados de los 2000, “parte del trabajo más innovador y arriesgado sobre la globalización, el neoliberalismo, la política cultural, la subjetividad, la identidad, la familia, y el parentezco está sucediendo en el campo de los estudios queer” (Eng et al. 2005: 2). Esto favorece no sólo a aquellas ramas teóricas

más jóvenes – y por lo tanto menos institucionalizadas – que la queer, sino también a esta misma, ya que “las consideraciones acerca del imperio, la raza, la migración, la geografía, las comunidades subalternas, el activismo y la clase son fundamentales para la crítica continua de lo queer, la sexualidad, las subculturas sexuales, el deseo y el reconocimiento” (*ibid.*). En mi trabajo, la necesidad del enriquecimiento mutuo de lo queer con estos y otros campos de estudio se verá plasmada en el análisis de ejes a los que me referí en este apartado, tales como la historia, las identidades, o la constitución de la otredad, así como también en los vínculos entre historia, política y el fenómeno del “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”.

3.2.2. Críticas y debates

El énfasis que much*s teóric*s colocan sobre la interseccionalidad no significa, por supuesto, una efectiva incorporación en la producción que se presenta como “Teoría Queer”, gran parte de la cual sigue siendo ciega a estas problemáticas. Esto nos coloca ante una de las críticas más frecuentes a la producción académica y del activismo queer: su institucionalización, su viraje hacia un liberalismo individualista que universalizaría las circunstancias de un* supuest* agente autónom*, emancipad* y con oportunidad de ejercer su sexo-género de manera “visible” y “radical” - si sólo *decide* hacerlo. A la vez, la popularización del término “queer” en ámbitos académicos y de activismo la ha reducido, en muchos casos, a una mera traducción “a la moda” de lo que antaño se llamaba “estudios de género” o “estudios gay-lésbicos”, aunque dicha terminología sigue siendo utilizada en muchos casos.

Esta tendencia fue diagnosticada tempranamente por Teresa de Lauretis quien, así como fue la primera persona en proponer el término “Teoría Queer”, también fue una de las primeras en rechazarlo, pocos años después, debido al lugar que dicha corriente había llegado a ocupar dentro del mercado académico estadounidense. La misma revista *differences* fue el medio para expresar este cambio, en el que la autora hace pública su “toma de distancia respecto de lo que, desde que lo propuse como una hipótesis de trabajo para los estudios gay-lésbicos en esta misma revista (*differences*, 3.2), se ha transformado rápidamente en una criatura conceptualmente vacua de la industria editorial” (citado en Jagose 1996). Posteriormente, en “Queer texts, bad habits, and the issue of a future” (2011) De Lauretis agrega que los años que siguieron a aquella primera publicación, y la producción teórica que se enmarcó dentro de la denominación que acuñara en esa ocasión, le dieron a entender que la alianza a la que había aspirado en aquel entonces entre teoría y política, no sería posible bajo la denominación “Teoría Queer”.

De Lauretis no es la única en notar este viraje, ni en rechazar la denominación de “Teoría Queer” para el análisis que emprende. El uso de la palabra “queer” y su asimilación por parte de un

mercado no sólo editorial, sino también de activismo lgbt y de puro y simple comercio, por momentos hacen difícil su defensa en tanto herramienta de pensamiento crítico y acción política disidente. Tal como reconoció tempranamente David Phillips, “su adopción inmediata y muchas veces acrítica, por momentos ha forcluido aquello que es potencialmente más importante – y necesario – del término”: su radicalidad y su carácter escurridizo (citado en Jagose 1996). Se trata de un punto clave sobre el que volveré en las páginas que siguen, y en repetidas ocasiones a lo largo del trabajo.

No obstante, no es la única crítica a la que se han enfrentado las perspectivas queer: existen también, por un lado, objeciones realizadas por parte de las corrientes a las que la Teoría Queer cuestionó desde sus orígenes, y, por el otro, señalamientos que apuntan a denunciar contradicciones internas dentro del marco mismo, por ejemplo debido a prácticas cissexistas, racistas y/o clasistas. En este apartado me interesa poner de relieve algunas de ellas, no sólo para ofrecer un marco teórico que dé cuenta de la complejidad del objeto, sino también -y sobre todo- para dejar asentada una serie de puntos que luego podrán revisitarse a lo largo de la Segunda Parte de la Tesis, a fin de contrastarlos con la gama de abordajes del pasado sobre la que trabajaré. Además, en la Conclusión retomaré algunas de ellas para medir mi propia propuesta en función de estos señalamientos.

En primer lugar, veamos las objeciones provenientes ya no de quienes en mayor o menor medida han saludado el nacimiento de la disciplina, sino de aquellas corrientes y teóric*s a l*s que la Teoría Queer se ha opuesto desde su mismo surgimiento. Recordemos que, con el inicio de los noventas, distint*s teóric*s y activistas – much*s de l*s cuales luego se identificarían bajo la bandera de lo queer – coincidieron en diagnosticar una serie de problemas en las corrientes teóricas y movimientos políticos que les eran más afines: ante todo, los estudios de género, el feminismo y el movimiento que en esos días se denominaba casi exclusivamente “gay-lésbico”. Éstos replicaron a la crítica queer con sus propias objeciones, principalmente aquella según la cual el movimiento queer llevaría irremediamente a un nihilismo inmovilizante, debido a su negativa a abrazar grandes causas políticas o incluso identidades esenciales comunes (Hemmings 2011: 90-93). En muchos casos, la fundamentación teórico-política de estas posturas se encontraba en las llamadas “políticas de la identidad”, esto es, los movimientos teórico-políticos que impulsaban una “demanda de reconocimiento sobre la base de los mismos fundamentos sobre los que ese reconocimiento había sido negado con anterioridad: es *en tanto* mujeres, *en tanto* negr*s, *en tanto* lesbainas que los grupos demandan reconocimiento”, afirmando la existencia de “la experiencia del sujet*, especialmente su experiencia de opresión y la posibilidad de una alternativa compartida y más auténtica o auto-determinada” (Heyes 2012).

Desde la vereda de enfrente, ya en lo que hoy vemos como los orígenes de la Teoría Queer

Butler criticaba los presupuestos “fundacionistas” de las políticas de la identidad, que “tiende[n] a dar por sentado que una identidad primero debe ocupar su lugar para que se definan intereses políticos, y a continuación se inicie la acción política” (Butler 1999: 181). Al establecer su punto de vista en una identidad fundacionista, el feminismo desatiende a la propia ubicación cultural y se posiciona como sujeto universal, “una posición que despliega precisamente las estrategias imperialistas que el feminismo debería criticar” (*ibid.*: 187-8). Desde su propio punto de vista, “no es preciso que exista un* 'agente detrás de la acción’”, dado que es* agente “se construye de manera variable en la acción y a través de ella” (*ibid.*: 181). Al pensar a la identidad como un efecto producido o generado por la interacción con el entorno, se abren nuevas posibilidades de agencia: pensar a la identidad como un efecto “significa que ni está determinada necesariamente, ni es completamente artificial y arbitraria” (*ibid.*: 187). Tanto Butler como sus sucesor*s han tenido que lidiar con objeciones fundacionistas, en gran parte debido a la fuerza política que se asignaba a las nociones fuertes de identidad desde el feminismo de la segunda ola y desde otros movimientos de derechos civiles de la segunda mitad del siglo XX, tal como vimos en el Capítulo 2. El blanco de las críticas es, principalmente, la tendencia a “cuestionar las posiciones de partida y de desestabilizar los pedestales en los que nos encaramamos”, tal como explica Carmen Romero Bachiller en su lectura sobre el potencial de un cruce entre poscolonialismo y Teoría Queer. La autora respalda su postura afin al uso de lo queer respondiendo que “esta necesidad (...), lejos de arrastrarnos hacia la indefinición y la inacción política, pasa a politizar todos los espacios e instantes de la vida” (Romero Bachiller 2005: 161-162). En otras palabras, no sólo no despolitiza, sino que lleva más allá la politización a la que aspiraban aquellos movimientos, “extendiendo la noción misma de lo político” (Butler 1999: 188).

Tal como sugerí en el Capítulo anterior (apartado 2.1), existen también teóric*s que, sin adherir a una postura esencialista, problematizan lo que perciben como una tendencia, por parte de propuestas tales como la queer y otras, a negar de plano cualquier acercamiento a las políticas de la identidad, por considerar que no reconocen la función positiva que tienen las construcciones identitarias para la política de minorías. Este es el caso, por ejemplo, de Shari Stone-Mediatore, quien en *Reading Across Borders: Storytelling and Knowledges of Resistance* (2003) se ocupa, entre otras cosas, de reflexionar acerca de las consecuencias que habría tenido el postestructuralismo sobre las producciones acerca del pasado. La autora reconoce las conquistas logradas gracias a la perspectiva crítica de esa corriente, tales como “resaltar el modo en que dichas narrativas pueden naturalizar conceptos construidos ideológicamente” como son “la experiencia de

las mujeres” o “la experiencia homosexual”.²⁸ No obstante, Stone-Mediatore invita a ensayar un análisis más “equilibrado” de las narrativas, rescatando la función que efectivamente cumplen para quienes las producen y sus comunidades: “las personas excluidas del discurso público pueden usar la escritura orientada a la experiencia [*experience-oriented writing*] para desarrollar agencia discursiva y, finalmente, rearticular la identidad y la historia de maneras más relacionadas con sus luchas” (Stone-Mediatore 2003: 125). El problema, de acuerdo con la autora, no sería ciertamente el alcance crítico de la propuesta postestructuralista, sino más bien una falsa disyuntiva “entre defender las narrativas marginales de experiencia como una verdad auténtica, y exponer los mecanismos retóricos detrás de dichas ‘verdades’” (*ibid.*). Ésta, en realidad, impediría considerar todas aquellas narrativas que, sin presentarse como una fuente de “verdades auténticas”, igualmente logran hacer su aporte a conocimientos y políticas emancipadores para la comunidad desde la que trabajan.

Se trata de debates que resuenan fuertemente en aquellos presentados en el Capítulo anterior tanto en relación con el peso de la noción de “sujet*” (apartado 2.1) como en los que sostiene la Nueva filosofía de la historia (apartado 2.4). En este sentido, es posible retomar las indicaciones presentadas en ese último apartado en relación con los peligros de escepticismo y el relativismo de los que con frecuencia debe desligarse la Nueva filosofía de la historia. Al igual que en ese caso, aquí el ejercicio de exponer los andamiajes políticos de la construcción de categorías tales como sexo, género o corporalidad no constituye un camino hacia la retirada o el relativismo, sino más bien hacia habilitar órdenes alternativos, y usos más responsables y autocríticos de la propia labor teórica – usos que, como vimos con Butler, “extienden la noción de lo político”. En el caso de la historiografía veremos que ellos implican un reconocimiento de la doble dimensión política de la disciplina: como fruto de un determinado sitio político, y como herramienta de intervención en la esfera pública (ver apartado 4.1). Similarmente, al rechazar el esencialismo y el fundacionismo identitario, las perspectivas queer, lejos de desactivar la intervención pública, tienen la posibilidad de potenciarla al exponer que aún lo que desde otros puntos de vista parecía inmune a la contingencia de lo político, forma parte de ello – y, por lo tanto, puede pensarse y activarse de otras maneras.

Análisis como los de Stone-Mediatore nos recuerdan que, lejos de ser inmunes, las perspectivas queer sí contienen puntos que pueden dar lugar a críticas que deben ser tenidas en cuenta a la hora de emprender un desarrollo dentro de este marco, tal como el que presento aquí. Los cargos más interesantes – y más urgentes – son, a mi criterio, aquellos que exponen sus contradicciones internas

28 La noción de experiencia como fundamento es, como veremos más adelante con Joan Scott, uno de los ejes recurrentes de la crítica postestructuralista.

– en pocas palabras: los puntos en los que un paradigma queer no cumple con sus propias promesas. Dado que no se trata de atacar al marco de pensamiento desde fuera, sino de medirlo con su propia vara y exponer sus faltas, son críticas que presentan mayor complejidad y dificultad para ser saldadas con un simple refuerzo de la postura inicial. Dedicaré lo que sigue del apartado a estos señalamientos, como un primer paso para avanzar en un programa que las tome como puntapié para trabajar en la incorporación de estos cambios necesarios y urgentes. Me concentraré específicamente en: las críticas provenientes de los estudios trans (donde tomaré a Viviane Namaste y Blas Radi), las aportadas por los estudios críticos de la raza o la clase (principalmente a través de Hiram Pérez y Delfino y Rapisardi), y el trabajo sobre la intersexualidad (con Iain Morland), para cerrar finalmente con una breve referencia a un debate que ocupa a la teoría queer desde hace un tiempo en relación con los mandatos del optimismo y el orgullo, debate este último sobre el que tendremos ocasión de volver más adelante en el trabajo.

Uno de los principales temores de quienes trabajan críticamente dentro de un marco queer es, como vimos, que el enfoque recaiga en aquella reducción que sucediera a los estudios gay-lésbicos en los años '80: que tras la denominación “queer” se oculte, en realidad, “gay (o incluso gay-lésbico) cisgénero, blanc* y del Norte Global”. Las perspectivas trans y aquellas provenientes del “Sur Global” han estado entre las más agudas a la hora de percibir este riesgo. Dentro de los estudios trans, la canadiense Viviane Namaste extiende su crítica no sólo a la Teoría Queer, sino también a l*s teóric*s trans que están más alinead*s con aquélla, entre quienes refiere particularmente a Riki Anne Wilchins, Leslie Feinberg y Jack Halberstam. De acuerdo con Namaste, uno de los mayores problemas estriba en colocar en el centro del análisis casi exclusivamente las cuestiones identitarias y culturales (¿qué es y qué no es una persona trans? ¿de qué manera las identidades trans “sirven” para “demostrar” la plasticidad de los sexos y géneros?), una línea de pensamiento que, desde su punto de vista, es más relevante para el colectivo gay-lésbico que para las personas trans. De esta manera, se obligaría a estas últimas a pensarse sólo en tanto insertas en el colectivo lgbt, lo cual equivale a decir: supeditadas a las problemáticas y perspectivas propias de las personas cissexuales gays y lésbicas, que son quienes dominan dicho colectivo. Esto tendría como consecuencia una obturación de las “circunstancias reales” de las personas trans, y de la vivencia concreta de la corporalidad como una marca ineludible y despiadada en una sociedad fuertemente estratificada y con estándares corporales extremadamente rígidos. De acuerdo con la autora, la Teoría Queer, al concentrarse en problemas de identidad y en criticar a todo lo que provenga del esencialismo, está enfocada en un eje que poco tiene que ver con las vidas de esas mismas personas que la teoría acostumbra tomar como casos paradigmáticos (personas trans e intersex, principalmente):

Primero, [el trabajo académico sobre transexualidad] es siempre, y solamente, acerca de la identidad. Se limita a cómo y por qué las personas transexuales deciden vivir como miembros del sexo opuesto. O usa a las personas transexuales para hablar acerca de las relaciones entre las normas sociales y la identidad de género. Lo que queda por fuera de estas descripciones es cualquier tipo de comprensión de cómo es la vida cotidiana para las personas transexuales. Entonces, mientras l*s críticos están produciendo en masa libros, artículos y ensayos sobre las personas transexuales y transgénero, no tienen nada para decir sobre las circunstancias muy reales en las que las personas transexuales viven. (Namaste 2005: 2-3)

La respuesta de la autora ante esta tendencia de la Teoría Queer es fulminante: “me pregunto acerca de la relevancia de escribir teoría que no puede entender el mundo cotidiano, y que de hecho contribuye a la misma invisibilidad de la transexualidad que una teoría crítica debe exponer” (Namaste 2005: 2-3).

Ha sido frecuente el señalamiento desde los estudios trans de que el uso del término “queer” como paraguas conlleva, entre otras cosas, el uso de lo trans como un “caso” para fines ajenos a las urgencias e intereses de la comunidad misma. Que la Teoría Queer utilice a las identidades (y las personas) trans como meros ejemplos o casos ilustrativos (ante todo en relación con la idea de “construcción” del género) de una teoría elaborada por y para personas cis, implica contradecir sus propios principios de alerta ante los mecanismos de exclusión y delimitación del discurso. La presencia de personas trans en el discurso, en algunos casos como meros “signos de puntuación” (Hunter 2014) de una larga lista de denominaciones, parecería ser suficiente para afirmar la representatividad y por ello mismo evita entablar un diálogo horizontal e incorporar el análisis emprendido por est*s sujet*s mism*s. Una vez más, al igual que en los marcos teóricos que lo queer vino a impugnar, l*s sujet*s abyect*s son reafirmad*s en su abyección, al privárseles del derecho de exponer sus propios análisis, y en muchos casos relegándol*s a relatos de experiencias, historias de vida y la confirmación de teorías ajenas. En un trabajo crítico sobre el vínculo entre Teoría Queer y subjetividades trans, que toma como desencadenante la obra de Beatriz Preciado, Blas Radi denuncia a

las líneas del feminismo y la teoría queer que encuentran en las personas trans un medio perfecto para un fin extraño. Es decir, las urgencias, las prioridades y la agenda en torno a las cuales se organizan las personas trans, juegan un papel central en la justificación de la introducción de estas comunidades y sus problemáticas, pero son estratégicamente subordinadas a otros objetivos en el desarrollo de los textos. (Radi 2013: 8-9)

Las relaciones entre los estudios trans y la Teoría Queer se han enfrentado a este conflicto desde el principio – literalmente, ya que fueron numerosas las críticas al modo en que Judith Butler se refiere a las personas trans, sus procesos y sus posibilidades en *Gender Trouble* (así como también en sus obras posteriores sobre el tema, *Bodies That Matter* y *Undoing Gender*). Se ha criticado la manera en que esta obra utilizaría a las personas trans y drag como “ejemplos” (en términos de 'ejemplares', o como modelos a seguir) de la subversión del género, idea que se refuerza en su análisis posterior (incluyendo el prólogo al mismo libro), en el que Butler se ocupa de aclarar que ni las prácticas drag ni las personas trans fueron presentadas allí como ejemplo de “subversión”, sino más bien como casos que nos muestran la artificialidad de las categorías sexo-genéricas que en nuestra cultura aparecen como naturales y autoevidentes. Más allá del debate sobre la atribución de un carácter “subversivo” como algo inherente a ciertos géneros (lo cual, en cierto sentido, atentaría contra el antiesencialismo propugnado por las perspectivas queer), me interesa pensar el aspecto epistemológico-político de esta crítica, adelantando algunas de las reflexiones con las que nos encontraremos en capítulos siguientes. El punto no sería aquí impugnar el uso de ejemplos en sí mismo, o la extensión del análisis desde un determinado colectivo hacia una aplicación de mayor alcance, sino más bien señalar las políticas que subyacen a este tipo de gestos: en el marco de proyectos que se afirman teórico-políticos, como es el caso de los de Butler o Preciado, los colectivos más vulnerados ocupan un lugar subsidiario para fines que les son ajenos. Tal como emergió en el Capítulo 2 en relación con las historiografías “Gay & Lesbian”, el trabajo sobre el pasado deberá ser particularmente cuidadoso en este sentido, más aún cuando se trata de “nuev*s sujet*s”, si buscamos que la historiografía no reproduzca las estructuras que inhabilitaron la agencia política de dichos colectivos. Nos encontraremos con esto nuevamente en el próximo Capítulo, al abordar los usos políticos que se han dado a los eventos de Stonewall: allí, las personas trans aparecen incluidas en tanto y en cuanto sirvan para confirmar el carácter “diverso” de un colectivo, pero su intervención en la historia, su agencia y sus particularidades no parecerían tener lugar al momento de elaborar una estrategia política o al discutir los alcances de la epistemología de las historiografías que están siendo tramadas.

Otro lugar que ciertas posturas queer reservan a los colectivos sobre los que trabajan, en este caso el trans, es el de una primera línea de combate, a modo de paradigma político y público de la radicalidad sexo-genérica. Esta crítica, que ha apuntado entre otr*s a Butler misma, nos servirá para pensar los usos políticos de la historiografía y las exigencias que, en algunos casos, conlleva para l*s “nuev*s sujet*s” sobre l*s que trata. Considero que tanto en la teoría social como en los abordajes del pasado, cuando a la distancia sujet*/objeto se suma la exposición a un cierto riesgo político (por ejemplo, requiriendo que dicho objeto se ubique en un lugar de resistencia heroica en una narrativa), en realidad se corre el peligro de olvidar los privilegios de quien se ubica en el lugar

de sujet*, sus posibilidades de elección de vida y las diferencias que hacen de dicha exigencia una situación de riesgo para “su” objeto – en este caso, las personas trans que, entre otras cosas, suelen ser inevitablemente “visibles”, y por lo tanto blanco fácil de violencia física y simbólica. El enfoque del llamamiento radical “muchas veces se transforma en un obstáculo para registrar las urgencias específicas y demandas concretas del colectivo” (Radi 2013: 3-4); en algunos casos incluso se suma un juicio de valor negativo respecto de quienes no asumen la postura de quien escribe acusándol*s por ejemplo “de traidores por pactar con el Estado” (*ibid.*: 6) – aunque ello signifique, en realidad, la única vía posible de salida de aquellas urgencias. En este sentido, considero fundamental tener presente que la adopción de lo queer como política debe incluir el reconocimiento del propio posicionamiento, del de l*s individu*s o comunidades a las que los discursos se refieren (en el caso en que no coincidan con el propio), y de los riesgos diferenciales que dichos discursos pueden conllevar para un*s y otr*s.

Este tipo de críticas son sumamente relevantes, y apuntan a las bases mismas de la propuesta que hoy conocemos como Teoría Queer. Si su perspectiva se limita a extender un canon de tópicos a lo trans a modo de “caso” o “ejemplo”, sin modificar dichos tópicos en el proceso, de cierto modo está universalizando su perspectiva tal como, si seguimos el análisis de Butler, habría hecho el feminismo de la segunda ola. Se presentaría como “queer” algo que de hecho es relevante principalmente para personas cissexuales, cisgénero y homosexuales, o incluso, en los casos más “queer” de la perspectiva trans, las personas transgénero (y no las transexuales ni las intersex). Esto se ve paradigmáticamente, siguiendo las críticas desarrolladas más arriba, en el modo en que la identidad (y la “deconstrucción” de la misma) se presenta como el eje temático central a la hora de pensar lo trans, cuando de hecho much*s autor*s trans (tales como Namaste y Radi) han señalado que existen problemas más relevantes – y más concretos – para gran parte del colectivo. Lo queer, entonces, no representaría – como suele afirmarse – a “los cuerpos precarios” (Stüttgen en Bahtsetzis 2008: 24²⁹), sino más bien a un grupo reducido de personas que pueden a la vez vivir su género y/o su sexualidad de modos que se alejan de las normas sociales, y mantener un cierto nivel de bienestar y seguridad en sus intercambios y oportunidades sociales. Críticas tales como las de Namaste nos señalan que tal vez la política queer represente, de hecho, no a todas las personas que

29 Tim Stüttgen, que trae esta idea de lo queer y los “cuerpos precarios”, tiene una idea de lo queer bastante diferente de la que describo aquí. Este artista y curador alemán, aún reconociendo que en diferentes contextos existen distintas adopciones de lo queer, resume que el eje que unifica a todas ellas es “el movimiento entre cuestionar la heteronormatividad (la cual, al final, involucraría no sólo el dualismo masculino/femenino, sino también el dualismo heterosexual/homosexual), y el hecho de estar históricamente fundadas en formaciones identitarias homosexuales” (en alusión a los orígenes de la denominación “queer” y su transformación política). El autor auspicia una larga vida a la disciplina, dado que “[s]iempre habrá cuerpos precarios. Espero que el proyecto queer pueda ofrecerles estrategias que les ayuden para su supervivencia – o incluso máquinas revolucionarias útiles para una nueva comunidad que vendrá” (Stüttgen en Bahtsetzis 2008: 24).

viven su sexo-género de manera disidente, sino sólo a las personas cissexuales homosexuales, incluyendo a las personas trans e intersex sólo nominalmente. Si la Teoría Queer no logra evadir la tendencia a recaer en la universalización encubierta de una perspectiva hegemónica (representada, en este caso, por las personas cissexuales homosexuales, en muchos casos académicas y “blancas”), entonces su trabajo no es “queer” en absoluto, y se ha convertido, en el mejor de los casos, en “una criatura conceptualmente vacua”, tal como anticipara De Lauretis, y, en el peor, en una herramienta más de dominación.

El señalamiento de lo queer como instrumento de dominación encubierto no ha sido una advertencia exclusiva de las perspectivas trans, sino que también ha emergido desde el frente del llamado “Sur Global”, donde se señala el riesgo de caer en un etnocentrismo de consecuencias similares al cissexismo expuesto hasta aquí. De acuerdo con algun*s autor*s, esta tendencia tiene como consecuencia un panorama que se reduce al punto que “gran parte de la teoría queer hoy suena como una metanarrativa sobre los asuntos domésticos de los homosexuales blancos” (Eng et al. 2005: 12). Pensar sólo en el sexo-género, como si fueran fenómenos aislables, sin contemplar los entrecruzamientos con otros ejes y la ubicación geopolítica tanto de quien escribe como de la temática abordada, implica soslayar las necesidades, las realidades y los análisis de aquellas personas y prácticas que quedan por fuera del espectro visible para la academia que propone dicho análisis. Hiram Pérez sostiene que esta exclusión es funcional a la institucionalización de lo que llama “queer del establishment” (“*establishmentarian queer*”), y en su diagnóstico no se ahorra ironías con el título del canónico *Gender Trouble*: “[l]a teoría queer es muy particular acerca de los tipos de problemas con los que se involucra [*the kinds of trouble with which it troubles itself*]. El problema de la raza”, que interesa particularmente al autor, “presenta a la teoría queer con dilemas sobre los cuales ella se des-problematiza [*untroubles*] a sí misma activamente” (Pérez 2005: 171). De acuerdo con el autor, tal vez la Teoría Queer “del establishment” haya sido demasiado expeditiva al abandonar todo lo que tuviera relación con la identidad (específicamente, en su rechazo a las llamadas “políticas de la identidad”), y reemplazarlo por el análisis de la diferencia, alegando que lo contrario sería una recaída en posicionamientos identitarios fuertes. A partir de esta operación, la disciplina se deshace de cualquier análisis de la raza, y de esta manera contribuye a “arraigar institucionalmente al sujet* transparente blanc*, característic* de tanta teorización queer”. Los motivos, para Pérez, son claros: “L*s teóric*s queer que pueden invocar es* sujet* transparente, y eligen hacerlo, cosechan los dividendos de la blancura” (*ibid.*).

En los casos en los que sí se incorpora la raza, la colonialidad o la diáspora en el análisis, se trata muchas veces de considerar a la experiencia queer “blanca” como más avanzada (aún en clara contradicción con lo que constituiría una noción queer de la temporalidad), y por lo tanto ejemplar.

¿Cómo se puede conciliar una teorización del tiempo como no progresivo ni evolutivo, con la afirmación de que “lo queer” es la expresión superadora de otras experiencias del sexo y el género tan variadas como la heterosexualidad, el feminismo y la monogamia? (Hemmings 2011: 31 y ss.; Love 2009). Si bien más adelante en este trabajo dedicaré un espacio a los desafíos de la relación entre lo queer y la idea de progreso, baste aquí con mencionar que, a la hora de pensarse como un fenómeno global, muchas propuestas que se enmarcan dentro de lo queer han tenido dificultades en evadir este “telos colonial” (Gopinath 2005), progresivo y universalizante respecto de la propia postura. Más allá de la noción implícita de temporalidad, es particularmente importante pensar en las críticas del “Sur Global” en nuestro contexto argentino y latinoamericano, en el que el uso del marco queer ha sido criticado como una importación acrítica de desarrollos que sólo serían relevantes para su propio contexto de producción, principalmente en Estados Unidos (ver por ejemplo Sancho 2014, Vélez-Pelligrini 2011). Contra este tipo de rechazos, l*s argentin*s Silvia Delfino y Flavio Rapisardi propusieron, ya en sus primeros ejercicios con lo queer a mediados de los años noventa, incorporar el término inglés haciéndose eco de la radicalidad política del movimiento, pero añadiendo a ella la combatividad propia de los movimientos sociales locales: “[e]mpezamos a percibir que lo queer no desafiaba tanto por lo que podía designar de un supuesto escándalo sexual o de una pretendida revisión teórica, sino por las articulaciones entre luchas históricas que interpelaban tanto nuestra propia cultura política como la de las agrupaciones aliadas” (Delfino y Rapisardi 2010: 11). Para llevar adelante exitosamente este programa de “territorialización’ de lo *queer*” (*ibid.*: 11), sería necesario ante todo “historizar el discurso de las luchas por las diferencias culturales”, lo cual “requería algo más que un simple cambio de voces, contenidos y marcos, ya que implicaba una revisión radical de la ‘temporalidad’ social en la cual esas historias pueden escribirse” (*ibid.*: 13).

Así como hay quienes acusan que lo queer hace una celebración de un orden postracial o postidentitario, ignorando las opresiones que aún pesan sobre l*s sujet*s racializad*s, también hay quienes lo critican por leer allí un llamamiento o celebración de un futuro “siempre expansivo de placer sensual” (Morton 1995: 375). Iain Morland, en un brillante trabajo sobre la Teoría Queer y la intersexualidad, señala que la flexibilidad propia de ese reino hedonista celebrado por las “subculturas queer” cita una y otra vez como ejemplo paradigmático a las personas trans e intersex, pero, en muchos casos, es imposible para quienes cargan los rastros de su pasado y sus operaciones quirúrgicas sobre la propia piel. El problema reside en que este enfoque olvidaría las limitaciones sociales, materiales y corporales de l*s sujet*s de l*s que habla – o supondría que serán superadas en aquel futuro queer, contra todas las advertencias de la disciplina misma, que se ha ocupado de recordarnos las profundidades a las que llegan las relaciones de poder en nuestra cultura y nuestros

cuerpos. Estas perspectivas queer exaltarían un deseo libre, emancipado, versátil y flexible, un nomadismo de cuerpos e identidades que invite a la exploración del propio cuerpo y la sensibilidad física, una idea de placer sensual como “una forma de activismo hedonista” (Morland 2009: 287). Una vez más, ciert*s sujet*s – en este caso, quienes cargan con cirugías genitales, en particular las personas intersex – si bien son tomad*s como paradigmátic*s por la Teoría Queer, lo son a costas de su propia exclusión del análisis que se lleva adelante. Morland aclara que prefiere evitar “criticar a la Teoría Queer al estilo de [Donald] Morton, martillándole por la cabeza con materialismo histórico” (*ibid.*: 304), y en cambio opta por desnudar algunas oposiciones binarias que, contra sus mismos principios, la Teoría Queer utiliza y reproduce, tales como inflexible/flexible y natural/cultural, entre otros. A partir de ello, podrá afirmar que la Teoría Queer “no servirá para lo intersex” si continúa pensando en el placer físico como único horizonte futuro de emancipación, y si sigue anclando su crítica cultural en “una base sensorial” y su análisis en la genitalidad de las personas. En lugar de esto, deberá reemplazar aquellos binarios mutuamente excluyentes por otros más flexibles, que den lugar a la ambigüedad, y tener en cuenta los diferentes modos en que las personas pueden o quieren vincularse a aquel futuro reino del deseo hedonista. La Teoría Queer no debe presuponer qué es lo que sucede a las personas trans e intersex, sino, más bien, aprender de los desarrollos teóricos de éstas, y plantear “su interrogación acerca el sentido del 'después' [de la cirugía, en este caso], que es la flexibilidad e inflexibilidad de la historia en el presente” (*ibid.*: 305). Si me interesa traer este punto aquí, es porque considero que podrán aportar a la reflexión que vendrá en capítulos sucesivos tanto en relación con los modos de celebración de lo queer y sus (ir)responsabilidades (Capítulo 4.2.2), como a los posicionamientos entre sujet*/objeto y el lugar de la experiencia en la historiografía (5.2.2): en ningún caso lo queer deberá hacer uso de un colectivo como medio para una celebración ajena, no sólo porque ésta estaría basada en supuestos logros de los que ese colectivo no usufructúa, sino también porque presentar una narrativa de triunfo implica, en muchos casos, opacar la voz de las narrativas que denuncian las derrotas.

Un último debate de la Teoría Queer actual que vale la pena señalar en el contexto de este trabajo es el que opone, a grandes rasgos, el optimismo u orgullo al pesimismo o la vergüenza. En muchos casos, el debate se relaciona con los anteriores en su búsqueda de ubicar a la Teoría Queer dentro de la realidad cotidiana de las personas de/a las que habla – que en el caso de lo que Pérez llama “queer del establishment”, no son las mismas personas *que* hablan. A las posturas que se identifican más con el optimismo, la celebración y la anunciación de aquel futuro queer al que hice referencia arriba (sobre las que volveré al trabajar el ejemplo de Stonewall en 4.2.5) se les ha hecho notar la estrechez de perspectiva, dado que ese aire de celebración puede sólo darse en ciertos contextos privilegiados que eligen – y pueden – explicarse a partir del género y el sexo, omitiendo

otros factores a los que se aludió arriba. Volviendo a la reflexión de Iain Morland sobre el placer (aplicable a otros bastiones lgbt tales como los derechos civiles, la disidencia, la visibilidad, entre otros), me interesa destacar la importancia de tomar conciencia de los distintos contextos de existencia de l*s sujet*s, ya que “disfrutar del placer sexual por fuera de las normas establecidas no es lo mismo que disfrutar del placer sexual en ausencia de todas las limitaciones” (Morland 2009: 289). Las tendencias celebratorias, en cambio, suenan sospechosamente a una vuelta de página apresurada: en palabras de José Muñoz, “[l]os recientes llamamientos al optimismo gay o queer parecen demasiado cercanos a la evasión de la política propia de la élite homosexual” (Muñoz 2009: 3).

Por su lado, la postura que reivindica como propia a la vergüenza y el pesimismo busca preservar la llama de la disidencia que dio nacimiento al movimiento queer, oponiéndose a aquel “orgullo gay” acusado de asimilacionista e individualista. Sin embargo, distint*s crític*s han observado que esta postura es propia de personas que pueden elegir (o no) reivindicar la vergüenza porque, dentro del colectivo lgbt, son quienes menos la sufren; desde este punto de vista, tomar la vergüenza como una bandera es un lujo para poc*s. Análisis más sutiles (Halberstam 2005, Pérez 2005, Love 2009) han notado que ese uso de la vergüenza funciona, de hecho, proyectando el sentimiento sobre el pasado (como si fuera una etapa superada: visitar esa vergüenza que sentíamos *antes de Stonewall*), o sobre otr*s sujet*s, tales como las personas queer de color y las mujeres (sujet*s que, como vimos, en muchos casos son colocad*s “en el pasado” de una línea evolutiva implícita en la que lo queer, y quien escribe, están en un grado más avanzado). Paradójicamente, entonces, tanto la postura del orgullo como la de la vergüenza parecerían coincidir en aquel punto en el que quienes producen teoría siguen repitiendo las mismas estructuras hegemónicas que pretenden combatir, en lugar de cuestionarlas: “es la vergüenza blanca, gay y masculina la que ha propuesto al 'orgullo' como el remedio apropiado, y que enfoca su energía libidinal y otras en simplemente reconstruir el yo que la vergüenza desmanteló, en lugar de desarmar los procesos sociales que proyectan vergüenza en l*s sujet*s queer en primer término” (Halberstam 2005: 224). Volveremos sobre los usos de la vergüenza y sus implicancias para el abordaje del pasado en el Capítulo siguiente, principalmente mediante el trabajo de Halberstam y Love.

3.2.3. *La potencialidad de lo queer*

Estas y otras críticas han llevado a much*s autor*s a abandonar la denominación “queer” (De Lauretis 1994), o no tomarla como propia, prefiriendo eludir cualquier clasificación o acuñar nuevos términos (LaBruce en Bahtsetzis 2008: 23; Namaste 2005). Otr*s han optado por utilizarla

ya sea en función de su utilidad práctica (dado que se trata de una clasificación ya reconocible por gran parte del colectivo lgbt y sus contrapartes académic*s), o por considerar que aún encierra un potencial teórico-político relevante, pero en todos los casos mediando una importante cantidad de trabajo teórico y político para su mejoramiento (Eng et al. 2005; Pérez 2005; Morland 2009). En el caso de Hiram Pérez, por ejemplo, a quien me referí más arriba, si bien su perspectiva es sumamente crítica de la Teoría Queer y su uso de la raza como eje de análisis, concluye con un llamamiento conciliatorio: su exposición de los problemas encontrados en la actual Teoría Queer “del establishment” “no requiere abandonar el campo, pero sí establecer un mayor grado de alerta, imaginación y responsabilidad, así como también una indagación reforzada en las complejas trayectorias del deseo y la identidad” (Pérez 2005: 188).

Mi trabajo se alinea con ese tipo de diagnósticos y considera que, si elegimos seguir utilizando esta denominación y su marco teórico correspondiente, es fundamental que ello sea en el contexto de un estado de alerta permanente ante posibles violencias teóricas, políticas, y epistemológicas. Tal como advierte Butler misma, “la crítica del tema queer es esencial para lograr la continua democratización de la política queer”, ya que “si el término 'queer' ha de ser un sitio de oposición colectiva, tendrá que continuar siendo lo que es en el presente: un término que nunca fue poseído plenamente, sino que siempre y únicamente se retoma, se tuerce, se desvía de un uso anterior, y se orienta hacia propósitos políticos apremiantes y expansivos” (Butler 2002: 319-320). En este sentido, deberemos procurar que lo queer sea y continúe siendo “una metáfora política sin un referente fijo” (Eng et al. 2005: 1), para lo cual es fundamental entenderlo con Butler no como “una identidad, sino [como] una estrategia y un efecto dentro del campo del poder” (Butler 2011: 109), una perspectiva, una lente con la que leer ciertos fenómenos, “un modo comprometido de análisis crítico” (Eng et al. 2005: 2). Creo que existen una serie de pautas que pueden seguirse para trabajar en esta línea.

En primer lugar, considero fundamental entender a las posturas queer no como la celebración de una supuesta sociedad “postracial” o “postidentitaria”, o un “mundo sin géneros”, sino, muy por el contrario, como una postura epistemológica y política crítica que, entre otras cosas, se ocupa de analizar, exponer y cuestionar aquellas instancias en las que, aún en nuestros días, el posicionamiento identitario, de “raza”, corporalidad y/o género se traduce en lugares de exclusión, opresión y violencia tanto físicas como simbólicas. Las posturas predominantemente (o exclusivamente) celebratorias dejan de lado una de las principales herramientas que nos ofrece la perspectiva queer, esto es, la ininterrumpida intervención crítica sobre el orden de lo dado. Por otro lado, otras posturas críticas, tales como las esencialistas (incluidas las políticas de la identidad), si bien han hecho y hacen un importante aporte en lo que hace a logros políticos concretos, encuentran su límite en dicho núcleo esencial, que no es cuestionado ni sometido a un análisis genealógico.

Esto opaca una lectura interseccional y tiende a las interpretaciones unívocas o jerarquizadas de aquellas violencias, sin atender a sus entrecruzamientos y a la complejidad de las estructuras que las sostienen. Una perspectiva queer tal como la que propongo aquí enfrenta esta complejidad en tanto evita fugarse hacia la celebración de un supuesto progreso, o hacia la afirmación de una jerarquía de identidades y/o una definición “correcta” de lo que significan. Retomando las palabras de Muñoz, me interesa la perspectiva queer en tanto propone “la función de crítica que alimenta una imaginación política crítica y potencialmente transformadora” (Muñoz 2009: 2).

Si hablamos de una herramienta de análisis, o un sitio de acción política, entonces también será necesario pensar a lo queer como inmerso en su contexto de producción y aplicación, en línea con la “territorialización” a la que se refieren Delfino y Rapisardi, y reorientándolo de acuerdo con las “emergencias históricas” (Eng et al. 2005: 1) que afectan los panoramas locales e internacionales. En este sentido, en el presente trabajo pienso a lo queer en función de los usos teórico-políticos y el potencial que encierra el trabajo sobre el pasado para el contexto presente, entendiendo a la historiografía, al igual que a lo queer, como un medio entre otros para acompañar el empoderamiento de sujet*s y colectivos. Pensar lo queer – o la historiografía – como ajenos a esta contextualización y a las emergencias históricas a las que pueden responder, no aporta a una supuesta “objetividad” o “universalidad” sino, muy por el contrario, oculta tras la ilusión de algo neutral y atemporal aquellos intereses y posturas que inevitablemente deberán servirle de respaldo.

Asimismo, lo queer podrá ser queer con la condición de que su propia lectura no opaque otras ni pretenda imponerse como única o privilegiada. La idea de que existen algunos ejes de pertenencia (raza, clase, género, sexualidad, diversidad funcional, entre otros) cuyas opresiones son más fundamentales, básicas u originarias que otras, presupone no sólo que es posible separarlas, sino que cada persona está en condiciones de “elegir” una u otra a modo de una “identidad originaria”. En lugar de eso, deberemos enfatizar – como he hecho repetidas veces hasta aquí – la importancia del pensamiento y el trabajo interseccional e interdisciplinario, articulando con otros movimientos, colectivos y causas afines. De lo contrario, la perspectiva queer será víctima, como tantos otros movimientos, de la hegemonía de ciertas identidades que pasan por universales. Tal como advierte Halberstam “[e]l futuro de los estudios queer, creo yo, depende totalmente de alejarse de las políticas de la identidad blanca y masculina y aprender de las críticas radicales ofrecidas por una generación más joven de académic*s queer que toman su inspiración intelectual del feminismo y los estudios étnicos, más que de los estudios queer blancos” (2005: 220). Estos son algunos de los colectivos que han elaborado herramientas críticas para pensar lo queer en conjunción con otros ejes, probablemente impulsados, además de por la inquietud teórica, por el hecho de que habitan esa conjunción con sus propios cuerpos. Además, son esas las herramientas que servirán para mantener el área a salvo de la colonización de las indentidades que, tal como

vimos en el caso de la transexualidad, tiene consecuencias concretas (y letales) sobre el logro de transformaciones políticas efectivas para los colectivos sobre los que la Teoría Queer trabaja.

Aquel peligro de asimilación o “liberalización” de los estudios queer, que algun*s interpretan como el surgimiento de un “liberalismo queer”, es una amenaza y una advertencia permanente para el movimiento (y, como habrá quedado claro hasta aquí, no es una amenaza puramente “externa”). Este fenómeno “nos desafía a reconsiderar algunas de las ideas canónicas del campo” y nos recuerda la importancia de “insistir en su continua reevaluación tanto en sus aplicaciones históricas como en sus contextos contemporáneos” (Eng et al. 2005: 13). En efecto, categorías tales como público y privado, vergüenza y orgullo, normal y antinormal (sic), de uso frecuente en la disciplina, toman un nuevo significado cuando se utilizan desde un enfoque liberal, voluntarista o individualista, significado que se aleja de aquel potencial cuestionador y subversivo que caracterizó la adopción de lo queer en sus principios. Poniendo esto en relación con lo dicho anteriormente sobre la necesidad de ofrecer un contexto o “territorializar” el análisis, podemos pensar en la necesidad de repensar críticamente tópicos del área tales como el llamamiento a la visibilidad, la exposición pública, el orgullo y la celebración de la “anormalidad” en contextos en los que la visibilización se torna hipervisibilización (esto es, visibilización forzada de sujet*s y grupos que no pueden ocultar aquellas características que les tornan blanco de opresión y violencia) y las estrategias supuestamente revolucionarias son en realidad gestos posibles solamente para algun*s individu*s, que no por considerarse queer dejan de ser privilegiad*s.

Estas estrategias también servirán para enfrentar el creciente desafío de la institucionalización de lo queer, tanto en su veta académica – carreras, centros de estudio, congresos, publicaciones, etcétera – como en la del activismo – financiación internacional, alianzas, agenda política. Hiram Pérez no sólo sugiere que “[a]l interrogar la complicidad que requiere la institucionalización, podemos resistir de manera más efectiva esa colisión”, sino que también podríamos intentar en ese proceso “reinventar nuestra relación con la academia y tal vez incluso transformar la institución misma” (2005: 180). De esta manera, es posible construir una red de teoría y acción que no esté atada a la institucionalización, a la vez que se elaboran anticuerpos para que, en el futuro, la institución no continúe echando mano de cada disciplina nueva y antihegemónica emergente.

Finalmente, entender a lo queer como una estrategia, un proceso, una transformación permanente, nos vuelve a traer a nuestra reflexión inicial acerca de la historiografía, al dibujar a lo queer como un puente hacia el futuro – un futuro diferente, y de ahí la importancia de la imaginación para el paradigma queer. En *Cruising Utopia*, el recientemente fallecido José Muñoz se refiere a lo queer como “una metodología crítica que correspondería describir como una mirada hacia atrás que realiza una visión futura” (2009: 4). Esa mirada hacia atrás nos servirá para llevar adelante nuestra tarea de “soñar y realizar (...) otros modos de ser en el mundo, y finalmente

nuevos mundos. Lo queer es un anhelo que nos impulsa hacia adelante (...) se trata esencialmente del rechazo de un aquí y ahora y una insistencia en la potencialidad o la posibilidad concreta de otro mundo” (Muñoz 2009: 1). Imaginación, potencialidad, crítica, interseccionalidad, son las palabras clave para ir más allá tanto de la agenda política cada vez más pragmática que domina gran parte del movimiento lgbt, como de la agenda cada vez más solipsista de la academia gay-lésbica-queer. Es hora, entonces, de mirar hacia atrás con el objetivo de tomar impulso para pensar críticamente sobre el presente, y construir nuevos mundos para el futuro.

3.3. Perspectivas queer sobre las representaciones del pasado

Tal como vimos en el Capítulo anterior, un primer intento de plasmar esa mirada hacia atrás con vistas al futuro tuvo lugar en las últimas décadas del siglo XX, cuando comenzaron a producirse los primeros encuentros entre historiografía y sujet*s lgbt. Al igual que con otros colectivos, la visibilización de est*s “nuev*s sujet*s” puso en evidencia la necesidad de repensar los abordajes del pasado y de elaborar nuevos relatos, y modos de relatar, que estén en sintonía con dicho panorama. También al igual que en otros colectivos, esa tendencia no nació en la academia sino en el activismo (Ecoffier 1995), y en muchos casos la primera reacción ante dicha emergencia fue la de incorporar en los relatos ya existentes a personajes históric*s pertenecientes al colectivo, para tornarl*s en nuevas figuras “heroicas” y así darles representatividad en un panteón que tendía a invisibilizarl*s. De esta manera, el activismo lgbt y ciertas partes emergentes de la academia se encontraron en una empresa común: “Los imperativos políticos de la liberación gay se enlazaban con los de la nueva historia social, que legitimaba el estudio de la vida 'privada', reconocía a varones y mujeres comunes como sujet*s historiográfic*s apropiad*s, y demandaba la recuperación de quienes habían sido dejad*s por fuera de las narrativas históricas tradicionales” (Ecoffier 1995: 1). Estas tendencias emergentes implicaban “una ampliación de la imagen, una corrección a omisiones que eran resultado de una visión imprecisa o incompleta” (Scott 1991: 776), y por este motivo eran vividas como un desafío a lo que Joan Scott ha llamado “historia normativa” (*ibid.*). Surgieron así representaciones del pasado que apuntaban a “rescatar”, por ejemplo, lo que se interpretaba como “prácticas homosexuales” en contextos anteriores al surgimiento mismo de la noción de homosexualidad, o “traer a la luz” (una expresión sobre la que volveré en 5.2.1) elementos biográficos de grandes figuras que apuntaban a, por ejemplo, lo que hoy entendemos como un deseo no heterosexual.

Posteriormente, esta historiografía llamada “Gay & Lesbian” fue blanco de numerosas críticas, que la acusaban de reproducir los mismos vicios de la profesión que supuestamente venía a remediar (Ecoffier 1995, Abelove 1995, Scott 1991). De la mano de lo que en el Capítulo 2

denominamos la crisis de la historiografía “con mayúscula” y “con minúscula”, surgieron diversas observaciones que hacían evidente la urgencia de repensar no sólo qué personajes entraban en el relato ya establecido, sino también el modo mismo de narrar, las ideas que subyacían al relato (entre otras, aquella de progreso y de historia como desvelamiento de una realidad unívoca), los sistemas de producción de representaciones del pasado, y l*s agentes habilidad*s para producirlos. Quedaba en evidencia que, en palabras de Scott, la estrategia de aquell*s “historiador*s de la diferencia” se mantenía “cómodamente” dentro del marco epistemológico de la historiografía “ortodoxa”, impidiendo “la posibilidad de examinar esos presupuestos y prácticas que excluyen las consideraciones acerca de la diferencia en primer lugar. Toman como autoevidentes las identidades de aquellas personas cuyas experiencias están siendo documentadas, y por lo tanto naturalizan su diferencia”. Esta operación evitaría las preguntas más acuciantes – ante todo, “[l]as preguntas acerca de la naturaleza construida de la experiencia, sobre cómo l*s sujet*s son constituid*s como diferentes antes que nada, sobre cómo se estructura nuestra propia visión – sobre el lenguaje (o el discurso) y la historia” (Scott 1991: 777). En el caso de “las historias que documentan el mundo 'oculto' de la homosexualidad”, por ejemplo,

...el proyecto de hacer visible la experiencia excluye de antemano un examen crítico del funcionamiento del sistema ideológico mismo, sus categorías de representación (homosexual/heterosexual, hombre/mujer, negro/blanco como identidades fijas e inmutables), sus premisas sobre lo que significan estas categorías y cómo operan, y sus nociones de objeto, sujeto y causa. (...) La historia es una cronología que visibiliza la experiencia, pero en la que las categorías, sin embargo, aparecen como ahistóricas. (*ibid.*: 778)

Mientras por un lado visibiliza la experiencia de opresión hacia el colectivo lgbt, por el otro lado este tipo de historiografías reproduce sus términos – quitándole, paradójicamente, cualquier pista de historicidad.

El pensamiento queer se inserta en este contexto aportando, en lo que hace a su relación con la historiografía, numerosos elementos críticos para dar respaldo teórico a aquellas necesidades de la disciplina, en continuidad con la crítica presentada por Scott y con aquellos movimientos a los que me referí en el capítulo anterior, tales como la historia social y la Nueva filosofía de la historia. A la vez que nos ofrece herramientas conceptuales para pensar críticamente la concepción tradicional de la profesión historiográfica y sus versiones actuales, también arroja luz sobre las posibilidades de abordar el pasado y representarlo de maneras alternativas. Las críticas y debates presentados en apartados anteriores dan cuenta de una rica capacidad de análisis que, aplicada a la reflexión sobre nuestro vínculo con el pasado, será sin dudas de suma utilidad para revisar, releer y reelaborar los

distintos modos de pensar el pasado.

Sin embargo, ya en la Introducción de esta Tesis vimos que, pese al enorme potencial que el pensamiento queer ofrece para la reflexión historiográfica (tanto de sujet*s lgbt, como de otros tipos de historiografía), existe una llamativa disparidad entre la gran cantidad de volúmenes historiográficos disponibles actualmente sobre “sujet*s queer”, y la escasa bibliografía existente con un abordaje, desde la epistemología o la filosofía de la historia, del potencial de un cruce entre pensamiento queer e historiografía. Tal como emerge del trabajo de Nan Alamilla Boyd (2008) en su relevamiento bibliográfico de proyectos de historia oral, las alusiones a la Teoría Queer en estudios historiográficos muchas veces se limitan a comentarios metodológicos más o menos breves a modo de introducción a estudios sobre “sujet*s queer” en distintos momentos de la historia. En contraposición, el análisis que Boyd misma ofrece arroja luz sobre las prácticas de la historia oral, adoptada en muchos casos debido a la limitación de los recursos de la historiografía tradicional (archivos nacionales, fuentes historiográficas anteriores, entre otros) a la hora de investigar experiencias disidentes de géneros y sexualidades. En particular, son interesantes sus observaciones acerca de “los desafíos que una perspectiva queer presenta a la historia oral” (Boyd 2008: 178) en sus métodos, estrategias y presupuestos, tales como su dependencia de cierta idea de auto-conocimiento, de comunicación más o menos transparente entre relator*s e investigador*s, y de un vínculo directo entre prácticas sexuales e identidad a lo largo de la historia. Asimismo, la autora ofrece una lúcida reflexión sobre la relación entre lenguaje, narración e identidad, considerando las maneras en que las personas entrevistadas en distintos proyectos de historia oral, incluido el suyo propio, construyen sus narraciones a partir de las expectativas percibidas tanto en el/la investigador/a, como en la comunidad misma:

Pese a las mejores intenciones y al tacto más ligero, estas historias orales siempre se ofrecen en relación con el proyecto más amplio de investigación gay-lésbica, siempre articulado en torno a lo que quien narra piensa que un* investigador* desea oír, siempre estructurado alrededor de un cierto deseo histórico por la visibilidad política gay y lésbica. (Boyd 2008: 189)

Si bien el trabajo de Boyd ofrece un buen acercamiento al cruce entre posturas queer e historiografía (al que volveré a lo largo de este trabajo), y ensaya algunas propuestas de qué sería una “historiografía queer”, también es cierto que se limita casi exclusivamente a un relevamiento bibliográfico, y que se refiere particularmente a trabajos de historia oral.

Encontramos una investigación de alcance más ambicioso en el libro de Scott Bravmann, *Queer Fictions of the Past* (1997), donde el autor indaga en los modos en que se producen o podrían producirse narrativas del pasado desde una perspectiva queer. Bravmann comienza planteando la

paradójica disparidad entre la gran cantidad de estudios históricos dedicados a señalar el carácter construido y “normalizador” de todo tipo de prácticas, frente a la escasa aplicación de este ejercicio a la disciplina historiográfica misma (Bravmann 1997: ix).³⁰ A partir de esta observación, sugiere pensar las narrativas acerca del pasado como lugares de construcción y disputa de identidades, sitios performativos de intervención sobre el presente y el futuro. Su propuesta consiste en llevar adelante nuevas escrituras y lecturas de la historia desde una perspectiva postmoderna, abrazando el cambio y las contradicciones, en línea con trabajos tales como los de Audre Lorde o Samuel Delany. Tras presentar su rechazo a “las metanarrativas”, las concepciones humanistas de la identidad “como unificada y estable”, y la idea de que tenemos la “habilidad de conocer el pasado tal como 'realmente' sucedió”, el autor propone

dejar de entender las representaciones históricas lésbicas y gays como reportes literales o descriptivos del pasado, y comenzar a entenderlas como sitios performativos donde se inventan los significados. (...) [E]stos estudios culturales queer de la historia proponen un nuevo enfoque para pensar la relación entre el pasado y el presente, e indagan en las ficciones queer del pasado como intervenciones en la materialidad del presente (*ibid.*: 97).

A su vez, para evitar caer nuevamente en aquellas universalizaciones que mencioné en apartados anteriores, el autor insiste en producir historiografías que incluyan y expliciten las diferencias que persisten dentro de lo queer (en la distinción entre gay y lésbico, en el cruce con ejes de raza, clase y nación, etc.). Las historiografías que le interesan son las que proponen “un intento imaginativo de re/escribir la complejidad híbrida de las historias queer en términos que sean tan críticos como esperanzadores” (*ibid.*: 114). Si bien desde el punto de vista teórico se trata de una propuesta interesante y plena de posibilidades, su aparición relativamente temprana dentro de la genealogía de la Teoría Queer (cuya fecha de inicio suele trazarse, como vimos, con la aparición de *Gender Trouble* en 1990) nos obliga a repensar sus planteos a la luz de los desarrollos posteriores de la teoría.

Algo similar puede decirse del aporte de la publicación especializada *Radical History Review*, que ya en el año 1995 dedicó un número especial precisamente al desarrollo de cruces entre la Teoría Queer y la historiografía “Gay & Lesbian” (Escoffier 1995). Al advertir la ausencia de material publicado sobre este tema, l*s editor*s se propusieron saldar la deuda con una serie de artículos que indagaran en las relaciones entre historiografía y pensamiento queer, los desafíos planteados por este último a categorías tan fundamentales en el estudio de la historia tales como

30 El hecho de que un texto de 1997 (Bravmann), uno de 2008 (Boyd), y el mío propio adviertan el mismo hecho como algo llamativo, habla de una persistencia no sólo del problema, sino también de la consideración de lo importante que es enfrentarlo ensayando respuestas posibles.

experiencia e identidad, y la posibilidad de pensar a lo queer como un marco conceptual para el estudio de la historia, entre otros. Sin embargo, en muchos casos los artículos son, tal como anticipé al mencionar el trabajo de Boyd (y en línea con lo señalado por Bravman), estudios de casos encontrados a lo largo de la historia de sujet*s, prácticas o identidades que hoy podríamos denominar “queer”. Ofrecen interesantes excepciones a esto los aportes de Henry Abelove y Martha Umphrey, además de la introducción de l*s editor*s en la que se provee un breve estado de la cuestión. En el primer caso (Abelove 1995), el autor compara la producción de la disciplina en tiempos de la historiografía “Gay & Lesbian”, con la más reciente perspectiva “queer”, tomando como punto de referencia a sus estudiantes universitari*s, quienes a mediados de los años noventa comienzan a identificarse como “queer” y desarrollan una visión crítica acerca de aquella historiografía “Gay & Lesbian” de la que Abelove mismo es un referente. Est*s estudiantes cuestionan la recurrencia en aquella historiografía de elementos tales como el tropo de la marginalización, o la presentación de l*s protagonistas como “personas con una subjetividad profunda y una capacidad para actuar de manera original y decisiva” (Abelove 1995: 50), o las tramas organizadas en torno a una idea fuerte de Estado-Nación. Por el contrario, l*s “nuev*s queers” “típicamente encuentran el anonimato más interesante que la individualidad, la imitación más creíble que la originalidad, y la apropiación más deseable que la invención” (Abelove 1995: 50), prefieren personajes escurridiz*s y de fronteras borrosas, y consideran que no hay tal cosa como “liberarse” a través de la sexualidad ni mucho menos “llegar a una autenticidad sexual” (*ibid.*: 51). De esta manera, las observaciones que nos ofrece Abelove sirven para trazar un panorama no sólo de las diferencias dentro de la historiografía, sino más ampliamente de los cambios políticos y culturales que implica el paso de lo gay-lésbico a lo queer. Estos son elementos sobre los que volveré en repetidas ocasiones a lo largo de los capítulos siguientes.

El artículo de Umphrey (1995) en la misma compilación hace uso de un personaje polémico de la herencia lgbt (Harry Thaw, joven ¿homosexual? que asesinara a una figura pública en 1906) para poner en cuestión los usos de la historiografía, las derivaciones de una concepción fuerte de “identidad”, y la búsqueda de “héroes” para aquel panteón lgbt tan ansiado en los comienzos de la historiografía del colectivo. Una figura tal como la de Thaw “puede ser un ancestro desagradable para much*s, incómodamente situado cerca del proyecto de la historia gay/lésbica y fácilmente borrado (tal vez con alivio)” (Umphrey 1995: 11). La autora toma este caso para cuestionar, en términos más generales, un proyecto historiográfico basado en una idea fuerte de identidad, así como también las políticas de la identidad binaria – que al reafirmar a un colectivo subalterno siempre lo hará reforzando esa misma jerarquía – y una historiografía “basada en categorías identitarias estables y fundamentos epistemológicos de la historia” (*ibid.*: 12). Pensar lo queer en relación con la historiografía gay-lésbica, entonces, es precisamente “apartarse de una historia de

categorías identitarias estables” (*ibid.*: 16), y en ese sentido tal vez ya no tenga sentido hablar de “historia queer” (“*queer history*”), como si “queer” también fuera una identidad estable, sino más bien de historiografía *queerizada* (“*queered history*”): una práctica autocrítica, flexible y dinámica, que tenga como objetivo no tanto estudiar sujet*s “desviad*s” del pasado, sino más bien indagar en la producción de esas “desviaciones” como tales, incluyendo los procesos mediante los cuales fueron excluidas de gran parte de la historiografía. Si bien se trata de un trabajo que, al igual que el de Ablove, ha servido de fuente para la escritura de la presente Tesis, debido a su temprana publicación la aplicación de estos análisis al contexto teórico-político actual requiere un cierto cuidado. Por otro lado, ninguno de l*s dos autor*s ha profundizado en estos temas meta-históricos luego de la publicación de los artículos mencionados.

Más tarde, la estadounidense Shari Stone-Mediatore presentó su propio análisis de la escritura de la historiografía en *Reading Across Borders. Storytelling and Knowledges of Resistance* (2003), su único libro hasta el momento sobre esta temática. En la obra, la autora adopta una perspectiva diferente de la que propongo aquí, principalmente en tanto es crítica de las posturas postmodernistas, tal como señalé en el apartado 3.2.2. No obstante, su aporte, asentado en el feminismo transnacional,³¹ puede ser de utilidad para pensar las implicancias de los modos canónicos de la historiografía, y el potencial que encierran ciertos relatos alternativos, más aún cuando se refieren a individu*s o grupos subaltern*s. En su análisis de las narraciones y sus posibilidades políticas, la autora nos advierte acerca de las limitaciones de los “paradigmas narrativos prevalecientes” (Stone-Mediatore 2003: 138), que determinarán los contenidos y estilos permitidos, al mismo tiempo que asentarán, a modo de cimiento para dichos discursos, ciertos conceptos básicos, tales como agencia, actor, y evento (los tres conceptos que toma Stone-Mediatore como guía para su análisis). Entiende a las narrativas como prácticas sociales que son “reguladas por las instituciones que producen, legitiman, y distribuyen el conocimiento”, y a su vez, en sus versiones hegemónicas, proveen los marcos interpretativos del “sentido común” compartido (*ibid.*: 132). Dado que son “productoras de significado” y de nuevas realidades (preferentemente, con vistas a la construcción de futuros mejores), Stone-Mediatore considera fundamental discutir las implicancias de las narraciones canónicas. Será urgente, sobre todo, buscar nuevos modos de expresión que puedan dar cuenta de las existencias que no llegan a ser representadas por aquéllas. La autora se interesa particularmente por las narrativas que “usan el lenguaje creativamente para abordar las tensiones y contradicciones de las vidas cotidianas de la gente, y que sitúan estas

31 En palabras de la autora: “Con feminismo transnacional me refiero a un proyecto teórico y político que enfrenta, con miras a resistir, relaciones de gran alcance de dominación política, económica, y cultural, y los peligros específicos que estas relaciones presentan para las mujeres. Este proyecto es *transnacional* porque las relaciones de dominación que enfrenta atraviesan los límites nacionales y producen relaciones tanto cooperativas como jerárquicas que son históricamente específicas entre mujeres de diferentes naciones, razas y clases” (Stone-Mediatore 2003: 128).

experiencias en un contexto social más amplio”, ya que ellas “no sólo desestabilizan las representaciones de la experiencia recibidas, sino que también pueden facilitar la conciencia política y las comunidades políticas” necesarias para que resistamos a formas de dominación variadas y profundas (*ibid.*: 126). En este sentido, es particularmente interesante el análisis que la autora ofrece de la obra de Gloria Anzaldúa, al que haré referencia a lo largo de este trabajo.

J. Halberstam ha dedicado parte de su obra a reflexionar acerca de la historia, la temporalidad y el trabajo teórico en relación con lo queer, motivo por el cual ocupará un lugar central en los capítulos subsiguientes. En un primer acercamiento, puede mencionarse su trabajo *Queer Art of Failure* (2011), en el que propone, a través de la idea de “teoría baja” (“*low theory*”), una reivindicación del fracaso, la contradicción y la inadecuación como modos de existencia – modos a los que, afirma, las personas queer están muy acostumbradas. En relación con la historiografía, critica a la “teoría alta” con su recuperación de un pasado heroico que debe ser recordado, y propone en cambio una reevaluación de los errores, la banalidad, y quizás incluso el olvido: historiografías que “no intentan explicar, sino involucrar” (Halberstam 2011: 28). Este involucramiento sospecha de “la memorialización” y defiende “ciertas formas de borramiento por sobre la memoria, precisamente porque la memorialización tiene una tendencia a ordenar historias desordenadas” (*ibid.*: 28). La memoria es, después de todo, un ritual de poder que selecciona aquello que es importante (colocándole el mote de “triumfo”), impone una continuidad narrativa, y busca héroes coherentes y estables, y todo ello siempre “en beneficio de quien habla” (*ibid.*: 150). Al momento de pensar particularmente en las historiografías queer, Halbertam apuesta a “rechazar los relatos triunfalistas de la historia gay, lésbica y transgénero que necesariamente reinvierten en nociones robustas de éxito y sucesión”, y en su lugar construir historiografías “desleales”, “traidoras a una historia políticamente pura de la homosexualidad” (*ibid.*: 171), que no escondan aquellas figuras que no cumplen con el ideal heroico. En los tiempos que corren, sostiene Halberstam, la traición puede llegar a ser una urgencia política, ya que “la lealtad a la nación significa cumplimiento acrítico de [sus brutalidades]” (*ibid.*: 164).

En una línea similar a la de Halberstam, y de hecho retomando parte de su trabajo anterior, se sitúa el aporte de Heather Love, con su *Feeling Backward. Loss and the Politics of Queer History* (2009). La autora se opone a lo que entiende como un “giro afirmativo” en los estudios queer, por considerar que omite las innumerables formas de sufrimiento y opresión que aún están presentes en nuestra sociedad. Vincula a este giro (al que me referí brevemente en el apartado 3.2.2) con una mirada hacia el futuro, que exige dejar atrás los “errores” del pasado (donde quedaría todo el sufrimiento de quienes nos precedieron) y concentrarse en un presente y un porvenir colocados en una línea de progreso: “[d]adas las oportunidades que están disponibles para *algun*s* gays y lesbianas, la tentación de olvidar – olvidar las aberraciones y la humillación de la historia gay y

lésbica, e ignorar el sufrimiento persistente de quienes no han subido con la marea creciente de la normalización gay – es más fuerte que nunca” (Love 2009: 10). De esta manera, Love destaca la importancia de mirar no al sólo al futuro sino también al pasado, para poder registrar y trabajar sobre las dificultades que aún persisten para gran parte del colectivo: “Dar la espalda a la degradación pasada para ir hacia una afirmación presente o futura significa ignorar el pasado en tanto pasado; también vuelve más difícil ver la persistencia del pasado en el presente” (*ibid.*: 19). *Feeling Backwards*, además, se suma al giro afectivo que ha atravesado a la Teoría Queer en los últimos años, y lo utiliza para criticar a las tendencias más optimistas que suelen dedicar poca o nula atención a sentimientos tales como la vergüenza, el rechazo de sí mism*, la angustia y la melancolía, por considerarlos resabios trasnochados de una época ya concluida (¿quién puede tener vergüenza tantos años después de Stonewall?). A lo largo del libro, la autora aplica el análisis de estos sentimientos a cuatro autor*s de ficción de fines del siglo XIX y principios del XX, que coloca en una temporalidad particular ya que no se adaptan al modelo de modernidad, se mantienen en un clima de melancolía y “rechazan ser rescatad*s” contra todos nuestros intentos (*ibid.*: 8). Si bien se trata de un planteo, como muchos otros de los reseñados aquí, tal vez demasiado centrado (implícitamente) en la perspectiva del “Norte Global”, de todos modos es un aporte sumamente útil a la hora de pensar los riesgos políticos de cortar con el pasado, y de concentrarse en grandes héroes sin atender a las figuras del fracaso, la pérdida y la vergüenza.

En otra línea de trabajo, un último proyecto interesante para mencionar es el que propone Elena Levy-Navarro, quien aporta una perspectiva diferente (y externa) de lo que significa una “historia queer”. La autora formó parte de una compilación de textos de “Fat Studies” (Rothblum y Solovay 2009) con su artículo “Fattening Queer History. Where Does Fat History Go from Here?”, en el que describe lo que ella entiende como las ventajas de una “historia queer”, y propone aprender de los avances de ésta para incorporarlos a una necesaria historiografía de la gordura. Aún reconociendo que existe una considerable gordofobia dentro de la comunidad queer, la autora defiende el uso del término en una “definición más expansiva (...) que incluya más explícitamente a todas las personas que desafían la normatividad, incluyendo las personas gordas” (Levy-Navarro 2009: 15). A partir de esto, señala la urgencia de un trabajo conjunto de historiografía y activismo para “intervenir constructivamente en nuestro propio momento histórico” (*ibid.*: 15), siguiendo los pasos de lo que llama “historia queer”. Desde su punto de vista, este ejercicio, ante todo, podría servir para “mirar al pasado para criticar las construcciones que nos oprimen ahora” (por ejemplo, mostrando el carácter construido de categorías tales como “obesidad”); en segundo lugar, porque “necesitamos intervenciones históricas más creativas para complementar esas genealógicas, porque sólo las segundas pueden ayudarnos a imaginar nuevas relaciones con nuestros cuerpos y los cuerpos de otr*s” (*ibid.*: 15). Es decir, la historiografía deberá servir a la vez para trazar los caminos que nos

han traído al presente tal como lo conocemos, y para empoderarnos en la imaginación de futuros diferentes. Con atención a tópicos familiares para el trabajo queer tales como la creatividad, la temporalidad (que ve como divergente a aquella normativa, lineal y normalizadora), y la necesidad de la construcción de un* “otr*”, la autora hace un llamamiento a que el activismo gordo, inspirado en lo queer, se embarque en la escritura de historiografías “de naturaleza más imaginativa y lúdica” (*ibid.*: 16), que permitan al pasado hablar con el presente para imaginar futuros menos opresivos.

Finalmente, cabe recordar que referentes consagrados de la reflexión historiográfica, tales como Hayden White o Joan Scott, han expresado su interés en corrientes postmodernistas para la comprensión de la tarea histórica, aunque sin hacer alusiones específicas al caso de las perspectivas queer.³² En el Capítulo anterior hemos tenido ocasión de repasar brevemente algunos de los puntos fundamentales de la propuesta whiteana, ante todo en lo que hace a las consecuencias de considerar al escrito histórico como un texto o un “artefacto literario”. En las páginas que siguen volveremos sobre este y otros aportes de White; baste aquí con mencionar que, de acuerdo con el autor, el posmodernismo ha cumplido un rol fundamental en la comprensión de la historiografía al extender “el proyecto modernista de desmitificar el pasado hasta incluir el mismo 'conocimiento histórico' en que esa desmitificación se basó” (White 2010d: 153). Uno de los principales resultados de este proceso de “demistificación” de acuerdo con White, y uno que resulta particularmente relevante para las tesis que presento aquí, es el de invitarnos “a evaluar el pasado desde el punto de vista de su utilidad para el presente”, sin por ello entender al presente como algo conocido, transparente e independiente de cualquier discurso: “Al contrario, el 'presente' es una construcción tanto como lo es el 'pasado' o el 'futuro’” (*ibid.* 157). La demistificación, la construcción, la utilidad y las relaciones pasado-presente-futuro son nociones que surgieron y surgirán a lo largo del trabajo, a través de desarrollos que deben tanto a los aportes de la filosofía de la historia como a los del pensamiento queer.

En el caso de Scott, ya en su clásica obra *Gender and the Politics of History* (1999) la autora ofrece una defensa de la adopción de perspectivas postestructuralistas para la reflexión acerca del pasado y la historiografía, en línea con lo enunciado hasta ahora respecto del proyecto de *queerizar* la historiografía. El postestructuralismo, afirma Scott, nos permitiría indagar en cuestiones de epistemología, desde una relativización del estatus del conocimiento y la explicitación del vínculo entre conocimiento y poder. Además, tal postura pondría al conflicto en el centro del análisis,

32 Cabe destacar que en diversas conferencias dictadas en los últimos años (Buenos Aires 2010; Vitória, Brasil 2013) Hayden White expresó interés y entusiasmo (incluso mayor al que expreso yo aquí) hacia el enfoque queer como una herramienta fructífera para involucrarse en las disputas por la representación del pasado, las posibilidades y la necesidad de la historiografía en la actualidad. No obstante, hasta donde tengo registro esta postura no se encuentra plasmada en un texto de su autoría publicado a la fecha.

dando lugar a las contradicciones y complejidades y rechazando, por lo mismo, toda categoría esencialista o explicación totalizadora (Scott 1999: 4). La autora invita a pensar la tarea historiográfica de manera diferente: “[I]a historia ya no es acerca de las cosas que les han sucedido a mujeres y varones y cómo han reaccionado a ellas; en cambio, es acerca de cómo han sido construidos los significados subjetivos y colectivos de mujeres y varones en tanto categorías de identidad” (*Ibid.*: 6). Se trata, ciertamente, de puntos que reaparecen en las perspectivas queer (tal como hemos visto, por ejemplo, en la propuesta de Bravmann y la de Levy-Navarro), y sirven de guía para la elaboración de mi trabajo. Sin embargo, la vinculación con lo queer no es explícita, y por otro lado es interesante notar que de la presentación de Scott podría deducirse, aunque no leerse explícitamente, una nueva idea de “progreso”, según la cual este nuevo enfoque sería una mejora (y quizás hasta un reemplazo) respecto del anterior. En mi propuesta, por el contrario, entiendo estas perspectivas no como un paso adelante en una línea de evolución hacia una historiografía “mejor”, sino más bien como una multiplicación de las herramientas disponibles para las escrituras del pasado, que siempre serán hechas a partir de una relectura de los materiales existentes.

3.4. Hacia una(s) historiografía(s) queer

A partir de este breve panorama de la genealogía de la Teoría Queer, algunos debates en los que se ve involucrada y las principales fuentes existentes que la vinculan con los desafíos de la historiografía, espero haber dejado en evidencia tanto el potencial que encierra dicho cruce, como la urgencia de continuar ensayando propuestas al respecto. Es este el ejercicio que me propongo llevar adelante en los capítulos que siguen, profundizando en el análisis de los modos de abordar el pasado a partir de perspectivas trabajadas en el pensamiento queer tales como performatividad, resignificación, mestizaje, creatividad, entre otras. Para ello, tal como adelanté en la Introducción, he optado por seguir el camino sugerido por White en *Metahistory*, donde el autor señala la triple dimensionalidad de los compromisos inherentes a todo trabajo historiográfico, al proponerse “identificar las dimensiones manifiestas – epistemológicas, estéticas, y morales – de la obra histórica [*historical work*] y luego penetrar en el nivel más profundo en que estas operaciones teóricas encuentran sus aprobaciones implícitas y precríticas” (White 1973: x). Se trata sin dudas de una distinción analítica, ya que las tres esferas se interrelacionan en todo momento y se dan forma mutuamente. Esto queda claro si consideramos, por ejemplo, cómo “el momento ético de un trabajo histórico se refleja en el modo de implicación ideológica en el que una percepción estética (la trama) y una operación cognitiva (la argumentación) pueden ser combinadas para derivar afirmaciones prescriptivas de aquellas que podrían aparecer como puramente descriptivas o analíticas” (*ibid.*: 27). Ese modo de implicación ideológica, a su vez, ofrece una serie de

prescripciones para tomar postura en el mundo presente de praxis social, y actuar de acuerdo con ella, ya sea para mantener el status quo o para modificarlo (*ibid.*: 22). En los próximos tres Capítulos, abordaré sucesivamente el eje político (Capítulo 4), el epistemológico (Capítulo 5), y el estético-formal (Capítulo 6), incorporando tanto los aportes de la Nueva filosofía de la historia como los del pensamiento queer y los distintos diálogos que he entablado hasta aquí con otros aportes teóricos.

En este punto, cabe adelantar algunas aclaraciones. En primer lugar, es fundamental destacar que este trabajo en tres ejes pretende encarar cada uno de los aspectos sin afirmar que alguno de ellos fundamente o explique a los restantes, a fin de no recaer en explicaciones jerárquicas, fundacionistas o reduccionistas. En segundo lugar, no debemos perder de vista que, si bien las representaciones del pasado conllevan compromisos de estos tres tipos, ellos pueden ser adoptados de modo implícito (invisibilizando su propia genealogía y sus adhesiones) o pueden ser explicitados, presentando un posicionamiento abierto y fundamentado. Frente a esta disyuntiva, seguiré la propuesta de Verónica Tozzi, de acuerdo con la cual “el reconocimiento de que la propia actividad de organización cognitiva (...) es resultado de opciones epistémicas, estéticas e ideológicas, no debe conducir a esquivarlas, sino a asumirlas y someterlas a discusión” (Tozzi 2009c: 34). Tal como emergerá a lo largo de mi trabajo, encuentro aquí una de las claves para que la indagación sobre el pasado se abra a un diálogo crítico, tanto con la tarea historiográfica y quienes la producen, como (en caso de que no coincidan) con aquellos colectivos o individu*s que son afectad*s directa o indirectamente por sus producciones.

Finalmente, y tal como advertí más arriba, no pretendo con esto llegar a un relato o un modo de hacer historiografía nuevo o superador, sino más bien enriquecer el mosaico de perspectivas sobre – y modos de ver – el pasado. Se tratará de un mosaico formado, tal como nos advierte el pensamiento queer, por piezas de lo ya existente, pero plausibles de ser reordenadas y resignificadas, para dar lugar a nuevas representaciones, nuev*s protagonistas, nuevos modos y nuevos focos. Manteniendo como principio rector la apuesta al potencial político que encierra la producción historiográfica, considero que un abordaje queer de la disciplina puede llevar este potencial hacia caminos más radicales, más inclusivos – más queer.

Segunda Parte

Capítulo 4

Aportes políticos

*“Si surgen nuevos modos de descripción,
surgen como consecuencia nuevas posibilidades de acción.”*
Ian Hacking, “Making up people”³³

“¿Y si el ‘objeto’ se pusiera a hablar?”
Luce Irigaray, *Speculum*³⁴

4.1. Introducción: L*s “nuev*s sujet*s” y sus desafíos políticos

La emergencia de lo que he denominado “nuev*s sujet*s” en la arena pública, a la que me referí en el Capítulo 2, ha venido acompañada de la proliferación de debates, propuestas y perspectivas, tanto al interior de estos colectivos como desde diversas instituciones hegemónicas, acerca de los modos de afirmación, incorporación y reparación histórica de dich*s sujet*s. La historiografía y la teoría de la historia no han sido ajenas a estas discusiones, y de hecho las enfrentan a la hora de pensar en el inexorable vínculo entre historia y política. ¿Qué importancia tiene pensar nuestro pasado para construir nuestro presente? ¿Qué incidencia real pueden tener las figuraciones acerca del pasado sobre las vidas de las personas a las que se refieren? ¿Qué mecanismos políticos se ponen en juego al abordar el pasado desde la historiografía? ¿Cómo podemos hacerlo sin recurrir a las mismas modalidades que llevaron a la exclusión? ¿Qué riesgos conlleva la demora en pensar estas problemáticas? Tanto la Nueva filosofía de la historia como los enfoques queer vistos en la Primera Parte aportan perspectivas fructíferas en este sentido, a partir de, por ejemplo, sus modos de visibilizar y pensar el carácter ético-político de la producción teórica, las implicancias y riesgos de defender nociones fuertes de identidad, progreso o científicidad, y la indagación genealógica en nuestros pasados.

En este capítulo, mi intención es profundizar en los aspectos políticos de la producción acerca del pasado, particularmente en relación con los desafíos planteados por el “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”. Partiré de la convicción de que existe un vínculo insoslayable entre presencia histórica – es decir, presencia y voz en los abordajes del pasado – y presencia política – esto es, participación efectiva en el proceso de toma de decisiones sobre la propia vida y el propio futuro—. Para ello, haré uso del marco teórico presentado en la Primera parte de esta Tesis, que nos ofrece herramientas para pensar la práctica historiográfica tal como se la concibió tradicionalmente,

33 Hacking 1999b: 166.

34 Irigaray 1974: 151.

analizar cómo se desarrolla en nuestros días, e imaginar cómo podría pensarse de maneras alternativas. Los desarrollos del pensamiento queer sobre identidad y esencialismo, política, agencia y performatividad, entre otros, permiten desentrañar y exponer los presupuestos subyacentes a la práctica historiográfica, indagar en su trayectoria, y detectar los intereses en juego en la construcción de relatos acerca del pasado o la elaboración de criterios disciplinares. Por otro lado, la tarea emprendida por la Nueva filosofía de la historia, que apunta a desentrañar los mecanismos que desencadenan y son desencadenados por el estudio del pasado (aún cuando se lo realice “por sí mismo”), nos acompañará en la indagación de aspectos tales como la constitución de figuras, identidades, y trayectorias de progreso para la historia.

A partir de lo dicho hasta aquí, habrá quedado en claro que no es novedosa la afirmación de que “hacer historiografía” es, entre otras cosas, “hacer política”. En el Capítulo 2 tuvimos oportunidad de detenernos en algunos elementos políticos de los orígenes de la disciplina tal como la entendemos hoy en día, y en una serie de nociones que aporta la Nueva filosofía de la historia en relación con la visibilización de los compromisos de aquella; en el Capítulo 3, pudimos analizar algunos enfoques queer sobre la dimensión política del discurso, particularmente el historiográfico, y sobre la urgencia de dar forma a relatos que atiendan a las necesidades del colectivo, contra la “normalización” de lo queer. En líneas similares, podemos citar los análisis de autor*s como Joan Scott o Lutz Niethammer en lo que hace al vínculo subyacente a todo relato histórico entre presencia histórica y presencia política. En palabras de Scott, la historiografía deberá ser entendida no sólo como registro de cambios sociales o políticos, sino también, y sobre todo, como un elemento en la producción de conocimiento y concepciones para el presente, “un modo de ordenar el mundo”, cuyos usos y significados son “los medios mediante los cuales se construyen las relaciones de poder – de dominación y de subordinación” (1999: 2). Tanto a ella como a Niethammer les interesa pensar modos de aprovechar esta relación a favor del empoderamiento de l*s sujet*s marginad*s o subaltern*s, que la primera focaliza en “las mujeres” y el segundo en “las masas”. Este último afirma que “[t]od*s necesitan la ayuda de l*s historiador*s profesionales para rastrear el contexto y la génesis del presente”, y añade a modo de pregunta y desafío:

¿Qué tendrá para ofrecer la historia si, en lugar de someter a l*s individu*s a la ficción de un proceso de significado objetivo o estafar l*s con todo tipo de fragmentos estetizados, busca hacer el trabajo de base para su [de l*s individu*s] auto-comprensión histórica y su capacidad para la acción histórica? (Niethammer 1992: 150)

En el Capítulo 2 vimos una modalidad que tomó este vínculo entre “la historia” y “l*s

individu*s”, en el caso de la construcción de los Estados-Nación. Allí, la escritura de una historiografía implicó, por un lado, la delimitación y “purificación” de un determinado conjunto de individu*s e instituciones y, por el otro, la legitimación de un orden hegemónico. A la luz de la interpelación de Niethammer, podríamos decir que en aquel caso el ofrecimiento de “auto-comprensión histórica” y “capacidad para la acción” se dirigía a un público muy específico y acotado, que coincidía con el grupo hegemónico que lo ofrecía. Por otra parte, si nos volcamos al ejemplo de lo que he denominado el “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”, es decir, de colectivos que históricamente han quedado por fuera de la esfera pública, nuevamente el correlato entre historiografía y política emerge al primer plano. Allí podemos ver tanto los mecanismos de constitución de la subalternidad (entre otr*s, de quienes quedaron por fuera precisamente de aquella delimitación de las identidades nacionales), como los sucesivos procesos de agenciamiento a través de, entre otras cosas, las producciones acerca del pasado que se dieron sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX.

Tanto en el caso de los Estados-Nación como en el de l*s “nuev*s sujet*s” puede apreciarse que al afirmar un vínculo entre historiografía y política estamos, en realidad, hablando de dos cosas. Por un lado, vemos que existen mecanismos políticos que se ponen en juego al momento de abordar el pasado para representarlo, transmitirlo o (intentar) comprenderlo; por el otro, se apunta a la importancia política que tiene la inclusión en un relato acerca del pasado para la agencia de individu*s y colectivos. Veamos cada uno de estos dos puntos.

El primer aspecto del vínculo entre historiografía y política nos remite, ante todo, a lo expuesto en capítulos anteriores acerca de los mecanismos de consagración de la “ciencia histórica” como disciplina, y sus sucesivas transformaciones durante los siglos XIX y XX. Revisando esa trayectoria, White asegura que

'la historia' misma demuestra que 'la historia' fue inventada y cultivada en Occidente como una ciencia aprendida, que está basada en preconceptos específicamente occidentales, aristocráticos, racistas, genéricos/de género, y clasistas, y que no es más 'universalista' en cuanto a su aplicabilidad a otras culturas, que el cristianismo o el capitalismo. Por lo tanto, ver a la 'historia' como un 'regalo' con genuino valor y utilidad para quienes desean ingresar en o pertenecer a ella, puede ser engañoso. (White 2010c: 124)

Detrás de ese “engaño” emerge que “[u]na indagación específicamente histórica nace menos desde la necesidad de establecer *que* ciertos eventos ocurrieron, que de la de establecer qué podrían *significar* ciertos eventos para un determinado grupo, sociedad, o concepciones de una cultura de sus tareas presentes y prospectos futuros” (White 1986: 487). El carácter

político de la tarea historiográfica nos obliga a mantenernos en alerta para percibir cuáles son sus “preconceptos”, y cuáles los mecanismos que opera para forjar estos significados que, lejos de ser “universales”, remiten a intereses relativos a su contexto histórico. Encontramos así, por ejemplo, el señalamiento de Keith Jenkins en relación con la “historia con minúscula” y los modos en que ésta se presenta en términos universales, neutrales y desinteresados (Capítulo 2). La importancia de esa alerta se relaciona, al menos en parte, con el segundo punto en cuestión: ya no los modos en que *se hace* historiografía, sino aquello que *se puede hacer* con ella.

Este segundo aspecto de la dupla se concentra en el vínculo historiografía/política desde la agencia que habilita (o no) la historiografía, y nos invita a notar los modos en que ella construye no sólo pasados, sino también futuros. El lugar que ocupan l*s sujet*s en la historiografía constituye un elemento fundamental dentro del espectro de relaciones de poder posibles en una determinada configuración social, no sólo porque esa configuración influirá sobre las narrativas que se construyan, sino porque las descripciones disponibles para l*s sujet*s (por ejemplo, a través de la historiografía) operan como horizonte para su agencia. Tal como señalara Ian Hacking, las descripciones funcionan a la vez como prisión y como posibilidad o proyecto y, si es cierto que los seres humanos actuamos bajo descripciones, también lo será que “si surgen nuevos modos de descripción, surgen como consecuencia nuevas posibilidades de acción” (Hacking 1999b: 166). Las descripciones o representaciones determinan en gran parte la constitución de los colectivos a los que refieren, y de las personas que forman parte de ellos. Su ámbito de influencia se extiende, tanto individual como colectivamente, desde la imagen social de sus destinatari*s y la auto-percepción de sus portador*s, hasta sus objetivos políticos y su capacidad de agencia. En el caso particular de las narraciones sobre el pasado (de naturaleza académica, periodística o de otros tipos), puede pensarse a la presencia historiográfica (la presencia en un relato en el que un determinado grupo o individuo se ve retratado como interviniendo sobre su propia realidad) como desencadenante para una proyección hacia la agencia. Por el contrario, quien no ve cambios en su pasado, tampoco los podrá imaginar hacia delante: un colectivo que no se ve reflejado como agente en un relato histórico, carece de una serie de herramientas fundamentales para pensarse a sí mismo como capaz de modificar su presente o su futuro. Es de suma importancia, entonces, que el colectivo esté inserto en una multiplicidad de figuraciones en las que pueda verse dentro la cadena causal de eventos del mundo: tod* individu* o colectivo existe en el marco de una historia, que le afecta y a la que afecta.

El potencial que encierran estas descripciones constituye otro motivo para que la presente Tesis se posicione desde la intervención activa, en rechazo de las estrategias de retirada a las que nos referimos, con Mouffe, en el Capítulo 2. Tal como afirmó Diana Meyers, la elaboración de descripciones alternativas (lo que ella denomina “contrafiguraciones”) sirve como estrategia para

desalojar las “figuraciones” estigmatizantes. De acuerdo con la autora, las “figuraciones” están arraigadas en la cosmovisión de una cultura, e incluyen desde personajes emblemáticos en historias y mitos hasta representaciones pictóricas, pasando por textos académicos y análisis políticos. Ellas dan forma a la percepción moral, transmitiendo incluso prejuicios y otros contenidos que no pueden ser completamente atribuidos a aquello que es usualmente incluido en la esfera de la “racionalidad” (Meyers 1994: 11-12). Dentro de esta gama de “figuraciones” (y, como contrapartida, de las correspondientes “contrafiguraciones”), podríamos afirmar que la historiografía ocupa un lugar preponderante, particularmente en el caso de lo que hemos denominado “l*s nuev*s sujet*s” ya que, como afirmara Stuart Hall, “las identidades son los nombres que damos a las diferentes maneras en que somos posicionad*s por, y nos posicionamos en, las narrativas del pasado” (1994: 394). En este sentido, la multiplicidad de abordajes historiográficos del pasado puede convertirse en uno de los elementos fundamentales del empoderamiento de individu*s y comunidades históricamente relegados. Más allá de estos casos, considero que tanto las historiografías que afirman buscar el conocimiento “por sí mismo” (el enfoque del “pasado histórico” de acuerdo a White), como las que indagan en el pasado con arreglo a demandas colectivas presentes, constituyen intervenciones en el campo de lo social y tienen, por lo tanto, una dimensión política que no puede ser soslayada.

La aseveración de la importancia de la presencia historiográfica para la presencia política nos impulsa a pensar las representaciones del pasado en relación con l*s “nuev*s sujet*s” más allá de su mera inclusión. Abordar desde la historiografía a quienes quedaron (o fueron dejad*s) por fuera de ella no debe ser solamente “crear un espacio para ell*s” o “proponer una historia que, ahora que es capaz de reconocer lo que antes era escondido o ignorado, estaría más 'completa', sería más convincente, estaría más entera” - o sería más “verdadera”. El desafío “reside, más bien, en reelaborar el sentido mismo de la historia, la cultura, la sociedad y el lenguaje que anteriormente había excluido o silenciado esas voces, esa presencia” (Chambers 1997: 78). Esto implica, ante todo, volcar la atención hacia la genealogía y las consecuencias políticas que pueden tener distintas estrategias representativas. Si la presencia de ciert*s sujet*s, agentes y eventos en los relatos es una herramienta política, entonces urge reflexionar acerca de quiénes producen dichos relatos, de qué manera, cuáles son las estrategias que se utilizan, cuáles las jerarquías que se (re)producen, todo ello desde una clave de lectura política que incluya aspectos tales como la identidad, la exclusión, las jerarquías y los intereses en juego. A fin de cuentas, se trata de profundizar en el involucramiento de la disciplina en la construcción colectiva de agencias, incorporando modos de representar el pasado que se condigan con los proyectos políticos que afirmamos para el presente y el futuro. A esto me dedicaré en los apartados que siguen.

4.2. La historiografía en la esfera pública

Una vez establecida la importancia política de los abordajes del pasado (y, a su vez, la importancia *de la política para* los abordajes del pasado), especialmente en el caso de l*s “nuev*s sujet*s”, queda abierta la necesidad de analizar los modos en que el trabajo sobre la historia puede ponerse al servicio de los valores que ese mismo abordaje de l*s “nuev*s sujet*s” propone, ya sea entendidos en términos de “emancipación”, “empoderamiento”, o “reconocimiento”. Tal como han dejado en evidencia los aportes de la Nueva filosofía de la historia y del pensamiento queer, existen numerosas vías por las cuales se puede atentar contra un discurso de emancipación o incluso de equidad a la hora de abordar el pasado. Cuando no se trata de una burda invisibilización (ya denunciada, como vimos en el Capítulo 2, desde los tiempos de la “historia social” en adelante), nos encontramos con discursos que circulan en términos que, en realidad, aportan a la ulterior marginación y opresión de quienes, en un nivel explícito, se alegaba “incorporar” o “defender”, mediante operaciones similares a las que, más allá de la historiografía, distint*s autor*s trans han señalado en las prácticas de la Teoría Queer (ver apartado 3.2.2).

En lo que sigue, me detendré sobre algunos de los núcleos centrales de este plano, aportando una serie de perspectivas a la hora de evaluar, leer, y (re)escribir los abordajes del pasado en función de su dimensión política. Al igual que en los dos capítulos subsiguientes, emergerá continuamente la vinculación entre esta esfera y las que corresponden a lo epistemológico y lo estético-formal, cabiendo destacar una vez más que se trata de factores que están, de hecho, inextricablemente entrelazados, sobre los que opero una distinción analítica a fin de organizar el análisis para una llegada más profunda y una construcción más sólida de recursos.

Un análisis de esta naturaleza puede ser organizado a partir de una diversidad de criterios y estrategias. En este caso, evitando apelar a un pantallazo general de algo tan amplio y abarcativo como “lo político”, opté por enfocar la atención en cuatro categorías analíticas que guíen la exposición: identidad, progreso, figuras heroicas y otredad. Divers*s autor*s han adoptado sus propias estrategias categoriales: Chandra Mohanty, por ejemplo, en su ya clásico “Under Western Eyes” (1986), organiza el análisis de la construcción conceptual de “las mujeres” alrededor de seis categorías: victimización, dependencia universal, matrimonio y colonialidad, sistemas familiares, religión, y desarrollo; Shari Stone-Mediatore (2003), por su parte, opta por tres: agencia, actor y evento. Al igual que en esos dos casos, los ejes que he elegido para organizar este apartado están estrechamente vinculados entre sí, y sus mutuas conexiones emergerán a lo largo de la exposición. Sin embargo, preferí la organización en estos cuatro puntos nodales porque se trata de temáticas que han sido trabajadas tanto desde el pensamiento queer como desde la Nueva filosofía de la historia;

además, considero que habilitan un análisis profundo y detallado de aspectos fundamentales del tema de este Capítulo, con la complejidad que requieren sus múltiples aristas, a la vez que permiten mantener en vista la interacción con los demás.

4.2.1. *Identidades, pureza y agencia*

El primer eje de indagación que quisiera proponer es el de “identidad”, uno de los principales polos de atracción para los análisis del vínculo entre política y relatos del pasado, particularmente cuando se trata de representaciones de grupos minoritarios o subalternos. Tal como se afirmó en el Capítulo 2 al presentar el nacimiento de la disciplina historiográfica, las representaciones del pasado ocupan un lugar preponderante al momento de construir estas narrativas de la identidad, y de allí la importancia de dar un lugar protagónico a este tema en la presente investigación. Sin embargo, dicha incorporación deberá ser acompañada de una alerta crítica, que comencé a sugerir en los Capítulos 2 y 3, al poner en discusión distintas perspectivas sobre este punto, principalmente las denominadas “políticas de la identidad” y sus tensiones con lo queer. De allí habrá emergido que, en el marco de la presente investigación, la identidad no es entendida como un presupuesto sobre el cual (encima del cual / acerca del cual) comienza a construirse una determinada narrativa, sino más bien como una historia en sí misma, y una que no tiene ni tendrá un cierre. Siguiendo a Stuart Hall, podemos afirmar que las identidades son “una narrativa, un cuento [*a story*], una historia [*a history*]. Son algo construido, dicho, hablado, no simplemente hallado” (citado en Scott 1991: 792). No sólo eso, sino que además l*s mism*s historiador*s hacen su aporte a esta construcción, ya que como bien notara Hayden White, mientras que “el conocimiento histórico (...) tiene una función vital en la construcción de la identidad comunitaria”, “los problemas surgen precisamente ante cualquier esfuerzo por usar el conocimiento histórico para [estos] propósitos”, entre otras cosas porque “el conocimiento histórico siempre llega al presente en una forma procesada” (White 2010e: 210-211).

Un primer punto a tener en cuenta en relación con el lugar de las identidades en los abordajes del pasado es el riesgo de *esencialismo y/o fundacionismo de la identidad*. Tal como vimos en la Parte I de esta Tesis, corrientes tales como el pensamiento queer se han ocupado de señalar los peligros de aquellos gestos y la política que conllevan, mediante las denominadas “políticas de la identidad” o la afirmación fuerte de identidades como medio para lograr un determinado objetivo político. El fundacionismo de la identidad, ya sea en términos biológicos o en términos de “experiencia” (Scott 1991), coloca un límite al alcance de la discusión acerca de las identidades y su construcción política, convirtiéndolas, paradójicamente, en ahistóricas. Tal como explica Joan Scott,

La historia ha sido generalmente un discurso fundacionista. Con esto me refiero a que sus explicaciones parecerían ser impensables si no dan por supuestas algunas premisas, categorías, o presupuestos básicos. Estos fundamentos (sin importar cuán variados sean, o cuáles sean en un momento determinado) son incuestionados e incuestionables; se los considera permanentes y trascendentes. Como tales, crean un suelo común para l*s historiador*s y sus objetos de estudio en el pasado, y así autorizan y legitiman el análisis; de hecho, parecería que el análisis no podría proceder sin ellos. En la mente de algun*s fundacionistas, de hecho, el nihilismo, la anarquía, y la confusión moral son las alternativas seguras a estos hechos dados, que tienen el status (si no la definición filosófica) de verdades eternas. (Scott 1991: 780)

Ahora bien, tengan o no a la exclusión como objetivo explícito, estas normas de hecho ejercen un recorte que delimita, entre otras cosas, las posibilidades de agencia y de intervención; han servido para dejar afuera, tras la excusa de una movilización política, aquello que no cumple con las normas establecidas para un cierto grupo. Desde los aportes queer, se ha buscado, por un lado, exponer los modos en que se construyen estas identidades estables, homogéneas y excluyentes, y, por el otro, indagar en modos alternativos de pensar y operar sobre lo identitario. La investigación realizada por Henry Abelove sobre las diferencias entre el enfoque “Gay & Lesbian” de la historia y el “queer” (a la que me referí en el Capítulo 3), muestra, por ejemplo, cómo funciona esta exclusión en lo que respecta a la categoría de Estado-Nación. L*s lector*s queer con quienes debate Abelove cuestionaban aquellas representaciones del pasado que utilizaban al Estado-Nación como marco para su investigación, alegando que naturalizaban tanto esa categoría identitaria como las exclusiones que conlleva.³⁵ Si la nacionalidad tenía que estar presente en esas narraciones, añadían, debía ser no como un hecho, sino como un objeto de investigación: ¿cómo se forjaron estas identidades? ¿Qué excluyeron? ¿Qué significa exactamente estar al interior - o al exterior - de ellas?

La apropiación de lo queer que propongo aquí no propone anular el uso mismo de la identidad como estrategia, ni defiende un abandono total de las clasificaciones identitarias colectivas.³⁶ Esto

35 Sobre este punto, es interesante notar que el tópico del Estado-Nación aparece también en *The Celluloid Closet* (1987), un ya clásico trabajo sobre representaciones cinematográficas de la homosexualidad escrito por Vito Russo. Allí, el autor explica que las representaciones hollywoodenses de l*s sujet*s gay-lésbicos cumplieron la función de dar forma a un modelo de Nación – un modelo del que, por supuesto, dich*s sujet*s estaban excluid*s. El análisis que ofrece Abelove podría llevarnos a concluir que es precisamente debido a la conciencia de este tipo de exclusiones, que l*s sujet*s queer de los '90 rechazaban las historiografías construidas en términos de Estados-Nación.

36 No poc*s intelectuales han propuesto renunciar a las categorías colectivas o al recurso a identidades, tanto en la academia como en la política. De acuerdo con estas posturas, la única manera en la que *realmente* podría garantizarse la diversidad y el agenciamiento de quienes hasta ahora han permanecido en los márgenes, sería la de quitarles cualquier rótulo, en primer lugar debido a que todos éstos son heredados de un orden que es hostil hacia quienes clasifica. Susan Hekman, por ejemplo, propone este abandono radical, ofreciendo como alternativa a las políticas de la identidad “la eliminación total de la identidad de la esfera política”, en pos de “una política no-identitaria que defina a la política en términos de acción política pragmática, y del cumplimiento de objetivos políticos concretos” (Hekman 2000: 291 y 303). En este trabajo me he visto obligada a dedicarle un lugar secundario a esta discusión, principalmente en los

se debe no tanto a un desacuerdo con las críticas repuestas en los Capítulos 2 y 3, sino a los riesgos que, creo, conlleva dicha renuncia. Tal como vimos con Ochy Curiel, más allá de las dificultades en la representación de identidades, es necesario tener en cuenta que éstas se presentan para determinadas personas y grupos como una urgencia: “en un mundo como el nuestro donde los sectores de poder dominantes mantienen sus certezas de quiénes son, es necesario mostrar ciertas certezas a la hora de definirnos” (2002: 110). Quienes defienden el derrocamiento de las tradicionales figuraciones colectivas, omiten considerar que el vacío que aquéllas dejan en su lugar será llenado de alguna manera - a favor o en contra de los propósitos con los que se efectuó dicho abandono. La postura de Chantal Mouffe, así como la de Diana Meyers en el apartado anterior, me sirvió para comprender que los espacios políticos, de no ser habitados por fuerzas contrahegemónicas, serán monopolizados por quienes tradicionalmente las han oprimido. La lucha política no puede ser solamente desarticulación, ya que “[e]l segundo momento, el momento de rearticulación, resulta crucial. De otra manera, nos encontraríamos con una situación caótica de pura diseminación, dejando la puerta abierta para que penetren otros intentos de rearticulación por parte de fuerzas no progresivas” (Mouffe 2010: 5). Tampoco es la intención censurar ciertas generalizaciones cuando éstas facilitan tareas políticas y/o académicas: el problema no reside en el uso de universales con fines descriptivos, sino quizás – como observa Chandra Mohanty (2008: 76 y 92) – en su uso como excusa para un deslizamiento desde el plano discursivo, hacia el plano explicativo o incluso el ontológico. Tal como sintetiza brillantemente Leo Bersani: “El yo [*self*] es una conveniencia práctica; ascendida al status de ideal ético, es una consagración para la violencia” (1987: 222). Es justamente por tratarse de recortes inevitables en cualquier representación, que deben ser tenidos en cuenta y explicitados para habilitar su discusión,³⁷ garantizar su coherencia con el contenido que se quiere transmitir, y su adecuación al contexto político en el que se utilizan.

También se ha cuestionado la afirmación de una identidad “auténtica” y “pura” que exige una especie de “escala” de pertenencias (raza, clase, género, sexualidad, corporalidad, etcétera) en la que cada persona debería elegir una prioritaria, dejando por fuera a otros ejes que atraviesan a l*s sujet*s. El mencionado trabajo de Ablove (1995) muestra que las nociones de identidad de la historiografía “Gay & Lesbian” (esto es, la historiografía “normal”) tienden a dibujarla en un proceso que revelaría una “autenticidad” a lo largo de la historia (entendida, a su vez, en términos progresivos, tal como veremos más adelante): a medida que un* individu* o colectivo “avanza” en la historia, emerge una identidad que es auténtica, única, incontaminada, coherente, y cognoscible. Como alternativa, la teoría queer nos invita a pensar a la identidad como algo dinámico, una

Capítulos 2 y 3, aunque sus aristas son sumamente interesantes y han sido el foco de escritos anteriores.

³⁷ Conuerdo aquí con la indicación de Judith Butler, quien afirma: “Así como es necesario emplear los términos de identidad y es necesario afirmar la ‘exterioridad’, es indispensable someter estas mismas nociones a una crítica de las operaciones excluyentes de su propia producción” (2002: 319-320).

convergencia (e incluso una lucha constante) entre múltiples ejes de pertenencias, prácticas y atribuciones simbólicas; también, como algo que nunca podrá ser del todo captado o comprendido, dado que se niega la idea misma de un núcleo originario al que se pueda acceder.

En este sentido es interesante tomar el trabajo de Gloria Anzaldúa (Anzaldúa 1987, Moraga y Anzaldúa 1981), que invita a indagar en los modos en que la inestabilidad, la contradicción, la impureza, pueden y deben formar parte de las representaciones, sin con ello quitar peso político a los usos que hacemos de la historiografía. Anzaldúa lleva en carne propia aquel cruce de categorías que los feminismos transnacionales, el pensamiento queer y el poscolonialismo defienden como modos de identificación múltiple. Su identidad no es chicana, lesbiana, “American”, femenina, tercermundista, sino lo que resulta de la combinación de todo ello: “Soy un amasamiento, soy el acto de amasar, de unir y juntar, que no sólo ha producido tanto una criatura de oscuridad y una criatura de luz, sino también una criatura que cuestiona la definición de luz y oscuridad y les da nuevos significados” (Anzaldúa 1987: 81). Ella contiene en sus acciones y su cuerpo a la nueva “raza cósmica” que ella misma imagina, y que se sitúa en la frontera de/entre todas las razas como las conocemos. El resultado final no es comprensible en las categorías del “hombre blanco”, quien, acostumbrado a valorar la pureza, la “cortará en pequeños fragmentos y clasificará cada pedazo con una etiqueta” (Moraga y Anzaldúa 1981: 228). La incompreensión por parte de la cultura hegemónica, unida al rechazo de las propias comunidades, que pueden llegar a exigir fidelidad incondicional, hacen que vivir en la hibridez no sea tarea sencilla: “Alienada de su cultura materna, 'alien' en la cultura dominante, la mujer de color no se siente a salvo en lo más profundo de su Ser. Petrificada, no puede responder, su cara está atrapada entre *los intersticios*, los espacios entre los diferentes mundos que habita” (Anzaldúa 1987: 20).

A partir de este escenario, no es de sorprender que los valores defendidos por la “raza cósmica” que propone la autora no sean los mismos a los que estamos acostumbrad*s a jurar fidelidad. La ambigüedad, la permeabilidad y la hibridez ya no se ven como algo que deba ser temido, ocultado o combatido, sino como la fuente misma de nuestra riqueza.³⁸ Por otro lado, si bien “la nueva mestiza” se posiciona en un lugar de fuerza y coraje, esto incluye una apreciación de la interdependencia y la fragilidad: “Refuerza su tolerancia (e intolerancia) a la ambigüedad. Está dispuesta a compartir, a hacerse vulnerable a maneras foráneas de ver y pensar. Deconstruir, construir” (Anzaldúa 1987: 82): la nueva raza mestiza renuncia a lo familiar, a lo seguro y lo fácilmente clasificable, para abrirse a lo extraño y entregarse a esta incertidumbre. Al repasar todos estos nuevos valores que propone Anzaldúa, podemos notar que de lo que se trata, a fin de cuentas, es de valorar aquello que está ahí, y siempre lo estuvo, pero que es ocultado y reprimido por los

38 Estas palabras resuenan en la propuesta de Audre Lorde, a quien me referiré en el Capítulo 6.

saberes y ordenamientos hegemónicos. Nos encontramos aquí con uno de los tópicos a los que me referí en el apartado 3.2.1, al presentar algunos enfoques queer acerca de la “discapacidad”: la interdependencia y la vulnerabilidad, lejos de ser características excepcionales de un grupo reducido y minoritario de personas (“discapacitadas”, “viejas”), son comunes a todas las personas, aunque sólo se señalen en algunas de ellas. La interdependencia, la permeabilidad de unas personas con otras, las identidades híbridas, no deberían llamarnos la atención como algo novedoso; no obstante, lo hacen porque los marcos conceptuales con los que interpretamos la realidad invierten cantidades enormes de recursos en cubrir estas variaciones para que llegue a nosotros una imagen de unicidad, autonomía y uniformidad. En el caso particular de las representaciones históricas, tendremos oportunidad de ver (principalmente en el Capítulo 5) los modos en que las opciones epistemológicas de abordaje del pasado pueden perpetuar esos valores, en detrimento de un relato más rico, plástico, y equitativo.

Las nociones de identidad tales como las que problematiza Anzaldúa tienen como contracara nociones análogas de *agencia*: autonomía, univocidad, voluntarismo, individualidad, aparecen frecuentemente como características de la agencia tal como la entienden las prácticas “normales” de la historiografía. El trabajo de Abelove señala que ya los “grandes relatos” y las más recientes contribuciones en nombre de l*s historiador*s “Gay & Lesbian” transmitían una idea de agencia racional, lineal e individual, mientras que las representaciones queer prefieren hacer hincapié en los cambios cotidianos y las micro resistencias performativas y colectivas. Tal como la entienden l*s estudiantes con l*s que discute el autor, las historiografías queer apostarían a presentar agentes colectiv*s, tal vez anónim*s, y, en relación con lo dicho más arriba, agentes que mantienen sus contradicciones y no tienen como objetivo la consecución de una identidad singular, coherente y clara. La historiografía “normal” necesita limar las diferencias y contradicciones, ya que tiende a trabajar con la idea de una experiencia común basada en identidades (más aún en los casos en que esa experiencia está al servicio del fundacionismo, tal como señala Scott). Las representaciones queer, por el contrario, transmiten la idea no de una identidad fija, sino de una multiplicidad de ellas, una compleja “red” de identidades que nos afectan y que son afectadas por nosotr*s. Dichos relatos no sólo son capaces de manejar, sino también valorar estas contradicciones, inestabilidades e incoherencias que aportan sus sujet*s de estudio. Los personajes de una narración queer, al igual que nosotr*s mism*s en la vida cotidiana, están hechos de una variedad de múltiples identidades, que van desde el género hasta la clase, desde el origen étnico al posicionamiento político. A su vez, se trata de identidades que, lejos de ser fijas o estables, están en permanente cambio, por ejemplo en función de sus situaciones, interacciones o intereses, sin sufrir la obligación de ser representantes “puras” de una comunidad determinada.

Este cambio permanente de las identidades debe entenderse, de acuerdo con la perspectiva queer, como alejado tanto del determinismo social como del voluntarismo ingenuo. Tal como afirma Judith Butler, quien trajera la idea de performatividad a la escena que luego se transformaría en “Teoría Queer”, “Considerar al género como una *forma de hacer*, una actividad incesante performada, en parte, sin saberlo y sin la propia voluntad, no implica que sea una actividad automática o mecánica. Por el contrario, es *una práctica de improvisación en un escenario constrictivo*” (Butler 2004: 1; itálica mía). En la noción de performatividad butleriana está contenido cada uno de los principios de la agencia queer que expuse hasta aquí: su carácter colectivo, histórico, situado, parcial, contradictorio. Y también está contenida su potencialidad: si bien la performatividad, tal como la entiende la autora, es en gran parte una actuación impuesta, no voluntaria, mediante la cual se negocia la relación con una/s norma/s que debemos citar para ser considerad*s sujet*s viables (esto es: seres humanos reconocibles y comprensibles), ella no existe solamente por la negativa. La agencia performativa yace, como vimos, en un horizonte de descripciones, pero también contiene las posibilidades para que l*s sujet*s se (re)definan de otras maneras. A mitad de camino entre ese horizonte y las redefiniciones, se encuentra la agencia performativa, que no será revolucionaria (en el apartado siguiente veremos, con Wendy Brown, que es hora de “hacer el duelo” de “la revolución”), pero sí proveerá oportunidades inimaginables de micro-resistencias. Estas son posibles porque, si bien las normas sociales que nos atraviesan logran alterar de manera vital nuestra existencia, su debilidad reside justamente en el hecho de que nunca son normas fijas o definitivas, no remiten a una pureza originaria (dado que ésta no existe) y su repetición no es ni puede ser una mera réplica de lo mismo. De hecho, Butler ha definido a la performatividad como un “citar la ley para producirla de manera diferente” (Butler 2002: 38), y aquí vemos las dos caras de la agencia queer: no puede no ser una cita, pero tampoco puede no ser una diferencia. Esta “imperfeción” (entre comillas, claro) de la copia deja la ventana abierta para que la norma siempre pueda ser intervenida y alterada a través de una repetición diferente, una performatividad alternativa. En los márgenes de aquella repetición (en ese punto en el que la norma es dinámica y nunca se establece de manera fija y definitiva), reside la posibilidad de rearticular radicalmente – aunque nunca absolutamente – su horizonte simbólico y las relaciones de poder que conlleva (lo que Butler denomina su “matriz”), de manera de tornarlo más favorable para la propia vida.

Volviendo específicamente a la historiografía lgbt, lo dicho nos lleva a afirmar que, mientras que “la noción de una identidad gay unificada produce una historia universalizante y racialmente específica de la homosexualidad” (Halberstam 2011: 158), los enfoques queer nos permiten abordar a nuestr*s personajes y sus historias en el cruce de sus múltiples identidades, afiliaciones, relaciones y (auto)construcciones performativas. Debido a la naturaleza y la complejidad, incluso

contradictoria, que estas narrativas habilitan, podemos ver cómo sus personajes hacen malabarismos con todas estas identificaciones, sin buscar una resolución a favor de cualquiera de ellas, explotando el potencial de la hibridez, la existencia colectiva y la agencia contrahegemónica.

4.2.2. Progreso y teleología

Una de las características más importantes de las identidades entendidas como fijas, homogéneas o esenciales, es su traducción en posibilidades concretas de agencia – y, sobre todo, la falta de ellas. Si lo pensamos específicamente en relación con el estudio del pasado, notaremos que los relatos que se asientan en nociones fuertes de identidad y representaciones jerarquizadas de la agencia, están también fuertemente ligados a una idea moderna de progreso. Vimos con Ablove cómo los relatos “Gay & Lesbian” entendían ese progreso precisamente como el develamiento o el hallazgo de la más propia “autenticidad” de las identidades gay-lésbicas. Chandra Mohanty, por su parte, ha denunciado lo que sucede del otro lado del progreso: quiénes quedan afuera de esa trayectoria narrativa, y qué implica esa valorización. En su análisis de las representaciones de “las mujeres del Tercer Mundo” (categoría que la autora busca cuestionar), señala que al subsumir a sujet*s y colectivos – en su caso, las mujeres – bajo términos esencialistas, fijos y binarios, “se considera inevitablemente que éstas evolucionan en un tiempo no histórico. Casi no tienen historia. De esta suerte, se anula la posibilidad de cualquier análisis del cambio” (Mirna Lazreg, citada en Mohanty 2008: 85). En esta sección, quisiera concentrarme en las consecuencias políticas de la noción de progreso y de los presupuestos teleológicos de la historia, así como también en algunas alternativas que se han propuesto en este sentido.

El progreso como motor de la historia, que, como vimos, autores tales como Jenkins (1997) vinculan a la llamada “Historia con mayúscula”, ha sido uno de los primeros bastiones en entrar en crisis a partir de las diversas transformaciones que atravesó la historiografía desde el siglo XIX, comenzando con su oposición a las historias especulativas y llegando, más recientemente, a la visibilización de los elementos teleológicos presentes, aunque veladamente, en la “historia con minúscula”. Sin embargo, es importante destacar que, análogamente a lo visto en relación con el esencialismo identitario, el caso de l*s “nuev*s sujet*s” presenta desafíos particulares en este sentido, ya que la idea de progreso, más allá de sus problemas, ha servido, en muchos casos, para imaginar mejores condiciones de vida. Tal como afirma Heather Love respecto del colectivo queer:

si bien much*s crític*s queer se oponen a la idea de una visión de la historia lineal y triunfalista, en la práctica estamos profundamente comprometid*s con la noción de progreso; a pesar de nuestras reservas, simplemente no podemos dejar de soñar una vida mejor para las personas

queer. (Love 2009: 3)

Es por esto que, al igual que con la noción de identidad, puede ser fuerte la tentación de sostener los esquemas de la historiografía “normal” o “tradicional”. Sin embargo, a la autora le interesa señalar que ello implica, entre otras cosas, plantear una separación tajante entre pasado y presente, como si el progreso significara efectivamente que los elementos negativos quedaron (todos) atrás. Si bien es comprensible que “para l*s sujet*s queer 'en movimiento', la noción de perderse en el pasado no es atractiva”, porque se trata de un pasado doloroso, de todos modos la autora denuncia que “el énfasis en el progreso de la política gay-lésbica contemporánea ha significado que hoy debemos, como Odiseo, apartarnos de cualquier encuentro cercano con el pasado”; como a Odiseo, se nos sugiere: “escúchalo, pero no permitas que te destruya” (*ibid.*: 9). Aquí encontramos un problema clave que le interesa señalar a Love: este “giro afirmativo” de lo queer que deja atrás el pasado, implica clasificar todo lo que fue como “errores” (corregidos) y obliterar cualquier rastro de éstos en el presente. “Retirarse de la degradación del pasado para ir hacia una afirmación presente o futura implica ignorar el pasado como pasado”, negando aspectos cruciales de la historia, y a la vez “torna más difícil ver la persistencia del pasado en el presente”, es decir, atender a quienes no fueron beneficiad*s con lo que actualmente la comunidad celebra como una expansión de derechos (*ibid.*: 17-19)³⁹. Como alternativa, la autora no propone un abandono total de las políticas del futuro o políticas afirmativas, ni el rechazo incondicional de la noción de progreso, sino que hace un llamamiento a sostener una “política del pasado”, que atienda a “lo que queda sin pensar en el giro hacia el futuro”, y una política de la crítica y de lo que denomina “malos sentimientos” (vergüenza, confusión, tristeza) que puedan hacer justicia a las dificultades de las experiencias queer presentes.⁴⁰

Son numeros*s l*s autor*s que, como Love, han buscado modos de abordar el pasado que permitan seguir imaginando futuros diferentes, sin por ello tener que depender de una noción de progreso de corte moderno. En esta instancia, quisiera detenerme particularmente en las propuestas

39 En una línea similar, aunque ciertamente ajena al marco queer, es interesante el aporte del portugués Boaventura De Sousa Santos, quien señala que este entramado de la historia en términos lineales y de progreso, que él denomina “la monocultura del tiempo lineal, la idea según la cual la historia tiene sentido y dirección únicos y conocidos”, tiene como resultado una producción de “la no existencia” de “todo lo que, según la norma temporal, es asimétrico con relación a lo que es declarado avanzado”. El autor nota que se produce así “la no contemporaneidad de lo contemporáneo, la idea de que la simultaneidad esconde las asimetrías de los tiempos históricos que en ella convergen”: países, personas e instituciones “al frente del tiempo”, y otros “atrasados” que aparecen como residuales (De Sousa Santos 2010: 22-23). Agradezco a Blas Radi por señalarme este punto.

40 El análisis de la corporalidad intersex esbozado en el Capítulo 3.2.2 a través de Iain Morland puede mostrarnos que, de hecho, este tipo de advertencias excede a “la persistencia del pasado en el presente”: se trata también de atender a qué tipo de presentes y futuros estamos proyectando, ya que cuando ellos toman la forma de un presente de “activismo hedonista” y/o “un futuro siempre expansivo de placer sensual”, se está dejando por fuera a l*s mism*s sujet*s que se utilizan para respaldar esa invitación: las personas trans e intersex, citadas una y otra vez por los manifiestos queer, y a la vez atravesadas (en la mayoría de los casos) por historias de vida y/o intervenciones quirúrgicas que las hacen relacionarse de un modo distinto con su propio cuerpo, su sexualidad, su placer, y en particular el sentido del tacto.

de Richard Rorty y Wendy Brown, dos autor*s que, al igual que las perspectivas queer a las que me referí, se han ocupado de exponer los entramados que subyacen a aquella idea de progreso, las exclusiones que opera, y algunas maneras en las que puede pensarse una política desligada de ese principio moderno.

En su artículo autobiográfico “Trotsky y las orquídeas salvajes”, Rorty relaciona las narrativas de progreso con “un intento de verse a uno mismo como algo más amplio que uno mismo, antes que aceptar la propia finitud” (1998: 39), es decir, con una incapacidad de interiorizar la caída de la visión unitaria y omniexplicativa propia de la Modernidad. Frente a la pretensión vana de que nuestras narrativas sean algo más que un mero esbozo, el autor defiende el sentido de la finitud por sobre la búsqueda de lo absoluto, la tolerancia y la solidaridad por sobre la universalización, lo que denomina “campañas” por sobre los “movimientos”.⁴¹ Rorty está convencido de las ventajas de esos “meros esbozos”, que se basan, además, en una noción antiesencialista de la identidad tanto individual como colectiva. En “Movimientos y Campañas” señala este punto, precisamente, como una fortaleza: “La impureza advertida en un movimiento puede destruir a la persona que se ha identificado con él; la impureza en una campaña puede tomarse bien: después de todo, tal impureza es lo que se esperaría de algo que es, como uno mismo, finito y mortal”. Una vez abandonada la pretensión de encontrarle un significado a los acontecimientos en términos de “maduración”, la tarea de quien estudia la historia se vuelca a contar cómo ciertos grupos “han hecho sus futuros diferentes de sus pasados”, y así contribuir a la búsqueda de maneras de “reemplazar la actualidad presente por una mejor actualidad futura” (*ibid.*: 79). En este viraje, y tomando las palabras de Kierkegaard, “perderíamos sin duda intensidad dramática, pero sería una ayuda para inmunizarnos contra la pasión del infinito” (*ibid.*: 73).

En el caso de Wendy Brown, se trata de desligar la conexión que suele establecerse entre la caída de la idea de progreso, por un lado, y el nihilismo o la inmovilización, por el otro (Brown 2001: 15). De acuerdo con Brown, no podemos decir que realmente hemos dejado atrás las visiones modernas de la historia, ya que “la convicción personal y la verdad política han perdido su asiento en bases epistemológicas firmes, pero no las hemos descartado como fuentes de motivación política o centros de fidelidad colectiva”: se han fetichizado (*ibid.*: 3-4). Es decir, nuestra sociedad sigue rigiéndose en la práctica por ciertos principios (que, además del de progreso histórico, incluyen la soberanía, la teleología, el libre albedrío y la verdad moral) aún siendo consciente de la erosión que han sufrido en los últimos años. El resultado de este proceso es la postura que Brown, siguiendo a Freud, resume como “lo sé, pero igual...” (*ibid.*: 4), y que lleva en última instancia ya sea a un

41 De acuerdo a la categorización de Rorty, los “movimientos” buscan cambios totales, son demasiado grandes y amorfos para tener éxito o fracaso, intentan unir lo intelectual con lo político, y ven cada campaña como parte de un proceso de maduración. Las “campañas”, en cambio, son múltiples y finitas, tienen un sentido propio y se sustentan por sí mismas. Rorty 1998.

aferrarse reaccionario debido al pánico, o bien a una melancolía causada por la certeza de que dichas categorías han colapsado definitivamente. Pero, como Rorty, Brown sostiene que frente a esta pérdida no hay que alarmarse, y mucho menos fetichizar los ideales caducos, sino muy por el contrario: debemos que elaborar el duelo de la revolución, y buscar maneras de seguir desarrollando un feminismo —en su caso— post-revolucionario. La renuncia a las aspiraciones revolucionarias nos lleva a buscar formas alternativas de subvertir el orden; y la renuncia a las ideas de progreso y universalidad daría, según Brown, más radicalidad y eficacia a las luchas políticas, ya que se abocarían a la necesaria tarea de exponer las prácticas comunes de delimitación, clasificación y nombramiento (Brown 2005: viii) vigentes, entre otras cosas, en la(s) historia(s), en la misma línea de la propuesta de Joan Scott a la que me referí en capítulos anteriores.

Encontramos una propuesta similar en Jack Halberstam, quien propone “rechazar los relatos [*accounts*] triunfalistas de la historia (...) que necesariamente reinvierten en nociones robustas de éxito y sucesión [*success and succession*]” (2011: 23). Por el contrario, el autor apuesta a generar relatos de un colectivo históricamente marginado en clave no triunfalista ni grandilocuente, para dar lugar a las complejidades y contradicciones que resalta tanto en las identidades como en sus trayectorias. El apoyo en narrativas de progreso, en cambio, establece una línea divisoria no sólo respecto de quienes no vivieron dichos avances, sino también respecto de las personas que insisten en señalar los problemas que no cesan, aún en el marco de un clima celebratorio como puede ser el de la cultura del “orgullo lgbt” a la que se refería Love.⁴² ¿Qué lugar queda para estas personas en las narrativas que estamos cuestionando? Sin dudas, responde Halberstam, habrá quien les tilde de “traidor*s”, pero a fin de cuentas se trata de aquellas personas que al hacer historiografía – y análisis coyuntural – no dejan de señalar las deficiencias, las miserias que insistimos en esconder en el placard, aunque, paradójicamente, celebremos haber salido de él hace mucho tiempo. La urgencia política de dichos señalamientos es, de acuerdo con el autor, particularmente relevante en la coyuntura actual (en su caso, de los Estados Unidos, aunque considero que es de aplicación mucho más amplia):

en un momento en que la lealtad a la nación significa muchas veces una aceptación sin cuestionamientos tanto de las brutalidades no controladas de la agresión militar estadounidense, como de las ideologías de la libertad y la democracia que se usan para justificar esa violencia política, la traición y la deslealtad son parte del arsenal de un discurso oposicional vital y dinámico. (*ibid.*: 164)

42 En su análisis sobre las representaciones contemporáneas del feminismo, Clare Hemmings denuncia una tendencia similar: “En los contextos en que l*s feministas insisten que la igualdad no ha sido suficientemente lograda, o que el feminismo puede no ser sólo acerca de la igualdad formal, son vilipendiad*s como personas enojadas y sin sentido del humor, y culpadas por crear una generación de varones miedosos, fracasados, y metafóricamente castrados” (Hemmings 2011: 8).

Las narrativas de progreso tienden a seleccionar como mojones los elementos que sugieren un avance, aquellos que nos distinguen tanto de un pasado superado como de otras coyunturas que han “quedado atrás” en la línea de progreso – o que han quedado fuera de la historia misma, tal como notaría Mohanty. La propuesta aquí, por el contrario, es dar relieve a los aspectos problemáticos que encontramos en el camino de la historia, aquello que debe ser puesto en discusión, repensado y reorganizado colectivamente en función de los valores que nos interesa defender para construir “futuros diferentes de nuestros pasados”.

4.2.3. *Héroes del pasado, héroes del presente*

Tanto en los relatos explícitamente progresivos como en los que se pretenden “neutrales” en ese sentido, quien se pronuncia desde el presente tiene la posibilidad de elaborar una narración que le ofrezca un lugar destacado respecto de aquello que le antecede. Esto es explicado con gran lucidez por Claire Hemmings en su obra *Why stories matter* (2011), donde pasa revista de tres modos diferentes, aunque en muchos casos superpuestos, de relatar la historia del feminismo o el movimiento de mujeres: historias de progreso, de pérdida, y de retorno. En los tres casos, el resultado es una narración que deja a quien habla en un sitio privilegiado, que puede ser de vanguardia iluminada, de minoría incomprendida pero luchadora, o de conciliación superadora, respectivamente. Hemmings considera que “qué historia contamos acerca del pasado está siempre motivado por la posición que un* ocupa o quiere ocupar en el presente”, ya que “estas historias describen y ubican no sólo a eventos y escuelas de pensamiento, sino también a l*s *sujet*s* feministas” del pasado y del presente (Hemmings 2011: 13). En este sentido, la reivindicación de qué es lo que sucedió en el pasado es también una reivindicación de estatus individual, mientras que “lo otro” queda conformado como aquello que va quedando (o que vamos dejando) en el camino, los sitios en los que decantan las cualidades de las que quiere diferenciarse quien narra desde la actualidad (*ibid.*: 5).⁴³ La autora se detiene particularmente en las políticas de citación, y las figuras del pasado que son ensalzadas para cimentar esos posicionamientos presentes. A quiénes se incluye y a quiénes no, qué autor*s son referidos como genealogía del propio trabajo, o del trabajo de quienes se está criticando, es un elemento fundamental para la construcción de l*s *sujet*s* actuales. Por mencionar tan sólo un ejemplo, Hemmings nota cómo quienes desde el feminismo critican el trabajo de Judith Butler tienden a atribuirle sólo una herencia de autores de sexo masculino

43 La autora destaca que esto no se da solamente en las narrativas de progreso; las historias “de pérdida”, por ejemplo, también necesitan dibujar una separación respecto de un* “otr*” en el pasado: deben “matar” al feminismo y dejar algo en el pasado por duelar, a fin de sostener la idea de que “el verdadero” feminismo no es el que existe en el presente – esto es, el que no las tiene como protagonistas (Hemmings 2011: 73).

(principalmente Derrida y Foucault), lo cual les permite reforzar la idea de que se trata de una “traición” o una “entrega” de la causa feminista (*ibid.*: 172 y ss.).

En este apartado, me interesa llevar el análisis que la autora aplica al pasado intelectual de una cierta corriente, hacia la esfera más amplia de las operaciones de escritura del pasado que abordo aquí, a fin de pensar el lugar y la función que ocupan las figuras emblemáticas de la historia en las líneas progresivas a las que me referí en la sección anterior. Observaré algunos modos en que la selección de antepasad*s y personajes “heroicos” (que podrán ir desde Butler hasta Harvey Milk) da forma a la construcción del pasado de una comunidad o cultura y, a través de él, de su identidad presente. Cada nuevo elemento que se añade a nuestro árbol genealógico no sólo redefine a ese elemento mismo, sino que también nos redefine a nosotr*s: al ser la herencia de aquella figura, tomamos sus características (o, más precisamente, aquellas que decidimos explicitar) y legitimamos nuestra propia realidad en tanto heredera de aquélla. La construcción de estas líneas de “parentesco” también se juega a través de los afectos, ya que el sentimiento de identificación – o falta de ella – ubica a quien escribe o lee en un lugar que puede ser “heroico, triunfal, herido o marginado” (*ibid.*: 24). Como veremos en seguida con la ayuda de Martha Umphrey, entre esos sentimientos puede jugarse también la vergüenza, cuando se trata de ocultar figuras del pasado que aportan elementos en los que no deseamos vernos reflejad*s.

Es posible pensar la construcción de este “árbol genealógico” en relación con lo que Hayden White denominó un “sistema histórico”, esto es, uno que incluye un espectro de datos o procesos socioculturales regidos en gran parte por decisiones conscientes que se describen en términos de elección, propósito o intención (White 2011b: 252, 256). A diferencia de los sistemas biológicos, el histórico tiene la “capacidad de actuar *como si pudiera elegir a sus antepasados*”:

El pasado histórico es plástico de una manera en que el pasado genético no puede serlo. Los hombres lo abarcan y seleccionan modelos de comportamiento para estructurar sus movimientos hacia el futuro. Eligen un conjunto de *antepasados ideales* que tratan *como si* fueran sus *progenitores genéticos*. (White 2011b: 260)

Esa elección implica que l*s individu*s imitarán, reverenciarán y estructurarán sus vidas en el presente en torno a dichos antepasados ideales, como si dependieran de ellos por una relación necesaria.

Es importante notar que con esta selección de “modelos de comportamiento” White no se está refiriendo (o al menos no exclusivamente) a la consagración de personas específicas, sino más bien al uso de herencias culturales en sentido amplio (el Renacimiento eligiendo a la Antigüedad griega por sobre el legado medieval, por ejemplo) y a las operaciones que lleva adelante la historiografía

para dar forma a eventos históricos. Sin embargo, al pensar específicamente en las rivalidades que se dan en la delimitación de antepasados, herencias y figuras ejemplares, como haremos en seguida, es interesante tener presente la indicación de White de que “el proceso de socialización” puede definirse como un proceso de “sustitución retroactiva de antepasados”, que se da en función de “las necesidades” que se consideran “justificadas” (*ibid.*: 260-261). En nuestro caso: más allá de cuáles sean las figuras lgbt que habitaron “realmente” el pasado, son aquellas que se eligen desde el presente a las que debemos dedicar particular atención para comprender lo que nos rodea, ya que “el individuo desciende de quien elige como su antepasado. Su conducta es comprensible sólo si tomamos en cuenta su elección” (*ibid.*: 263). Pero antes de enfocarnos en la historia lgbt, veamos algunos elementos más de la propuesta whiteana.

Para comprender los modos en que la historiografía establece relaciones entre el pasado y el presente dentro del sistema histórico, podemos recurrir a la noción whiteana de “causalidad figural”. Con ella el autor se refiere a un “modo distintivamente histórico de causación” no genética (desde el pasado hacia el presente) sino retrospectiva (desde el presente hacia el pasado), mediante la cual “un acontecimiento histórico dado puede ser visto como el cumplimiento de un acontecimiento anterior aparentemente ajeno y sin relación, cuando los agentes responsables de la ocurrencia del último evento lo vinculan 'genealógicamente' con el primero” (White 2010b: 35-37). En otras palabras, si entendemos que la operación de la historiografía consiste en la construcción de “hechos” (“eventos bajo una descripción”, siguiendo a Arthur Danto), entonces la causalidad figural refiere al vínculo causal establecido entre esos hechos que construyen l*s historiador*s para conferir orden explicativo a sus relatos mediante el “acto retrospectivo de apropiación de un acontecimiento previo, por medio del procedimiento de considerarlo una figura relativa a un evento posterior” (*ibid.*: 38). Mediante estas operaciones, la historiografía define un presente específico sobre la base de determinados elementos que son seleccionados de, y a la vez construyen, su propio pasado.

Un ejemplo interesante de esta operación es el que ofrece la historiadora Gilda Bevilacqua, quien aplica los desarrollos whiteanos a la genealogía de la sociedad francesa durante la ocupación alemana (Bevilacqua 2013). La autora toma como caso de análisis la película *La Redada* (*La Raffle*, Roselyne Bosch, 2010) que, en la primera escena, comienza su relato acerca de aquellos eventos precisamente en el momento en que, si atendemos a los estudios especializados, la sociedad francesa habría comenzado a retirar gran parte de su apoyo al régimen de Vichy. De acuerdo con Bevilacqua, a partir de esto “[p]uede vislumbrarse una genealogía de la historia de la Francia contemporánea que no quiere ser cortada, ni contada, por un evento vergonzante para sus protagonistas como lo fue y es el colaboracionismo” (*ibid.*). Si se hubiera elegido un momento anterior – prácticamente cualquiera desde la célebre invectiva de Zola hasta poco antes de la

implementación del Estatuto de los Judíos – el resultado habría sido bien distinto. Volveremos en seguida al lugar que ocupa la vergüenza en estos mecanismos de la historiografía; mientras tanto, baste con señalar los modos en que las elecciones de figuras – y sus correspondientes cumplimientos en los eventos protagonizados por quien las elige *a posteriori* – corre por canales paralelos a los criterios de validación de la historiografía, haciendo posibles distintos relatos, todos legítimos desde el punto de vista de la disciplina, pero con consecuencias radicalmente diferentes para el presente.

Considero que el análisis de White de la “tradición” (la literaria, en su análisis) como algo que se construye desde “una efectiva relación figura-cumplimiento-figura, una relación genealógica de sucesivas expropiaciones” (White 2010b: 39) puede ser de utilidad no sólo para pensar los modos en que la historiografía da forma a los eventos, sino también para detectar cómo se efectúa la “expropiación” de personajes específicos mediante una construcción retrospectiva y genealógica desde intereses presentes. Así como “los agentes responsables de la ocurrencia del acontecimiento posterior opt[a]n por el acontecimiento previo como un elemento de la genealogía del evento ulterior” (*ibid.*: 45), también cabe analizar cómo ell*s optan, dentro de ese acontecimiento previo, por figuras puntuales que también contribuyen a dar forma a su configuración presente. Este modo de entender nuestra relación con el pasado echa luz, una vez más, sobre el carácter político y necesariamente sesgado de las producciones historiográficas: los eventos y protagonistas que elegimos para contar nuestro pasado, retratados de manera inevitablemente parcial, son aquellos que conforman nuestro presente y nuestros proyectos de futuro – baste pensar, por ejemplo, en los cambios que cada orientación política propone en relación con, entre otras cosas, festividades “patrias”, denominación de calles, o curricula escolar. Ni la historiografía “normal” ni las de l*s “nuev*s sujet*s” son ajenas a estos factores, y en ese sentido los proyectos lgbt pueden servir de muestra paradigmática. Las primeras narrativas “Gay & Lesbian”, por ejemplo, recurrían una y otra vez (y en muchos casos lo siguen haciendo) a la Antigüedad clásica como una figura de la que nuestro presente sería cumplimiento: constituye a la vez la muestra de que una sociedad en la que el ejercicio libre de las relaciones sexoafectivas entre varones es posible, y la promesa que el presente viene a cumplir llevando esa posibilidad más allá.⁴⁴ Vimos además cómo buscaban incluir figuras lgbt del pasado al canon o al panteón heroico tradicional, generalmente mediante relatos en los que “una víctima queer se opone a sus opresor*s y emerge como héroe”, “un* luchador* por la libertad en un mundo de puritan*s” (Halberstam 2011: 149-150). Encontrar representación en el elenco de

44 Ver por ejemplo Duberman 1989. Este tipo de análisis implica, por supuesto, obturar muchos otros ejes de atención posibles y necesarios, tales como los de clase, género, y edad, y en muchos casos aplica categorías presentes a un pasado en el que éstas no existían, tal como sucede con el concepto mismo de “homosexualidad”.

eventos y personajes que “hicieron historia” se vio, en este sentido, como una herramienta poderosa para transmitir la seguridad de que era posible “resistir” y también “hacer” presente y futuro por y para el colectivo. La potencia política de la historiografía no corría aquí de manera velada o implícita, sino que era abiertamente defendida como fundamentación de los nuevos relatos (Duberman 1989, Abelove 1995).

La comprensión del funcionamiento de las historias desde esta perspectiva nos deja ante la necesidad de preguntarnos qué incluimos en nuestro canon (incluso aquél que se dedica a “develar” lo “escondido de la historia”, tópico sobre el que volveré en el apartado 5.2.1): si queremos ser capaces de ofrecer algún tipo de descripción de quiénes queremos ser, y adónde estamos apuntando con nuestra proyección histórico-política, deberemos indagar en qué personas, eventos y procesos elegimos (si se me permite trasladar las categorías whiteanas) como “figuras” de las que nos constituimos como “cumplimiento”. ¿Quiénes son l*s antepasad*s a l*s que estamos “citando”? ¿Qué relaciones establecemos entre los eventos del pasado, sus protagonistas, y nuestra realidad presente (y nosotr*s como protagonistas de ella)? ¿Qué dicen – o qué les hacemos decir – de nosotr*s? ¿Qué promesas dejaron incumplidas y creemos que nos legaron para cumplir?

Tal como adelanté en la Primera Parte, las perspectivas queer han presentado numerosos cuestionamientos a los modos en que se construyó la historia “Gay & Lesbian” en relación con estos aspectos. Entre otras cosas, han impugnado la canonización de figuras heroicas, alegando que su presencia conlleva, generalmente, el borramiento de las diferencias internas del colectivo, y que obliteran la dimensión de violencia y sufrimiento del pasado (y el presente) queer. Presentar figuras heroicas no sólo reafirma nociones individuales de agencia (a las que me referí en el apartado 4.2.1), sino que también suele traducirse en la universalización de algunas experiencias y modos de existencia, a costas de otros (tal como emerge del análisis de la idea de progreso en 4.2.2, o del análisis de Hemmings citado más arriba). Se ha señalado, por ejemplo, cómo la militancia lgbt estadounidense terminó concentrando sus relatos sobre el pasado en figuras tales como la de Harvey Milk (activista homosexual blanco, cissexual, y del entorno urbano de San Francisco), dejando así de lado otros múltiples significados de los eventos, y los colectivos que sostuvieron luchas ampliamente conocidas y celebradas como la de Stonewall, tal como veremos en el apartado 4.2.5 (Brydum 2013, Love 2010). Hombres y mujeres trans, personas pobres, trabajador*s sexuales, y un largo etcétera son, no casualmente, personas cuyos reclamos y especificidades permanecen por fuera del reconocimiento tanto de la historiografía como de la política lgbt actual.

Además, la defensa de “grandes figuras” suele presentarse de manera enteramente positiva y celebratoria, y esto, a su vez, requiere o que los contrastes y contradicciones de dichas figuras sean ocultados, o que las figuras más polémicas sean eliminadas del registro. Trabajos tales como los de Halberstam (2011), Martha Umphrey (1995), y el ya citado de Love (2009), han puesto el énfasis en

la importancia de no “alisar” las “arrugas” de la historia lgbt, sino exponer las contradicciones, vergüenzas y oscuridades del pasado, ya que ocultarlas implica ocultar lo que de ellas persiste en el presente. En “The trouble with Harry Thaw” (1995), Umphrey toma como desencadenante el caso de un personaje histórico problemático para exponer las tensiones que se ocultan detrás de las historiografías que son celebratorias de alguna figura en razón de su homosexualidad. En primer lugar, la autora considera los riesgos de tomar a un personaje sólo en función de una de sus características identitarias (en este caso, su sexualidad), ya que ello oculta las complejidades propias de todos nuestros entrecruzamientos identitarios:

Si Thaw como 'homosexual' era un hallazgo histórico positivo cuando se lo veía sólo a través de la lente de la historia gay/lésbica, alguien que debía ser rescatado de la aprobación y situado dentro de 'nuestra' genealogía, entonces Thaw como sádico era un hallazgo en un sentido levemente diferente, cuando se lo capturaba desde la lente del feminismo: alguien que podía ser analizado críticamente (...). ¿Thaw era un héroe o una bestia? ¿Y qué si fuera ambas cosas? (Umphrey 1995: 14)

Estas reflexiones no llevan a la autora a defender una selección más “estricta” de las figuras que “recuperaremos” del pasado, sino más bien a cuestionar la idea misma de la historia como búsqueda de personajes icónicos o ejemplares. Umphrey considera que la historia “queerizada” no puede limitarse a la modificación del elenco de personajes,⁴⁵ sino que tiene que llegar a las profundidades de los mecanismos de producción de subjetividades o identidades en el pasado, y de representaciones en el presente. Las historias centradas en la “recuperación y celebración” de ciertas figuras identitarias paradigmáticas contribuyen a un ordenamiento binario – en este caso, de la sexualidad –: “Al hacer visible la mitad marcada del binario hetero/homosexual, paradójicamente estamos obteniendo reconocimiento, mientras constantemente reinscribimos los términos de nuestro propio desempoderamiento en categorías identitarias reificadas”. El desafío, entonces, yace no tanto en rastrear a l*s “grandes héroes” de la “resistencia homosexual”, sino más bien en “una historia crítica de la sexualidad que desarme los supuestos que dan forma a la construcción misma” de esas políticas identitarias (*ibid.*: 12).

Desde el punto de vista de los personajes, este ejercicio implicará evitar la estructuración de los relatos acerca del pasado en torno a un número limitado (pero de pretensiones universales) de héroes canónic*s; desde la perspectiva de las construcciones causales, se trata de incentivar la proliferación de eventos-figuras que tramamos en el pasado, incluidas aquellas “avergonzantes” con

45 Similarmente, Clare Hemmings no propone, como vía alternativa a las tres trayectorias de la historia feminista que analiza, la implementación de “correcciones”, sino más bien una profundización del análisis en los modos de producción y los compromisos de esos relatos. Volveré sobre este punto en la Conclusión de la Tesis.

las cuales generalmente la historiografía “no quiere ser contada”. Este procedimiento implica “repensar el significado de lo político a través de lo queer, precisamente aceptando lo incoherente, lo solitario, lo derrotado, y las formulaciones melancólicas del yo que desencadena” (Halberstam 2011: 148). En *The queer art of failure*, Halberstam logra presentar esta propuesta a través del ejemplo de la compleja relación entre la homosexualidad (principalmente masculina) y el fascismo; esto es, las maneras en que la historia gay-lésbica ha preferido colocar el énfasis en la persecución a la homosexualidad durante el período nazi, más que en las instancias de colaboración entre ambos o los usos sexuales – incluso actuales – de la iconografía totalitarista. Retomando el análisis de Bevilacqua sobre las construcciones figurales de aquel período (específicamente en la ocupación alemana de Francia), podemos considerar la selectividad a la que refiere Halberstam como otro ejemplo del establecimiento de figuras – la persecución nazi de la homosexualidad – y cumplimientos – la identidad homosexual presente, o la que se espera construir. Nuevamente, como en Hemmings y en Umphrey, Halberstam no deriva de esto la necesidad de reemplazar los iconos habituales por otros más “correctos”, o de abandonar el estudio del pasado, sino que propone “un modelo de historia queer menos comprometido con encontrar modelos heroicos del pasado y más resignado a las narrativas contradictorias y cómplices” tanto del pasado como del presente (*ibid.*: 148): “historias que no busquen explicar, sino involucrar” (*ibid.*: 28).

En una reflexión que reúne lo visto hasta ahora en relación con la identidad, el progreso y el panteón heroico (así como también con lo que analizaré en seguida acerca de la otredad), Halberstam considera que el recorte del pasado a algun*s grandes héroes y eventos implica el borramiento de otros elementos (y, agregaríamos aquí, otras potenciales figuras de las que podríamos ser cumplimiento), y denuncia “la falta de voluntad de debatirse con antecedentes históricos difíciles y el deseo de imponer un cierto tipo de política de la identidad en la historia” (*ibid.*: 158). En este sentido, construir a contrapelo de la canonización de ciert*s antepasados conlleva también una apuesta a los enfoques que mencioné en los apartados anteriores: la ambigüedad en lugar de las identidades fijas, las contradicciones por sobre la coherencia y uniformidad, la agencia colectiva por sobre la individual, y la crítica por sobre la celebración.

4.2.4. El sitio de “lo otro” en la historiografía

Al buscar un factor común entre lo dicho sobre las identidades, el progreso y las figuras heroicas, emerge aquello que queda por fuera de las tres, a costas de la cual las otras pueden construirse: se trata de “lo otro”, “la otredad” y su construcción en y desde la historiografía. Es indudable que a la hora de elaborar representaciones de un determinado colectivo, con fines ya sea teórico-académicos o práctico-políticos (en la medida en que sea posible hacer esta distinción), es necesario delimitar el

campo de trabajo, las características que se incluirán, l*s sujet*s que formarán parte de él, y l*s que no: “las definiciones positivas descansan siempre en la negación o represión de algo que se representa como su antítesis” (Scott 1999: 7). Esto es tan cierto de la constitución individual, como de la colectiva: tal como señala Judith Butler, “el sujeto se constituye a través de la fuerza de la exclusión y la abyección, una fuerza que produce un exterior constitutivo del sujeto, un exterior abyecto que, después de todo, es ‘interior’ al sujeto como su propio repudio fundacional” (Butler 2002: 20). En esta instancia, me interesa considerar las dimensiones políticas de la construcción de dicha otredad, mientras que en el Capítulo siguiente abordaré sus aspectos epistemológicos y en el Capítulo 6 los modos en que este mandato se traduce en determinados modos de presentación. Para llevar adelante el análisis, me concentraré en cuatro puntos clave del tratamiento de la otredad en la historiografía, considerando tanto las dificultades y desafíos como algunas propuestas de abordaje. Partiendo de la base de que, tal como emerge de las palabras citadas de Butler, la delimitación (y consiguiente producción de un* otr*) es inevitable, mi objetivo no es proponer modos de hacer historiografía que no operen exclusiones, sino más bien pensar cuáles son las maneras en las que esta construcción se lleva adelante, qué consecuencias políticas tiene, y cuáles los mecanismos para incidir en ella.

En el apartado 4.2.1., vimos las relaciones entre historia e identidad, concentrándonos en los modos en que ésta se configura en términos de esencia, autenticidad y agencia. Habiendo avanzado en el análisis, podemos ahora considerar este mismo aspecto ya no desde el lugar individual de la identidad, sino desde su posición dentro de una relación con “otredades” que constituyen y son constituidas por ese vínculo. Desde este punto de vista, el mandato de “pureza” de la identidad toma una complejidad creciente, ya que implica que “lo otro” se configura como aquello que va quedando (o que vamos dejando) en el camino, los sitios en que decantan las cualidades de las que quiere diferenciarse quien habla desde el presente, y los términos en que se construye. Para comprender estas operaciones puede ser de utilidad el aporte de Iris Young, quien en su libro *Justice and the Politics of Difference* (1990) las analiza desde la categoría de “imperialismo cultural”: se trata de un fenómeno signado por el hecho paradójico de que un grupo sea a la vez invisibilizado, y marcado como diferente o estereotipado. El primer aspecto de esta paradoja se refiere a la invisibilización de sus miembros en tanto sujet*s, esto es, en tanto “personas con su propia perspectiva y experiencia e intereses específicos de un grupo”; en el segundo, el grupo es “demarcado, congelado en un ser marcado como Otro, desviado en relación con la norma dominante” (Young 1990: 123). Por debajo de este ordenamiento, subyace una firme oposición entre sujeto y objeto: el sujeto toma decisiones políticas que el objeto *padece* o *resiste*; el sujeto determina la norma, y el objeto se adapta a ella (so pena de dejar de ser comprensible y

representable⁴⁶); el sujeto elabora la figuración, abordando al objeto desde un lugar exterior y diferente. Quienes ocupan el lugar de un* otr* aparecen *padeciendo* una serie de procesos o eventos, siendo *afectad*s* por ellos o, en el mejor de los casos, *resistiendo* o *reaccionando* a un determinado orden de cosas. De esta manera, se alimenta un esquema circular en el que dicho *objeto* no se considera ni es considerado como capaz de suscitar nuevos estados, o de accionar (y no, finalmente, *reaccionar*) de manera autónoma y espontánea.⁴⁷

La elaboración de estas figuraciones presupone, además, que en “lo otro” no existen diferencias internas: en palabras de Chandra Mohanty, se “colonizan discursivamente las heterogeneidades materiales e históricas, (...) produciendo/representando así”, en el caso que trata la autora, una “Mujer del Tercer Mundo”, un “sujeto monolítico, en singular” (Mohanty 2008: 69 y 72). En el sitio de “lo otro” se congela un todo *homogéneo* en el que no hay lugar para el dinamismo, el cambio, o ningún aspecto que no tenga que ver directamente con aquella característica principal que mancomuna a la categoría misma. A través de estas figuraciones, el aspecto por el cual ese colectivo es marcado, precisamente, como “otro” respecto de un centro o una norma (su sexualidad, su condición social, etcétera) se impone y excluye a cualquier otra característica (individual o colectiva) del grupo y de l*s individu*s pertenecientes a él. A través de la uniformización de l*s integrantes de un colectivo, se les atribuyen cualidades comunes y se suprime cualquier tipo de diferenciación interna, mientras que su contraparte, en cambio, está constituida por “sujetos vitales, complejos y cambiantes” (Mohanty 2003: 16) - en pocas palabras: sujet*s históric*s. Este gesto es seguido de otro, tal como explica Diana Meyers: “En lugar de notar individuos, asignamos a las personas a categorías excluyentes”, para efectuar luego el deslizamiento más peligroso: el descartar “a las personas clasificadas de esta manera (...) como inherentemente defectuosas” (Meyers 1994:

46 Al indagar en ese lugar de la otredad, Young (2005: 24) hace una distinción entre las estructuras de subordinación racial o de mujeres (que confinan a l*s individu*s a determinados lugares de opresión), y aquellas de la comunidad lgbt (que no le atribuyen ningún lugar en absoluto, tornándola invisible por completo). En relación con este punto, se acerca más a la perspectiva de Butler, quien lleva más allá la condición de aquello que no es sujet*: “Lo abyecto designa aquí precisamente aquellas zonas ‘invisibles’, ‘inhabitables’ de la vida social que, sin embargo, están densamente pobladas por quienes no gozan de la jerarquía de los sujetos, pero cuya condición de vivir bajo el signo de lo ‘invisible’ es necesaria para circunscribir la esfera de los sujetos” (Butler 2002: 20). En Butler, entonces, lo ‘abyecto’ no llegaría siquiera a ser representado como objeto, dado que no puede ser nombrado. Específicamente en relación con el estudio del pasado, una perspectiva afín a estas aparece en Dipesh Chakrabarty (1998), a quien me referí en el Capítulo 2, y que describe los “pasados subalternos” como los “límites del discurso de la historia”, ya que no pueden responder afirmativamente a las preguntas “¿Puede contarse esa historia?” y “¿Permite esa historia ser dicha desde una postura defendible racionalmente en la esfera pública?”.

47 Incluso en los casos en los que un* abyect* adopta la posición de sujet*, lo hace desde el lugar de *aquél* sujet*, dando lugar a lo que Young llama “doble conciencia”: “para cualquier sujet*, sea cual fuere su pertenencia grupal específica, el punto de vista de sujet* se identifica con el punto de vista de los grupos privilegiados” (Young 1990: 58-59 y 147). Las personas marginadas incorporan el discurso que las relega a una posición de inferioridad, y lo aplican tanto a sí mismas como a sus pares. De acuerdo con Young, aquí reside uno de los puntos fundamentales del imperialismo cultural: existe solamente un punto de vista de sujet*, constituido, por supuesto, a costas de la exclusión y negativización de lo diferente. Si la conciencia es doble, es porque circula también, de manera paralela, un discurso propio del grupo oprimido, conformado colectivamente a través de la interacción entre pares y la elaboración de relatos de empoderamiento. Mientras el grupo ocupe una posición de subordinación, sin embargo, siempre deberá lidiar con el juego entre ambas conciencias.

4). En muchos casos, esta simplificación está acompañada por una línea de progreso, en la que ciertos elementos “aún” no han alcanzado un lugar que se reserva para otros. Esto, combinado (paradójicamente) con la estaticidad a la que se condena a lo “otro”, resulta en una perversa representación en la que el progreso se dibuja en el futuro, y a la vez es inalcanzable porque la agencia se reserva para quienes ya han llegado a él.⁴⁸

Esta homogeneización que quita espesor a las categorías y las congela en una imagen simplista (y gran parte de las veces, negativa) opera como categoría estanca en la que cada persona simplemente *es*. Un* *sujet** se reduce a su situación de marginalidad y pasividad, o a una mera contracara de l*s *sujet*s* hegemónic*s; no tiene historicidad ni capacidad de incidencia sobre su propia existencia. La atribución de un rol pasivo o reactivo en las narrativas cancela todo tipo de lugar para la agencia y difunde una visión de la historia según la cual todos los eventos nacen del “uno”, y desde allí se derraman hacia una otredad periférica y ahistórica, que a lo sumo podrá *reaccionar* cuando se vea amenazada por ellos.

Esta configuración de las narrativas hegemónicas toma sentido si tenemos en cuenta, con Susan Hekman (quien afirma seguir en esto a Wendy Brown), el motivo por el cual fueron elaboradas: “Las políticas de la identidad basadas en estas definiciones fijan la identidad de los actores políticos como heridos, como víctimas. Estas identidades *se originan en un esfuerzo por subordinar a estos sujetos, no por liberarlos*” (Hekman 2000: 296; *itálica mía*). No casualmente, afirmaríamos Mohanty, al momento de referirse a determinados grupos se apela a características tales como sus dependencias compartidas, en lugar de centrar el foco en las luchas y los proyectos que los unen:

Si tener dependencias comunes fuera todo lo que hiciera falta para unir a las mujeres del Tercer Mundo como grupo, siempre se las percibiría como un grupo apolítico, sin estatus de sujeto. En lugar de ello, si hay algo que puede hacer que las mujeres del Tercer Mundo se constituyan como grupo estratégico en esta coyuntura histórica, es el contexto común de lucha política contra las jerarquías imperialistas, de clase, raza, y género. (Mohanty 2008: 79)

El origen espúreo de las identidades que conforman nuestras narrativas las marca a fuego y dificulta hasta hoy, afirma Mohanty, cualquier tarea emancipadora que quiera servirse de ellas. Y la cadena de subordinaciones continúa multiplicándose, ya que las presentaciones estáticas, homogeneizantes, fijas, ahistóricas de “lo otro” conllevan también, a modo de efecto colateral, una *opresión dentro de la opresión*: en el interior del colectivo uniformizado, junto con las diferencias se invisibiliza también a las personas que no concuerdan con esa uniformidad. En este sentido, la

48 Este punto nos remite nuevamente al análisis de Boaventura de Sousa Santos en relación con “la monocultura del tiempo lineal”, citado más arriba.

“llegada” de la idea de progreso al colectivo lgbt puede ser un buen ejemplo de cómo opera políticamente la fijeza de una identidad: la idea misma de “colectivo”, de hecho, sirve para velar las diferencias internas y el acceso dispar a transformaciones reales en las condiciones de vida de las personas.

Frente a estas políticas de la representación, no alcanzará con deshacernos de las figuraciones negativas que eran tradicionalmente vinculadas a un* “otr*” estigmatizad*. En sintonía con la línea que sugerimos con Mouffe en la Parte Primera de este trabajo, Diana Meyers advierte que la deslegitimación del imaginario tradicional dejará un vacío que deberá ser completado con nuevas “resimbolizaciones figurativas”, si no queremos que sea invadido por un resurgimiento de las figuraciones anteriores (Meyers 1994: 60). La posibilidad de construir dichas propuestas está ligada – estrecha aunque no exclusivamente – con el agenciamiento de las personas y colectivos involucrados, que a la vez que se constituyen como sujet*s, elaboran sus propias representaciones de sí y de la realidad en la que se desenvuelven. Estas representaciones servirán, ante todo, para contrarrestar las narrativas que depositan en el sitio de la otredad las características negativas, a la vez que habilitarán un cuestionamiento de ese “uno” cuya valoración se sustenta precisamente en dicha polaridad.

Me interesa pensar en historias que den lugar a las contradicciones, la diversidad y las innumerables aristas que presentan sujet*s, eventos y colectivos. Para ello, es fundamental tramar relatos que atiendan a la contextualización y la historización de identidades, agencias y subjetividades, atendiendo a las dinámicas de poder y hegemonías/contrahegemonías en las que se entrelazan. De acuerdo con Joan Scott, “[l]as disputas por el significado involucran la introducción de nuevas oposiciones, la inversión de las jerarquías, el intento de exponer los términos reprimidos, desafiar el estatus natural de pares aparentemente dicotómicos, y exponer su interdependencia y su inestabilidad interna” (1999: 7). Cada uno de estos gestos permiten relativizar la oposición binaria respecto de lo “uno”, a la vez que echan luz sobre las aristas de “lo otro” que pueden contribuir a, retomando a Rorty, “reemplazar la actualidad presente por una mejor actualidad futura”. Si pensamos esta dinámica en diálogo con lo dicho más arriba sobre la identidad, podemos entender que el cuestionamiento de las divisiones netas entre un*/otr* permite hacer lugar a relatos con protagonistas más complej*s, e incluso contradictori*s. La explicitación misma de esta y otras contradicciones, si seguimos a Mohanty (2008: 89), emerge como el primer gesto necesario para la transformación: es en el quiebre generado por dicha contradicción, donde se insertará la cuña para generar un espacio de cambio.

Plantear un cuestionamiento de las divisiones netas un*/otr* no implica solamente considerar qué sucede en el sitio de la otredad, sino que deberá llevar también, necesariamente, a la indagación

crítica sobre el lugar de lo “uno”. Se trata de un gesto *contra natura*, opuesto a la naturaleza propia del lugar que ocupa lo “uno” y lo hace tal. De hecho, Young misma, en su análisis del “imperialismo cultural”, refiere que mientras que el grupo dominado es devuelto permanentemente a su lugar de abyección, “los grupos dominantes no necesitan notar en absoluto su propio ser como grupo; ocupan una posición no marcada, neutral, aparentemente universal” (Young 1990: 123). Mientras que al objeto del imperialismo cultural se lo marca colectivamente con una única esencia, a l*s sujet*s hegemónic*s, en tanto escapan a la marcación de grupo, “les está permitido ser individuos” (*ibid.*, 59). Al invisibilizarse la marca de la diferencia, lo “uno” no se percibe como grupo, sino que se lo presupone como patrón y referente normativo universal y avanzado, dejando a lo “otro” como un “nosotras mismas en estado bruto” (Mohanty 2008: 75-76).

Nos encontramos, tal vez, ante el punto más álgido de la configuración política de identidades, otredades y trayectorias: el “uno” (individual o colectivo) necesita tercerizar sus rispideces internas para reafirmarse como idéntico. Retomando lo dicho al inicio de este apartado con Butler, se forja a través de la producción de un exterior constitutivo, un “repudio fundacional”, y de allí la explicación de Young acerca de la aversión de lo “otro” en términos de “ansiedad respecto de la pérdida de identidad” (1990: 124-126). Una vez que la propia identidad ha sido definida, alcanza con un rápido deslizamiento para establecer la jerarquía: “Las identidades tanto personales como colectivas, inevitablemente se definen a sí mismas como verdaderas, convirtiendo a las diferencias en otredad y a la otredad en chivos expiatorios” (Hekman 2000: 295)49.

Aún las representaciones más radicales o innovadoras están dejando algo por fuera, están diferenciándose de alguna “otredad” que se constituye para marcar “lo uno”: esta advertencia, y una alerta crítica sobre este punto, servirán para mantener lejos aquellas ilusiones modernas de las que queremos diferenciarnos. Además, lo dicho nos ofrece un argumento ulterior para rechazar las políticas de la retirada que abordamos con Mouffe en más de una ocasión, proponiendo en cambio el (arduo) trabajo de tramar discursos que cuestionen profundamente los sitios de lo “uno” en los que, en mayor o menor medida, nos hemos asentado. Tal como propone Young, en lugar de “buscar la completitud del yo” será hora de “revolucionar el sujet*”, esto es, “afirmar la otredad dentro de nosotr*s mism*s, reconociendo que en tanto sujet*s somos heterogéne*s y múltiples en nuestras afiliaciones y nuestros deseos” (Young 1990: 125). Como resultado, tomarán forma figuraciones de l*s sujet*s, un*s y otr*s, como cambiantes, en proceso, y descentrad*s, así como también quedará en evidencia la dificultad de sostener la tradicional separación tajante entre “lo uno” y “lo otro”, proponiendo en cambio una presentación relacional y fluida entre ambos.

49 Hekman retoma aquí el análisis de William Connolly en *Identity/Difference* (1991).

4.2.5. *Las categorías en funcionamiento: figuras y progreso en las políticas de la representación de Stonewall*

Los usos del pasado lgbt ofrecen abundantes ejemplos de cómo funcionan los mecanismos que vimos hasta ahora, en relación con la identidad, el progreso, la consagración de figuras heroicas y el lugar de la otredad en la historia. Tal vez el caso más paradigmático en este sentido sea el de las representaciones históricas y políticas construidas en torno a los disturbios de Stonewall, hechos organizados como evento histórico desde el activismo gay-lésbico de los años '70 en los Estados Unidos y posteriormente ascendidos a ícono de la lucha por los derechos del colectivo lgbt en gran parte de los países del mundo. En este apartado, a fin de retomar las categorías expuestas en el Capítulo y pensar sus cruces, me concentraré en algunos aspectos específicos de las apropiaciones actuales de Stonewall y sus relatos privilegiados, principalmente en lo que hace a sus implicancias políticas.⁵⁰ Este ejercicio de análisis responde a la aseveración, traída ya por Hayden White en *Metahistory* y trabajada por los desarrollos de la Nueva filosofía de la historia, de que aquello que aparece como puramente descriptivo o analítico contiene en realidad un modo de implicación ideológica, es decir, que de ello pueden derivarse enunciados prescriptivos o modos de entender lo político. Las implicaciones ideológicas de la historia ofrecen una serie de prescripciones para tomar postura en el mundo presente de praxis social y actuar de acuerdo con ella, ya sea para mantener el status quo o para modificarlo (White 1973: 22). En este sentido, observar los modos en que se constituye a “Stonewall” como un evento, y las maneras en que se traman y presentan algunas historias sobre él, pueden darnos algunas indicaciones sobre las posibilidades políticas que dichos relatos – y quienes los presentan – pretenden abrir u obturar.

El bar denominado “Stonewall Inn”, ubicado en la ciudad de Nueva York, adquirió renombre internacional cuando en junio de 1969 una requisita policial (una más entre tantas que afectaban – y afectan – a los espacios frecuentados por personas de sexo o género no normativo, trabajadoras sexuales, y personas marginadas socialmente) se enfrentó a la resistencia por parte de las personas que se encontraban en el establecimiento. El Escuadrón de Moral Pública (sic) esperaba en las inmediaciones del bar la indicación de l*s agentes que se encontraban dentro de él, y la intención

50 El análisis que sigue se concentrará en un número limitado de fuentes y aspectos de la inserción de “Stonewall” en las disputas sobre los significados del pasado. No incluyo, por ejemplo, consideraciones explícitas acerca de trabajos historiográficos sobre el tema, notas de prensa, films, manifiestos y declaraciones de movimientos lgbt. Todos ellos ofrecerían sin dudas elementos ricos para incorporar a esta investigación; de hecho, “Stonewall” bien podría ser la columna vertebral con la que contrastar todas las propuestas de esta Tesis. Sin embargo, precisamente debido a su riqueza y a la proliferación de material existente sobre el tema, entrar en el detalle de cada uno de sus aspectos excede en mucho a los objetivos de esta sección, que apunta exclusivamente a aplicar los conceptos vistos hasta aquí a un caso paradigmático.

era, como de costumbre, requerir los documentos de identidad de los clientes varones, y revisar a quienes tenían "apariencia" de mujeres para verificar su sexo genital: si los genitales eran masculinos, se haría un traslado a la comisaría. En esta ocasión, el pedido de las fuerzas de seguridad fue desoído, dando lugar a una serie de revueltas que se extendieron no sólo por esa jornada, sino también las sucesivas. Distintos testimonios dan cuenta de que las primeras personas en arrojar elementos contundentes a la policía fueron las *drag queens*, las trabajadoras sexuales y l*s adolescentes homosexuales sin techo que vivían en la plaza frente al bar y concurrían a él debido a que era el único establecimiento "gay" que les permitía el ingreso.

Hoy en día, la fecha de ese primer choque se ha transformado en el "día del Orgullo", celebrado en gran cantidad de países alrededor del mundo mediante desfiles o marchas por las grandes avenidas, fiestas y festivales en prácticamente todos los bares, discotecas y espacios de la comunidad lgbt, exhibiciones temáticas en prestigiosos museos, congresos y jornadas de estudios queer y/o estudios gay-lésbicos, entre muchas otras cosas. En la plaza frente al Stonewall Inn se encuentra el "Monumento a la Liberación Gay" ("*Gay Liberation Monument*"), emplazado en 1992 y conformado por las figuras de dos mujeres sentadas en un banco, una con la mano sobre el regazo de la otra, y dos varones de pie cerca de ellas, tomados de la mano. Todas las figuras tienen rasgos caucásicos, son delgadas y sin marcas visibles de alguna otra pertenencia identitaria no hegemónica, más allá de sus discretas demostraciones de afecto. En el año 2013 el gobierno de la ciudad propuso sumar a esto una placa conmemorativa, aunque al día de hoy la polémica continúa inconclusa.⁵¹ La placa propuesta narraba:

Stonewall Inn

53 Christopher Street

Aquí, temprano en la mañana del 28 de junio de 1969, la policía realizó una requisita en el Stonewall Inn, un bar gay. Lo que siguió fueron seis días de revueltas esporádicas por parte de cientos de miembros de la comunidad lésbica, gay, bisexual y transgénero, exigiendo poner fin al acoso policial, los arrestos y las requisitas en establecimientos gays. La Revuelta de Stonewall es ampliamente considerada el catalizador del movimiento moderno de liberación LGBT, y fue notada por el Presidente Barack Obama en su discurso inaugural de 2013, la primera vez que un presidente se refirió a los derechos gays en este tipo de discurso. (Fuente: Brydum 2013)

Estos pocos datos – a los que sin duda podrían sumarse muchos más – me permiten retomar

51 Es interesante notar que una de las organizaciones que impugnó la propuesta del texto para esta placa lleva el nombre de "Stonewalling Accurate & Inclusive Depictions" (S.A.I.D.), mostrando cómo pueden converger el requisito de precisión fáctica, remitido habitualmente a los mandatos de la historiografía "normal", y el de la inclusión histórico-política, uno de los ejes de las demandas de l*s "nuev*s sujet*s" a las narrativas historiográficas existentes. Ver www.1969said.blogspot.com.

una serie de consideraciones avanzadas a lo largo del capítulo. En primer lugar, podemos atender a la configuración de este evento como un quiebre radical, un corte en una temporalidad que de allí en adelante se muestra en términos de progreso ininterrumpido. “Stonewall” es, en estas representaciones, “el día en que cambió todo”.⁵² Las narrativas se centran en gran medida en la noción de “orgullo” como el sentimiento paradigmático de una comunidad que en otra época (antes de “Stonewall”) estaba signada por la vergüenza y la clandestinidad. De acuerdo con este tipo de relatos, hoy en día los problemas de violencia contra l*s sujet*s lgbt serían una etapa superada, tal como denotaría la mención por parte del Presidente de los Estados Unidos en su discurso inaugural.

¿Pero quiénes son l*s sujet*s que posibilitaron ese “catalizador” que marcó una nueva era? Tanto el “Monumento a la Liberación Gay” como el texto propuesto para la placa nos señalan el camino de esta respuesta. Pese a que los relatos y testimonios del evento refieren a una multiplicidad de actor*s (entre los cuales, debido a las características del bar, ocupaban un lugar central las personas trans, sin techo, negras y pobres), el “Orgullo”, la “Liberación”, y el “establecimiento” son simplemente “gay”. Sin embargo, tal como han destacado diversas organizaciones y referentes principalmente del movimiento trans y de color,

no fueron l*s asimilacionistas privilegiad*s quienes por primera vez derribaron las puertas, haciendo posible esta campaña de 40 años por la igualdad. En realidad, fueron las personas de bajos ingresos y de color, que desafiaron con valentía la violencia homofóbica y transfóbica con una resistencia tal, que el mundo entero supo que la comunidad LGBT no toleraría más abusos. (Love 2010)

Aquí encontramos no solamente el borramiento de personas y colectivos específicos, sino también el aislamiento de un aspecto puntual de las pertenencias identitarias de l*s protagonistas – en este caso, el hecho de ser “miembros de la comunidad lésbica, gay, bisexual y transgénero” – en detrimento de todo el resto de especificidades que podrían atravesarl*s: la clase y la raza, principalmente. Nos encontramos nuevamente con la crítica referida en el capítulo anterior (3.2.2), donde vimos cómo divers*s teóric*s y activistas señalan que detrás de la supuesta “transparencia” de lo “queer” se oculta en realidad la agenda y los intereses propios de “los asuntos domésticos de los homosexuales blancos” (Eng et al. 2005: 12), de clase acomodada y “asimilacionistas”.

Un caso particularmente notable de esta construcción (o destrucción) de agencia histórica y política toma forma en la referencia a Barack Obama en la placa conmemorativa. A diferencia de

52 Un ejemplo claro en este sentido es el que ofrece una dupla de documentales producidos en los años '80 y '90, en los que la idea de un giro de 180° se hace particularmente evidente: *Before Stonewall* (1984) y *After Stonewall* (1999), respectivamente producido y dirigido por el estadounidense John Scagliotti. Él mismo dirigió otro documental, *Dangerous Living: Coming Out in the Developing World* (2003), cuyo título, puesto a dialogar con sus relatos de Stonewall, parecería sugerir aquel “telos colonial” al que me referí con Gopinath (2005) en el Capítulo 3.

todas las personas involucradas en los disturbios, cuyos nombres en muchos casos trascendieron (aunque no en todos, dado que much*s no estaban en condiciones de salir del anonimato debido a la condena social), la única persona referida (y ensalzada) con nombre y apellido en el texto es alguien que no estuvo presente – aunque sí está *en el presente* de la placa, que sirve así para construir una genealogía que desemboque en una actualidad triunfal. Esta figura toma la forma de un agente del cambio que, desde un lugar de poder, “otorga” entidad a una lucha y un colectivo históricamente invisibilizados (debido a que nunca antes había “aparecido” alguien que tuviera ese gesto de reconocimiento). Se reiteran aquí las nociones de agencia que vimos en apartados anteriores: individual (una sola persona; ni siquiera una organización social o un partido político), descontextualizada (aunque el texto hace referencia al “movimiento moderno de liberación LGBT”, las palabras del presidente no se insertan en el marco de esa lucha, ni aparecen como un resultado de ella), y monolítica, sin lugar a las contradicciones ni la interseccionalidad.

El evento se configura además en términos de una oposición radical entre un “nosotr*s” (la “comunidad” lgbt) y un “otro” (las fuerzas policiales). De esta manera, cada uno de los dos colectivos se presenta no sólo como pleno y coherente consigo mismo, sino también como opuesto a una otredad que representa todo lo que ellos *no son*. Concretamente: por un lado, personas e instituciones completamente perjudiciales para el proceso de “Liberación”, encarnad*s (únicamente) en la figura de “la policía”; por el otro, personas rebeldes, solidarias con sus pares y con la realidad que atraviesa *toda* la gama de subjetividades contenidas en ese “LGBT”. La repetición de este relato anclado en nociones de homogeneidad y “pureza” obtura cualquier referencia a oposiciones dentro del mismo colectivo – evidente, por ejemplo, en el hecho de que l*s jóvenes sin techo que participaron de los primeros actos de resistencia eran sistemáticamente expulsad*s de otros “establecimientos gays”. Invisibiliza también el hecho de que actualmente gran parte de la “comunidad” se establece en alianza con las fuerzas represivas, por ejemplo mediante la exigencia de agravar las sanciones penales a los denominados “crímenes de odio” (Lamble 2011). Todo ello queda oculto detrás de un acto fundacional que se presenta como una rebeldía originaria, inicio de la llama disidente que continuaría hasta nuestros días.

Encontraremos un efecto similar si atendemos a los modos en que la elección de “Stonewall” como hito fundacional de las sucesivas Marchas o Desfiles del Orgullo crea lo que podríamos llamar una ilusión performativa de radicalidad política. Más arriba vimos los modos en que el presente hace uso del pasado para configurar sus propias características, por ejemplo en los feminismos que se construyen en relatos de triunfo, pérdida o redención (Hemmings 2011). En este caso, la elección de “Stonewall” como el hito fundacional del movimiento, un evento en el cual personas de géneros, sexualidades y situaciones sociales oprimidos se defendieron de los abusos policiales, incluso llegando a la violencia, serviría para marcar a fuego un presente que conservaría

algo de esa rebeldía pasada, esa insurgencia o disidencia que encontramos en tantos discursos lgbt actuales. Y sin embargo, estamos ante un presente que, en gran medida, reemplazó las marchas por desfiles, y la resistencia a los abusos policiales por la exigencia de más seguridad. Tal como sintetiza la agrupación "Queer Kids of Queer Parents against Gay Marriage" ("Hij*s queer de progenitor*s queer contra el matrimonio gay"):

Nos resulta difícil creer lo que estamos escuchando últimamente. Miles de personas están perdiendo sus casas, y los gays quieren un día en homenaje a Harvey Milk. El ejército de los Estados Unidos continúa su camino de destrucción, y los gays quieren que se les permita combatir. La policía está matando a hombres negros no armados, y dando golpizas a las personas queer, y los gays quieren más policía. Cada vez más Estadounidenses están sufriendo y muriendo porque no pueden acceder a una cobertura médica decente, y los gays quieren casamientos. ¿Qué nos pasó? (Queer Kids of Queer Parents against Gay Marriage 2009)

Contra esta realidad, el ensalzamiento de un pasado insurgente parecería "performativamente" crearnos como sujet*s rebeldes en el presente – performativamente, porque si el panorama es de hecho el que describen l*s "Queer Kids...", entonces esa rebeldía sólo puede ser construida mediante un discurso que "produce los efectos que nombra" (Butler 2002: 18). Ciertamente se trata de un uso excesivo de la noción de performatividad, pero uno frecuente en lo que hace a las utilidades del pasado de "Stonewall" para configurar un presente que a la vez lo superó, ya que se posiciona en una relación de progreso, y lo honra, al mantener aquel pretendido espíritu disidente.

Explicitar las líneas de continuidad entre el momento anterior a "Stonewall" y el actual (ya sea por aquellas injusticias que siguen sucediendo, o por los logros que efectivamente emergieron desde el colectivo con anterioridad a 1969), las contradicciones y rivalidades internas al movimiento lgbt, y las deudas a otros colectivos, representados muchas veces en l*s mism*s sujet*s (personas homosexuales sin techo, personas trans de color, por ejemplo), significaría quitarle fuerza a este hito – y a todos los intereses que vienen con él. Aquí vemos hasta qué punto, en palabras de White, la historia es a la vez "hacer y ocultar", tanto "historia" como "anti-historia", tanto *desde* como *contra* aquello que llamamos "la verdad"; todo, en función de los posicionamientos presentes de quien mira al pasado en busca de algo (White 2012: 22). La dimensión política de esta selectividad queda en evidencia cuando tenemos en cuenta, también con White, que "[n]uestras *explicaciones* de las estructuras históricas y los procesos" y, podríamos añadir, los usos que podamos hacer de ellas, "están determinados más por lo que dejamos fuera de nuestras representaciones que por lo que

incluimos en ellas” (White 2003: 124).

Esto nos lleva a plantear una serie de interrogantes, en el cruce de lo que se dice – y cómo se lo dice – y lo que se omite. ¿Cuál es la “implicación ideológica” que se deriva de este relato planteado en términos de progreso, como un asunto cerrado, y con héroes y villanos? ¿Qué líneas de pensamiento y acción excluye en tanto trayectoria triunfal? Ya nos advertía Halberstam acerca de los riesgos de estos “relatos triunfalistas de la historia gay, lesbiana y transgénero, que necesariamente reinvierten en nociones robustas de éxito y de sucesión” (2011: 36).

Particularmente me interesa pensar qué lugar queda en esta estructura para quienes insisten en señalar los problemas que no cesan. Sujet*s que no han sabido sumarse a la marea del progreso, anacrónic*s, traidor*s, vergonzos*s y avergonzantes, de acuerdo a lo que analizamos aquí. Pero a la vez, se trata precisamente de esas personas que nutren el debate historiográfico y político, cuestionando los relatos dados, discutiendo otros pasados y otros futuros, incluso tramando desde la historiografía narrativas paralelas a aquellas que llegaron a consagrarse en placas y monumentos. Finalmente, si de acuerdo a la placa la figura preponderante no es colectiva, sino individual (y ni siquiera se identifica como parte del movimiento lgbt), ¿qué lugar queda para las luchas colectivas presentes y futuras, sino el de esperar la llegada de una figura equivalente, que eche luz sobre su existencia? Si seguimos la advertencia de Butler, según la cual “el poder que tiene el discurso para materializar sus efectos es consonante con el poder que tiene para circunscribir la esfera de la inteligibilidad” (2002: 267), debemos pensar que la delimitación de la agencia en una circulación de relatos implica también la delimitación de las agencias inteligibles para quienes acceden a ellos.

Una perspectiva historiográfica queer de estos mismos eventos se construiría, ante todo, evitando las líneas de progreso – y las líneas en general, ya que preferimos pensar más bien en marañas, fronteras, embrollos y contradicciones. Por un lado, asumiría el contenido político, ideológico y prescriptivo de toda narración del pasado, abriéndose, como veremos en el capítulo siguiente (apartado 5.2.2), a la rendición de cuentas. Al reconocer la inevitabilidad de (alguna) implicación ideológica, la tarea puede concentrarse en desquiciar este mismo contenido exponiendo sus contradicciones, sus fisuras, sus puntos oscuros (por incomprensibles, o por incómodos). Estas complicaciones se derivan, entre otras cosas, de la comprensión de los procesos históricos como colectivos, esto es: conflictivos, vacilantes, un poco azarosos, y nunca cerrados. La historia no se presentaría como ensalzamiento de nuestros padres (y aquí el uso del género es intencional), sino como traición, una traición que incomoda porque en esa selección de figuras no esconde a aquellas que exponen nuestras “miserias”. En este sentido, las relaciones con el pasado pensadas desde una perspectiva queer tienen mucho que aprender del registro que White denomina sátira (al que me referiré en el Capítulo 6.2.2), caracterizado entre otras cosas por la epifanía de la inadecuación de la conciencia para vivir felizmente en el mundo, o de entenderlo por completo, y de la inadecuación de

la imagen que el escrito mismo puede ofrecer de la realidad. Tal como señalara Judith Butler respecto de su propia producción: el texto que produzcamos tampoco quedará enteramente bajo el control de nuestras intenciones iniciales al ponerlo en circulación, ya que “[u]na de las implicaciones ambivalentes de la descentralización del sujeto es que su escritura sea el sitio de una expropiación necesaria e inevitable” (Butler 2002: 338-339) – y esa imposibilidad de controlarlo es parte de su fuerza política, como lo fue también la imposibilidad de controlar qué pasaría aquella noche de 1969.

4.3. Algunas conclusiones preliminares

“—Cuando yo uso una palabra, dijo Humpty Dumpty, significa lo que yo decido que signifique, ni más ni menos.
—La cuestión, dijo Alicia, es si usted puede hacer que las palabras signifiquen cosas tan diferentes.
—La cuestión es, dijo Humpty Dumpty, quién es el amo. Eso es todo.”
Lewis Carroll, *Alicia a través del espejo*

Llegado este punto, tal vez sea adecuado retomar el interrogante que, en cierto sentido, subyace a todo el trabajo: ¿Por qué *queerizar* nuestros modos de relacionarnos con el pasado? Y, en relación específicamente con el objeto de este Capítulo, ¿qué terrenos políticos podemos conocer, recuperar, habitar mediante este ejercicio? ¿qué políticas habilitan y son habilitadas por nuestros modos de configurar, reconfigurar, imaginar nuestros pasados?

En *The queer art of failure*, Jack Halberstam hace propia la idea de Stuart Hall de que “la teoría no es un fin en sí mismo, sino 'un desvío en el camino hacia otra cosa'” (Halberstam 2011: 28)⁵³. Habiendo rechazado la visión de la historia en términos de progreso, o la empresa de “encontrar” aquello que se encontraba “oculto” en el pasado, puede resultar desconcertante el intento por señalar esa “otra cosa” a la que pretendemos llegar con nuestro trabajo, que excedería el mero ejercicio intelectual. ¿Cuál sería esa “otra cosa” en este caso? Me interesa adoptar aquí, una vez más, una perspectiva queer que no renuncie a la construcción de otras políticas a través de nuestro trabajo teórico, y a la vez sea creativa al pensar modos de hacerlo sin depender de precisamente aquellas nociones modernas que se ha ocupado de exponer y denunciar. En particular, puede ser de provecho la propuesta de Halberstam, que ante a pregunta por esa “otra cosa” apunta a dar lugar a

53 La cita es tomada de “Old and New Identities, Old and New Ethnicities”, donde el autor, en realidad, afirma: “La teoría siempre es un desvío en el camino hacia algo más importante” (Hall 1997: 32). Esta postura de Hall se refleja en su práctica político-académica, tal como se desprende de la reconstrucción de su trayectoria en el marco del *Centre for Cultural Studies* que ofrece en “The Emergence of Cultural Studies and the Crisis of the Humanities” (Hall 1990). Volveré sobre esta idea en otras ocasiones a lo largo de mi trabajo, buscando pensarla en relación con las diversas herramientas que ofrezco aquí.

un “deseo básico de vivir la vida de otra manera” (Halberstam 2011: 15) – un deseo que, en muchos casos (por ejemplo, como señalaran tanto Namaste como Radi, en relación con el colectivo trans), reviste carácter de urgencia.

La importancia de la historiografía en esta empresa es insoslayable, ya que, como lo expresara Heather Love de manera categórica: “Una esperanza adquirida a expensas del pasado no puede servir al futuro” (2009: 29). Los aportes expuestos hasta aquí dejan en claro que la mirada sobre el pasado no se limita a él, sino que también es una mirada sobre aquello que es presente, y posiblemente sea futuro si no encontramos los modos de desarticularlo. Y si distintas perspectivas queer han destacado la importancia de mantener esa (triple) mirada, es porque “Dadas las nuevas oportunidades disponibles para *algunas* personas gays y lesbianas”, es más fuerte que nunca “la tentación de olvidar – olvidar las aberraciones y humillaciones de la historia gay-lésbica, e ignorar el sufrimiento persistente de quienes no salieron a flote con la marea creciente de la normalización gay”, “una multitud de otr*s innumerables” (Love 2009: 10). La escritura de la historia nos permite aprender lecciones del pasado, crear significados a través de la narración de los eventos de otros tiempos, y forjar las agencias que esos nuevos significados traen al presente; así, no sólo se conoce el pasado, sino que se forman nuev*s sujet*s culturales y nuevas posibilidades sociales (Bravmann 1997). Así, pensada como producción teórica crítica y auto-crítica, la historiografía tiene la posibilidad de sacar el máximo provecho de sus potencialidades para construir, reconstruir, releer genealogías que contribuyan a la configuración de lo que, en la ya célebre expresión de Butler, podemos denominar “vidas más vivibles”. Se trata de modos distintos de pensar el pasado – modos que ya se están dando, que albergan y son albergados por nuevas maneras de pensar el presente y el futuro. En este proceso creativo (y sin tenerle miedo a esta palabra), la alianza entre filosofía de la historia, historiografías, y pensamiento queer, puede ser sumamente provechosa para todas las partes.

Sin embargo, es fundamental no perder de vista que la construcción de “vidas más vivibles” no se dará solamente a través de un trabajo sobre la historiografía ni, más ampliamente, sobre los discursos y las representaciones que involucran a determinad*s sujet*s. El prejuicio, la exclusión y los estereotipos opresivos serán erradicados sólo cuando las condiciones materiales acompañen a estas operaciones del plano del discurso. Es decir, existe un aspecto material, económico y de infraestructura que no puede ser soslayado: en ese sentido, sería falaz la discusión misma que opone “reconocimiento” y “redistribución”, ya que tal como afirma Nancy Fraser, “las diferencias culturales podrán ser elaboradas libremente y mediadas democráticamente sólo sobre la base de la igualdad social” (Fraser 1997: 182). Tal como nos advierte Diana Meyers, cada vertiente del cambio requiere de la otra para su eficacia, ya que “[s]in logros económicos y políticos tangibles, las contrafiguraciones nunca se arraigarán en la cultura dominante; pero sin una resimbolización de

los grupos sociales excluidos, el prejuicio cultural normativo siempre amenazará a los avances materiales” (Meyers 1994: 15). No se trata, entonces, de priorizar un campo sobre el otro, sino de entender la complejidad de lo político, y las distintas tareas que deben llevarse adelante en paralelo.

El caso que tomé de ejemplo aquí en relación con los relatos hegemónicos que circulan respecto de los eventos de Stonewall, nos muestra algunos de los riesgos reales de embarcarnos en construcciones prolijas, lineales y progresivas del pasado. Expone, además, las operaciones políticas que se encarnan en la elección de trayectorias y personajes, y las exclusiones y borramientos que ellas implican tanto sobre el pasado como sobre el presente. Configuraciones específicas de la identidad, el progreso, las figuras heroicas y la otredad abren – y cierran – posibilidades políticas cuyo señalamiento nos habilita a pensarlas de otras maneras. En el Capítulo 6 veremos, por ejemplo, que este tipo de riesgos son parte de lo que llevó a ciertos filósofos de la historia a enfocar el análisis ya no en la historiografía tradicional o canónica, sino en la escritura modernista, que reconocía la posibilidad de que, en algunas experiencias del mundo, las relaciones entre aquellos binarios que nos propone el realismo (discurso literal/figurativo, realista/ficcional, agentes/actos, sujetos/objetos, etcétera) sean no oposicionales (White 2003: 209). La escritura modernista, al igual que la historiografía queer que estamos pensando, se involucra con estas confusiones y las hace propias – aunque ello signifique renunciar al lugar de privilegio que nos proveían aquellas historias de progreso en las que cumplíamos la función de cumplimiento glorioso.

Resignar ese lugar implica, además, comprender el hecho insoslayable de que los usos que se harán de nuestro trabajo, en gran medida, nos son ajenos. Qué posibilidades políticas específicas se expandirán (o, hay que decirlo, contraerán) a partir de nuestra tarea es algo que nos excede; he ahí una primera manera de vislumbrar los riesgos que conlleva, así como también sus potencialidades. Esta contingencia se debe a que el producto de nuestro trabajo, al igual que el acontecimiento histórico entendido como figura, “permanece abierto a apropiaciones retrospectivas por parte de cualquier grupo que en adelante opte por el mismo como prototipo legitimador de su propio proyecto de auto-creación y, por lo tanto, como elemento de su genealogía” (White 2010b: 46).

En este sentido, podemos decir que la “epifanía de la inadecuación” a la que se refiere White en relación con la sátira puede pensarse, en términos más generales, como la epifanía del carácter siempre incompleto, problemático, contradictorio y, sí, oscuro de la producción teórica (tanto en historiografía, como en filosofía de la historia). Y “dado que de hecho nuestro lenguaje es impreciso” e inadecuado, es necesario evitar “que cualquier lenguaje se torne estático”, como sostiene Mohanty (2003: 6). En otras palabras, el entendimiento crítico que desarrollamos en torno a los objetos de estudio puede servir como interpelación para nuestro trabajo como intelectuales, a

fin de volcarlo sobre la tarea que día a día realizamos en la práctica profesional. Para ello, deberemos comprometernos a una revisión periódica y profunda de nuestra propia metodología y los principios sobre los que se sustenta el trabajo académico que realizamos. El objetivo no será la toma de control sobre la propia tarea – cuya viabilidad queda en entredicho en estos tiempos de cuestionamiento tanto de las disciplinas “con mayúscula” como de las que se presentan “con minúsculas” – sino la alerta crítica ante el peligro de cristalización de lo que realizamos. Por lo dicho hasta aquí de lo político en la historia, emerge que esta revisión constante debe ser asumida como compromiso no sólo metodológico, sino también político y práctico.

Capítulo 5

Aportes epistemológicos

“Usar el género instrumentalmente significa reorientarlo desde una ontología (la visión primaria de nuestra cultura, que el género subyace al ser de todas las personas) hacia una epistemología (un modo de conocer o comprender la manera de operar de la cultura)”
Bernice Hausman, “Recent Transgender Theory”⁵⁴

5.1. Introducción: L*s “nuev*s sujet*s” y sus desafíos epistemológicos

A partir del análisis ofrecido en el capítulo anterior, emerge una idea de lo queer como una política, un modo de entender lo político y de situarnos políticamente frente al pasado, el presente y el futuro. Este marco conceptual, junto con el que ofrece la Nueva filosofía de la historia, nos permitió abordar ejes tales como la identidad, los sentidos dados a la historia, y las exclusiones que ella opera, así como también ofrecer propuestas para construir otras políticas del pasado. En el presente Capítulo, me propongo añadir a esa idea de lo queer como una política un segundo enfoque: el de lo queer como una epistemología, siguiendo la sugerencia de Bernice Hausman de pensarla como “un modo de conocer o comprender la operación de la cultura” (2001: 476). En oposición a las posturas que defienden lo queer – o el género, foco de interés de Hausman – en términos esencialistas, o como una ontología, “algo que subyace al ser de todas las personas”, propongo pensarlo como una política, una epistemología y una estética, llevando a cada una de estas esferas su presencia versátil, escurridiza y crítica. Conuerdo con Hausman en que “las teorías más contundentes y provocativas” son las que entienden a su foco (el género, en su caso; lo queer y la teoría de la historia, en el mío) como “un instrumento conceptual para analizar relaciones de poder y sistemas de inequidad” (*ibid.*), en contraposición tanto a las miradas esencialistas como a la opción por la retirada del campo de acción teórica. Desde esta perspectiva, el marco presentado en los Capítulos 2 y 3 se ofrece como un “instrumento conceptual” para indagar en las estrategias de representación del pasado en un contexto signado por el “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”, categoría que a su vez cumplió esa función en el Capítulo 2.

Aludir a una política, una epistemología y una estética como tres esferas diferenciadas (aunque sea analíticamente) presenta sus propios inconvenientes, a los que me referí en la Introducción. En este caso, la distinción entre el Capítulo anterior y este, lejos de plantearse de manera tajante o

54 Hausman 2001: 476.

binaria, es entendida como una distinción de estrategia expositiva y pragmática, que reviste cierta utilidad para abordar sucesivamente distintas aristas de un mismo campo. Aunque los fines de la producción historiográfica sean los mismos, cada una de las dos esferas representa otros tantos modos de intervención, tipos de acciones y conjuntos de interlocutor*s, particularidades que se pierden de vista si se evita la distinción entre ambas. Las conexiones emergerán del análisis mismo, y los entrecruzamientos se multiplicaron y multiplicarán a medida que avanzan las páginas de este trabajo, tal como quedará también en evidencia por el uso plural y multifacético de las fuentes teóricas.

El Capítulo 2 nos enfrentó a lo que, siguiendo a White (2010d), podríamos denominar las “ansiedades” que llevaron, y llevan, a regular o normalizar los modos en que se espera que la disciplina historiográfica aborde el pasado, mientras que en el Capítulo 4 pudimos comprender algunas dimensiones políticas de dichos modos. Vimos así que, por un lado, la inclusión de determinad*s sujet*s en la historiografía responde y ayuda a constituir un panorama político más amplio; como recuerda Michelle Perrot en relación con lo que denomina “historia de las mujeres”, esta transformación “está vinculada estrechamente a la concepción de que las mujeres tienen una historia y no están sólo destinadas a la reproducción, que son agentes históricas y poseen una historicidad” (1995: 9). Por otro lado, en un tono menos auspicioso comprendimos que los modos en que se “incluye” a l*s nuev*s sujet*s no son menos importantes que la inclusión misma, ya que, siguiendo a Meyers, “[l]o que está en juego en la perpetuación de figuraciones culturalmente arraigadas de los grupos sociales excluidos, es nada menos que la comprensión por parte de una sociedad, de la especie humana y su lugar en el universo” (1994: 54). Por ello, quedó en evidencia que pensar en las historias de l*s nuev*s sujet*s no puede significar solamente impulsar una “inclusión” de figuras o aspectos de la vida que antes no eran tenid*s en cuenta, sino que se hace necesario cuestionar los modos mismos de producir historiografía. En palabras de Clara Rojas Blanco:

Si el problema fuese exclusivamente el hecho de que las mujeres 'no tenemos voz' o que nuestra historia 'ha sido borrada', la solución aparente estaría localizada exclusivamente en un incremento de nuestra participación a través de voces más fuertes y afirmativas así como en la posibilidad de acceder a las estructuras productoras del saber para inscribirnos en la historia legitimada por los grupos de poder. El problema es que este tipo de solución corre el riesgo de que aceptemos la forma y los términos del discurso del que hemos sido excluidas, reproduciendo – consciente o inconscientemente – las estructuras del poder. (2005: 4)

El marco teórico que encuadra mi trabajo permite un análisis crítico de las narraciones del pasado, que excede a lo que Rojas Blanco denomina “historia legitimada por los grupos de poder” (como si se tratara de un “enemigo” externo y ajeno) y alcanza también a nuestras propias formas de abordar el pasado, construir conocimiento y “entender las operaciones de la cultura”. Martha Umphrey, a quien me referí en el Capítulo anterior en relación con las representaciones de las figuras emblemáticas del pasado queer, considera que “queerizar la historia significa reconocer que los procesos de la historia son inestables, la búsqueda de sujet*s históric*s ejemplares es siempre incompleta. Requiere de parte nuestra un constante re-involucramiento [*re-engagement*], un constante cuestionamiento de nuestros propios presupuestos acerca del sujeto “adecuado” [*“proper”*] de la historia” (Umphrey 1995: 21). Ampliando el campo de esta afirmación hacia las distintas dimensiones de la representación del pasado, sostengo que para “queerizar” la historiografía -y la historia- necesitamos “queerizar” la dimensión epistemológica del abordaje historiográfico del pasado: los presupuestos, los métodos, las estrategias, las narraciones que lo apoyan y lo hacen posible. Vimos con Joan Scott que la historia tiende a ser fundacionista (es decir, “sus explicaciones parecen ser impensables si no se dan por sentado algunas premisas primarias”; 1991: 780), y que aquello generalmente percibido como cambio radical es en realidad un cambio de una “fundamentación” (por ejemplo, la “objetividad”) por otra (en su ejemplo, “la experiencia”). Son estas fundamentaciones que tenemos que analizar, incluidas las epistemológicas, si queremos pensar en maneras queer de hacer historia.

Sin embargo, proponer una lectura crítica de las fundamentaciones de la representación del pasado, sus decisiones epistemológicas y sus estrategias no implica, ni puede implicar, una invitación a producir relatos radicalmente nuevos y absolutamente distintos de los existentes. Lo dicho hasta aquí nos señala la imposibilidad de plantear una oposición binaria entre un tipo de historia “tradicional” “errada” y otra “nueva” y “correcta”, o de entender las propuestas que se avanza desde un marco queer como una invitación a “dejar todo atrás” y “comenzar de nuevo”. Por el contrario, me interesa poner en cuestión la idea de cambio radical, de originalidad absoluta, o de “solución” a los problemas de la historia “tradicional”: cada una de estas posturas no hacen más que reemplazar el ideal de neutralidad por otro de innovación, convirtiendo al relato que se pretende reemplazar en algo así como el nuevo (viejo) “otro” de la historia. Mi intención es ofrecer categorías para sumar a la elaboración de historias múltiples, responsables y prolíficas para seguir pensando el pasado y el presente. Además, las contribuciones propuestas se integran con lo desarrollado por las perspectivas que preceden y alimentan mi trabajo, principalmente la teoría de la historia, el pensamiento queer, los estudios poscoloniales, y algunas vertientes del feminismo. A la luz de lo dicho, y en línea con el alerta a los límites de mi propia tarea intelectual, propongo pensar

a las historias queer no como la producción de relatos radicalmente nuevos, que borrarían o reemplazarían “lo anterior”, sino como sumatorias, relecturas, reescrituras de otras reescrituras.

La advertencia de la imposibilidad de adoptar un lugar fundamentalmente novedoso (ni tampoco “neutral” u “objetivo”) para pensar el pasado tiene, en el marco de este trabajo, raíces en las perspectivas queer sobre la performatividad ofrecidas, entre otr*s, por Judith Butler, tal como vimos en el Capítulo 4.2.1. En *Cuerpos que importan*, la autora analiza lo que denomina “la performatividad como apelación a la cita” (2002: 33): siguiendo a Derrida, advierte que el poder productivo del* sujet* “es siempre derivativo” (*ibid.*: 34), ya que necesita referirse a leyes o “esquemas reguladores”, “criterios históricamente revisables de inteligibilidad que producen y conquistan”, en el caso analizado por Butler, “los cuerpos que importan” (*ibid.*: 36). Pensar en términos de performatividad, entonces, implica dejar de lado las nociones voluntaristas o individualistas que imaginan a sujet*s absolutamente independientes de toda norma o régimen regulador, para exponer los modos en que las normas y sus correspondientes identificaciones “preceden y permiten la formación de un sujeto” (*ibid.*: 38). Mientras que en el trabajo de Butler “los límites del constructivismo quedan expuestos en aquellas fronteras de la vida corporal donde los cuerpos abyectos o deslegitimados no llegan a ser considerados 'cuerpos'” (*ibid.*), aquí quedarán también expuestos en las fronteras de la disciplina donde las narrativas abyectos o deslegitimadas no llegan a ser consideradas “historiografía” o, incluso, narrativas. Siguiendo a la autora,

[1]la performatividad describe esta relación de estar implicado en aquello a lo que uno se opone, (...) para establecer una oposición política que no es una oposición 'pura', una 'trascendencia' de las relaciones contemporáneas de poder, sino que constituye la difícil tarea de forjar un futuro empleando recursos inevitablemente impuros. (*ibid.*: 338)

De esta manera, lo queer nos insta a mantener la alerta respecto de la ilusión de ruptura que puede traernos la elaboración de “relatos nuevos”, recordándonos que siempre estamos trabajando con lo ya dado, y “citando” algo preexistente. No podemos sino pensar dentro de ello, remitiendo a aquellas mismas categorías incluso al pensarlas de manera crítica. La alternativa a (aunque no salida de) ese círculo es difícil, por cierto, pero no imposible: aunque sabemos que cada narrativa es una cita, sabemos también que ninguna cita es idéntica a su fuente, ya que la producción y regulación a la que dan lugar “no se sostienen efectivamente y (...) no pueden ser completamente exhaustivas”, dejando siempre por fuera a los “márgenes abyectos” (Butler 2002: 268). Es en esta diferencia donde se nos presentan, a cada momento, los quiebres que pueden alojar el cambio: dado que en toda repetición hay un desplazamiento, será nuestro trabajo advertirlo o impulsarlo, para la producción de abordajes del pasado que no reproduzcan las mismas estructuras hegemónicas que se

han impugnado a la “historia con minúscula”. De ahí la importancia de mantener una mirada crítica sobre nuestro propio trabajo, incluso cuando se trate de aquellos relatos hoy considerados “alternativos” o “contrahegemónicos”, evitando pensarlos como en sí mismos o siempre subversivos. En este sentido, el ejercicio de queerizar la historiografía implica pensarla en el contexto de las narrativas que existen, bajo la forma de reescrituras y relecturas: siguiendo a Gayatri Gopinath, “un marco queer de la diáspora ofrece una práctica de lectura que nos permite 'ver' de manera diferente, identificar los lugares donde se intersectan proyectos ideológicos aparentemente discretos, y sugerir, pidiendo prestada una frase de Dipesh Chakravarty, 'otras maneras de ser/estar [being] en el mundo’” (2005: 167). “Ver de manera diferente” conlleva, entre otras cosas, señalar y explotar los desplazamientos inherentes a toda cita, para insertar una cuña en el contexto de la reiteración.

En el último apartado de este Capítulo veremos que se trata de propuestas que resuenan fuertemente en aquellas de la Nueva filosofía de la historia, principalmente al momento de pensar en los criterios de arbitraje entre narrativas acerca del pasado. Por el momento, permaneciendo en el terreno del pensamiento queer podríamos afirmar que lo que sigue son distintos intentos por responder, desde una perspectiva epistemológica, a la pregunta butleriana: “¿Qué significaría ‘citar’ la ley para producirla de un modo diferente, 'citar' la ley para poder reiterar y cooptar su poder?” (Butler 2002: 38).

5.2. La historiografía y sus prácticas disciplinares y académicas

En Capítulos anteriores tuvimos oportunidad de analizar los modos en que el siglo XIX dio forma a lo que, siguiendo a crític*s tales como Robert Berkhofer y Keith Jenkins, opté por denominar “historia normal”. Tal como señala Jenkins (1997: 9-16), el modelo de historia “de verdad” o “propiamente dicha” (“*proper*” *history*, expresión también adoptada por Bravmann en 1997: 25), correspondiente hoy en día a lo que él denomina “historia con minúscula”, se caracteriza ante todo por su posicionamiento realista (la idea de que el pasado “realmente existió”), empirista (la historiografía debe “describir” la realidad pasada), objetivista (se aspira a un conocimiento objetivo de la realidad, y se establecen procedimientos para garantizarlo) y documentalista (documentos y archivos son la fuente privilegiada de información), así como también por entender la historia como un saber “por sí mismo”, esto es, libre tanto de intereses políticos o ideológicos, como de teoría histórica. A partir del relevamiento de estas características, el autor está en condiciones de concluir:

Lo que se privilegia, entonces, en [estas] áreas – realismo, empirismo, objetivismo y

documentalismo – son una serie de posiciones que, sumadas, dan forma a la idea de que la historia propiamente dicha es, en realidad, la historia con minúscula (recordemos: una mera *especie* de historia después de todo, que, en su rendición, se identifica con su *género* putativo como si este tipo de especie fuera idéntico a la historia como tal). (Jenkins 1997: 13)

Por su parte, Hayden White llegó a resultados similares al analizar una serie de distinciones (y sus correspondientes jerarquías) que estarían a la base de “las ilusiones del objetivismo en las modernas ciencias sociales y humanas”, incluyendo, por supuesto, a la historiografía. Entre ellas encontramos: eventos *versus* su representación discursiva, documentos *versus* textos literarios (relacionado con lo que Jenkins denomina “documentalismo”), textos literarios *versus* contexto social, discurso literal *versus* discurso figurativo, referente *versus* tema de un discurso, hechos *versus* ficción (propios de los cruces entre “realismo” y “empirismo”), e historia *versus* literatura (White 2010d: 162-163).

Cada uno de estos ejes conlleva una serie de posicionamientos epistemológicos específicos, que a su vez se relacionan estrechamente con las perspectivas políticas vistas en el Capítulo anterior. Tanto en el caso de la epistemología como en el de la política, ha sido una tarea de la teoría queer, así como también de la Nueva filosofía de la historia, el traer al primer plano las críticas a esos y otros presupuestos de la disciplina, repensar las narrativas del pasado, reescribirlas y multiplicar los recursos disponibles para su producción. En lo que sigue, nos adentraremos en una(s) epistemología(s) queer de la historia teniendo en cuenta particularmente los desafíos con los que se enfrenta la disciplina en términos de metodología y posicionamientos epistemológicos, a la luz de las exigencias y necesidades propias de nuestro siglo. Con este objetivo, opté por estructurar el análisis en torno a tres grandes ejes: el realismo y el empirismo, el objetivismo y el mandato de neutralidad (que incluyen a su vez el problema de la distancia histórica y la relación sujeto/objeto), y el documentalismo. Posteriormente, me ocuparé del análisis de dos casos (los documentales *Waltz with Bashir* y *Los Rubios*), para luego cerrar con algunas conclusiones preliminares acerca de los criterios de arbitraje entre historias tras la puesta en cuestión de la “Historia con mayúscula” y la “historia con minúscula”.

5.2.1. Realismo y empirismo

En primera instancia, me interesa retomar las dos primeras características enumeradas por Jenkins al pensar en los presupuestos de lo que denomina “historia propiamente dicha”: *el realismo* y *el empirismo* de la historiografía. Esto es: por un lado, la afirmación de que el pasado “realmente existió”, y, por el otro, la idea de la tarea historiográfica como una instancia para describir la

realidad pasada, no construirla. Aquí juegan un papel crucial las nociones de “representación” y “realidad”, ya que se supone que el resultado de la historiografía es *una representación de un pasado que realmente existió* (y que ya no existe), al que se accede por inferencias a partir de los documentos existentes. Tal como resume Robert Berkhofer,

I*s historiador*s normales suscriben a al menos cuatro principios de realismo histórico, como fundamentación necesaria de su metodología: primero, la realidad del pasado y la presuposición de su existencia de hecho [*actuality*] están a la base de toda práctica; segundo, el establecimiento de hechos descansa en una base de evidencia provista por restos de ese pasado; tercero, la naturaleza de la síntesis expositiva guarda algún tipo de correspondencia con el pasado en sí [*actual past*]; y, cuarto, esa correspondencia sólo puede emerger en una sola presentación [*account*] porque el pasado en sí mismo fue único. Incluso I*s historiador*s que generalmente suscriben a las cuatro partes de este credo no necesitan – y probablemente no lo hagan – pensar que en sus libros y artículos están reproduciendo el pasado tal como realmente fue. (Berkhofer 1995: 58)

Para la teoría de la historia quedan las cuestiones metafísicas de si el pasado realmente existió o si es posible conocerlo; mientras tanto, “La existencia del pasado es una presuposición necesaria del discurso histórico y el hecho de que podemos escribir historias es una prueba suficiente de que podemos conocerlo” (White 2003: 142). Como corolario de esta afirmación, emerge una noción de verdad propia de la historiografía “normal”: “*Verdadero* se entiende aquí como lo que se adecua a 'lo que realmente ocurrió', donde 'lo que realmente ocurrió' supone que eso ha sido una forma de vida humana, individual o colectiva, y ha adoptado la forma de un relato” (*ibid.*: 169). A su vez, esto lleva a un criterio de validez que depende de la correspondencia entre la investigación histórica y el pasado “real” al que se refieren – criterio desprendido del empirismo disciplinar, y posibilitado por su realismo.

Sin embargo, realismo y empirismo no son dos enfoques que deban ir necesariamente juntos o que se sustenten en una relación causal entre sí. Tal como afirma Jenkins, siguiendo a Gregor McLennan, existiría “una igualación o deslizamiento en el realismo del sentido común 'desde una creencia en la realidad del pasado a una concepción empirista de la práctica de I*s historiador*s” (*ibid.*: 9-10); si bien no son dos instancias conectadas esencialmente o de manera necesaria, de todos modos es frecuente su conjunción y el ingreso solapado del empirismo en tanto teoría rectora. Aún si en nuestros tiempos, y como Jenkins mismo reconoce, son pocos I*s historiador*s que suscriben abiertamente a la idea de que el pasado como tal es apropiado de manera directa y sin mediaciones, de todos modos persiste la suposición de “la realidad del mundo y las experiencias de las personas que están en él”, independientemente de lo que la historiografía haga con ello. Desde

este punto de vista, el método historiográfico es empleado para reconstruir el pasado a partir de la evidencia que permanece de él, con la esperanza de representarlo – en las versiones más extremas, entendiendo a los procesos de representación como transparentes a la realidad pasada, como “un pisapapeles de vidrio”, en la afortunada expresión de Ankersmit (1986: 19).

Tal como se mencionó en capítulos anteriores, en el caso específico de la historiografía del colectivo lgbt estas tendencias se expresaron ante todo en las narrativas denominadas “Gay & Lesbian”, marcadas por el presupuesto realista de que las vidas gays y lésbicas “estaban allí” y la noción empirista de que el trabajo propio de la disciplina, entendida aquí como (también) intervención política, era buscar y “traer a la luz” algo que intencionalmente había sido encubierto o “mantenido en la oscuridad”. De hecho, una de las compilaciones pioneras de trabajos historiográficos en este campo se denomina *Hidden from history: Reclaiming the gay and lesbian past*, y sus primeras líneas afirman sin concesiones: “Durante un siglo, la investigación sobre la historia de la homosexualidad se ha visto limitada por la intolerancia tanto de los gobiernos como de l*s académic*s” (Duberman 1989: 1). Es decir, se apelaba a la imagen de lo escondido, lo que se retira de la vista intencionalmente, sugiriendo como el rol propio de un* historiador* la tarea del desocultamiento, el rescate o el volver a traer a la luz. Estamos aquí ante una metáfora en la que convergen diversos tópicos de los que me ocupé hasta ahora: al realismo y el empirismo mencionados, podemos sumar la idea de progreso (trabajada en el Capítulo 4.2.2), las críticas a la política del “orgullo” (Capítulo 3.2.2), y la universalización de la experiencia gay-lésbica entendida en términos de identidad (Capítulo 3.2). Además, el contraste entre lo visible y lo oculto (y, por consiguiente, entre quienes ocultan y quienes visibilizan) juega un papel fundamental en el concepto mismo de “nuev*s sujet*s”, cuya “novedad” - histórica, al menos - reside precisamente en el quiebre de su falta de reconocimiento. Es decir, pensar en los fundamentos realistas y empiristas de la historiografía no es solamente pensar su teoría – implícita, no reconocida o incluso repudiada como tal – de la historia, sino también comprender la escala de valores, los posicionamientos presentes de quienes narran y quienes son narrad*s, y las delimitaciones respecto de una “otredad” disciplinaria y/o ético-política – en este caso, ocupada por quienes “ocultaron”, “cubrieron” e impidieron el empoderamiento de aquell*s sujet*s.

Para detenernos en este punto puede ser de utilidad el análisis que propuso Lisa Duggan en su reseña sobre una muestra intitulada precisamente “*Becoming Visible: The Legacy of Stonewall*” [“Volverse visible: El legado de Stonewall”], que tuvo lugar en 1994 en la Biblioteca Pública de Nueva York. Allí, la autora reflexiona sobre las implicancias políticas e históricas de la metáfora que da título a la muestra, y sugiere que en ella se ponen en juego “dos conjuntos de suposiciones acerca de la historia gay/lésbica – la narrativa del progreso heroico, y el tropo de la visibilidad”.

Hablar de visibilidad en estos términos implica que aquello que se torna visible es transparente y cognoscible, y que el proceso de visibilizarlo da cuenta de una trayectoria de progreso hacia una mayor liberación y autenticidad. Al pensar específicamente en los riesgos de gestos de este estilo, la autora concluye que l*s espectador*s de la muestra

podrían haber caminado por toda la exhibición sin que nunca se desafíen algunas de sus creencias cuestionables – que el binario homosexual/heterosexual es natural y universal, que la historia [*history*] es el relato [*story*] de progreso hacia la liberación, que los problemas que enfrentan las personas gays son principalmente problemas de prejuicio e ignorancia, y que las soluciones son la educación y la visibilidad. (Duggan 1995: 193)

En un espíritu similar, el trabajo crítico de Joan Scott acerca del fundacionismo de la experiencia, al que ya aludí en capítulos anteriores, se ha ocupado de señalar las deficiencias de este modelo que entiende a la historia como “una cronología que hace visible la experiencia, pero en la cual las categorías aparecen como ahistóricas (...), entidades fijas desplegadas a lo largo del tiempo, pero en sí mismas no historizadas” (Scott 1991: 778). Plantear la tarea historiográfica en términos de “hacer visible la experiencia” implica tomar al significado como transparente y asumir que “los hechos de la historia hablan por sí mismos”, ya que basta con revertir aquella represión político-académica denunciada por l*s editor*s de *Hidden from History* para obtener acceso directo a lo que “realmente sucedió” en el pasado de las personas y comunidades. Al igual que Duggan, Scott considera que esto deja por fuera el trabajo crítico sobre las categorías y sus funcionamientos (tanto aquellas de género y sexualidad - ¿podemos decir que existían personas y comunidades lgbt? ¿de qué manera lo significamos? ¿cabe usar esa denominación para contextos diferentes del nuestro? - como otras comunes a toda indagación sobre el pasado, tales como causalidad, sujeto, u objeto), así como también la indagación genealógica sobre su conformación. Finalmente, podemos sumar a las objeciones lo que señala Nan Alamilla Boyd en su estudio de los desafíos de la teoría queer a las historias orales lgbt: en primer lugar, que las políticas de la visibilización suponen que quien narra (l*s informantes de la historia oral) poseen una subjetividad transparente y directamente accesible a l*s historiador*s; además, depende de la “visibilidad” previa de l*s sujet*s que estudia. Esto excluye a quienes, por un motivo u otro, no enarbolan orgullosamente su identidad queer (aquell*s sujet*s a quienes se refiere Love en su estudio acerca de “sentirse para atrás” o *“feeling backwards”*) o no la definen de la misma manera que l*s investigador*s (Boyd 2008: 179 y 184).

Los presupuestos realistas y empiristas de la historiografía han sido criticados, más allá de las perspectivas queer, como parte de la puesta en cuestión de la “historia con minúscula” a la que aludí

más arriba. De hecho, Robert Berkhofer señala este como uno de los desafíos más importantes a la historiografía tradicional o “normal”, ya que “impugna la capacidad de las teorías de mediar como metalenguajes entre los conceptos y la realidad” (Berkhofer 1995: 9). Dicha impugnación, que forma parte de lo que el autor denomina “Dereferencialización” [*dereferentialism*],

cuestiona la 'realidad' extralingüística, o la significación trascendental, así como también el esencialismo persistente en las categorías abstractas. El hecho de que las representaciones textuales u otras no corresponden a una realidad extratextual, extralingüística, desafía el referencialismo [*referentialism*] en la literatura, las artes, y especialmente la historia y las ciencias sociales. (*ibid.*: 9-10)

Como resultado de estos y otros desafíos (impulsados en gran parte por su propio trabajo), Hayden White afirmará que “el texto historiográfico ya no se considerará un receptáculo no problemático, neutral, para un contenido supuestamente dado en su completitud por una realidad que yace más allá de sus confines” (2003: 186). Por el contrario, el discurso histórico deberá ser entendido “primariamente, no tanto como explicación o descripción, sino como interpretación”, “como un tipo especial de uso del lenguaje que, al igual que el habla metafórica, el lenguaje simbólico y la representación alegórica, siempre da a entender más de lo que literalmente dice, dice algo distinto de lo que parece querer decir, y revela algo acerca del mundo sólo a expensas de cubrir algo más” (*ibid.*: 153).

De acuerdo con esta concepción, la tarea historiográfica se aleja del requerimiento de “describir” el pasado tal como “realmente” existió, develarlo, traerlo a la luz, y se acerca más a una propuesta genealógica, esto es, a la tarea de rastrear los senderos embrollados de, por ejemplo, aquellas categorías que utilizamos hoy en día – y aquí volvemos sobre lo dicho en el Capítulo 4 en relación con las categorías identitarias y la necesidad de indagar en sus procesos y vaivenes. Esto nos remite, por supuesto, a la propuesta de Michel Foucault, tal como emerge principalmente de su “Nietzsche, la genealogía, la historia” (2004). Quisiera traer aquí un pasaje algo extenso de aquel texto, ya que en él convergen numerosos tópicos a los que hice referencia en este y otros capítulos. Allí, el autor opone la genealogía a “la búsqueda del origen” (de fuertes resonancias con lo que vimos más arriba como el mandato de “traer a la luz”) y se pregunta por qué la genealogía, particularmente como la entendía Nietzsche, rechaza dicha búsqueda:

Porque en primer lugar uno se esfuerza en recoger la esencia exacta de la cosa, su posibilidad más pura, su identidad cuidadosamente replegada sobre sí misma, su forma inmóvil y anterior a lo que es externo, accidental y sucesivo. Buscar tal origen es tratar de encontrar 'lo que ya existía', el 'eso mismo' de una imagen exactamente adecuada a sí misma; tener por adventicias

todas las peripecias que han podido suceder, todas las astucias y todos los disfraces; comprometerse a quitar todas las máscaras, para desvelar al fin una identidad primera. Ahora bien, si el genealogista se toma la molestia de escuchar la historia más bien que de añadir fe a la metafísica, ¿qué descubre? Que detrás de las cosas hay 'otra cosa bien distinta': no su secreto esencial y sin fecha, sino el secreto de que no tiene esencia, o de que su esencia fue construida pieza a pieza a partir de figuras extrañas a ella. (Foucault 2004: 17-18)

A diferencia del fundacionismo o del empirismo, que buscaría un fundamento de la narrativa en aquel pasado que está allí esperando ser descubierto, “la búsqueda [genealógica] de la procedencia no fundamenta, al contrario: agita lo que se percibía inmóvil, fragmenta lo que se pensaba unido, muestra la heterogeneidad de lo que imaginábamos conforme a sí mismo” (*ibid.*: 29).

Específicamente en relación con las indagaciones en el pasado lgbt, esto nos lleva a poner en cuestión una historiografía que “busque” “la identidad” (gay, lesbica, o la que fuere) en la historia, para “traerla a la luz”. Foucault mismo toma de Nietzsche, entre otros usos de la historia, el de “la disociación sistemática de nuestra identidad”: “[p]orque esa identidad, bien débil no obstante, que tratamos de reunir y preservar bajo una máscara, no es más que una parodia: lo plural la habita, innumerables almas se enfrentan en ella; los sistemas se entrecruzan y se dominan unos a otros” (*ibid.*: 66). Esta postura, fuertemente relacionada con los desarrollos de la performatividad y su falta de un “original” a la que me referí en la Introducción de este Capítulo, conlleva la tarea de examinar aquellos discursos que constituyeron y constituyen las identidades, sus incoherencias, los quiebres de esas etiquetas y los distintos modos de abordarlas en el pasado y el presente. Esto es lo que propone, por ejemplo, Martha Umphrey al pensar en el caso de Harry Thaw (capítulo 4.2.3 *supra*): no se trata tanto de buscar personajes en el pasado que puedan ejemplificar una “realidad” existente que pueda ser traída hasta la actualidad de modo prístino, sino más bien pensar qué significaciones estaban en juego en aquellas categorías que identificaban, por ejemplo, a aquel personaje, y cuáles lo están hoy en día.

5.2.2. *Objetivismo y neutralidad*

Una segunda discusión que considero fundamental traer aquí es la que concierne al *mandato de objetividad* que, como emergió en el Capítulo 2, ha sido uno de los ejes principales de las críticas a la historiografía profesional tal como se constituyera en el siglo XIX.⁵⁵ Este principio (al que me

55 De hecho, el debate acerca de la noción de objetividad, incluida la relación con la neutralidad a la que me referiré en seguida, tiene una tradición y una complejidad que lo hacen realmente inabarcable. Prácticamente todo el espectro de la filosofía, desde la Antigüedad hasta el postmodernismo, desde las posturas marxistas hasta la crítica nietzschiana, ha aportado su perspectiva sobre este punto. En esta instancia, en pos de la coherencia conceptual y la claridad

referí con mayor detalle en el apartado 2.2) está estrechamente emparentado con, aunque no es equivalente a, el de neutralidad: en el marco de la “historia con minúscula”, la historiografía, para ser objetiva, debe ser neutral, tanto porque sus productor*s no deberán poner en juego su posicionamiento ideológico particular en el trabajo, como porque la finalidad última de la investigación deberá ser “por sí misma”, y no con miras a intereses externos al ejercicio de la profesión y la búsqueda de conocimientos. En relación con el primer punto, es posible entender la exigencia de objetividad y neutralidad como la idea de que quien indaga en el pasado debe (y puede) “desaparecer” de escena mediante una batería de técnicas de investigación “neutrales”. En otras palabras, y siguiendo a Michel De Certeau, diríamos que existe una cierta epistemología que “construyó la 'verdad' del trabajo sobre la base de la irrelevancia de quien habla” (citado en Scott 1991: 789), irrelevancia expresada tanto en el hecho de que sin importar quién encare el objeto de estudio, se llegará a los mismos resultados, como en la negación de cualquier privilegio epistémico de ciertos sujet*s enunciadores frente a ciertas temáticas. De Certeau mismo reconoce que este punto se pone en juego particularmente en los casos en que “el discurso historiográfico trata temáticas que ponen en cuestión al sujet*-productor* de conocimiento” (*ibid.*), tal como pueden ser las historiografías de/por/para l*s nuev*s sujet*s (en sus ejemplos: historias de mujeres, de negr*s, de judí*s, de minorías culturales). En relación con el segundo punto, podemos decir con Hayden White que el “pasado histórico”, y no el “práctico”, constituye el parámetro a seguir por la profesión historiográfica desde su organización disciplinar en el siglo XIX hasta lo que hoy persiste bajo las prácticas de historiografía “normal”.

En línea con lo visto en el apartado anterior en relación con el realismo y el empirismo en historiografía, la indagación de White lo llevó a reflexionar acerca de las “ansiedades” que llevaron a la canonización, por un lado, de la objetividad y la neutralidad como principios rectores del trabajo historiográfico, y, por el otro, de determinados modos específicos de representar el pasado para lograr este cometido, es decir, como propios de la historiografía científica. Entre otras cosas, el autor concluye que, más que alimentar el debate “ideológico” versus “objetivo”, es hora de enfocarse en aquello que cada texto hace con sus propias pertenencias políticas y epistemológicas:

La distinción importante, desde un punto de vista modernista, no es entre ideología y objetividad, sino entre las construcciones ideológicas de la historia que son más o menos abiertas acerca de la naturaleza 'construida' de sus versiones de la historia y más o menos dispuestas a hacer de sus modos de producción elementos de su estudio. (White 2010d: 161)

expositiva he optado por acotarme a las perspectivas y autor*s con l*s que dialoga el grueso de esta Tesis (principalmente provenientes de la Nueva filosofía de la historia y las perspectivas queer), aun reconociendo que ello deja por fuera aportes importantes que podrían ser incluidos en una investigación abocada específicamente a este punto.

En su búsqueda de estas “construcciones abiertas”, la teoría de la historia, al igual que el pensamiento queer, nos invitan ante todo a indagar en los modos de construcción y perpetuación de esa “objetividad”, y los cimientos no explicitados de las epistemologías que subyacen a todo proyecto de abordaje del pasado. En lo que sigue, me enfocaré en algunos ejes fundamentales sobre los que se traza la epistemología de la objetividad, tales como el mandato de la distancia histórica, el estudio de una “otredad” y la división neta objeto/sujeto. El conjunto de estos ejes, sumados a los vistos en el apartado anterior, busca preservar un estudio “científico” del pasado, en torno a un objeto pensado como “otro”: lejano, cognoscible sólo a través de un archivo; separado de los intereses presentes, para garantizar un saber “por sí mismo”; transparente y autónomo de nuestra interpretación, ya que hablamos de un conocimiento empirista y realista. Todas las columnas que sostienen la objetividad y la neutralidad como valores supremos de la historiografía, sostienen también a la distancia como norma y al* “otr*” como *objeto* (no *sujet**) privilegiado de estudio. Cada uno de estos aspectos, en los que profundizaré como correlato de aquellos vistos en el Capítulo anterior respecto de lo político, confluyen en la construcción de un ideal regulatorio para la disciplina en el que ésta debe mantenerse rígida, excluyente, y “científica”. Sin embargo, cabe agregar que, desde el punto de vista de la historiografía “normal”, estos principios nacen de una necesidad que no sólo es epistemológica (sólo con una cierta separación objeto/sujeto se podrían comprender correctamente a los eventos o protagonistas), sino también moral (sería irresponsable por parte de quien estudia el pasado adentrarse en un objeto que no permita la máxima precisión), metafísica (ya que conlleva una cierta noción del tiempo en términos lineales, según la cual los hechos se acumularían unos sobre otros conformando lo que denominamos “el pasado”, entidad diferenciada del “presente”) e incluso estética (la belleza de estudiar algo diferente y desconocido, casi un fetiche de la profesión historiográfica).

La consagración de la *distancia* como posición privilegiada para el estudio de la historia se vincula estrechamente con la conformación de la historiografía como disciplina, ya que es allí donde se da el paso desde el estudio de la “historia contemporánea”, o lo que Reinhart Koselleck denomina “presente pasado”, al procedimiento crítico sobre un pasado que es “representado”. En palabras del historiador alemán:

no fue sólo el cambio actual de la experiencia lo que desplazó el valor posicional de los acontecimientos pasados así como la cualidad histórica de estos mismos acontecimientos. También la toma de posición y la destreza metódicas modificaron la relación de las dimensiones temporales entre sí. La prosecución de la escritura de la 'historia contemporánea' perdió poco a poco su dignidad metódica. Planck fue uno de los primeros que afirmó que con la distancia

temporal creciente, las probabilidades del conocimiento no se reducían, sino que aumentaban.
(Koselleck 1979: 187)

A partir de este viraje, afirma Koselleck, “[l]a ciencia de la *Historie* se convierte, al reconocer su posición temporal, en investigación del pasado”, bajo la idea de que “[p]ara los contemporáneos sobre los que actúa inmediatamente, todo gran acontecimiento está siempre oculto en una niebla que sólo se disipa poco a poco, con frecuencia difícilmente, tras algunas generaciones” (*ibid.*). Esta noción de que el paso del tiempo provee una *claridad cada vez mayor* presupone y fuerza dos características principales del concepto de distancia: que es temporal, y que es un requisito epistemológico para la escritura de la historia. La distancia como requisito epistemológico se refiere a que existiría un punto óptimo de lejanía respecto del objeto estudiado, capaz de garantizar la objetividad por parte de quien lo estudia - y por lo tanto producir un resultado lo más cercano posible a una verdad científica. Y sería específicamente temporal, porque cuando la profesión defiende a la distancia como máxima, no se refiere a una distancia cultural, geográfica o lingüística, por ejemplo. Lo que se afirma es que sería imposible (o, en todo caso, sumamente irresponsable) que un* historiador* emprenda un estudio serio de hechos “demasiado” recientes cronológicamente. En la palabra “distancia” se encuentra oculta, en realidad, la idea de “distancia temporal”.

Sin embargo, este concepto no viene sin dificultades. Ante todo, la distancia histórica no parecería ser sólo temporal: ¿o deberemos seguir pensando que cualquier persona que aborde un objeto histórico lo entenderá con igual “desapego”, debido al lapso temporal que los separa? En este trabajo, me interesa más bien entenderla, siguiendo a autor*s tales como Mark Salber Phillips (2004; 2011), como algo plástico, vinculado no sólo a la temporalidad sino también a otras esferas tales como el modo de elaboración, la afectividad, las implicancias para la acción y, por supuesto, los modos de conocimiento y comprensión. Phillips propone pensar a la distancia como un conjunto de afiliaciones que median nuestra relación con el pasado, un conjunto de efectos retóricos que permiten a un* historiador* alejarse o aproximarse según su necesidad. Plantea además que la distancia no debe ser pensada como algo prescriptivo, y que con ella se indica no sólo el hecho de estar “alejad*s”, sino también todo el espectro de posicionamientos, desde los más cercanos hasta los más lejanos. En este sentido, lo que entendemos como “cercanía” sería considerado un modo más de posicionarse respecto del objeto de estudio; posicionamiento que no es ingenuo, sino que se relaciona con una serie de decisiones estéticas, políticas, emocionales y epistemológicas por parte de l*s autor*s. Indagar en la genealogía de este mandato, como vimos con Koselleck, constituye un paso fundamental para comprender las decisiones que subyacen a él.

El privilegio de la distancia lleva, entre otras cosas, a que la tarea historiográfica elija y se legitime a través de la exigencia de que su estudio *se centre en un* “otr*”*, a la manera de una

temprana antropología que defendía una distancia (en ese caso, cultural) como prerequisite de su trabajo. Este objeto de estudio como “otr*” epistemológico*, moral, metafísico* y estético* es a tal punto tomado como punto cero de la tarea historiográfica, que en sí mismo el axioma rara vez es cuestionado por quienes lo implementan. En las narraciones del pasado, aquellos* que tienen el rol privilegiado de *un** (tanto política como discursivamente) se colocan en un lugar de *sujet** que relata, explica o critica lo que sucede en el lugar del *otr** (*objeto* de su discurso), siempre desde las propias categorías. Lo visto en el Capítulo anterior en relación con la otredad (ver 4.2.4) nos sugiere que lo *uno* que elabora la figuración puede presentar a individuos y colectivos históricamente oprimidos en términos de *cosas a ser observadas o explicadas* desde sus propias categorías; se configura así una división neta entre un objeto pasivo que padece, reacciona y es representado, *versus* un sujeto que hace o establece la norma y lo inteligible, y elabora la figuración. Un* *sujet** tiene la posibilidad de atribuir diversos niveles de presencia o complejidad en el tratamiento de individuos* y grupos, alegando motivos de practicidad, eficacia o comodidad (política, social y discursiva), y su mismo posicionamiento epistémico establece una división *sujet*/objeto** que luego se traduce, más o menos explícitamente, en la distribución de una larga serie de términos binarios: desarrollado/no desarrollado, mente/cuerpo, normal/desviado, razón/pasión (y en otro sentido: acción/pasión), etcétera.

Tanto la teoría queer como los desarrollos de la filosofía de la historia vistos hasta aquí nos ofrecen distintas herramientas para indagar en los mecanismos de constitución de la distancia, la otredad, y la división sujeto/objeto, y para aportar a la configuración de narrativas y lecturas alternativas. Si bien no es mi intención plantear como alternativa a estas tendencias una postura ingenua según la cual sería posible elaborar un discurso *desde* el lugar del *otro*, sí me interesa trabajar sobre un uso crítico de cada una de estas posiciones, que permita elaborar textos autocríticos y conscientes de su propia pertenencia. Visto desde la perspectiva del pensamiento queer, adentrarnos en las implicancias de estos gestos implica, ante todo, considerar los modos en que se da la dinámica entre lo “uno” (en este caso, quien escribe la historiografía y, como vimos en el Capítulo 4, se dibuja como protagonista del presente) y lo “otro” (quien es arrojado al lugar distante en el sentido cronológico, epistemológico, político, entre otros). Hurgar en las capas de los mecanismos de conformación de estos principios epistemológicos nos lleva a encontrarnos con las bases mismas de la noción de verdad en la historiografía, ya que, como afirmara Iain Chambers,

[e]sto acaba con un discurso basado en el supuesto de una distinción inequívoca entre verdad y falsedad – como si la primera estuviera garantizada por la razón, y la segunda fuera meramente una apariencia, una máscara, a ser arrancada. Cuando todo discurso es conformado, articulado,

fabulado, en el ambiguo terreno entre (o más allá de) esos polos, la idea misma de un sujeto 'auténtico' y su gramática de la verdad se desplaza. (1997: 81).

En la perspectiva del autor, “no hay ninguna claridad obvia que pueda ser narrada, sino más bien un continuo hurgar entre los escombros del tiempo” (*ibid.*). Es en ese hurgar donde se pondrán en cuestión los presupuestos de la historiografía, incluyendo aquellos que expongo aquí en términos de objetividad y neutralidad. Por ejemplo, se podrá indagar en las relaciones entre objetividad y la exigencia de distancia y/u otredad, y poner en cuestión el carácter puramente temporal de aquellas: ¿es* “otr*” de la historiografía se constituye como tal solamente a partir de su separación histórica del presente? Siguiendo a Phillips, considero que en la exigencia de estudiar a “un* otr*” lejan* temporalmente se esconde, en realidad, una demanda (¿ilusión?) de “un* otr*” afectiv*, ideológic*, y cognitiv*.

A la vez, podemos también pensar en lo que esta “distancia” y “otredad” conlleva en términos de la división neta entre sujeto y objeto, tomando como guía la noción de “violencia epistemológica” de Donna Haraway. De acuerdo con la autora, quienes elaboran un discurso científico (ya sea en las ciencias llamadas “duras”, o en las ciencias sociales) no dan cuenta de la agencia de su objeto de estudio, presentándolo en cambio como un mero recurso, una superficie sobre la que el sujeto inscribe determinadas características. De esta manera, se soslaya (e inhibe) el potencial transformador del objeto de estudio sobre las categorías mismas que se le están asignando, y sobre el contexto en el que se encuentra. Apuntando a construir una ciencia responsable, la autora considera fundamental, por el contrario, “proporcionar el estatus de agente/actor a los ‘objetos’ del mundo” (Haraway 1991: 14). Con la ayuda de estas y otras herramientas, Haraway propone un modelo de objetividad crítica, la “objetividad feminista”, que consiste en una “locación limitada, conocimiento situado”, en lugar de la tradicional “trascendencia y división neta entre sujeto y objeto” (Haraway 1988: 583) adoptada por quienes se colocan en el lugar de “sujet*s” que conocen y analizan una realidad “externa” a sí⁵⁶. Si bien podría resultar cuestionable la decisión de Haraway de continuar utilizando la noción de “objetividad” una vez hechas todas sus salvedades, sí es interesante retomar su idea de saberes situados en términos de responsabilidad pública. Las formas de declaración de saber (*knowledge claims*) que se ocultan tras la “objetividad”, son en realidad no localizables, y resultan por lo tanto irresponsables, ya que no hacen lugar a un deber de rendición de

56 Este punto nos remite a lo dicho en el Capítulo 3.2.2 en relación con los “usos” que la Teoría Queer hace de las personas y/o identidades trans e intesex, y de la “raza”. En los tres casos, vimos cómo se denuncian los modos en que aquella utiliza un objeto de estudio “externo” (en los casos en que la interseccionalidad es sólo nominal), establece una distancia respecto de él, pero no entabla un vínculo retroactivo que haga lugar a los saberes del “objeto” o que encare la tarea intelectual de manera cognitivamente responsable.

cuentas.⁵⁷ En la propuesta de Haraway, en cambio, el “conocimiento racional” debe ser “una conversación consciente de su poder” (“*power-sensitive conversation*”; 1988: 590). Allí, quien encara un análisis ya no sostiene la pretensión de una objetividad quimérica, ofreciendo en cambio un discurso encarnado en un contexto, responsable de sus filiaciones, y parcial, aunque inserto en una red solidaria de acción política y de producción académica. Los conocimientos situados de Haraway no se presentan como “descubrimientos”, sino como dialécticas abiertas, conversaciones entre l*s sujet*s y los objetos de conocimiento, que son presentados “como un actor y agente, no como una pantalla o base o recurso” (Haraway 1988: 592). Si fuera posible mantener una división neta entre ciencia y política, diría que el objetivo de Haraway no es sólo político, sino también científico: en sus palabras, “asumir la agencia de los ‘objetos’ estudiados es la única manera de evitar errores gruesos y varios tipos de conocimientos falsos en estas ciencias [sociales]” (*ibid.*: 592-593).

Una alternativa posible al mandato de distancia histórica es la afirmación del “privilegio epistémico”, esto es, la noción de que ciert*s individu*s y colectivos, generalmente aquell*s que ocupan lugares marginales o subalternos en la sociedad, tienen mayor autoridad para abordar las temáticas que l*s involucran, ya que su posición les provee una comprensión más acabada de la naturaleza, las causas y las consecuencias de los mecanismos sociales que l*s colocan en ese lugar. En el caso de la historiografía, esto se traduce en que los colectivos protagónicos de un determinado evento o proceso tendrían mayor capacidad de abordarlo, motivo por el cual, en lugar de defender la separación entre sujet* y objeto, o entre pasado y presente, se defiende la elaboración de un relato “propio”, por considerarlo “mejor” en contraposición a las narraciones forjadas desde lugares hegemónicos. En algunos casos, este “privilegio” se sustenta en una noción de verdad, y las posibilidades (o no) de acceder a ella: al igual que con la distancia histórica, pero desde un polo opuesto, se considera que son l*s sujet*s involucrados en la historia quienes podrán ofrecer una “representación” auténtica y verdadera de los eventos. Este tipo de enfoques parecería, a primera vista, presentar cierta complicidad con las nociones fuertes de identidad avanzadas en el Capítulo 4,

57 La idea de una “objetividad situada” resuena fuertemente en las perspectivas pragmatistas de la objetividad, tales como las de Jürgen Habermas o George Herbert Mead. En el primer caso, vemos que ella inherentemente implica juicios de valor, e incluso la neutralidad misma es una actitud valorativa, sin posibilidades de concebir una “tercera persona” imparcial. La objetividad debe ser explicada a partir de las prácticas comunicativas, y por lo tanto como resultado de las normas compartidas por los practicantes (Lafont 2002: 188). Mead, por su parte, señala que la objetividad no se sostiene en una afirmación de neutralidad o de verdad universal previa al conocimiento humano, sino precisamente en el hecho de tratarse de un saber en diálogo con una comunidad, expuesto a cuestionamientos y revisiones permanentes. Tal como explica Morris en su introducción a *Mind, Self and Society* de Mead, la actividad conjunta con otr*s individu*s da lugar a una “universalidad social”, que “en un sentido del término es sinónimo de objetividad”: “[e]l individuo, en cierto sentido, se ha colocado por fuera de su mundo limitado, tomando los roles de otr*s, recibiendo a través de la comunicación fundada y testeada empíricamente la seguridad de que en todos estos casos el mundo presenta la misma apariencia” (Morris 1962: xxviii). Agradezco a Gabriela Dranovsky por su ayuda para la comprensión de este último punto.

ya que supone una unicidad de l*s sujet*s (“las mujeres” como conjunto homogéneo tienen una mejor comprensión de la “historia de las mujeres”), y en muchos casos se apoya en la experiencia como acceso a dicho privilegio. Joan Scott (1991) cuestiona ese recurso a la experiencia como base última legitimadora del conocimiento: al defender la experiencia de la primera persona como justificación suficiente para avanzar una determinada narración, se está suponiendo (entre muchas otras cosas) que puede hablarse de un fenómeno unitario, que es no sólo cognoscible sino conocido. Estas posturas, sostiene Scott, considerarían a la experiencia como no mediada, transparente y directa, sin tener en cuenta ni el carácter dinámico y performativo de “lo experimentado”, ni los propios compromisos teóricos e históricos de “quien experimenta”. En su análisis de los desafíos de la teoría queer a la historia oral, Nan Alamilla Boyd añade otro factor problemático: la confianza en el auto-conocimiento del* sujet* como si fuera algo no sólo posible, sino preferible e incluso legitimador de un relato. Boyd misma destaca las dificultades de mantener una idea fuerte de auto-conocimiento al llevar adelante una historia queer, principalmente debido a sus consecuencias para la noción de identidad (2008: 178-179).

Desde una perspectiva poscolonial, Gayatri Spivak había señalado algo similar al advertir que considerar que “sólo l*s subaltern*s pueden conocer a l*s subaltern*s” supone la posibilidad de conocer la identidad, cuando, por el contrario, “el conocimiento es posibilitado y sostenido por la diferencia irreductible, no por la identidad” (Spivak 1987: 254). Éste nunca es adecuado a su objeto, aún en contextos en los que ese conocimiento sería necesario para fines políticos: tal como reconoce la autora, “[a]quí la relación entre lo práctico – la necesidad de reivindicar la identidad subalterna – y lo teórico – ningún programa de producción de conocimiento puede presuponer a la identidad como su origen – es, una vez más, [una relación] de una 'interrupción' que en todo momento pone cada término en crisis” (*ibid.*: 254). Finalmente, también es fundamental mantener una alerta crítica respecto de lo que implica ese lugar de privilegio desde el punto de vista de las dinámicas de poder ya que, generalmente, cuando se habla de “privilegio epistémico” se hace alusión a sujet*s que quedaron por fuera de los relatos historiográficos hegemónicos. Aquí podemos recurrir nuevamente a la epistemología queer propuesta por Donna Haraway, quien frente a la tendencia a privilegiar “la capacidad de visión desde las periferias y las profundidades” (que, en este caso, se traduciría en otorgar privilegio epistémico a l*s nuev*s sujet*s para elaborar su propio pasado) elige señalar “el peligro serio de romantizar y/o apropiarse de la visión de l*s menos poderos*s mientras se alega estar observando desde sus posiciones” (1988: 584).

Sin embargo, es posible rescatar la importancia de que ciert*s sujet*s elaboren sus representaciones del pasado, sin necesidad de que ello esté ligado a una idea de “verdad” o de “autenticidad”. Es el caso de la propuesta de Reinhart Koselleck, quien logra apartar la dupla perdedor*s/ganador*s de la de verdad/falsedad, y concentrar la mirada en el potencial que abre el

lugar de l*s “perdedor*s” en términos de exploración de recursos historiográficos. El autor reconoce que “la perspectiva de l*s historiador*s está condicionada por su estatus social y político, por el hecho de estar más “arriba” o más “abajo”. También está condicionado por el hecho de que pertenezca a l*s perdedor*s o a l*s ganador*s” (1989: 662), y señala que much*s de l*s historiador*s más célebres (entre los que cita a figuras del tenor de Tucídides, Machiavelli y Marx)

eran miembros del partido perdedor, cuando analizaban y retrataban los eventos de su época. Era precisamente debido a su derrota o exilio, porque su historia no había tomado el curso deseado, que se vieron forzad*s a desarrollar nuevas cuestiones y métodos. La necesidad de explicar, la presión por aclarar, era mayor para ell*s que para l*s vencedor*s. Para l*s vencedor*s, el éxito habla por sí mismo. (*ibid.*)

Tal vez la vía de salida de esta discusión no sea adherir a la distancia como principio rector, ni a la cercanía como privilegio, sino más bien pensar por fuera de este binario, concentrándonos en aquellos posicionamientos que fusionan a ambas, y cuestionan la división misma. Un recurso interesante para trabajar sobre este posicionamiento es la idea de “frontera”, que la mexicana Gloria Anzaldúa defiende como lugar de mestizaje e hibridación. Anzaldúa es sumamente crítica de lo que subyace a la reivindicación de la “distancia” como pureza y objetividad: “en un intento por ser 'objetivos', la cultura Occidental transformó en 'objetos' a las cosas y las personas cuando se distanció de ellos, perdiendo así 'contacto' con ellos. Esta dicotomía es la raíz de toda violencia”. La realidad ha sido “partida en dos funciones (...), y así las personas que habitan en ambas realidades son forzadas a vivir en la interfaz entre ambos, forzados a aprender a pasar de un modo a otro. Este es el caso de la india y la mestiza” (Anzaldúa 1987: 37). Esto es: en lugar de reivindicar, como propondrá ella, la existencia mestiza o híbrida, nos veríamos forzad*s a posicionarnos de un lado o el otro de la “frontera” (blanco o negro, blanco o indio, varón o mujer, etcétera). En el caso de la historiografía encontramos este tipo de esquemas en, por un lado, la exigencia de distancia y “objetividad” para una historiografía “profesional”, y, por el otro, la defensa de la cercanía, el compromiso emocional y la cotidianidad para enfoques basados en nociones de privilegio epistémico⁵⁸. Las palabras de la autora sobre la neutralidad de la escritura resuenan fuertemente

58 En el Capítulo siguiente veremos que esta valoración de la cercanía, lo cotidiano y lo personal se relaciona también con las clasificaciones (y exclusiones) de géneros de escritura, que establecen divisiones netas entre la historiografía “normal” o “propiamente dicha”, y otros modos de abordar el pasado como pueden ser la autobiografía o las memorias. Cada uno de estos estilos conlleva sus propios principios de pureza en su registro estilístico, en sus convenciones y su modo de representar el pasado. Tal como afirma Shari Stone-Mediatore: “las normas historiográficas dictan un estilo realista que demanda el uso de categorías convencionales y estructuras narrativas. Las convenciones autobiográficas, por su parte, dictan un sujeto de voz única y de habla autónoma, presuponiendo de hecho que el sujeto es un individuo discreto y auto-realizado [*self-made*]” (Stone-Mediatore 2003: 142).

con lo visto en capítulos anteriores en relación con la consagración de la historiografía profesional: “nos convencen de que tenemos que cultivar el arte por el arte mismo (...) Colocar marcos y metamarcos alrededor de la escritura. Lograr la distancia para poder ganar el ansiado título de 'escritora literaria' o 'escritora profesional'. Por sobre todas las cosas, no ser simple, directa o inmediata” (Anzaldúa, en Moraga y Anzaldúa 1981: 167).

Como contrapartida a estas exigencias, en su ya clásico texto *Borderlands/La Frontera* (1987) la autora propone a “la frontera” a la vez como metáfora y como lugar geográfico específico. Concretamente, la delimitación de los espacios (por ejemplo a través del establecimiento de una frontera geográfica) es artificial y corta algo que hasta ese momento era un continuo; en este acto de fragmentación, surge el “borderland” (literalmente, el territorio de frontera o de “borde”), y sus habitantes: “Un '*borderland*' es un lugar vago e indeterminado creado por el residuo emocional de una frontera que no es natural. Es un estado de transición constante, (...) Está habitado por lo prohibido y lo no permitido, (...) aquellos que cruzan, pasan de un lado al otro, atraviesan los confines de lo 'normal” (1987: 3). Esta división artificial, y el surgimiento de un híbrido en su seno, es tanto una realidad geográfica, como una metáfora de la que la autora se sirve para abordar las identidades no normativas, aquellas difíciles de encasillar en las categorías que ella llama “Occidentales”. La vida en estos espacios flexibles e inclasificables da lugar a lo que la autora denomina “una nueva conciencia mestiza”, es decir, la conciencia de aquellas personas que, en lugar de buscar la pureza de un lado u otro de la frontera (o la norma), optan por vivir en el territorio de frontera, y cultivar esa ambigüedad.

Con su idea de una escritura de frontera, la autora busca reivindicar la condición mestiza, la convivencia de la diferencia como algo enriquecedor, como un proceso que tiene por resultado un todo que supera a las partes, que aporta algo más – aporta esta conciencia mestiza, este nuevo lenguaje vivo (Anzaldúa 1987: 80). Su defensa de lo mestizo, cabe aclarar, no se queda sólo en las personas, sino que también se refiere a los modos de escritura. Contra la pretensión de una escritura “pura”, la autora afirma: “nos han mentido, no hay ninguna separación entre la vida y la escritura. (...) El peligro reside en ser demasiado universales y demasiado humanitarios, e invocar lo eterno en detrimento de lo particular, lo femenino, y el momento histórico específico” (Anzaldúa, en Moraga y Anzaldúa 1981: 170). Claro que, como veremos en el Capítulo siguiente, el plano de l*s sujet*s y el de los modos de presentación se retroalimentan, ya que la proliferación de estilos de escritura (y de distanciamiento) permite hacer un lugar para las subjetividades que no figuran en los relatos más tradicionales. Tal como nota una crítica: “Las metáforas [de Anzaldúa] nos ayudan a apreciar ciertas cualidades de su existencia en la frontera que siempre fueron reales, pero que no eran notadas conscientemente o reconocidas públicamente debido a las limitaciones de los marcos narrativos tradicionales” (Stone-Mediatore 2003: 145).

Una vez que entendemos junto con Phillips que la supuesta distancia temporal en realidad conlleva una serie de posicionamientos éticos, políticos, estéticos y epistemológicos, ya no podemos mantener la ingenuidad de que un mero distanciamiento cronológico traerá consigo un resultado objetivo, “puro” y apolítico. Por el contrario, mi intención es defender la idea de que nuestras producciones sobre el pasado podrían enriquecerse con un abordaje que acepte las contradicciones, la pluralidad (cacofónica, por momentos) de voces, la ambigüedad. Con esto me refiero tanto a l*s sujet*s habilidad*s para tramalarlas, como a los tipos de tramas que se producen, como a los objetos de estudio de la historiografía. Como resultado, tendremos una pluralidad de abordajes del pasado que habiten distintos puntos del espectro de “distancias”, entendida ésta ya no como un lugar fijo (aquel donde un* sujet* de estudio se sitúa lejan*, desvinculad* de su objeto) sino como un posicionamiento siempre relativo y multívoco. La distancia, entonces, deja de ser un ideal, para ser un hecho, un posicionamiento que determina y es determinado por los tipos de relación que vamos a establecer con nuestro pasado, y los tipos de presente que queremos construir con él.

Repensar mandatos tales como los de objetividad y neutralidad en la historiografía conlleva, por supuesto, la puesta en cuestión de algunos “puntos ciegos” de la disciplina, tal como hemos hecho hasta aquí. Implica también, siguiendo la propuesta de Phillips, forjar heurísticas “tan ecuménicas como sea posible, para evitar reinscribir las ideas recibidas”, para lo cual podemos empezar por defender “la inclusión de la miríada de formas y prácticas que han servido los propósitos de representación histórica a lo largo de los siglos” (Phillips 2011: 17). Me resulta particularmente interesante esta perspectiva, ya que se plantea no sólo como una mirada al futuro, un llamamiento a construir “nuevas” historiografías (con las salvedades hechas en la introducción de este Capítulo respecto de la noción de “novedad”), sino también como una vuelta sobre los modos en que se abordó el pasado en otros tiempos y otros espacios. También considero fundamental recuperar de Phillips la advertencia de que “[e]sto no implica sugerir que l*s historiador*s de la historiografía deben renunciar a los juicios críticos en sus lecturas de los textos y las escuelas en particular” (*ibid.*). Se trata, por el contrario, de enfrentarse a los desafíos que encuentra la práctica historiográfica a la luz de los marcos teóricos adoptados y de los fenómenos que aborda, comenzando por aquel de l*s “nuev*s sujet*s”, ejercicio que – como veremos en seguida (5.3) – no significa renunciar a los criterios de acreditación sino, en palabras de las historiadoras queer Elizabeth Kennedy y Madeline Davis (citadas en Boyd 2008: 183), “dejar visibles las costuras por las cuales la historia es construida” y trabajar sobre ellas.

5.2.3. *Ad Fontes*

El último de los requerimientos que abordaré es el del *documentalismo*, esto es, el mandato de recurrir a documentos escritos del pasado y archivos como fuentes privilegiadas de información del trabajo historiográfico, siguiendo la vieja máxima de “*ad fontes*” (“a las fuentes”). Este punto podría entenderse como una expresión práctica de los anteriores, ya que, como expresa Jenkins, “en la tierra de la historia propiamente dicha, el modo de lograr este estado de gracia” (esto es, “ser 'balancead*', 'no sesgad*', 'equitativ*' e 'imparcial'”) “- si damos por hecha la integridad moral y profesional – es a través de la exigencia de que, sobre todo, l*s historiador*s vuelvan a la soberanía de las fuentes, a la evidencia primaria”, entre las que se destaca particularmente “el documento” (Jenkins 1997: 11-12). En la definición de Dominick LaCapra (quien explicita de antemano el riesgo de que lo dicho se transforme de generalización en caricatura),

En un modelo documentalista, la base de la investigación es el hecho “duro” derivado del trabajo crítico con las fuentes, y el propósito de la historiografía es u ofrecer relatos narrativos y “descripciones duras” de hechos documentados, o someter al registro histórico a procedimientos analíticos de formación de hipótesis, contraste, y explicación. La imaginación histórica se limita a llenar huecos del registro de manera plausible, y 'echar nueva luz' sobre un fenómeno requiere el descubrimiento de información previamente desconocida. (LaCapra 1985: 18)

Como consecuencia de esto, el entrenamiento en el método historiográfico “normal” suele enfocarse en los modos adecuados de “derivar hechos de las fuentes”, en lugar de plantear una reflexión acerca de cómo esos hechos son forjados en una narrativa, o los condicionamientos que se ponen en juego a la hora de buscar dichas fuentes, entre otros. Podemos entender esto como una consecuencia de aquel “credo” del realismo histórico que vimos al inicio del apartado 5.2.1 con Berkhofer, de acuerdo con el cual el establecimiento de los hechos históricos debe darse a través de la evidencia del pasado que permanece en la actualidad. A la vez, dentro de esa evidencia se establecen diferencias adicionales, ya que, volviendo a LaCapra,

hay una jerarquía explícita o implícita entre las fuentes, de acuerdo con la cual se otorga una posición preferencial a documentos informativos aparentemente neutrales tales como reportes burocráticos, testamentos, registros, diarios personales, testimonios de primera mano, y así sucesivamente. Si otros textos son tratados en absoluto, son reducidos a elementos que son ya sea redundantes o meramente suplementarios (y, de no ser verificados ante datos 'duros', puras sugerencias) con respecto a los documentos privilegiados o 'informativos'. (*ibid.*)

Las críticas que me interesa presentar sobre este punto aparecieron prefiguradas, aunque

tangencialmente, en la Introducción de la Tesis. Allí, en relación con los desafíos metodológicos de mi propuesta, me referí a la brecha entre la intención teórico-política de hacer lugar a desarrollos de l*s sujet*s a l*s que alude mi trabajo (en primer lugar, l*s “nuev*s sujet*s”), y la escasez relativa de fuentes bibliográficas disponibles. La explicación de esta diferencia se deriva del problema mismo: la situación de marginación implica, entre muchas otras cosas, falta de acceso a entornos académicos legitimados para la producción teórica (excepto como objeto -ajeno- de estudio). Paradójicamente, el mandato documentalista gana gran parte de su fuerza precisamente de los mandatos de “inclusión” y de una especie de “justicia historiográfica” que se propone redoblar los esfuerzos para encontrar (en el archivo, por supuesto) aquellos hechos injustamente dejados de lado: volvemos, una vez más, al tópico de lo “escondido de la historia”. Sin embargo, allí residen, también, los primeros indicios para pensar el problema del documentalismo: ¿qué significa el requisito de que la historiografía debe regirse exclusivamente por fuentes primarias? ¿qué implica el hecho de que se entienda por fuentes primarias particularmente aquellas documentales, y dentro de estas se prioricen las “oficiales” tales como documentos de Estado? ¿qué delimitación se está haciendo de las preguntas, los temas y l*s sujet*s relevantes para la historiografía?

Robert Berkhofer señala como uno de los ejes centrales de la puesta en cuestión de la historia “normal” lo que él denomina “desjerarquización”, esto es, “la erosión, o incluso disolución, de los límites académicos y estéticos que dividían las culturas de élite respecto de las populares” (1995: 6). A contracorriente de las jerarquizaciones (implícitas o explícitas) que señalara LaCapra, este movimiento significó, entre otras cosas, el trastocamiento de los criterios de valoración (y exclusión) que rigen las fuentes validadas para el estudio del pasado. Berkhofer señala particularmente el caso del “New Historicism”, que se interesa por la yuxtaposición de textos de “alta cultura” con documentos históricos de archivo, a fin de exponerlos a todos como parte de una misma organización social y cultural, a la vez textos y contextos. El autor también establece un vínculo entre este movimiento de “desjerarquización”, y lo que en términos más amplios entiende como el abandono de “principios o valores universales o trascendentes” (*ibid.*), ya que le permite relacionar estos cambios sobre las fuentes aceptadas con la puesta en cuestión de categorías de uso habitual en la historia, que van más allá de las de “cultura”, “entretenimiento” y “conocimiento”, para alcanzar también nociones tales como “masculinidad”, “feminidad”, “sexualidad”, entre otros tópicos frecuentemente abordados desde un marco queer.

Más allá de qué tipo de fuentes se privilegien o excluyan, el hecho mismo de tratar el trabajo de archivo como el elemento más fundamental de la tarea historiográfica implica incurrir en lo que LaCapra denominó una “falacia tecnicista”, esto es, suponer que la característica central del trabajo historiográfico es su aspecto técnico, entendido en sentido estricto como su relación con las fuentes, en detrimento del amplio espectro de problemáticas y decisiones que efectivamente enfrenta quien

aborda el pasado (LaCapra 1985: 19). Cuestiones epistemológicas y metodológicas, pero también ideológicas, éticas y políticas parecerían reducirse así a meras resoluciones “técnicas”, y la formación de l*s futur*s historiador*s pone el foco en este aspecto de su tarea, en detrimento de, por ejemplo, los modos en los que los datos recabados serán posteriormente procesados bajo la forma de una narrativa (Berkhofer 1995: 29). Además, el documentalismo tiene como efecto la delimitación del campo temático de la historiografía, ya que “algunas veces se presupone que las únicas cuestiones históricas relevantes son las que pueden ser respondidas mediante investigación empírica (preferentemente de archivo)” (LaCapra, *ibid.*), dejando de lado, ante todo, la interacción con teorías críticas. En pocas palabras, podríamos afirmar con LaCapra que el problema reside en tomar un aspecto del trabajo historiográfico (aunque se trate de uno importante o incluso necesario) y convertirlo en su definición absoluta.

En el caso de historias de minorías que refieren, precisamente, a colectivos que tradicionalmente han sido invisibilizados y relegados tanto de la presencia política como de la presencia historiográfica, respaldarse en “los documentos” de archivo como fuente principal de recursos restringe fuertemente el espectro de eventos y realidades que pueden llegar a ser blanco de abordaje historiográfico. Ante esta dificultad, much*s autor*s han recurrido a otro abanico de fuentes, tales como la literatura que considera Eve Sedgwick en su pionero *Epistemología del Closet* (1990), o los casos de historia oral que analiza Nan Alamilla Boyd (sobre los que volveré en seguida). En algunos casos, estos proyectos se proponen no sólo ampliar el espectro de fuentes, sino también – y sobre todo - “empoderar (en vez de explotar) a l*s narrador*s históric*s, confiando en sus voces, posicionándol*s como expert*s históric*s, e interpretando las voces de l*s narrador*s en paralelo a las interpretaciones que l*s narrador*s hacen de sus propias memorias” (Boyd 2008: 177-178). Sin embargo, vimos que la idea de lo “escondido de la historia” acecha, y estos proyectos corren el riesgo de recaer en aquellas búsquedas de una identidad “auténtica”, o incluso de los rastros históricos de una trayectoria teleológica que llegaría hasta el presente – ejes que abordamos críticamente en el Capítulo 4. Por este motivo, es fundamental que el trabajo sobre el pasado no reniegue de “los documentos” con el único fin de volcarse a otro “archivo” canonizado, que sería “realmente auténtico” y – ahora sí – “verdadero”. Por el contrario, la propuesta consiste, una vez más, en multiplicar las posibilidades del estudio del pasado, diversificar el archivo, atender a los diálogos entre ellas y no canonizar a un género de fuentes como el “propiamente” historiográfico, siempre manteniendo la mirada crítica sobre el propio trabajo a fin de no reproducir los esquemas que, históricamente, dejaron ciertos registros, sujet*s y preguntas por fuera del ámbito de la historiografía.

En su análisis de las estrategias de la historia oral desde una perspectiva queer, Nan Alamilla

Boyd (2008) ofrece un panorama de algunos proyectos de estudios de la disidencia sexo-genérica que han adoptado este enfoque, debido a las limitaciones que ofrecen las fuentes y archivos tradicionales para quien quiera estudiar el tema. Boyd se ocupa de explicitar los modos en que se entrecruzan, por un lado, las ventajas de adoptar la historia oral para “sujet*s queer”, y, por el otro, los desafíos que esa misma perspectiva queer presenta a la hora de poner en práctica algunas estrategias en las que suelen enmarcarse los proyectos de historia oral. Entre otras cosas, encuentra que tienden a depender de cierta idea de auto-conocimiento, de acuerdo con la cual tod*s sujet*/objeto que cuenta su historia debería dar cuenta cabalmente de una experiencia pasada, “otra”, separada del presente. Se basarían también en lo que la autora denomina una idea de “subjetividad transparente”, que incluye tanto la auto-comprensión y unicidad de quien narra, como la comunicación entre relator*s e investigador*s (cimentada en gran medida, de nuevo, en la separación un*/otr*). Y específicamente en relación con el objeto de estudio de estas historias, podemos remitir a lo dicho acerca del mandato de visibilidad (en 5.2.1), así como también hacer mención al presupuesto de un vínculo directo entre prácticas sexuales e identidad a lo largo de la historia: el peligroso deslizamiento entre afirmar que se estudian una serie de prácticas, y afirmar que se rastrea una identidad, punto que ha sido centro de innumerables debates en la historiografía lgbt. Todo esto lleva a la autora a adherir a las palabras de uno de l*s autor*s con los que trabaja, John Howard, quien advierte: “el antiquísimo sofocamiento de nuestras palabras y deseo puede ser replicado con el tiempo cuando adherimos a estándares de metodología histórica inadecuados e inflexibles” (Boyd 2008: 185). Frente a este riesgo, la autora rescata aquellos proyectos que explicitan su propia epistemología, que trabajan críticamente sobre ella y que buscan creativamente los modos de tramar relatos que no impugnen el propio posicionamiento queer. Destaca, por ejemplo, los proyectos que logran “producir resultados que tienden a la realidad material sin desmerecer las limitaciones del discurso” (182), los que se construyen más en torno al deseo y las prácticas queer que a la afirmación de identidades basadas en dichas prácticas (185), los que devuelven peso a lo no dicho y no escrito (186), y aquellos que, como vimos más arriba, apuestan a “dejar visibles las costuras por las cuales la historia es construida” (183).

En el marco de estas advertencias metodológicas, mi propuesta toma la forma de una invitación a lo que se ha denominado “queerizar el archivo”,⁵⁹ esto es, recurrir a distintos tipos de fuentes y de trabajo con ellas, ya no buscando un origen o una autenticidad oculta, sino entendiendo a la historia como un diálogo múltiple entre el pasado y el presente, sin adherir a una división neta entre ambos.

59 Carrie Hamilton me hizo notar lo interesante de que esta expresión sea adoptada por teóric*s, tales como J. Halberstam, provenientes generalmente no de la historiografía, sino de los estudios culturales o la teoría literaria, y a la vez incorpore un término tan fuertemente relacionado con el estudio de la historia, como es el de “archivo”. Una vez más, la resignificación o *queerización* de un término, el hecho de transportarlo de una esfera a otra (en este caso, de una disciplina a la otra), da forma al proyecto mismo.

Queerizar el archivo significa multiplicar las posibilidades de lo que puede constituir una “fuente”, aumentando así los recursos con los que disponemos para pensar nuestro pasado. En este diálogo no se priorizarán los registros sobre la base de su canonicidad, sino más bien por la utilidad que pudieran tener para la investigación. Sobre este punto, retomamos el aporte de J. Halberstam en su defensa de lo que, siguiendo a Stuart Hall, denomina “teoría baja” (*“low theory”*): “un tipo de modelo teórico” que, además de ser más accesible (ya que “impacta en un espectro más amplio” de personas), “vuela por debajo del radar, es ensamblado a partir de textos y ejemplos excéntricos, y se rehúsa a confirmar las jerarquías del saber que mantienen lo 'alto' en la teoría 'alta'” (Halberstam 2011: 16). Halberstam cuestiona la necesidad de “ser tomad* en serio” (en el caso de la formación historiográfica, a través de la canonización de la investigación de archivo), ya que “es precisamente lo que lleva a las personas a seguir los caminos probados y seguros de la producción de conocimiento (...) que confirman lo que ya es conocido de acuerdo con métodos aprobados de conocer, pero no permiten análisis visionarios o vuelos de la fantasía” (2011: 6). A contracorriente de estas limitaciones, propone una oscilación “entre cultura alta y baja, teoría alta y baja, cultura popular y conocimiento esotérico, a fin de empujar a través de las divisiones entre vida y arte, práctica y teoría, pensar y hacer, hacia un ámbito más caótico de conocer y desconocer” (*ibid.*: 2). Desde su punto de vista, no se trata de experimentaciones metodológicas autocomplacientes, sino más bien de ensayar modos alternativos de trabajo, una vez que conocemos las consecuencias de los enfoques “normales”, y reconocemos que “la ortodoxia es un lujo que no podemos darnos” (*ibid.*: 16).

5.2.4. *Las categorías en funcionamiento: consideraciones en torno a Waltz with Bashir y Los Rubios*

“Una historia del documental es posible [...] como una historia de los problemas éticos, políticos y de enunciación que fueron sucesivamente planteados al documentalista y que fueron y siguen siendo resueltos de diversos modos”

Emilio Bernini, “Los Rubios o el documental contemporáneo”⁶⁰

El análisis ofrecido hasta aquí nos permite revisar distintas propuestas de abordaje del pasado en busca de sus estrategias, sus posicionamientos epistemológicos, y sus modos de relacionarse con los mandatos de la historiografía “normal” que mencionamos (realismo, empirismo, objetivismo, neutralidad y documentalismo). Evidentemente, el rango de aplicaciones posibles es prácticamente inabarcable; es por esto que he decidido concentrarme en dos casos específicos pertenecientes al

60 Bernini 2004, s/p.

campo del cine documental acerca del pasado reciente. Los dos films seleccionados, *Waltz with Bashir* (Ari Folman, 2008) y *Los Rubios* (Albertina Carri, 2003), plantean estrategias diversas de abordar el pasado, no sólo en su modo de presentación – tema del que me ocuparé en el Capítulo siguiente – sino también en las concepciones epistemológicas que subyacen a su proyecto. Al igual que en el Capítulo anterior y el siguiente, este apartado no pretende ofrecer un análisis exhaustivo del objeto en tanto (en este caso) artefacto cinematográfico (algo que se desviaría del objetivo de mi investigación), sino más bien tomar algunos de sus elementos para dar forma más concreta a las categorías analizadas hasta aquí.

Tanto *Waltz with Bashir* como *Los Rubios* proveen ejemplos interesantes de cómo es posible abordar el pasado sin depender enteramente (aunque sí en cierta medida, como veremos) de aquellos mandatos de la historiografía “normal” que estructuraron este capítulo. En ellos, lejos de establecer una distancia que garantice la objetividad y la neutralidad de la investigación, se aborda la experiencia de l*s propi*s directores y se la presenta como columna vertebral del trabajo; el documental explicita sus filiaciones y ofrece conocimientos situados e interrogantes abiertos. Además, a los recursos que tradicionalmente se implementan para acceder a “el pasado como realmente fue” (registros de archivo, entrevistas con testigos directos, documentos públicos) se suman fuentes que dan cuenta de otros elementos del pasado tales como sensaciones, sueños, incertidumbres y contradicciones. Ambos casos parecerían sugerir una tarea genealógica que, como vimos con Foucault, significa ante todo la disociación sistemática de la propia identidad, en este caso representada por la figura de l*s director*s y el modo en que se vinculan con su propio pasado. Sin embargo, en esta instancia me interesa pensar más allá de ese primer acercamiento, y atender a algunas tensiones que se producen ya sea al interior del artefacto mismo (en el caso de *Waltz with Bashir*) como en su relación con la crítica y el reconocimiento institucional (en relación con *Los Rubios*). Ello nos permitirá añadir mayor complejidad a lo dicho hasta aquí, ya que veremos qué mecanismos se ponen en juego al momento de pensar y presentar el pasado.

En *Waltz with Bashir*, el director Ari Folman emprende una búsqueda intentando recuperar algún recuerdo de su participación en la ocupación israelí del Líbano en 1982. Las estrategias de investigación parecerían similares, a primera vista, a las de gran parte de los documentales históricos de circulación masiva: el director comienza a buscar a sus ex compañeros, recurre tanto a imágenes del pasado como a material actual, entrevista a especialistas. Y sin embargo, en su presentación hay algo diferente: se trata de una película animada. Si bien la técnica de animación elegida, de efectos similares al rotoscopiado, es sumamente “realista”, el recurso a este tipo de soporte es clave a la hora de enfrentar la película, tanto para l*s espectador*s como para quienes la realizaron. Yoni Goodman, director de animación, explica:

Si lo hubiéramos hecho como un documental común, habría sido otro documental más con personas hablando y material de archivo. Queríamos recrear los eventos mismos, y más aún: queríamos dar el sentido de ansiedad, de miedo, para realmente plasmar los horrores de la guerra a través de pesadillas y alucinaciones – y la animación realmente es la mejor manera, y en mi opinión la única, de contar la historia como debería ser contada. (McCurdy 2008)

Las palabras de Goodman remiten a la consideración de Hayden White (a la que volveremos en el Capítulo siguiente) acerca del relato de Primo Levi en *Se questo è un uomo*: el “contenido latente”, presente a través de sus figuras y tropos, “es más importante que la *información acerca de la vida* en los campos [...] porque nos dice no sólo 'lo que pasó' en los campos sino también 'cómo se sintió’” (White 2010e: 206). En este sentido, no sería tan relevante si se trata o no de una fuente “fidedigna” de datos históricos, capaz de traer al presente datos impolutos de toda interpretación, sino más bien el hecho de que se haya logrado plasmar la vivencia misma, a diferencia de una crónica historiográfica tradicional. De hecho, las alucinaciones y los sueños que menciona Goodman en su explicación son parte fundamental del contenido del film, y lo tiñen en toda su extensión a través de la coloración, los tiempos y otros recursos estéticos elegidos por l*s realizador*s.

Ahora bien, toda la película transcurre, aparentemente, firme en su propósito de sostener un documental de 90 minutos con técnicas de animación. A través de ella, se narran desde los momentos más tensos del relato (batallas, bombardeos nocturnos, miedos y ansiedades de los jóvenes soldados) hasta los diálogos del director con sus ex compañeros que intentan (o no) reconstruir el pasado, y algunos recuerdos de los pocos momentos de descanso durante la ocupación. Hasta que llegamos al final: en la última escena, cuando el director y protagonista finalmente encuentra el vínculo entre sus vagos recuerdos y la situación que había vivido en aquel momento, la animación se funde con filmaciones, manteniendo la continuidad del registro sonoro, y la película nos muestra lo que había elegido evitar hasta el momento: el material de archivo de 1982, en el preciso momento en que un grupo de mujeres palestinas vuelve sobre el campo y ve los resultados de la masacre.⁶¹ ¿Por qué insertar esas imágenes aquí? ¿Acaso consideraba el autor que la animación no era adecuada para el evento que estaba retratando? Sus palabras parecerían confirmar esta hipótesis:

61 No es menor la elección del material que se muestra en estos últimos minutos, dado que se retrata a mujeres palestinas hablando directamente a cámara y rogando entre llantos “¿Dónde están ustedes, árabes?”, y luego “¡Produce imágenes y distribúyelas, y envíalas al extranjero!”. En el contexto de la película de Folman, estas palabras parecerían tomar el peso de un legado que habría sido cumplido, finalmente, gracias al director mismo.

Desde el principio mismo de la escritura del guión yo sabía que iba a terminar con material real; sólo quería evitar la situación de que alguien, en algún lado, en cualquier lado, viera *Waltz with Bashir* y saliera del cine pensando 'es una película animada genial, con buenos dibujos y música, y es una película anti-guerra'. Es mucho más que eso, y creo que esos 50 segundos de filmación dan perspectiva a toda la película. Dan a mi historia personal la proporción que tiene. Dan a la animación la proporción que tiene.⁶²

La observación del director responde, quizás sin saberlo, a los mandatos del enfoque “normal” acerca de qué constituye historiografía “propriadamente dicha”, lineamientos que, si atendemos a la justificación de Folman, se encarnan y reproducen no sólo en las instancias académicas de producción historiográfica, sino también en las estructuras institucionales que rodean a la producción fílmica documental acerca del pasado: asignaciones de presupuesto, subsidios, reseñas en los medios especializados, entre muchas otras cosas. Se cristalizan también en los documentales mismos, que establecen un límite a las posibilidades de su propio dispositivo y, como *Waltz with Bashir*, optan por recurrir a la autoridad (que aquí es tanto “la autoridad del pasado” como “la autoridad (de la ciencia) historiográfica”) o a los modos tradicionales de “documentar” – nuevamente: a la presencia del pasado histórico mismo, a través de voces en off, fotos, imágenes de archivo, citas de autoridad, credenciales de las personas que hablan. Veamos algunos de los presupuestos que dan sustento a dicho mandato, recuperando las categorías expuestas en este capítulo.

En primer lugar, en explicaciones tales como la de Folman (y, como contrapartida, las evaluaciones de quienes, de acuerdo al director, irían a ver la película) subyace una delimitación de los modos en que puede abordarse el pasado – y los modos en los que constituiría, por el contrario, una afrenta a “la dimensión que tienen” los eventos.⁶³ Esto nos remite al caso de *Los Rubios*, film que, al sobresaltar esa delimitación, recibió múltiples críticas que la película misma plasma al exponer el rechazo del INCAA a su pedido de financiación. El texto del dictamen del organismo afirma:

El proyecto es valioso y pide, en este sentido, ser revisado con un mayor rigor documental. La historia plantea el conflicto de ficcionalizar la propia experiencia cuando el dolor puede nublar

62 Ari Folman, en comentario a la edición en DVD de la película.

63 Lo dicho aquí nos remite a un debate que ha sido clave dentro de la Filosofía de la historia, particularmente en relación con el abordaje de la Solución Final durante el régimen nazi. Aquí he decidido no profundizar en él a fin de no desviar el foco de atención respecto del eje del Capítulo; para perspectivas específicas acerca de esa temática, ver la compilación de Saul Friedlander *Probing the limits of representation: Nazism and the “Final Solution”* (1992), algunos de cuyos desarrollos se encuentran reunidos en el volumen *The Postmodern History Reader* (Jenkins 1997).

la interpretación de hechos lacerantes. (...) El reclamo de la protagonista por la ausencia de sus padres, si bien es el eje, requiere una búsqueda más exigente de testimonios propios, que se completaría con el testimonio de compañeros de sus padres, con afinidades y discrepancias. Roberto Carri y Ana María Caruso fueron dos intelectuales comprometidos en los '70, cuyo destino trágico merece que este trabajo se realice. (Carri 2003)

Esta misma postura es la que da origen a una crítica de Martín Kohan a la película, que él considera “un ensayo de levedad”. A lo largo de su artículo, Kohan recuerda más de una vez: “vale insistir: la película que una hija de dos militantes políticos desaparecidos hace a partir de lo que ha pasado con sus padres” (Kohan 2004: 28). Si repite esto, es para dejar en claro los distintos modos en que Carri no haría caso a la solemnidad de las circunstancias. Hacia el final del artículo, Kohan enumera todo lo que “parece” la película de Carri – aunque tal vez se trate más bien de *lo que él esperaba* de una película con semejantes credenciales:

A la pericia para adoptar apariencias le debe *Los rubios* buena parte de su eficacia: *parece* una búsqueda original de la identidad, *parece* un ejercicio original de la memoria, *parece* una evocación original de la historia de los padres, *parece* un testimonio original de una hija de desaparecidos, *parece* un documental original de lo que pasó en los años setenta. (*ibid.*: 30; itálicas del autor)

Más allá de las resonancias que el tópico de la “originalidad” elegido por el autor puede tener en lo visto en la Introducción de este capítulo (donde se puso en cuestión la posibilidad misma de realizar un trabajo original y nuevo sobre el pasado), es posible detectar aquí la implementación de varios de los principios epistemológicos a los que me referí hasta aquí: la historiografía como una presentación de “lo que pasó”, la búsqueda de *una* (destaco el número) identidad, la “evocación” de algo que yace lejano pero puede ser traído al presente mediante una serie de mecanismos habilitados. Cabe pensar adónde llevarían posturas como la que Kohan expone en su crítica - y adónde llevan, de hecho, si tenemos en cuenta la la respuesta negativa que recibió el pedido de financiación de l*s realizador*s. En línea con lo visto en relación con las fuentes, sus restricciones y exclusiones, podemos afirmar que la delimitación de los modos posibles de estudiar el pasado resulta en un empobrecimiento de las descripciones en circulación (y de la circulación de descripciones) y de los agentes habilitados para realizarlas. María Sonderéguer, en un artículo acerca de las representaciones de los '90 sobre el pasado reciente argentino, caracteriza este mandato como un legado de la Dictadura: en el equilibrio entre memoria y olvido, se habría tejido “una trama de legalidades y de tabúes que estableció un repertorio de sentidos legítimos y configuró así los relatos posibles sobre el pasado” (Sonderéguer 2000). El olvido, y la inhabilitación de

ciertos relatos, “fue la herencia con que la dictadura inscribió en la memoria colectiva la continuidad de su proyecto”. No se trata, evidentemente, de que Kohan o cualquier crític* de *Los Rubios* estén interesad*s en defender el proyecto de un gobierno de facto, pero sí de comprender que por debajo de estas perspectivas yace la idea de que existe *un* sentido legítimo, *un* modo legítimo de investigar y relatar, y una sola cosa que se puede *hacer* con ese pasado: retenerlo, congelado en el sentido que tuvo en aquel momento.

Se trata, también, de la puesta en práctica de una serie de divisiones binarias, muchas de las cuales hemos abordado y abordaremos a lo largo de este trabajo: distancia/cercanía, objetivismo/subjetivismo, historia/ficción, público/privado, historiografía/arte, entre otras. Muchas de ellas aparecen entre los lugares comunes de las críticas a *Los Rubios*, incluyendo la respuesta a su pedido de financiación. Allí flota la idea de que cualquier alusión al pasado debe ser tratada con rigor documental (esto es: seguir los cánones de ese género), y de que la ficcionalización es un recurso desesperado de quien *no logra*, por su historia personal, llegar a la objetividad deseable; el dolor *nubla* el trabajo historiográfico. Similarmente, en el artículo de Kohan ya mencionado, el crítico afirma que ante la dificultad de representar el pasado, Albertina Carri se habría rendido “sospechosamente rápido”, bajo una bandera que diría “una película sobre la ausencia, sobre la ficción de la memoria” (Kohan 2004: 28). De esta manera, Carri (en tanto hija de desaparecid*s, se ocupa de repetir el crítico) se habría atrevido a hacer una película en la que se suprime “una realidad” -se suprime una realidad, se rinde ante la ficción-, “la de la violencia política, [y se suprime] el pasado, o el ejercicio de la memoria, o los posibles lazos de una posible identidad”. El autor establece de esta manera una línea directa realidad-pasado-memoria-identidad-política: todo lo que la realizadora “suprime”. La idea misma de hablar de “supresión” implica obturar la posibilidad de que el objetivo de la película de Carri no haya sido (al contrario de lo que esperaba Kohan) ejercer la memoria como retención del pasado, ni retratar a la identidad como cristalización estática. Podría ser más bien, tal como observa Cecilia Macón en su réplica a Kohan, “expresar el cambio constante de la relación del pasado con el presente, y el trauma de la presencia misma de ese abismo” (2004) que nos separa del pasado. O, como vimos con Foucault, disociar sistemáticamente la identidad, “[p]orque esa identidad, bien débil no obstante, que tratamos de reunir y preservar bajo una máscara, no es más que una parodia: lo plural la habita, innumerables almas se enfrentan en ella; los sistemas se entrecruzan y se dominan unos a otros” (Foucault 2004: 66).

El problema de esas distinciones netas, y el de la línea necesaria entre realidad-pasado-memoria-identidad-política, se torna aún más acuciante en los casos en que, como en *Waltz with Bashir*, estas premisas son absorbidas por l*s realizador*s mism*s. Se tiende así a valorar la propia obra a partir de aquellos binarios y a considerar que ciertos abordajes son propiamente “históricos”

(léase con ello: objetivos, neutrales, realistas...). Me atrevería a afirmar que es precisamente esto lo que habría empujado a Ari Folman, director de *Waltz with Bashir*, a cerrar su relato con imágenes de archivo, y a fusionar el sonido de la parte animada con el de aquéllas: son elementos que nos recuerdan, nos aseguran, que todo lo que escuchamos hasta ahí “es verdad”, “ocurrió realmente”. De acuerdo con este marco, sólo mediante enfoques realistas, objetivos y documentados/documentaristas el director puede dar testimonio y prueba física incontestable de la veracidad del relato que nos presenta. Al igual que en el caso de *Los Rubios* (aunque un film lo realice y el otro no), aparece el tópico de que “la memoria debe ser respetada”, y que este “respeto” equivale a la preservación y transposición neutral, del pasado, de “su verdad”. Se trata de preservar la pureza de la línea de sangre (White 2010d: 167) de la disciplina y de la historia.

A contrapelo de este tipo de mandatos, los horizontes de abordaje queer del pasado proponen dar a las historias “la proporción que tienen”, a través de enfoques multívocos, multiformes y heterodoxos. Proponen, como *Los Rubios*, abordar la historia (la propia, en ese caso) de modos que no clausuren, sino que abran el espectro de posibilidades; modos que no busquen llegar a una cadena causal unívoca, sino plasmar algo de la multiplicidad de ramificaciones del presente, el pasado, y la conexión entre ambos. “Queerizar” la historia implica también resignar la búsqueda de “ser tomad* en serio”, en favor de exploraciones en campos fronterizos en los que converge una multiplicidad de fuentes, sujet*s, distancias, filiaciones. Finalmente, considero que enfoques tales como los de estos dos films encierran múltiples posibilidades en términos de relecturas de los discursos preexistentes sobre la temática - y aquí podríamos incluir también una lectura más benévola del uso de imágenes de archivo en los últimos segundos de *Waltz with Bashir*, en la que no serían esas imágenes las que pusieran en cuestión el proyecto del film, sino que sería el segundo el que pondría en cuestión a las primeras. En todo caso, ambas obras podrían sugerir que un modo posible de “queerizar” una representación es el gesto de resignificarla en función de nuevos contextos e intereses. En el próximo capítulo veremos que estos resultados no se dan solamente a partir de posicionamientos epistemológicos, sino también a través de las estrategias de escritura, los elementos literarios del texto histórico y los modos de presentación. Pero antes de pasar a ese punto, quisiera dedicar un espacio a un interrogante que se plantea usualmente frente al cuestionamiento de los mandatos de la historiografía “normal”: el de los criterios de acreditación.

5.3. Algunas conclusiones preliminares

Si en este Capítulo propuse un análisis enfocado en el realismo, el empirismo, la objetividad, la

neutralidad y el documentalismo de la disciplina historiográfica, es ante todo porque se trata de algunos de los principales ejes de la “norma” historiográfica, esto es, la manera en la que se rige la disciplina que he denominado, con Berkhofer, “historiografía normal”. Cabe retomar aquí el doble juego del concepto de “normal”, señalado frecuentemente desde la teoría queer: él se refiere tanto a la “regulación” o los mandatos del deber ser, como a “lo habitual”, o lo estadísticamente predominante – de acuerdo con Butler, tanto a la norma como a sus incorporaciones (2004: 48). Realismo, empirismo, objetividad, neutralidad y documentalismo son “lo normal” en este doble sentido: forman parte de lo que se entiende habitualmente por historiografía en la actualidad (desde el consenso de una comunidad profesional, en términos kuhnianos), y son otros tantos criterios de admisión e inteligibilidad de la disciplina. Sin embargo, la puesta en cuestión de estos principios, o la indagación crítica sobre ellos, no debería entenderse como una renuncia a todo parámetro de acreditación, ni como la caída en un relativismo disciplinar en el que todos los relatos serían igualmente verdaderos -y ninguno lo sería- (lo que Himmelfarb señalaba como puro “principio de placer – la historia al gusto de l*s historiador*s”; 1997: 158). Por el contrario, desde mi punto de vista, la explicitación de los criterios de acreditación es un primer paso para un análisis crítico de sus vínculos con lo político, lo ético, lo estético, e incluso (aunque no haya sido el foco de mi análisis aquí) lo metafísico y lo ontológico. Y ello no para derribarlos de plano, sino para pensar su adecuación en contexto, de manera situada y responsable de cara tanto a la disciplina misma como a la sociedad de la que forma parte.

Análisis tales como el que propongo aquí buscan aportar a la comprensión de lo que hacemos cuando tramamos o cuando leemos discursos acerca del pasado, a fin de tener más herramientas para elegir de qué modo hacerlo – aunque, tal como advertí al comenzar el capítulo, esas herramientas y las posibilidades que abren no sean ni ilimitadas ni radicalmente nuevas. En este sentido, lo que buscamos son criterios que no se planteen en términos de novedad absoluta, sino que privilegien narrativas que “citen” lo que está disponible “para para poder reiterar y cooptar su poder”. Sin olvidar estas limitaciones, considero que abrir el espectro de los criterios de acreditación implica, ante todo, abrir el espectro de las historiografías posibles, de sus agentes, sus temáticas, y sus recursos. Mientras que en el Capítulo anterior abordé esa búsqueda de apertura desde el punto de vista de las políticas de la historiografía, pensando qué políticas se condicen con las prácticas de historiografía queer que propongo, en este me aboqué a considerar cuáles epistemologías se corresponden con aquellas políticas. Continuando con este objetivo, en lo que sigue me propongo retomar la pregunta que dio inicio al análisis y, habiendo recorrido algunos de los parámetros de acreditación e inteligibilidad de la historia “normal”, pasar a considerar algunas perspectivas alternativas sobre qué historias preferir.

Tanto los desarrollos de la Nueva filosofía de la historia como los del pensamiento queer nos ofrecen numerosos recursos en esta dirección. En el primer caso, los inicios mismos de la corriente, con *Metahistoria* de Hayden White, exponen la imposibilidad de contar con un terreno neutral u “objetivo” desde el cual posicionarnos para arbitrar entre relatos, motivo por el cual lo haremos sobre la base de pertenencias ético-ideológicas más que por lo que, a primera vista, parecería ser su capacidad explicativa. Tal como afirma White:

ninguna teoría dada de la historia es convincente o atractiva para un público dado exclusivamente sobre la base de su adecuación como una 'explicación' de los 'datos' contenidos en su narrativa, porque en historia, al igual que en las ciencias sociales en general, no hay ninguna manera de preestablecer qué contará como 'dato' y qué contará como 'teoría' para 'explicar' qué 'significan' los datos. (White 1973: 429)

El autor atribuye esto a la “naturaleza protocientífica de los estudios históricos”, que hacen que no haya “ninguna fundamentación epistemológica apodíctica” para preferir, por ejemplo, “un modo de explicación sobre otro” (*ibid.*: 20). Este panorama deja al arbitraje en manos de lo que el autor denomina “ideología” o “consideraciones éticas”:

Desde mi punto de vista, no hay fundamentos extra-ideológicos mediante los cuales arbitrar entre las concepciones en disputa del proceso histórico y del conocimiento histórico a las que apelan las distintas ideologías. Porque, dado que estas concepciones tienen su origen en consideraciones éticas, la suposición de una postura epistemológica dada desde la cual juzgar su adecuación cognitiva representaría en sí misma nada más que otra elección ética. (*ibid.*: 26)

Los últimos desarrollos del autor siguen una línea similar, ya que si tenemos en cuenta que “los pasados políticos, legales y religiosos” están “menos formados en el interés de establecer los hechos de un determinado asunto, que en el de brindar una base fáctica para emitir un juicio de acción en el presente” (White 2012: 31), veremos que la correlación (ideológica, ética y política) con dichos juicios será uno de los focos principales de la decisión.

Ahora bien, una vez impugnada la posibilidad de acceder a un lugar “neutral” de arbitraje, y habiendo comprendido que se trata de decisiones que cuestionan la división misma entre lo político y lo epistemológico, resta por preguntarse: ¿cuáles modos de abordar el pasado defenderemos? ¿qué criterios de arbitraje emergen del encuentro que propongo aquí entre pensamiento queer y teoría de la historia? Un primer paso hacia una epistemología queer de la historia puede ser el llamamiento a la multiplicidad de relatos: esto es, incentivar la proliferación de abordajes del pasado, por considerar que esto aporta al mejoramiento de la disciplina y de sus usos. En un sentido

básico (pero no por ello menos importante), la presencia de una variedad de relatos es lo que permite la existencia misma de interpretaciones, ya que, como afirmara Ankersmit, “si tenemos solamente *una* interpretación histórica de algún tema histórico, entonces no tenemos ninguna interpretación. Una manera interpretativa de ver el pasado sólo puede reconocerse como tal en la presencia de *otras* maneras de ver el pasado” (1986: 25). En efecto, la interacción entre narrativas, la intertextualidad y el debate les otorgan “su identidad”; incluso las interpretaciones que ya han perdido adhesión contribuyen a este proceso, permitiendo que las más nuevas puedan diferenciarse de ellas. Como consecuencia, el autor afirma que “la máxima claridad puede obtenerse en historiografía solamente mediante una *proliferación* de interpretaciones históricas, y no mediante un intento de *reducir* su cantidad” (*ibid.*). Sin embargo, es fundamental no olvidar que, a diferencia de lo sostenido por la “historia normal”, la “máxima claridad” tal como se la entiende aquí no alude a un “punto de llegada”, o un “logro” de “la” narración correcta: dado que, tal como nos advirtiera White, “cualquier cuerpo dado de hechos es infinita y diversamente interpretable”, el “objetivo del discurso histórico es, no tanto trabajar en pos de la producción de una 'mejor' interpretación, sino multiplicar la cantidad de interpretaciones que poseemos de cualquier conjunto dado de conocimientos” (White 2003: 193).

Por este motivo, más allá de hacer lugar a múltiples relatos es posible también hacer énfasis en que ellos mismos incentiven dicha proliferación. En este sentido, las estrategias de historia queer destacadas por Boyd, o el enfoque genealógico que defiende Foucault, son muestras de modos de abordar el pasado que constituyen, como afirmara Fefa Vila respecto de lo queer, “no un punto de llegada, sino de salida”. En palabras de Verónica Tozzi, “lo que hace verdaderamente significativa una representación es su valor heurístico, esto es, que nos legue cuestiones abiertas acerca de tales acontecimientos como para que merezca volver sobre ellos o valga la pena reescribir su historia” (Tozzi: 2009c: 120). Aquí vemos cómo la interpretación pragmatista que la autora hace del realismo figural whiteano le permite pensar “por qué no se puede, ni importa, alcanzar la versión definitiva del pasado” (*ibid.*: 119), a la vez que se mantiene el sentido de responsabilidad cognitiva, ya que “asumir la demanda pública de representación por parte de un grupo es necesariamente una tarea tanto autocrítica, dado que quien se arroga dicho rol debe tomar decisiones acerca de cómo utilizar los recursos, como crítica, porque atender a las demandas no implica satisfacerlas servilmente o asumir la postura del que reclama” (*ibid.*: 122).

La dimensión política que sugiere Tozzi aquí adquiere aún mayor relevancia si consideramos lo que conllevan la apertura y la clausura como modos propios de la historiografía: atender a las dimensiones ético-políticas de la historiografía implica, en este punto, observar lo que White denominó “clausura narrativa” o “cierre narrativo”, en relación con la definición de una determinada moral por sobre otras. De acuerdo con White, la exigencia de clausura narrativa “es

una demanda de significación moral” (1992: 35), y en ese sentido podríamos decir que se trata de una “clausura” moral. Dar un “cierre” a la narración implica determinar cuáles acontecimientos son importantes y cuáles no, a partir de los propios estándares morales y con el objetivo de reflejar una cierta concepción del mundo (y la correspondiente admonición, celebración, u otro mensaje para l*s destinatari*s del trabajo). Por el contrario, apostar a la proliferación de relatos acerca del pasado es incentivar la convivencia de una multiplicidad de marcos políticos y morales desde los cuales pensarlo – y, como consecuencia, sembrar las bases para una pluralidad de mundos posibles.

Esto se dará no solamente a través de la proliferación de interpretaciones, sino también trabajando sobre el carácter abierto de éstas. Tanto los aportes queer como la Nueva filosofía de la historia enfatizan fuertemente el llamamiento a producir relatos no clausurantes, esto es, relatos que no cierren las posibilidades de pensar el pasado, sino que las abran, que multipliquen e incentiven la proliferación de perspectivas. Dominick LaCapra, por ejemplo, propone abandonar la tradicional canonización que tiende “a poner entre paréntesis el potencial crítico e incluso transformador de los textos”, aceptando “simplemente que nuestro objetivo [en tanto historiador*s] es encontrar un orden en el caos, estructurar o explicar completamente nuestro material o descubrir sentidos en el pasado”. En su lugar, el autor invita a emprender una tematización de las tensiones propias del escrito histórico, el modo en que lo escribimos y cómo establecemos nuestro canon (2008: 57). En líneas similares, podemos retomar lo dicho con Anzaldúa en apartados anteriores, y sumar desde una perspectiva queer una invitación a producir relatos mestizos, híbridos, y que no rehuyan a las contradicciones y las ambigüedades propias del mundo en el que trabajan. Desde la filosofía de la historia, María Inés La Greca sugiere que tal vez se trate de

asumir la diferencia entre ofrecer relatos con los que clausuramos la significación del pasado y relatos con los que patentizamos nuestra perplejidad para dejar abierta la discusión sobre el ser mismo del acontecer. En todo caso, dependiendo de qué estrategias utilicemos, estaremos intentando construirnos como sujetos (individuales o colectivos) ya desentendidos de lo clausurado o sujetos aun interpelados por lo abierto. (La Greca 2011: 240)

Así, a contrapelo de la tendencia a “llenar todos los huecos” dejados por el pasado, la apuesta por relatos no clausurantes sugiere que es precisamente en esos “huecos” donde yace el potencial de la interpretación historiográfica.

Lo dicho hasta aquí se refiere tanto a la incorporación de voces nuevas (punto particularmente importante a la hora de pensar en las historiografías relacionadas con l*s “nuev*s sujet*s”), como a la reinterpretación del canon ya existente desde puntos de vista distintos o a la luz de nuevos contextos. Claro que no cualquier texto canónico es fértil en este sentido, y aquí encontramos

nuevamente a LaCapra, quien sostiene que “todos los textos merecen que se piense *en* ellos, pero algunos resultan particularmente valiosos para pensar *con* ellos, y en ciertos casos han probado su valor a lo largo del tiempo de forma renovada” (2008: 40). El tipo de canon que le interesa visitar a LaCapra es precisamente el que pone en movimiento aquella cadena entre reflexión historiográfica, reflexión práctica, y acción política:

Ningún texto o artefacto cultural puede por sí mismo reformular críticamente o transformar la sociedad. Pero algunos son particularmente efectivos en estimular procesos críticos que interfieran con la regeneración o refuerzo de ideologías y contextos establecidos en general; brindan las bases para la crítica de sus propios puntos ciegos al ayudar a iniciar un proceso de reflexión que puede educarnos como lectores y tener implicancias de tipo práctico. (*ibid.*: 41)

Repensar y releer el canon implica aprovechar el potencial de textos canónicos auto-contestatorios “que invitan activamente a cuestionarse en forma permanente” (*ibid.*: 40). Los relatos que “enfatan la incertidumbre radical” son una reescritura, y a la vez están siempre listos para ser reescritos; se trata de historias reescritas para un público que deberá reescribirlas incesantemente (Elam 1997: 73).

El momento de la Conclusión de esta Tesis nos permitirá visualizar con mayor amplitud los modos de leer, releer y preferir discursos acerca del pasado, incorporando lo dicho en la totalidad del trabajo y abordando también las tensiones propias de la propuesta que presento. De camino a ese análisis, fue fundamental abordar críticamente los parámetros atribuidos a la historiografía “normal”, y algunas alternativas traídas tanto desde el pensamiento queer como desde la Nueva filosofía de la historia, lo cual nos permitió por último volcar el análisis de los aspectos epistemológicos vistos a algunas pautas concretas de criterios posibles a la hora de arbitrar entre relatos. En el Capítulo siguiente, a las dos esferas ya abordadas se añade una tercera, que trae nuevas posibilidades de análisis y aperturas de modos de mirar al pasado.

Capítulo 6

Aportes estético-formales

“Art is fundamentally criminal”
Hayden White⁶⁴

6.1. Introducción: L*s “nuev*s sujet*s” y sus desafíos estético-formales

El fenómeno que he denominado “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s” y la urgencia de expresar su riqueza, así como también de atender a los emergentes políticos que conlleva, exponen los desafíos que enfrentan los recursos discursivos disponibles para su abordaje. En su poderoso ensayo “Las herramientas del amo nunca destruirán la casa del amo” (1981), Audrey Lorde se pregunta: “¿Qué significa que las herramientas de un patriarcado racista sean usadas para examinar los frutos de ese mismo patriarcado? Significa que sólo los más estrechos parámetros de cambio son posibles y permisibles” (1981: 98). En un enfoque al que luego le deberá mucho la teoría queer, la autora denuncia así el problema de que, incluso dentro del feminismo, “quienes son indentificad*s como extern*s a las estructuras” (en su ejemplo: mujeres lesbianas, de color, pobres) dependan de las categorías discursivas y teóricas “blancas”. Similarmente, a partir de lo visto en el Capítulo 2 con Laclau y Mouffe podemos afirmar que las identificaciones o subjetividades que no ocupan lugares hegemónicos en los campos de disputa de significado deben comunicarse mediante herramientas de (re)presentación forjadas desde sitios de lo social con los que se relacionan en términos antagónicos. Al entender a la hegemonía como, entre otras cosas, la ocupación del ámbito de producción discursiva, el discurso emerge como un “intento por dominar el campo de la discursividad, por detener el flujo de las diferencias, por constituir un centro” a partir de “ciertos significantes privilegiados” (Laclau y Mouffe 2010: 152), esto es, hegemónicos.

Lo dicho es cierto no sólo respecto de los abordajes del pasado (a los que me abocaré en seguida), sino también de órdenes del discurso tan básicos – y, a la vez, poderosos – como son los modos de nombrarse y de nombrar a la propia comunidad de la que se forma parte. ¿Qué sucede cuando no contamos con un lenguaje para nombrar nuestra realidad, ya sea porque no lo hay o porque el que tenemos reproduce nuestra opresión? Un caso paradigmático y extremo de esta

64 Conferencia dictada en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, abril de 2010.

dificultad es el que analiza Rita Segato a través de su concepto de “violencia automática”: existen prácticas violentas que pasan desapercibidas porque están absolutamente naturalizadas dentro de una determinada cultura, lo cual las torna literalmente invisibles. De acuerdo con la autora, una de las principales características de la violencia moral es, precisamente, “la falta de nombres u otras formas de designación e identificación de la conducta, que resulta en la casi imposibilidad de señalarla y denunciarla”, impidiendo así a sus víctimas “defenderse y buscar ayuda” (Segato 2003: 115). La invisibilidad de estas conductas determina la eficacia de la violencia automática, ya que ella “opera sin nombrarse”: no es percibida, no puede ser señalada y es reproducida aún por quienes deberían resistírsele. Notablemente, los blancos de este tipo de violencia no logran constituirse como “un*” o “nosotr*s” (porque son colectivos “minorizados”), pero también “son impedidos de ser Otro, contendiente legítimo por recursos y derechos en un mundo en disputa”, ya que no existen palabras para nombrar su exclusión.⁶⁵

La invisibilidad y capilaridad de estas violencias hacen urgente el pensar en estrategias para combatir las, entre otras cosas, buscando los modos de nombrarlas. A la hora de emprender esta tarea, no obstante, Segato avanza ante todo un “imperativo de sospechar de la claridad de nuestra conciencia y (...) un escrutinio cuidadoso de nuestros sentimientos, convicciones y hábitos” (*ibid.*: 117), pues nadie está exent* de ejercer y transmitir estas violencias. Lo analizado en capítulos anteriores respecto de las dimensiones políticas, éticas y epistemológicas del trabajo sobre la historia – además de lo que veremos en lo que sigue en términos de modos de presentación⁶⁶ – da cuenta de algunas posibilidades concretas de intervención en este sentido en las disputas acerca de la representación del pasado. Segato añade a ello un análisis desde el punto de vista institucional, de acuerdo con el cual dicho proceso crítico y la puesta en circulación de terminología y representaciones que den forma a este tipo de violencias y las vuelvan reconocibles, deberá ser acompañado por un abordaje sistemático desde el Derecho. Es necesario entender, finalmente, que se trata de una tarea no menos que titánica: estamos, advierte Segato, ante la argamasa que sostiene las estructuras jerárquicas de nuestra sociedad.

De todos modos, aún en los casos en los que sí existen palabras para nombrarnos, eso no disipa

65 La teoría queer, principalmente a través del trabajo de Judith Butler, ha señalado que esta violencia no siempre se traduce en marginación a un lugar de “otr*”; en algunas ocasiones, significa quedar directamente fuera del cuadro de inteligibilidad. Similarmente, María Lugones nos recuerda que la jerarquización por género no se limita a “varones” y “mujeres”, sino que hay quienes quedan aún “por debajo” de esa clasificación: “Es importante distinguir entre lo que significa ser pensado como si no se tuviera género en virtud de que uno es un animal, y lo que implica no tener, ni siquiera conceptualmente, ninguna distinción de género. Es decir, *el tener un género no es una característica del ser humano para toda la gente*” (Lugones 2008: 45; *itálica mía*).

66 Se trata de una apropiación de la categoría de Arthur Danto, quien en su análisis del arte establece como uno de los dos elementos de la obra el “modo de presentación” o “embodiment”, es decir, el modo en que una obra plasma su significado (siendo el otro el “contenido” o “aboutness”; ver 1981: 147 o 2006: 120). En este caso, adopto la expresión para aludir a las maneras en las que se plasman los abordajes del pasado, desde el soporte elegido (escrito u oral, fílmico o literario, etcétera) hasta el uso del lenguaje y la adopción de recursos estilísticos que pueden ir desde los “tradicionales” hasta los más experimentales.

las dificultades. El mero hecho de “poner en palabras”, como vimos, no significará necesariamente una intervención política contrahegemónica, o el empoderamiento de l*s “nuev*s sujet*s” y la modificación del lugar social que ocupan. Tal como nos hace notar Clara Rojas Blanco, a quien cité anteriormente, “[e]l problema es que este tipo de solución” - esto es, asegurar “voces más fuertes” y acceso a los espacios legitimados de producción de conocimiento - “corre el riesgo de que aceptemos la forma y los términos del discurso del que hemos sido excluidas, reproduciendo – consciente o inconscientemente – las estructuras del poder” (2005: 21). Retomando la invectiva de Lorde, vemos que los modos de comunicar/se con los que contamos – y que se seguirían utilizando desde la academia, en busca de un tardío reconocimiento por parte de esa hegemonía – fueron elaborados por las mismas estructuras que establecen los lugares de sujeción; como contrapartida, Lorde hace un llamamiento a la creatividad y la inventiva para pensarse y decirse de otras maneras. Lejos de ocultar las diferencias por miedo a perder reconocimiento, la autora afirma que es allí precisamente donde yace “esa seguridad que nos permite descender al caos del conocimiento y volver con visiones ciertas de nuestro futuro, junto con el poder concomitante para efectuar esos cambios que pueden hacer realidad ese futuro” (Lorde 1981: 99).

La historiografía ofrece un ejemplo particularmente notable de los alcances de la habilitación de ciertos modos de presentación, lenguaje y géneros en detrimento de otros. Al profesionalizarse el discurso historiográfico en el siglo XIX, se trazaron los límites de aquello que podía ser considerado historiografía “propriadamente dicha” (en tanto relato del pasado, pero consecuentemente también “historia” en tanto pasado mismo), y aquello que quedaría por fuera. Los estándares de la profesión implicaban una división, que fue también estética, entre “representación historiográfica del pasado”, y otros géneros “menores” tales como la autobiografía o las memorias. En este sentido, aquella “purificación” a la que me referí en repetidas ocasiones resulta ser, además de una delimitación de técnicas, objetos de estudio y sujet*s de enunciación, también un trazado jerárquico de los géneros posibles para abordar el pasado. Cada uno de esos géneros tiene, a su vez, sus propios principios de pureza, normas y convenciones; en este sentido, tal como adelanté en el Capítulo anterior, sería falso afirmar que sólo la historiografía cuenta con criterios de admisión y permanencia, mientras los otros géneros encarnarían el pluralismo y la apertura a todo tipo de diferencias. Específicamente en el caso de la historiografía, en la práctica esto se tradujo en que quienes no contaban con aquellos recursos simbólicos “profesionales”, o no querían utilizarlos por considerarlos inapropiados para lo que tenían que decir, no eran admitid*s como agentes de investigación, análisis e interpretación acerca del pasado, incluso el suyo propio. En su análisis de las narraciones y sus posibilidades políticas, Shari Stone-Mediatore nos advierte acerca de este tipo de procesos: mientras aquello que no cumple con los requisitos del género historiográfico sufre

estas exclusiones, las narrativas aceptadas se reproducen bajo una apariencia de universalidad:

cuando ciertos paradigmas narrativos se tornan ampliamente conocidos en virtud de ser adoptados y repetidos (...), dichos paradigmas nos aparecen como si fueran representaciones atemporales del mundo histórico. Como resultado, la estructura de estos paradigmas narrativos ampliamente distribuidos, incluyendo su modo de delinear personajes y acciones, la manera en que diferencian un 'evento' históricamente significativo de lo insignificante, y el modo en que ilustran e interpretan los conceptos políticos y morales, llegan a ser aceptados como modos naturales y necesarios de ordenar el mundo. (Stone-Mediatore 2003: 133)

La autora destaca la importancia de las narrativas para la construcción de futuros mejores, y considera fundamental discutir las implicancias de las formas canónicas de narración que, desde su punto de vista, reproducen el mundo tal como lo conocemos. Destaca que es urgente buscar modos de expresión que puedan dar cuenta de aquellas existencias “que fueron siempre reales, pero no eran notadas conscientemente o reconocidas públicamente debido a las limitaciones de los marcos narrativos heredados de la tradición” (Stone-Mediatore 2003: 145).

Tanto la Nueva filosofía de la historia como las teorías poscoloniales, los feminismos transnacionales y el pensamiento queer nos recuerdan la urgencia de elaborar discursos alternativos (aunque, como vimos, no fundamentalmente nuevos), lenguajes y representaciones que permitan la visibilización de realidades diferentes, y han propuesto diversas estrategias para la lectura, relectura y elaboración estas narrativas. En este Capítulo, indagaré en los desarrollos teóricos en relación con el aspecto estético de las narrativas del pasado y los modos de presentación, atendiendo a las maneras en que, cuando se establece un género convencional, no sólo se determinan los contenidos que podrán ser legítimamente abordados, y la metodología o enfoques epistemológicos adecuados, sino que también se asientan los estilos que podrán ser usados - sin perder de vista, por supuesto, los modos en que la esfera estética o los recursos formales tienen su propia correlación con las otras dos esferas, tal como adelanté en el planteo mismo de la división tripartita del análisis. Particularmente, creo importante afirmar, con Scott Bravmann, “la necesidad de expandir la idea de producción histórica mucho más allá de los límites de la escritura académica de la historia... para incluir *todas* las maneras en que se construye un sentido del pasado en nuestra sociedad” (Popular Memory Group, citado en Bravmann 1997: 28).

Me interesa pensar qué significaría una estética queer para el abordaje del pasado, que trastoque los términos establecidos desde los discursos hegemónicos (en nuestro caso, el de lo que divers*s crític*s han denominado “historiografía normal”) y haga lugar a la multiplicidad de registros en los que un colectivo puede expresarse, que excederán con creces el establecido como

canónico por la “ciencia histórica”. En términos generales, podemos caracterizar a estas propuestas como híbridas en lo que hace a sus géneros, recursos, vocabularios y pertenencias identitarias; en algunos casos, se trata de registros que dejan abiertas “las costuras” de su propia elaboración, y/o el lugar de quien escribe. Si bien muchas de ellas hacen hincapié en elementos que consideran contrahegemónicos (tales como la solidaridad, la paciencia, o la poesía), evitan retrotraer estos valores a características esenciales de alguna “minoría” (al modo de una generalización “blanca” de las personas “Orientales” como particularmente dóciles y ejemplares [ver Lugones 2008: 51], o de un cierto feminismo que considera a “la mujer” como esencialmente afectuosa y desarrollada en la esfera de los sentimientos); se trata, más bien, de herramientas que han sido probadas como estrategias de supervivencia, y por eso son reivindicadas. Destacando la importancia de que las estrategias estéticas acompañen a los presupuestos políticos y epistemológicos sobre los que se asienta cada proyecto historiográfico, veremos algunas respuestas forjadas en el cruce de múltiples pertenencias, hibridez que se trasluce en géneros que son, por momentos, tan mestizos como quienes los adoptan.

Al encarar este análisis, y en línea con lo dicho en el cierre del Capítulo anterior, es fundamental tener en cuenta que no se trata de “reemplazar” o “descartar” lo que se ha denominado “historiografía tradicional”, sino de multiplicar las tradiciones aportando a su enriquecimiento. Se verá, por ejemplo, que el arte ocupa un lugar preponderante en las páginas que siguen, pudiendo sugerir una contraposición entre un polo negativo ocupado por la disciplina historiográfica y uno positivo ocupado por el arte. Esto implicaría suponer que cada uno de esos dos polos constituye un ámbito unificado, homogéneo, y estático, y que es necesaria una elección entre uno u otro, como si sólo desde las artes pudiera conseguirse una “historia queer” (obligándonos a renunciar a la historiografía “tradicional”), o que el uso mismo del arte garantizaría un relato radical. Por el contrario, mi trabajo apunta más bien al hecho de que un modo posible de abordar el desafío de representar el pasado, desarrollando el potencial que ofrece el pensamiento queer, es a través de representaciones que se alejen de aquella “historia tradicional” y sus requisitos de pertenencia, pero que convivan, dialoguen e interactúen con ella. En este sentido, mi sugerencia es que las artes pueden ofrecer un medio interesante para la elaboración de representaciones del pasado que jueguen con y aporten a los posicionamientos de l*s “nuev*s sujet*s”, ya que, si bien cuenta con sus propios cánones y limitaciones, también implica una ampliación de posibilidades discursivas respecto de las que ofrece la historiografía, siendo de utilidad para individu*s y comunidades que no puedan o no deseen cumplir con las condiciones de producción exigidas por la historiografía “normal”.

6.2. Las formas de la historia: modos de presentación del pasado

La Nueva filosofía de la historia ha tenido y tiene un rol clave en la comprensión de los aspectos estéticos y formales de la historiografía, tanto para analizar los modos de presentación de las narrativas que hemos englobado como “tradicionales” o “normales”, como a la hora de considerar las posibilidades de forjar narrativas alternativas. Esta importancia se explica porque, en primer lugar, la corriente se ocupa de señalar las relaciones entre forma y contenido – o, en realidad, a poner en cuestión la distinción misma: lo ubicamos así dentro del “giro lingüístico” que, en este aspecto, “tiene la consecuencia de socavar la distinción entre lenguaje del historiador y aquello de lo que habla” (Tozzi 2009c: 21). En el presente Capítulo, si bien no es mi intención ofrecer un análisis en profundidad de los desarrollos de la Nueva filosofía de la historia en lo que hace a la relación entre historiografía, historia y lenguaje (temática de suma complejidad y abordada de manera brillante en muchos de los trabajos que conforman mi marco teórico), sí pretendo recuperar algunas de sus conceptualizaciones sobre ese punto, particularmente las whiteanas, ya que ellas ofrecen recursos interesantes para enmarcar las propuestas acerca de los modos de presentación de los relatos sobre el pasado.

Un primer eje fundamental a tener en cuenta es precisamente la afirmación de que no es posible separar forma de contenido, como si el modo de presentación fuera neutral o no significara ya tanto un posicionamiento por parte de quien lo elabora, como una expresión de su contexto. Tal como asevera White en *Metahistoria*,

el campo histórico es constituido como un dominio posible de análisis en un acto lingüístico que es de naturaleza tropológica. El tropo dominante en el que se lleva a cabo este acto constitutivo determinará tanto los tipos de objetos que tienen permitido aparecer en el campo como datos, y las posibles relaciones que se pueden concebir entre ellos. (White 1973: 430)

Destacar la relación entre forma y contenido lleva, a su vez, a relativizar la distinción entre historia y literatura, ya que los recursos de representación provienen de las mismas fuentes: en palabras de White, “no hay diferencias sustanciales entre las *representaciones* de la realidad histórica y las *representaciones* de eventos y procesos imaginados”, en tanto “la representación de [los eventos] como *hechos* los dotan de todos los atributos de temas literarios o, incluso, míticos” (White 2010d: 163). Esto explica la decisión de analizar al trabajo histórico en tanto texto, marca de nacimiento de la Nueva filosofía de la historia:

Se dice con frecuencia que la historia es una mezcla de ciencia y arte. Pero mientras que l*s filósof*s analític*s recientes han tenido éxito en clarificar hasta qué punto la historia puede ser

considerada un tipo de ciencia, se ha dado muy poca atención a sus componentes artísticos. A través del develamiento de los cimientos lingüísticos sobre los que se constituyó una idea dada de la historia, he intentado establecer la naturaleza ineludiblemente poética del trabajo histórico y especificar los elementos prefigurativos en un relato histórico por los cuales sus conceptos teóricos fueron tácitamente sancionados. (White 1973: xi)

De este tipo de aseveraciones nace el interés de White y otr*s por indagar en los modos de representar el pasado, las decisiones estéticas y de forma, la genealogía de los formatos privilegiados en la educación académica (y, consecuentemente, en la práctica de l*s historiador*s que emergen de ella), y el potencial de utilizar modos de presentación alternativos o repensar los existentes. Surge, además, la necesidad de señalar que el carácter político de las decisiones tomadas por l*s historiador*s excede al contenido, tiñendo también a las opciones relacionadas con los modos de presentación.

La atención de análisis tales como el de White se ha dirigido preponderantemente a las posibilidades que ofrece la literatura⁶⁷, aunque otr*s autor*s sobre los que trabajo aquí, provenientes principalmente del marco queer, han contribuido a la extensión de estas consideraciones a registros tales como el cine (de ficción y documental), las artes plásticas, la poesía, y el teatro. Por otra parte, el tópico de la relación entre historia y literatura no se reduce a la Nueva filosofía de la historia; por el contrario, ya desde los inicios de la profesión, la comparación entre ambos aparecía en las consideraciones de la literatura como “el negativo de la historia, de forma tal que, para finales del siglo XIX, en el campo de la historia la escritura historiográfica con rasgos literarios marcados era inmediatamente catalogada como la labor de amateurs o, a lo sumo, como el producto de una sensibilidad histórica que había sucumbido a los atractivos de la fantasía” (White 2011: 29). De esta manera, la literatura ocupó durante mucho tiempo el lugar de “lo otro” de la historia, el terreno residual al que “caían” aquellas representaciones que no eran consideradas aptas para la admisibilidad dentro de la “ciencia histórica”. Con la puesta en cuestión de esta clasificación y de la división misma entre historia y literatura, o poesía -como *poiesis*- y ciencia, también se comenzó a valorar la escritura literaria por sus virtudes propias. A continuación, propongo analizar algunos de estos desarrollos, sin pretender colocar a la literatura (o al arte en general) por sobre la historiografía (postura que toman algun*s de l*s autor*s que veremos), pero sí señalando el potencial que ofrecen aquéllos para el abordaje del pasado.

67 Un ejemplo interesante de otro tipo de análisis aparece en “Historiography and Historiophoty”, donde de hecho White reconoce que “Tendemos a tratar la evidencia de imágenes como si fuera, en el mejor de los casos, un complemento de la evidencia verbal, en vez de ser un suplemento, esto es, un discurso con derecho propio, y uno capaz de decirnos cosas acerca de sus referentes que son a la vez distintas de lo que puede ser dicho en el discurso verbal, y también de un tipo que sólo puede ser dicho a través de imágenes visuales” (White 1988: 1993).

6.2.1. El potencial del arte para abordar el pasado: la construcción de mundos posibles

Señalar el potencial del arte como sede de creatividad y *poiesis* no es, por cierto, algo novedoso: como señala White, ya “[d]esde Aristóteles se pensaba que (...) la escritura histórica era acerca del mundo real, mientras que la 'poesía' era acerca de lo posible” (White 2010e: 203). La diferencia entre planteos tales como el citado y los que traigo aquí emerge del cuestionamiento de la distinción entre ambas disciplinas, favorecido, en gran parte, por el mismo White. Al exponer el andamiaje literario de la historiografía (sobre el que indagaremos a continuación), se ponen en duda las divisiones tajantes entre ésta y la literatura, lo cual sugiere – al menos así espero – que ambas pueden ser tanto “acerca del mundo real” como acerca de mundos posibles.

La importancia que doy a la *poiesis* proviene en gran medida de la lectura de Richard Rorty, quien piensa la potencialidad de la escritura literaria en términos políticos y la inserta en el marco más amplio de lo que denomina “una cultura poetizada”, en el sentido básico de poesía como creación. Si aquí convergen los ejes político y estético, es porque el autor piensa a esta “poetización” como una de las expresiones fundamentales del liberalismo, en oposición a un marco Ilustrado que pretendería reemplazar la pasión o la fantasía por la razón. Para Rorty, el arte y la política utópica son expresiones de un mismo fenómeno: “Una cultura poetizada (...) sería una cultura que, precisamente por apreciar que todas las piedras de toque son artefactos semejantes, se fija como meta la creación de artefactos cada vez más variados y multicolores” (Rorty 1991: 72). Es particularmente interesante el énfasis que dedica Rorty a las ideas de diversidad y pluralismo, ya que se trata de elementos importantes a la hora de considerar el caso queer y sus modos de entender las identificaciones. En estrecha relación con lo visto en los Capítulos anteriores, aquí vemos cómo Rorty se sirve de las reflexiones de Milan Kundera acerca del potencial de la novela: “un* novelista enseña al* lector* a entender el mundo como una pregunta”, ya que por naturaleza la novela “no sirve a las certezas ideológicas, sino que las contradice” (Kundera 2005: 160). Esto lleva a Kundera -y a Rorty con él- a afirmar que la novela es “el paraíso imaginario de l*s individu*s. Es el territorio en el que ninguna persona es la poseedora de la verdad, (...) sino que todo el mundo tiene derecho a ser comprendido” (*ibid.*: 159). Ahí yace, de acuerdo a Kundera, la sabiduría de la novela, que entiende como una “sabiduría de la incertidumbre”.

Esto nos remite a lo expuesto en el Capítulo 5 acerca del carácter abierto de los relatos del pasado, y la opción por las narrativas que estimulan nuevas producciones, así como también a la propuesta de Anzaldúa de hacer lugar a las contradicciones, el cuestionamiento y la diversidad en nuestros escritos. La creatividad ocupa un lugar preponderante en este terreno, posibilitando abordajes en los que las diferencias pueden expresarse con una gama mayor de herramientas. Aquí

nos encontramos nuevamente con la propuesta de Audre Lorde, quien destaca la necesidad de defender características tales como la interdependencia, la diversidad y la creatividad, que permitirán avanzar sobre aquello que los registros tradicionales dejan intacto – aún en los casos planteados explícitamente en términos de contribución política empoderadora (es el caso, como vimos, de la historia “Gay & Lesbian”). La interdependencia y la diversidad (que también aparecieron como valores en Anzaldúa, y en los estudios de la discapacidad) son interpretadas por un sistema moderno como amenazantes o peligrosas, atentando contra su fundamental ilusión (normativa) de autonomía, coherencia interna y homogeneidad de l*s sujet*s. Sin estas características, la unicidad del* sujet* modern* parece temblar, y deberá enfrentar su multiplicidad interior, derribando la posibilidad previa de que cualquier diferencia fuera cómodamente arrojada al exterior para constituir a un* otr*. La autora toma particularmente el ejemplo de las “feministas blancas”, quienes habrían tendido a ver a la diferencia como una amenaza a la constitución de comunidades y luchas del movimiento de mujeres. Pensado desde el punto de vista de l*s sujet*s, esto nos remite a lo dicho con Stuart Hall al inicio del Capítulo 2, respecto de lo que denomina “la crisis de las identidades” modernas: “El sujeto, previamente vivido como teniendo una identidad unificada y estable, [con el advenimiento de la posmodernidad] se está tornando fragmentado; compuesto no de una única, sino de varias identidades, algunas veces contradictorias o no resueltas” (2006: 12). Si lo consideramos en relación con los abordajes del pasado, encontramos que esa delimitación de un* otr* coincide con la exclusión de géneros y registros como no propiamente historiográficos, ya desde el origen mismo de la disciplina, con la división entre historiografía y literatura. Volviendo a Lorde, la autora afirma que “la diferencia no debe ser meramente tolerada, sino vista como fundamento de relaciones necesarias entre las que nuestra creatividad pueda destellar como una dialéctica” (Lorde 1981: 99). Lejos de ser una amenaza, entonces, la diferencia es una fortaleza, y deberá ser cultivada pues sólo en ella se perderá el miedo a la interdependencia.

Gayatri Spivak también se hace eco de la idea de la literatura como fuente de interrogantes, y de hecho la diferencia específicamente de la historia: si bien ambas darían lugar a operaciones críticas, la autora privilegia a la literatura por lo que le encuentra de potencial radical. Mientras que la historia provee de categorías que nos permiten comprender en términos nuevos las posiciones sociales y estructurales de las personas (y estos términos definen una identidad colectiva, con eventuales efectos políticos), la literatura relativiza las categorías asignadas por la historia, y expone los procesos que construyen y posicionan a l*s sujet*s (Spivak 1987: 241). Aunque la autora afirma que la literatura es más “deconstructiva” y va más en profundidad que la historia, pronto atenúa dicha distinción reconociendo que la distinción entre historia y literatura, y entre eventos reales e imaginarios, “ahora puede verse como una diferencia de grado más que de tipo”, y que las maneras en que ella se articula “también tienen una agenda oculta” (*ibid.*: 243). Tal como adelanté más

arriba, considero fundamental dejar de lado las oposiciones binarias entre literatura (o arte, en términos más amplios) e historiografía a la hora de buscar recursos para el abordaje del pasado. Ante todo, porque la segunda puede cumplir, y de hecho muchas veces cumple, la tarea de exponer los procesos de construcción de identidades y conceptos, máxime en el caso de un proyecto de corte genealógico tal como el sugerido en el Capítulo 5.2.1 (y que de hecho Spivak cita en su texto, a través de Foucault, como uno de los factores de transformación de la historiografía). Y en segundo lugar, porque tanto la literatura como el resto de las artes pueden tener una función, explícita o no, de normalización u ocultamiento de la genealogía de una práctica o identidad. El caso de la producción de nacionalidad a través del establecimiento de, entre otras cosas, un canon cultural, tal como sucediera con la conformación de los Estados Nación latinoamericanos en el siglo XIX, es un ejemplo claro de este tipo de usos. En este sentido, rescato una de las “proposiciones” que presenta Spivak a modo de conclusión, que apunta a la complementariedad de las dos disciplinas: “Los desarrollos de estas tareas, del historiador* y del profesor* de literatura, deben 'interrumpirse' el uno al otro críticamente, llevarse mutuamente a una crisis, a fin de servir a sus destinatari*s, especialmente cuando cada uno parece reclamar todo para sí” (Spivak 1987: 241).

El camino que señala Spivak es retomado de manera explícita por Joan Scott, quien se enfoca particularmente en los distintos modos en los que una y otra (historia y literatura) entienden la relación entre palabras y cosas. La autora considera que Spivak favorece demasiado la tarea de la literatura por sobre aquella de la historiografía, como si la primera fuera más auténtica o fundacional. Propone en cambio emprender una tarea que una el potencial de ambas, a la que denomina “leer lo literario” o “leer buscando lo literario” [*reading for the literary*] en la historia (Scott 1991: 796): esto es, leer los textos – sean o no clasificados como “literatura” – en busca de los procesos de producción de saberes, “abriendo nuevas posibilidades para analizar las producciones discursivas de realidad social y política como procesos complejos y contradictorios” (*ibid.*: 794). En línea con los aportes de la Nueva filosofía de la historia, defiende la necesidad de tener en cuenta el aspecto literario de las representaciones del pasado, y propone no dar por supuesta “una correspondencia directa entre las palabras y las cosas, ni limitarse a significados únicos, ni apuntar a la resolución de la contradicción” (*ibid.*: 793). Hay varios elementos de la propuesta de Scott que resuenan en lo dicho hasta ahora en esta Tesis, y que me interesa recuperar. Por un lado, el llamamiento a que el debate no se reduzca a “elegir” entre historiografía y literatura, como si se tratara de dos esferas discretas y autónomas; es preferible, en cambio, que se tomen las herramientas de cada una para pensar -y producir- la otra, y para pensar el pasado con ellas. Además, la autora recupera la importancia de la (re)lectura, quitando la exclusividad a la escritura a la hora de pensar modos alternativos y críticos de relacionarnos con el pasado. Finalmente, aporta a lo dicho hasta aquí en relación con la apertura, las contradicciones y la valoración de la ambigüedad

como claves para lecturas/escrituras críticas del pasado.

Un último punto importante al considerar la apertura de nuevos registros es la pluralidad de voces que puede habilitar. Tal como vimos anteriormente, la historiografía “ortodoxa” (utilizando el término de Scott) presenta una serie de requisitos de ingreso, relacionados fundamentalmente con la profesionalización de la disciplina. Al abrir el campo de intervención a modos alternativos de presentar el pasado, se abre también a nuev*s actor*s, esto es, a personas, colectivos, espacios que no tienen o no quieren un lugar dentro de aquella “ortodoxia”. Este punto es particularmente relevante al tener en cuenta las historias de minorías o de “nuev*s sujet*s”, dado que se trata de individu*s y colectivos que, por su misma condición de minoría, usualmente no acceden a los círculos de producción de saberes o formación disciplinar legitimados por la academia. Es de notar, finalmente, que este mismo trabajo de Tesis se hace eco de ese efecto, al hacer un intento por incorporar registros alternativos de producción y circulación de conocimiento, debido a la conciencia de que limitar las fuentes a los registros tradicionales no hace sino reproducir las exclusiones contra las que intento avanzar a partir de mi acción teórica. Para que este viraje sea efectivo, sin embargo, debe estar acompañado del cuestionamiento de las estructuras de privilegio que sostienen el acceso a aquellos espacios, ya que, como afirma Spivak, “no es ingenuo olvidar que, a medida que los colectivos implicados en el segundo grupo de sustantivos [feminismo, racismo, revolución] comienzan a participar en la producción de conocimiento sobre sí mismos, deben tener una porción en algunas de las estructuras de privilegios que contaminan al primer grupo” (Spivak 1987: 253).

6.2.2. Modos de presentación: propuestas desde la Nueva filosofía de la historia y el pensamiento queer

El reconocimiento del potencial que encierra este tipo de soportes hace que, a la hora de considerar propuestas específicas acerca de cómo abordar el pasado desde el arte y la literatura, tanto la Nueva filosofía de la historia como el pensamiento queer nos ofrezcan sugerencias interesantes. Antes de pasar a una serie de ejemplos en la sección siguiente, quisiera detenerme en algunas de estas posibilidades abiertas por nuestro marco teórico, que se muestra útil, una vez más, tanto para leer y pensar en los modos más arraigados de representar el pasado, como para desarrollar y abordar alternativas que hagan lugar a otras subjetividades y a otras potencialidades políticas.

Desde el terreno de la teoría de la historia, uno de l*s autor*s que más ha contribuido a la reflexión acerca del vínculo entre historia y literatura es, indudablemente, Hayden White. Siempre trabajando en torno a la historiografía pensada como texto, en el que las decisiones formales son

inescindibles de sus contenidos, en su obra de los últimos veinte años White ha centrado gran parte de su análisis en el potencial de la literatura, y particularmente la modernista, para el abordaje del pasado, especialmente en lo que se refiere a los que denomina “eventos modernistas”. Estos son, de acuerdo con el autor, acontecimientos que se resisten a ser procesados mediante las convenciones del género, debido a su carácter liminal que disuelve el concepto mismo de acontecimiento (White 1999).⁶⁸ Si para White la escritura modernista es propicia para el abordaje de estos eventos, es porque ella, de acuerdo con la reconstrucción que nos ofrece Omar Murad,

tiene al menos tres grandes rasgos formales que consisten en (1) la disolución de la trama, (2) la multiplicación de los puntos de vista que hacen estallar la estabilidad del sujeto, y (3) la disolución del acontecimiento. Esto, a su vez, tiene algunas consecuencias: I. Cierra la brecha entre la historia y la literatura (pre-modernista) entendida como ficción; II. Supera la oposición, por una parte, entre las dimensiones literal y figurativa del discurso, y por la otra, entre sus modos factuales y ficcionales; III. Diseña una imagen de la realidad sin las grandes narrativas y abierta a múltiples significados. (Murad 2013, s/p)

Cada uno de estos puntos puede remitirnos a distintos aspectos de la historiografía abordados hasta ahora en la Tesis: la multiplicación de puntos de vista y de significados, en relación con la idea de relatos no clausurantes propuesta en 5.3, el cuestionamiento de las grandes narrativas descrito en 2.2, la inestabilidad de l*s sujet*s que emerge de lo dicho en 2.1, entre otros. En lo que respecta específicamente al objeto de este Capítulo, podemos destacar que a White le interesa retomar el trabajo de l*s escritor*s modernistas porque, ante todo, considera que, “a diferencia de sus contrapartes historiador*s, ell*s se dieron cuenta de que el lenguaje mismo es una parte del mundo real y debe ser incluido entre los elementos de ese mundo en lugar de ser tratado como un instrumento transparente para representarlo” (White 2010e: 204). Un aporte fundamental de la escritura modernista es, entonces, la exhibición de los mecanismos del lenguaje y el trabajo con/sobre ellos, mediante la cual logra “expandir la comprensión del mundo del cual habla” (*ibid.*: 205). Pero además, White considera que las representaciones artísticas pueden ampliar el espectro del conocimiento del pasado, ya que, como adelantamos en el capítulo anterior, la literatura “nos dice no sólo 'lo que pasó' (...), sino también 'cómo se sintió’” (*ibid.*: 205)⁶⁹. Fue este punto el que nos ayudó, en el apartado 5.2.4 del Capítulo anterior, a comprender la importancia de los sueños en

68 En palabras de White, los eventos modernistas “[n]o se prestan a explicación en términos de las categorías suscritas por la historiografía humanista tradicional, que exhibe la actividad de los agentes humanos como si éstos fuesen de algún modo completamente conscientes de sus acciones, y como si fuesen moralmente responsables de ellas, y capaces de discriminar claramente entre las causas de los acontecimientos históricos y sus efectos tanto a lo largo como a corto plazo en formas de sentido relativamente común. En otras palabras, se supone que los agentes comprenden la historia en la misma forma que los historiadores profesionales lo hacen” (2003: 226-227).

69 A esto se añade lo mencionado en la Nota 67 (*supra*) en relación con el cine.

el film *Waltz with Bashir*, cuyo director justifica el uso de la animación explicando: “Queríamos recrear los eventos mismos, y más aún: queríamos dar el sentido de ansiedad, de miedo, para realmente plasmar los horrores de la guerra a través de pesadillas y alucinaciones” (McCurdy 2008).

Las posibilidades de transmitir más de lo que afirman los contenidos de una obra no es, en realidad, propiedad exclusiva de la literatura o el cine. Al encarar al texto histórico como un artefacto literario, White abre la puerta al análisis de los recursos retóricos que lo conforman, además de poner a consideración los aspectos éticos y políticos de esas elecciones. Analizar el lenguaje poético o figurativo a través de sus tropos, su trama, y otros aspectos metahistóricos, permite “comprender las operaciones a través de las cuales ciertos contenidos de la experiencia que se resisten a ser descriptos mediante representaciones en una prosa sin ambigüedades pueden ser asidos prefigurativamente y preparados para la aprehensión consciente” (White 1973: 34). En el caso de la ironía, la idea de que el texto transmite algo más que su contenido temático toma aún más relevancia, ya que, al ser “metatropológica”, en el mismo acto de afirmar algo pone en cuestión aquello que afirma. Quisiera traer aquí una descripción algo extensa de los modos de operar de la ironía según White, a fin de comprender hasta qué punto el autor considera que los recursos formales del texto apuntan tanto a un tipo específico de reducción o integración en el nivel literal, como a un determinado modo de iluminación en el nivel figurativo:

La táctica figurativa básica de la Ironía es la catacrexis (literalmente “mal uso”), la Metáfora manifiestamente absurda diseñada para inspirar dudas Irónicas sobre la naturaleza de aquello que está siendo caracterizado, o la inadecuación de la caracterización misma. La figura retórica de la aporía (literalmente, “duda”), en la que un* autor* señala por anticipado un descreimiento real o simulado respecto de la verdad de sus propias afirmaciones, podría ser considerado el recurso estilístico favorito del lenguaje Irónico, tanto en la ficción de tipo más 'realista' como en historias que son plasmadas en un tono conscientemente escéptico o que son 'relativizantes' en su intención. El objetivo de la aseveración Irónica es afirmar tácitamente el negativo de lo que en el nivel literal se afirma positivamente, o a la inversa. (White 1973: 37)

De esta manera, a través de la negación retórica de lo que se está diciendo, el autor logra permanecer crítico de su propia producción y exponer las problemáticas de la disciplina misma. Adelantándome levemente a mi propia exposición, noto que años después, Donna Haraway también se ocupó de señalar, desde el feminismo, las ventajas de adoptar la ironía como canal para la imaginación, agregando alusiones a su potencialidad política:

La Ironía tiene que ver con las contradicciones que no se resuelven en completitudes más

grandes, ni siquiera dialécticamente; con la tensión de sostener juntas cosas incompatibles porque ambas o todas son necesarias y verdaderas. La Ironía tiene que ver con el humor y el juego serio. También es una estrategia retórica y un método político, uno que me gustaría ver más homenajeado dentro del feminismo socialista. (Haraway 1991: 149)

Tal como adelanté en el Capítulo 4 en relación con las historias tramadas en torno a los eventos de Stonewall (ver apartado 4.2.5), sucede algo similar en el caso de la sátira, un modo de tramar que transmite “la conciencia de su propia inadecuación como una imagen de la realidad”, e incluso de “la inadecuación de la conciencia para vivir en el mundo de manera feliz o comprenderlo por completo” (White 1973: 10). En este sentido, tanto la sátira como la ironía habilitan aquel trabajo que ha emergido como urgente una y otra vez desde el inicio de la Tesis, y que está fuertemente presente en las perspectivas queer utilizadas: se trata de la autocrítica, la puesta en cuestión permanente y el reconocimiento de las limitaciones inherentes a lo que producimos mediante nuestro trabajo intelectual, político o artístico.

No obstante, es importante aclarar que en este sentido White no carga todo el potencial sobre la escritura, sino también sobre la lectura (y en esto retorna a sus primeros aportes, principalmente de *Metahistoria*): el abordaje de un texto, ya sea atribuido a la historiografía o a la literatura, debe incorporar el análisis de sus imágenes específicas, sus artificios de figuración y tropologización, so pena de perder de vista gran parte de lo que puede transmitirnos el escrito. Es lo que el autor denomina “lectura atenta”, e implica comentar “acerca de cada tropo y giro de su elaboración”, ya que “sólo así podríamos hacer un trabajo apropiado de traer a la superficie su contenido latente”. A diferencia de la opinión generalizada de que “los hechos constituyen el cuerpo del discurso histórico y el escrito su más o menos elegante, pero no por ello menos esencial, ropaje” (White 2003: 146), White considera que ese “inconsciente del texto” “es tan significativo como evidencia histórica como cualquier información fáctica que podemos derivar de su lectura literal” (White 2010e: 206).

Nuestro acercamiento a algunas propuestas del pensamiento queer nos invita a repensar desde esa perspectiva las características que señala White tanto en la historia como en la literatura, y su utilidad para pensar modos queer de presentación de los abordajes del pasado. Atendiendo, por ejemplo, al llamamiento a forjar relatos no clausurantes, encontramos en el modernismo literario un estilo que no buscaba la completitud, ni un realismo a la manera moderna – esto es, un realismo que aspire a imponer al objeto de la representación una ordenación de la que éste carece: Auerbach mismo consideraba que los escritores modernistas temían “imponer a la vida y a su tema una ordenación que no ofrecen ellos mismos” (citado en La Greca 2011: 236), y apuntaban, por el contrario, a problematizar “el deseo de interpretación sintética del lector” (*ibid.*: 237). Cabe aclarar,

en línea con lo dicho anteriormente respecto de las políticas de la retirada, que la respuesta no residía aquí en una renuncia a la escritura, sino más bien en exponerse como parte de ella: al tornarse parte del proceso, y renunciar tanto a la total pasividad como a la agencia omnipotente, el autor renuncia al control sobre aquello que produce, y reconoce explícitamente sus limitaciones y el carácter procesual y siempre incompleto de su producción⁷⁰. Una producción que siempre, en algún sentido, será fracaso, y siempre, en algún sentido (otro, o el mismo), será conquista.

Un exponente de la perspectiva queer que adopta gran parte de lo dicho por White es Scott Bravmann, quien retoma la idea de la historiografía (tradicional) como “un sistema de significación (...) fuertemente regido por reglas” que debe ocultar “sus códigos de representación” (1997: 27). Frente a este panorama, al autor le interesa pensar en una multiplicidad de “imaginaciones históricas”, sin desechar de plano la tarea de una historiografía que él denomina “revisionista”, pero sin tampoco quedar preso de ella. Su propuesta es trabajar sobre una noción ampliada de historiografía, que haga lugar a los múltiples modos en los que se construyen sentidos del pasado en nuestra sociedad, incluyendo proyectos de memoria popular, obras literarias, notas periodísticas, y la relectura desde una perspectiva queer de textos clásicos de la historiografía “Gay & Lesbian”. Cada una de estas “ficciones queer del pasado” ofrece una serie de perspectivas parciales, incompletas, cargadas de valores y sujetas a reinterpretación y revisión (*ibid.*: 32), que nos servirán no tanto para encontrar “certeza histórica”, sino más bien para apreciar los modos en los que “las textualizaciones múltiples del pasado construyen significado para l*s sujet*s históric*s queer” (*ibid.*: 45). El interés de Bravmann en la historia nace, al igual que el de este trabajo, de la consideración de la historia como construcción no sólo del pasado, sino del/los futuro/s posible/s, no sólo como descripciones sino como “sitios performativos en los que se inventan sentidos” (*ibid.*: 97), y en este sentido, la ampliación de registros apunta a una apertura de los futuros que ellos habilitan.

Además de esta característica, la perspectiva queer que sigo aquí pone en cuestión la existencia de una “pureza” de géneros, o de compartimientos estancos, u originalidad total en alguna *performance*; se afirma, por el contrario, que ese tipo de consideraciones nacen de la compartimentación que se efectúa sobre un continuo de lo existente a fin de hacerlo inteligible para parámetros ajenos. Esta postura tiene como consecuencia práctica el cultivo de la hibridez de los géneros, el uso de collages, la multiplicidad de registros, la fusión de lenguajes y la invención de palabras, el trabajo colectivo, las presentaciones sin cierre. Literatura, cine de ficción, cine

⁷⁰ Se trata de lo que White, tomando a Roland Barthes, denomina “voz media”, esto es, un proceso de escritura que “resulta creativo y liberador en la medida en que ubica al escritor-agente *dentro* del proceso de la escritura y revela la constitución del sujeto-de-la-escritura como el principio latente, el objetivo y el propósito de toda escritura” (White 2011c: 449-450); o, en palabras de La Greca: “un modo de escritura en el que quien escribe “se constituye a sí mism* a la vez que constituye sus escritos, efectuándose y afectándose a sí mism* a través del acto de escribir” (La Greca 2014: 11). Al respecto, ver también La Greca 2011.

documental, artes plásticas, *performance*, sirven para enriquecer el horizonte de abordajes del pasado y, por consiguiente, de los futuros posibles que se imaginan a través de ellos. Además, y volviendo sobre la propuesta de Halberstam de trastocar la distinción entre “teoría alta” y “teoría baja”, se trata de enfoques que no excluyen figuras e interlocutor*s en función de su admisibilidad en un cierto mundo académico (o artístico), sino que navegan entre fuentes buscando aquellas que puedan dar lugar a un diálogo fecundo.

Lo dicho con White en relación al “cómo se siente” podría sugerir que ciertos registros facilitarían la transmisión de determinados aspectos del pasado, y, como consecuencia, que la apertura de los géneros puede ser de utilidad a la hora de plasmar facetas difíciles de transmitir en la historiografía “normal”. Desde un punto de vista queer, observo que se trata no tanto de buscar el “mejor modo” de presentar el pasado, sino de poner en cuestión la desvalorización de aquellos aspectos que no caen bajo la descripción vigente de historiografía, por ejemplo, mediante la jerarquización de las sensaciones – no sólo respecto de la racionalidad, sino también entre ellas mismas. Tal como vimos con Heather Love en capítulos anteriores, existe una tendencia dentro de los movimientos lgbt actuales a desechar todos aquellos sentimientos que no pueden ser traducidos en términos racionales de “utilidad” (económica, política, u otras): así, habría lugar para la rabia, el orgullo y el optimismo pero no para la vergüenza, la impotencia o la melancolía. Como antídoto, la autora se propone crear un “archivo del sentimiento” (2009: 4) que haga lugar tanto a quienes vivieron antes de lo que hoy se percibe como “liberación homosexual” (“la multitud abyecta contra la cual definimos nuestra propia liberación”), como a quienes aún hoy no gozan de sus frutos (*ibid.*: 10). Resulta significativo que a la hora de buscar “fuentes” para su archivo, Love – al igual que Bravmann o Sedgwick – se vuelca hacia las novelas o el cine, previendo que allí encontraría sentimientos que en la historiografía “tradicional” no son explicitados. Veo aquí una conexión interesante entre la propuesta whiteana y estos abordajes queer, mediante la cual se hace lugar a los sentimientos dentro de las narrativas acerca del pasado, se enfatiza que todos ellos deben tener lugar (incluso los que a primera vista parecerían ser políticamente inconducentes), y se incentivan los registros artísticos en tanto habilitan este tipo de enfoques.

Reabriendo el diálogo con Anzaldúa podríamos decir que aquí la ilusión moderna de pureza se ha disuelto en un rico mestizaje, y éste ya no aparece como un obstáculo a superar, sino como el sitio perfecto para el florecimiento de contradicciones, híbridos y nuevas posibilidades:

Las fronteras y paredes que supuestamente deberían mantener afuera a las ideas indeseables son hábitos y patrones de conducta arraigados; estos hábitos y patrones son el enemigo que tenemos dentro. La rigidez significa la muerte. La mestiza tiene que salirse constantemente de las

formaciones habituales; desde el pensamiento convergente, el razonamiento analítico que tiende a usar la racionalidad para moverse hacia un único objetivo (un modo Occidental), hacia el pensamiento divergente, caracterizado por el movimiento que se aleja de los patrones y objetivos establecidos hacia una perspectiva más completa, una que incluye más que excluir. La nueva mestiza lidia con el desarrollo de una tolerancia de las contradicciones, una tolerancia de la ambigüedad. (...) No sólo sostiene las contradicciones: convierte la ambivalencia en otra cosa (1987: 79)

Se gestan así lenguajes inéditos, que pertenecen a todos y a ninguno de los registros con los que se relacionan; las posibilidades de constitución performativa de otras realidades se multiplican, abriendo el juego a nuevos relatos, afectos, políticas y métodos. Tal vez sea esta la forma que tiene aquella “heteroglosia poderosa e infiel” que auguraba Donna Haraway (1991: 181) como vía de salida del laberinto de dualismos que nos aprisionan.

6.2.3. Las categorías en funcionamiento: algunas representaciones de la disidencia sexo-genérica en la literatura rioplatense

En capítulos anteriores abordé la notable ausencia de sujet*s lgbt en la historiografía “normal” que se dio hasta el surgimiento de los aportes de la denominada “Gay & Lesbian history”; me referí también, aunque brevemente, al caso argentino, en el que los escasos trabajos que existen sobre el tema provienen no desde la academia historiográfica, sino desde el periodismo o el activismo – e incluso en esos casos se trata principalmente de la historia de (cis)varones gays y (cis)mujeres lesbianas, sin explicitar el eje de la identidad sexo-genérica. Sin embargo, y tal como se desprende de lo dicho en este Capítulo, la incorporación de la literatura en la ecuación modifica los resultados, ya que es posible ubicar en ella diversos textos que abordan la temática desde perspectivas no estrictamente historiográficas en el sentido profesional. En esta sección, me propongo trabajar con algunos de dichos textos, destacando diversos puntos en los que aportan en la dirección de lo visto hasta aquí, y trazando líneas de potencialidades para pensar modos queer de presentar el pasado. Trabajaré sobre cuatro obras: *Mi Recordatorio* (2011), las memorias de una travesti chileno-argentina llamada Malva, *El diablo en el pelo* (2003), una novela del uruguayo Roberto Echavarrén (1944-), y *La brasa en la mano* (1983), una de las primeras novelas argentinas dedicada completa y explícitamente a la homosexualidad, escrita por Oscar Hermes Villordo (1928-1994). A esto se añaden una obra de teatro escrita en 1914, *Los Invertidos* de José González Castillo (1885-1937), y su puesta en escena casi un siglo después, en 2011, bajo la dirección de Mariano Dossena.

Las representaciones de la homosexualidad y de los géneros y sexualidades disidentes en la literatura argentina tienden a estar fuertemente marcados por tropos negativos, tales como la violencia, el castigo, el sufrimiento, y la marginación. En este sentido, replican lo que l*s estudiantes de Henry Abelove notaran respecto de las historiografías “Gay & Lesbian”, tal como vimos en el capítulo anterior: relatos ajenos al registro de orgullo y celebración de la disidencia que buscaba aquella camada de estudiantes de los años '90. En un contexto histórico de represión y violencia institucional (que de hecho en algunos casos era el contexto mismo de escritura, cuando se trata de relatos contemporáneos a la ubicación temporal de l*s autor*s), es difícil imaginar narrativas presentadas en un espíritu positivo y ligero. Las obras que observo aquí se suman a esta tendencia, ya que giran en torno a situaciones de miedo a las fuerzas de seguridad, ocultamiento de los marcadores visibles de sexualidad o género, el recurso a la prostitución no como elección sino como modo de supervivencia, entre otras. Al plasmar esas realidades, las obras ante todo contribuyen a explicitar las violencias, darles nombre, dejar sus descripciones a disposición para quien las necesite para interpretar su propia realidad – descripciones referidas no sólo a eventos puntuales o épocas históricas, sino también, y sobre todo, a sensaciones, estados de ánimo, climas relacionados con la vida en los márgenes de la norma.

En relación con este último punto, es importante notar que gran parte de las situaciones que emergen en los textos conllevan sentimientos negativos tales como la vergüenza, el miedo, la desazón, pero en ninguno de los relatos conducen a una movilización política o una organización colectiva que intervenga en la esfera pública para el mejoramiento de las condiciones de vida de l*s sujet*s. De acuerdo a lo visto hasta aquí, podríamos decir que esto deja a los eventos relatados “por debajo del radar” (retomando la expresión de Halberstam) de la historiografía “normal”, e incluso de aquel activismo lgbt que se construye alrededor del tópico del “orgullo”. Sin embargo, si seguimos la indicación de Heather Love se trata de sentimientos que no deben ser descartados o desmerecidos: hacerlo significaría no sólo obturar una parte del pasado, sino también excluir a quienes en el presente aún ocupan esos lugares (ver 4.2.2). El trabajo sobre los registros literarios del pasado puede servir no sólo para plasmar ese “cómo se sintió” al que se refería White, sino también para sumar las sensaciones “negativas” al “archivo del sentimiento” que propone Love, permitiendo ir más allá del espectro propio de las historiografías “normales”.

Por otra parte, y sin perjuicio de lo anterior, si observamos estas obras más atentamente veremos otros elementos que salen a la luz. Los personajes de estas historias, especialmente en *Mi Recordatorio*, *Los Invertidos* y *La brasa en la mano*, han llegado a conformar pequeñas comunidades que, ciertamente pecando de anacronismo, podríamos denominar “queer”, nuevas familias en las que pueden actuar libremente, protegerse l*s un*s a l*s otr*s, y olvidar por un momento aquel mundo despiadado que les espera afuera. En el caso de *Los Invertidos*, es notable el

contraste entre la familia “visible” (y el comportamiento de los personajes dentro de ella), marcadamente violenta frente a la diferencia sexo-genérica, y el parentesco construido por la disidencia clandestina, sostenido incluso por esos mismos personajes. De esta manera, l*s sujet*s disidentes reconstruyen sus parentescos, atados ya no por sangre sino por el amor y el acompañamiento; muestran las interdependencias de los seres humanos no sólo en su faceta violenta, sino también en la construcción de nuevas (micro) comunidades. Estas representaciones nos llegan a través de una literatura que se encarga de seguir los pequeños movimientos de l*s sujet*s a través de sus vidas cotidianas, sus relaciones y sus micro resistencias, con particular atención a sus modos de vincularse con l*s otr*s y consigo mism*s.

Además de los sentimientos negativos y la reafirmación de la interdependencia de l*s sujet*s, estas obras literarias dan lugar a lo que señalamos como la hibridez y la contradicción de las identidades, sin buscar agentes de descripciones claras y unívocas, sino por el contrario destacando sus tensiones. En *El diablo en el pelo*, por ejemplo, Echavarren se asegura de que este carácter “confuso” se plasme abiertamente en los personajes, sus géneros y sexualidades, entre otras cosas a través del juego con sus nombres: nunca estamos segur*s de cómo se llaman, cuál es el género de sus nombres o quiénes son, teniendo en cuenta que, por ejemplo, Julián también puede ser Lolito, Lola, Julia, Juliette; las primeras palabras que pronuncia son “no soy una mina”, luego aparece en un sueño en el consultorio de un doctor, embarazad*; se rehusa a ser penetrad* por su pareja; recibe permanentemente propuestas por parte de varones que se sienten atraídos a quien piensan que es una mujer, y los rechaza; luego intenta provocar celos en su pareja confesando que mantiene relaciones frecuentes con mujeres mayores. Otro ejemplo es el que nos provee Malva, quien en su autobiografía *Mi recordatorio* cambia frecuentemente de género, denominándose alternadamente en términos masculinos y femeninos, refiriéndose a sí mism* como “mariquita”, otras veces como “maricón”, “diferente sexual”, “travesti”, y otras aun como “homosexual”. Estos recursos permiten a sus autor*s y personajes sostener su “confusión” sexo-genérica, y entender dicha “confusión” no como algo que debe ser resuelto a fin de aplacar lo que más arriba denominamos “el deseo de interpretación sintética del lector”, sino como parte de la riqueza de la existencia humana.

A esta complejidad propia de las identidades sexo-genéricas se suma aquella vinculada a la intersección de múltiples pertenencias y filiaciones: sexuales, genéricas, políticas, sociales, raciales. Dada la naturaleza multifacética e incluso autocontradictoria que estas narrativas permiten a sus personajes, podemos ver cómo lidian con todas esas identidades, sin buscar una resolución en favor de alguna de ellas en particular. Incluso podemos ver los modos en que esas distintas proveniencias interactúan: en *El diablo en el pelo*, un hombre blanco y de clase acomodada de Montevideo se encuentra con un joven marginal de las afueras de la ciudad, que vive de pequeños delitos y nunca terminó la escuela; en *La brasa en la mano*, diversas situaciones reúnen a marines y soldados, un

joven homosexual “discreto”, una “marica” excéntrica y una mujer adulta que disfruta de su sexualidad con varones de todas las clases, edades y orígenes. Tod*s ell*s viven en la frontera de diversas identidades y valoran la riqueza de ese entrecruzamiento en el modo de ser de sus compañer*s, aunque también lidian con las dificultades de expresar algunas de ellas públicamente en un contexto fuertemente represivo.

Esa atmósfera liminal y ambigua y el “cómo se sintió” se plasma también en los modos en que las obras encaran las vivencias de sus personajes en relación con la temporalidad y la espacialidad. Lejos de sostenerse en la acción dinámica, la novedad o el entretenimiento, los textos logran transmitir una temporalidad que evade aquella lineal (y muchas veces progresiva) que suele estructurar la historiografía “normal” marcando el ritmo de elementos tan variados como qué años son importantes en la historia de un grupo dado o cuánto tiempo es considerado apropiado para el desarrollo de un evento o proceso, entre otros. Esa temporalidad “normal”, y la espacialidad que la acompaña (centrada generalmente en el espacio público e institucional) es en muchos casos ajena a las vidas de l*s sujet*s que protagonizan historias tales como las que presento aquí, donde se experimentan otro tipo de hitos, ritmos y puntos de inflexión para la vida. Tal como vimos en la introducción del Capítulo 2 con el caso de Valeria Ramirez, y como emerge también de la lectura de *Mi Recordatorio*, bien puede ser que el momento de un golpe de Estado, marca fundamental en cualquier relato del siglo XX argentino, no implique una diferencia significativa en la vida cotidiana de sujet*s que debido (en este caso) a su identidad sexo-genérica son blanco permanente de violencia estatal antes, durante y después de un gobierno militar. Desde el punto de vista de la espacialidad, el examen de las obras nos provee de numerosos ejemplos de lo que Néstor Perlongher (1993) denominó “la deriva homosexual”: ese transcurrir errático, casi nómado, de l*s disidentes sexo-genéric*s a través del espacio urbano. La geografía y la temporalidad queer son, en muchos aspectos, diferentes de las “normales”, en el doble sentido referido en el apartado 5.3 de lo “habitual” y lo regulado a través de una “norma”. Perlongher habla de “toda una masa que se nomadiza y recupera un uso antiguo, arcaico, de la calle” (1993: 76); este vagar a través del espacio, en una temporalidad que parecería correr en paralelo a la de los relojes de una historiografía de “grandes eventos”, es uno de los principales atractivos (si no *el* principal) de las obras que traigo a consideración aquí. Geografías urbanas y rurales son vividas en un tiempo alternativo, en complicidad con otr*s sujet*s disidentes y personajes marginales (prostitutas, artesan*s nómades de escasos recursos materiales, personas sin casa, etcétera), coincidiendo sólo incidentalmente con el espacio y el tiempo “normal” - generalmente, cuando las fuerzas represivas hacen su aparición en escena.

El eje de la temporalidad toma significados nuevos y poderosos en el caso de *Los Invertidos*, obra escrita a principios del siglo XX por un autor que ha sido calificado como “un evangelizador

moral del teatro” (Cortazzo, citado en Lozano 2009), y que luego es puesta en escena nuevamente en Buenos Aires en el año 2011. En ella, tres personajes exponen la doble moral de la alta sociedad porteña de la época: mientras el juez condena a cada “invertido” cuya causa llega a su despacho y mantiene una vida familiar aparentemente ejemplar, sostiene una relación paralela con su compañero del liceo⁷¹, quien además seduce a la esposa de aquél; el desenlace, coherente con una época de pleno auge del “higienismo científico”, es trágico. La censura tras el primer estreno de la obra dio ocasión al autor para dejar en claro sus objetivos: tal como relata Ezequiel Lozano,

[e]n su apelación ante el concejo deliberante, González Castillo argumenta que la obra 'es francamente moralizadora y persigue un alto objeto de mejoramiento social, sin atentar contra las buenas costumbres ni contra la moral media de la sociedad'; habla de la pedagogía social de la misma (...). Pero todo esto no fue suficiente para cancelar la prohibición. No importó que el autor hablara al público luego de la función de estreno para hacer más obvio lo que ya era evidente en su texto, a saber, su convicción de que se debía desprestigiar al 'invertido' así como el mismo 'invertido' debía desprestigiar a sí mismo hasta llegar al suicidio. (Lozano 2009)

En su puesta contemporánea, Dossena optó por seguir a rajatabla el guion original, así como también la ambientación de época y el registro actoral. Sin embargo, los significados que transmite y la respuesta del público no pueden ser más disímiles: frente a un escritor que buscaba denunciar una “plaga social”, un director que invita a reflexionar acerca de la homo/transfobia y la doble moral represiva; frente a un público que refuerza su aseveración de que se trata de personas pervertidas y, por ello, condenadas a la desgracia, uno que se identifica con los tres personajes entendiéndolos como víctimas de la opresión de género y la homo/transfobia⁷². Incluso, no sería raro que la puesta en escena de esta obra en la actualidad sea interpretada como una muestra del “progreso” de la sociedad en relación con la disidencia sexo-genérica, así como muchas interpretaciones del cine hollywoodense de mediados de siglo XX leen la violencia sexo-genérica como “errores” que han sido superados (Love 2009: 16-17). Entiendo este gesto de resignificación

71 Tanto la crítica como l*s realizador*s de la puesta contemporánea hacen alusión a una relación homosexual y, por consiguiente, señalan al texto como muestra violencia homofóbica. Sin embargo, la obra está atravesada tanto por ejes de orientación sexual como de identidad de género, haciendo difícil delimitar si la relación entre ambos protagonistas es efectivamente una relación homosexual, y/o si la obra no es también una representación transfóbica. Definirse por una opción u otra es definir la identidad de los personajes, delimitar su existencia a las representaciones identitarias actualmente disponibles; por ello, he preferido aquí hablar de “homo/transfobia” y dejar abierto el interrogante. Agradezco a Blas Radi por su ayuda para dar forma a esta idea.

72 La lectura del análisis de Ezequiel Lozano (2009) me permitió entender que el fenómeno de la identificación en esta obra es complejo y excede lo afirmado explícitamente por el dramaturgo tanto ante el Concejo Deliberante como ante su propio público; si bien por cuestiones de extensión no profundizaré sobre este punto, sí sugiero que, de cierta manera, esta complejidad nos remite a la importancia de una “lectura atenta” tal como la que propone White, que observe los recursos estilísticos y formales que se ponen en juego y aquello que transmiten, más allá del contenido explícito de la pieza.

de la pieza mediante su traslación temporal como un modo de “queerizar” el texto, que le suma capas de significado a sabiendas de la imposibilidad de llegar a un “original” o a un momento primigenio en el que la obra era “realmente” nueva o auténtica. La puesta contemporánea construye una obra “en dos tiempos” (Ibáñez 2011) disuelve la temporalidad, autoriza la inestabilidad de l*s sujet*s (espectador*s, personajes, actor*s, crític*s, autor, director) y expone el discurso sin huirle a las ambigüedades que cosecha en el camino.

Este breve repaso de algunos ejemplos nos muestra modos de abordar el pasado que, sostengo, abren horizontes queer con presentaciones multívocas, multiformes y heterodoxas. Mediante su escritura y/o su relectura logran traer la historia de modos que no clausuran, sino que abren el espectro de posibilidades; buscan plasmar algo de la multiplicidad de ramificaciones del presente, del pasado, y de la conexión entre ambos, y presentan sin concesiones la pluralidad y ambivalencia de lo humano. Mediante el registro literario, se logra transmitir “lo que se siente” (sentimientos, en muchos casos, relacionados con la desorientación, la incomprensión, el miedo, la impotencia), y no solamente a partir de afirmaciones explícitas, sino también a través de los modos de escritura, reescritura y lectura de los textos. Ellos dan lugar, además, a la experimentación con otras espacialidades y temporalidades, factores que en algunos casos l*s sujet*s que retratan vivieron de modo lúdico, y en otros a partir de urgencias propias de la supervivencia en contextos represivos. Finalmente, estas narrativas, emplazadas en el cruce de múltiples identidades, abren con su autoría el espectro de sujet*s habilidad*s para narrar, e invitan a continuar pensando, repensando, escribiendo, reescribiendo, releendo el pasado.

6.3. Algunas conclusiones preliminares

Una vez que las divisiones entre historiografía y literatura se tornan difusas – al comprender los modos en que funcionan vínculos tales como realidad/ficción, ciencia/retórica, forma/contenido – encontramos que estas potencialidades usualmente atribuidas a una u otra rama del saber, pueden coexistir en nuevos modos de entender nuestros vínculos con el pasado y sus modos de presentarlo en la actualidad. Si “las herramientas del amo nunca destruirán la casa del amo”, tal vez la clave, tanto para lo estético como para lo político y lo epistemológico, esté en la imaginación y la creatividad para pensar y representar nuevos (viejos) mundos posibles. Al igual que Lorde, Anzaldúa remarca que no es suficiente con resistir, ya que la resistencia inevitablemente se limita a los términos de aquello a lo que se resiste, sin hacer lugar al desplazamiento. Hace falta actuar:

Toda reacción está limitada por, y depende de, aquello contra lo que se está resistiendo. (...) En algún momento, en nuestro camino hacia una nueva conciencia, deberemos salir de la orilla opuesta (...). O quizás decidamos desvincularnos de la cultura dominante, cancelarla por completo como una causa perdida, y cruzar la frontera hacia un territorio completamente nuevo y separado. O quizás tomemos otro camino. Las posibilidades son numerosas, una vez que decidimos accionar y no reaccionar. (Anzaldúa 1987: 78).

Para ello, será necesario utilizar todos los recursos que tenemos a nuestra disposición, y vencer el miedo a la mezcla, la vulnerabilidad (expresada de manera arquetípica a través del uso de la poesía) y el rechazo. En este sentido, la creatividad cumple un rol fundamental en la propuesta de la autora, así como de muchos exponentes de la perspectiva queer, tanto en su modo de escribir (que hace uso de géneros, lenguajes y registros de lo más variados), como en el contenido de lo que propone: hay que construirse otros mundos.⁷³ Tal como afirmara Foucault en relación con las identidades sexuales, se trata de “la creación de nuevas formas de vida, relaciones, amistades en la sociedad, en el arte, en la cultura, etcétera, a través de nuestras opciones sexuales, éticas y políticas. No sólo tenemos que defendernos, no sólo afirmarnos, como una identidad, sino como una fuerza creativa.” (1997: 164). Frente a la producción de sexualidades que serán clasificadas, disciplinadas y jerarquizadas (Foucault 2002: 57), el autor propone como resistencia más efectiva, una contra-productividad en la que se juegue creativamente con nuevas economías del placer no cubiertas ni comprensibles por parte de las clasificaciones disciplinarias (aunque, reconoce, nunca podrán ser totalmente ajenas a ellas). Llevando estas reflexiones al ámbito de los relatos acerca del pasado, encontraremos que la creatividad nos puede llevar a forjar diversas formas de presentarlos, nuevas maneras de leer los existentes, y nuevos modos de construir nuestro presente y nuestro futuro.

Anzaldúa no deja de reconocer que el trabajo que ha encarado es doloroso y difícil: se trata de oponerse al “amo”, pero también, y sobre todo, de exponer las falencias de sus propias raíces, su cultura y su comunidad. El riesgo no es sólo personal, sino también colectivo: tal como adelantara Lorde, se nos ha enseñado que las diferencias internas nos debilitarán, y por eso debemos cubrirlas con conciliación. Sin embargo, la propuesta de Anzaldúa, al igual que las demás que hemos visto hasta ahora, nos invita a entender este riesgo como una fortaleza: las diferencias internas nos enriquecerán, y la mirada crítica sobre la propia cultura nos ayudará a separar “lo heredado, lo adquirido, lo impuesto”, y descartar los prejuicios que incorporamos al absorber los saberes hegemónicos (Anzaldúa 1987: 82). En un contexto distinto, Clare Hemmings (2011) señala que el

73 Soy consciente de que la idea de Anzaldúa de forjar algo “completamente nuevo y separado” contrasta con mi propia aseveración, expuesta principalmente en el apartado 5.1, de la imposibilidad de pensarnos radicalmente “en la otra orilla”, o por fuera de las descripciones que tenemos disponibles. En este punto no acompaño la propuesta de la mexicana; no obstante, creo que su aporte tiene gran cantidad de elementos valiosos que merecen ser incorporados.

proceso de transformación de sí a partir del vínculo con l*s otr*s no será fácil ni cómodo, y de hecho considera que si lo fuera, sería señal de una “falta real de transformación por parte del sujet*” (2011: 200). Si bien la autora incorpora esta idea, que toma de María Lugones, en el contexto del encuentro con l*s otr*s (en una dirección, en cierto sentido, inversa a la que está pensando Anzaldúa), de todos modos es interesante notar la relación entre lo que describe como “la incomodidad”, y el éxito real en la tarea, que deberá ir más allá de la expresión de deseo o el pronunciamiento nominal, y hurgar en los modos en que nos relacionamos con nosotr*s mism*s y con l*s demás.

Tal como rescata Stone-Mediatore del aporte de Anzaldúa, la interdependencia y el trabajo colectivo son valores fuertemente arraigados en su propuesta. La tarea de buscar nuevas representaciones, nuevas herramientas para construir “nuestra casa”, será menos difícil si se la lleva adelante en comunidad. La conciencia de este hecho es novedosa, y se ha demorado en revelársenos:

Nos hemos dado cuenta de que no estamos solas en nuestras luchas ni separadas ni autónomas sino que nosotras – blancas negras hetero queer mujeres varones – estamos conectadas y somos interdependientes. (...) Y aquellas de nosotras que tenemos más de algo: cerebro, fuerza física, poder político, energías espirituales, estamos aprendiendo a compartirlo con quienes no lo tienen. (Anzaldúa en Moraga y Anzaldúa 1981: 170)

En este sentido, la construcción de otras narrativas – y, con ellas, de otras realidades – se podrá dar solamente a través de un trabajo colectivo. Aportes tales como el de Anzaldúa o Lorde nos repiten una y otra vez que esta tarea es y debe ser colectiva, no sólo porque es un proyecto de largo plazo y sin resultados inmediatos, sino porque se trata de empresas extremadamente desgastantes, para las cuales siempre ayuda el apoyo de una comunidad de pares. Lejos de denotar debilidad, “la interdependencia entre las mujeres es el único camino hacia la libertad que permite 'ser' al 'yo', y no para ser usad*, sino para ser creativ*. Esta es una diferencia entre el 'ser' pasiv* y el 'siendo' activ*” (Lorde 1981: 99). Y, lo que no es menos importante, debemos tener en cuenta que si de lo que se trata es de discursos y lenguajes, nos encontramos en la esfera de lo colectivo, y en ella cumplen un rol fundamental la comunicación y el reconocimiento del otro. Ese reconocimiento, que se ha negado a las minorías en pos de preservar la norma hegemónica, es clave para el éxito de la construcción de “nuevas casas”, casas que sean más habitables, que sigan nuestros contornos, y que estén abiertas a nuestra comunidad: casas, en fin, que ofrezcan más puertas y ventanas (hacia l*s otr*s, hacia el futuro), y menos paredes y techos.

Hasta aquí pudimos ver los modos en que tanto la literatura como otras expresiones artísticas han sido valorizadas como lugar de, por un lado, visibilización (y, en algunos casos, cuestionamiento) del andamiaje retórico que la historiografía tradicional rara vez explicita, y, por el otro, creatividad y *poiesis* de nuevos mundos posibles. Ambas cosas son fundamentales para un proyecto queer que pretende tanto exponer los modos en los que se construye (y construimos) la “normalidad”, como imaginar y producir mundos nuevos, más vivibles. Por un lado, y recuperando la metáfora de Lorde, nos muestra cómo las “herramientas del amo” no sirven para construir las casas que queremos, entre otras cosas porque los mundos que forjan son aquellos que han dejado innumerables violencias por fuera del discurso (como vimos con Segato al iniciar este Capítulo), o que han limitado ciertas intervenciones a registros inferiores o secundarios (a partir de una jerarquía de géneros de escritura acerca del pasado). Por otro lado, y volviendo a lo dicho en el Capítulo 5, nos muestran la imposibilidad de forjar “herramientas” absolutamente nuevas, dado que siempre operaremos en el campo de las descripciones existentes. Y finalmente, nos muestran que entre un punto y otro yace la potencialidad de lo queer, la apertura hacia un futuro habitado por aquellos mosaicos “variados y multicolores” que auguraba Rorty, y que no serían posibles sin una mirada hacia el pasado que da forma a sus partes. A este territorio de potencialidad, sus aperturas y sus tensiones, dedicaré el siguiente y último capítulo de mi trabajo.

Capítulo 7

Queerizar el pasado, queerizar el futuro

“El historiador contemporáneo debe establecer el valor del estudio del pasado, no como 'un fin en sí mismo', sino como una manera de proveer perspectivas al presente que contribuyan a las soluciones de los problemas propios de nuestra época”
Hayden White, “The Burden of History”⁷⁴

“Lo que necesitamos saber es que lo queer aún no ha llegado, pero se nos aproxima como una ola chocante de potencialidad”
José Muñoz, *Cruising Utopia*⁷⁵

7.1. Recorrido del trabajo

A lo largo de este trabajo, hemos tenido oportunidad de indagar en diversos aspectos y desafíos que emergen del entrecruzamientos de los desarrollos de la Nueva filosofía de la historia y el pensamiento queer, detectando las dificultades y potencialidades de la escritura del pasado a la luz del fenómeno del “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”. Este fenómeno y los desarrollos de aquellas dos vertientes teóricas constituyeron los tres ejes que organizaron la Primera Parte de la Tesis, en la que mediante la presentación del marco teórico y contextual del trabajo se apuntó a establecer las categorías, fuentes y fenómenos con los que se trabajaría en adelante. En el Capítulo 2 comencé abordando el escenario de acción que denominé “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”, al que se deben gran parte de los desafíos a la historiografía – incluyendo aquellos planteados por los enfoques queer – que surgieron en apartados sucesivos. Allí, presenté algunas salvedades respecto de la idea de “novedad” de dich*s sujet*s, y a su subjetividad en términos de identidad; a continuación, retomé el concepto de “hegemonía” con el que quedó establecido el marco en el que luego se insertaron los análisis posteriores en relación con conceptos tales como opresión, poder, disputas por el significado y política. En las secciones sucesivas, abordé el marco teórico correspondiente a la teoría de la historia, ofreciendo un análisis introductorio (e inevitablemente incompleto) de la trayectoria de la historiografía desde su profesionalización en el siglo XIX, hasta desembocar en lo que describí, siguiendo a Jenkins, como el cuestionamiento de la “Historia con mayúscula” y la “historia con minúscula”. Posteriormente, la presentación de la Nueva filosofía de la historia me permitió ofrecer un primer acercamiento a puntos clave de la propuesta tales como la necesidad de analizar la producción historiográfica en tanto artefacto textual, y la de explicitar los presupuestos políticos, epistemológicos y estéticos contenidos en todo abordaje del pasado.

El tercer Capítulo ofreció la oportunidad de añadir a los aportes de la Nueva filosofía de la

74 White 1986: 41.

75 Muñoz 2009: 185.

historia aquellos provenientes del pensamiento queer, a fin de completar el marco teórico con el que se desarrollaría la Segunda Parte. Allí, presenté una breve introducción histórica del surgimiento y vicisitudes de la Teoría Queer, y luego me concentré más puntualmente en dos ejes que considero fundamentales: las intersecciones del análisis queer con otras esferas que exceden a lo sexo-genérico, como pueden ser la condición colonial/poscolonial, la diversidad funcional y la corporalidad; y los debates y críticas, tanto internas como externas, que enriquecen los aportes queer y los colocan ante la responsabilidad de pensar su propia tarea. Posteriormente, abordé específicamente los análisis que se han hecho desde un marco queer en relación a los modos de narrar el pasado, que, si bien no son abundantes, sí proveyeron elementos fundamentales para la reflexión de los capítulos subsiguientes. Entre otras cosas, en este Capítulo emergieron nudos tales como el debate entre historiografía queer e historiografía “Gay & Lesbian”, la discusión con el esencialismo y las políticas de la identidad, la hegemonización de lo queer y su pérdida de radicalidad, y los desafíos que un enfoque queer plantea al ejercicio de abordar el pasado.

La Segunda Parte de la Tesis fue la oportunidad para profundizar en el análisis de qué constituiría (y qué no) una “historiografía queer” o, más estrictamente, una historiografía que recupere señalamientos e indicaciones provenientes de la Nueva filosofía de la historia y del pensamiento queer, para enfrentar desafíos tales como los presentados por las reivindicaciones de l*s “nuev*s sujet*s”. A fin de organizar la exposición y abordar en profundidad sus distintas aristas, esta Parte se estructuró en tres Capítulos, siguiendo la propuesta whiteana de considerar los abordajes del pasado en lo que hace a sus compromisos políticos, epistemológicos, y estético-formales. En el primer caso, el análisis hizo hincapié en cuatro núcleos problemáticos: las identidades, el progreso, las figuras heroicas y el lugar de lo “otro” en la historiografía; en la conclusión, se adelantaron algunas consideraciones en torno a la importancia política de pensar, repensar y reelaborar nuestros abordajes del pasado. El Capítulo 5, por su parte, se concentró en las prácticas disciplinares de la historiografía en torno a tres aspectos: el realismo y el empirismo, el mandato de objetividad y neutralidad, y el documentalismo; en el último apartado, se analizó la problemática de los criterios de arbitraje entre relatos a la luz de lo expuesto en los puntos anteriores. Los aspectos estético-formales ocuparon la atención del Capítulo 6, en el que consideramos, por un lado, los vínculos entre modos de presentación y contenido; por el otro, las potencialidades que ofrece el arte para el abordaje del pasado; y, finalmente, algunas propuestas concretas de modos de presentación que aporten a la “queerización” de los relatos sobre el pasado.

Algunos ejes de discusión aparecieron recurrentemente a lo largo del trabajo: la estrategia política de la retirada, el esencialismo, la tarea autocrítica, la interseccionalidad, la idea de una multiplicación que se opone tanto a las propuestas de reemplazo como a las de superación. La recurrencia de estas claves de lectura, por un lado, indica el lugar central que ocupan en este

proyecto; por el otro, señala cuáles son los debates en los que se inserta la propuesta y a quiénes se encuentra en la necesidad de responder. El esencialismo, la retirada, la idea de cambio radical o absoluto y la de superación o progreso son cuestiones que han emergido una y otra vez en discusiones protagonizadas tanto por la Teoría Queer como por la teoría de la historia, cuyas respuestas en muchos casos convergen. Una réplica a estos planteos no podía ciertamente posicionarse desde un lugar de contraposición tajante o de superación (como si tales cosas fueran posibles o deseables), pero tampoco se pronunciará en defensa del *status quo*. Más bien, he intentado dar forma a una serie de propuestas interseccionales que tomen elementos de diversas vertientes teóricas y de distintos núcleos problemáticos, y que no se presenten en términos de superación o reemplazo de lo existente, como si existiera una novedad sin compromisos con el pasado y como si lo existente alojara todo lo negativo, y lo “nuevo” todo lo positivo. Propongo así, siguiendo el camino señalado por gran parte de la Nueva filosofía de la historia, una proliferación de enfoques y herramientas, que no reemplacen sino que multipliquen los relatos disponibles, los inviten a discutir entre sí, los releen, y a su vez sirvan de desencadenantes para la gestación de otros desarrollos.

Siguiendo con la propuesta de no dar cierres sino aperturas, de (parafraseando a la española Fefa Vila) “no ser un punto de llegada sino de salida”, este último Capítulo no se configura como un cierre del análisis sino, por el contrario, como una oportunidad para trazar líneas de reflexión y acción a partir de lo visto hasta aquí, volviendo las categorías sobre el trabajo mismo y proyectándolas hacia sus potencialidades futuras. Me interesa particularmente destacar las tensiones que emergen de los desarrollos presentados, y considerar el aporte de la Tesis en el marco de las discusiones vigentes tanto en el pensamiento queer como en la teoría de la historia. Apropiéndonos de lo dicho por Ankersmit en relación con la historiografía, podríamos decir que el objetivo no es ni ha sido “resolver un problema”, “lograr claridad” para “poner fin a la escritura”, sino “generar más escritura”; en este sentido, al igual que aquel autor, apunto a gestar trabajos que sean “poderosos estimulantes para la producción de más escritura”, y a la “proliferación de interpretaciones” en lugar de su reducción (1986: 25). Con este objetivo en mente, en lo que sigue me ocuparé, en primer lugar, de reflexionar acerca de las posibilidades y potencialidades que ha abierto la intersección de lo queer y la Nueva filosofía de la historia – buscando que la segunda no reproduzca lo que vino a denunciar la primera, pero también que la primera mantenga un alerta crítica respecto de su propio funcionamiento político, epistemológico y estético. Seguidamente consideraré algunas tensiones que emergen de la propuesta y que podrían dar lugar a objeciones; en algunos casos, se trata de señalamientos que suelen hacerse a las propuestas y autor*s del marco queer o de la Nueva filosofía de la historia con quienes trabajamos aquí. Me interesa considerar, en

cada caso, cuáles son las respuestas que habilita el enfoque propuesto y cuáles interrogantes permanecen abiertos. En la última sección, ofreceré algunas consideraciones acerca del futuro de la perspectiva que propongo aquí, en términos de sus posibilidades de desarrollo en tanto proyecto de acción teórica, y en lo que hace a los modos de encarar la tarea que tiene por delante si pretende no adolecer de los mismos inconvenientes que señala.

7.2. Posibilidades de las historiografías queer

El recorrido hecho hasta aquí nos dejó algunas conclusiones parciales, presentadas al final de cada capítulo, y también una serie de ejes transversales, en los que se nuclean aspectos relacionados tanto con lo político, como con lo epistemológico y lo estético. En esta sección, retomaré estos elementos para quebrar la distinción analítica que dio forma a la Segunda Parte y recuperar sus intersecciones. Sin reproducir lo dicho en los capítulos precedentes, me propongo sistematizar lo que considero son los principales aportes que puede hacer un enfoque queer al ejercicio de estudiar y relatar el pasado.

En el Capítulo 5 nos encontramos con la propuesta de las historiadoras queer Kennedy y Davis de “dejar visibles las costuras por las cuales la historia es construida” y trabajar sobre ellas (citado en Boyd 2008: 183). Más allá de que esta sugerencia haya emergido específicamente en relación con la epistemología, considero que se trata de un punto clave que ha estado presente en mayor o menor medida a lo largo de todo el trabajo: la invitación a explicitar los cimientos del texto, sus pertenencias, sus andamiajes, los procesos mediante los cuales se seleccionaron y forjaron sus modos de presentación. En este sentido, tanto la Nueva filosofía de la historia como el pensamiento queer han hecho hincapié en la necesidad de visibilizar dichas estructuras, por motivos que son a la vez políticos, epistemológicos y estéticos. Ambas vertientes se colocan en la órbita de un constructivismo que, si seguimos a Verónica Tozzi, deberá ser entendido no como una posición escéptica que se auto-refuta o que inhabilita cualquier desarrollo teórico, sino “como una propuesta de investigación en términos de participar en una práctica de hacer explícitos los recursos consensuales que han operado en la constitución del conocimiento” (Tozzi 2009: 101-102). Las estrategias de “dejar visibles las costuras” y “explicitar los recursos consensuales” tienen como resultado un discurso alejado de los mandatos de objetividad, pureza, distancia, novedad y coherencia que forman parte fundamental de las prácticas discursivas “tradicionales” de la historiografía, y a la vez “dejan visible” o “explicitan” su (mayor o menor) grado de parentesco con aquél. Veamos en detalle cada uno de estos puntos.

Ya desde el Capítulo segundo, con los debates en historiografía, y en el tercero, con las discusiones que protagonizó la Teoría Queer, encontramos importantes cuestionamientos a la idea de “objetividad”: al exponer los consensos que dan forma al discurso, comprendemos a dicha “objetividad”, en términos de Laclau y Mouffe, como un determinado ordenamiento hegemónico que se presenta en términos universales, como estrategia para posicionarse en un campo de disputas simbólicas y materiales. Las críticas a la historiografía “Gay & Lesbian” por parte de la Teoría Queer, o aquellas que le hacen a esta última los estudios trans y de la raza, son casos paradigmáticos en este sentido: detrás de la pretensión -implícita o explícita- de una cierta objetividad de alcance universal (en el caso de la Teoría Queer, por ejemplo, ese “universo” muchas veces se presenta como “las sexualidades y los géneros no normativos”) se esconde una agenda política concreta, en la que ciert*s agentes tienen un lugar sólo nominal o instrumental. Hacer visibles estas pertenencias permite no sólo comprender mejor el posicionamiento de quien escribe, sino también hacer lugar al surgimiento de relatos producidos por aquellas subjetividades que quedaban opacadas tras la fachada universalista. Pero no se trata solamente de una cuestión política: epistemológicamente, pudimos ver por ejemplo con Donna Haraway cómo un “saber situado” que asuma la agencia de los “objetos” estudiados “es la única manera de evitar errores gruesos y varios tipos de conocimientos falsos en estas ciencias [sociales]” (1988: 592-593), y habilita así una ciencia cognitivamente responsable. En el caso de la historiografía, aquel llamamiento de la disciplina “tradicional” a la objetividad se plasma también en una serie de mandatos formales, en términos de códigos estilísticos, delimitación de géneros de escritura, y maneras de tramar los relatos. Nuevamente, explicitar el posicionamiento específico de este tipo de convenciones permite abrir el juego del abordaje del pasado a otras posibilidades, en este caso en términos de estilos y modos de presentación.

También fue puesto en cuestión otro de los sustentos principales del discurso de la objetividad historiográfica: el del *documentalismo*. Vimos que se trata de un punto particularmente relevante en lo que respecta a l*s “nuev*s sujet*s”, debido a su falta de presencia en gran parte de los registros documentales a los que, de acuerdo a análisis tales como los de Berkhofer y LaCapra, suele referir la formación en historiografía “normal”. En este sentido, la historiografía queer que propongo aquí sigue el llamamiento de Halberstam de trabajar en y desde una “teoría baja” (“*low theory*”) que en lugar de medir sus fuentes en relación con un supuesto paradigma de neutralidad o “seriedad”, “vuele debajo del radar” y tome herramientas de distintos ámbitos, géneros y soportes, a fin de enriquecer las fuentes de la investigación, multiplicar las interpretaciones posibles, y acompañar la agencia de aquellas voces que eran excluidas de los otros registros.

Explicitar las costuras y compromisos del texto implica también *visibilizar las pertenencias de quien lo produce y de quienes aparecen representad*s* en él, ejercicio que pone en cuestión no sólo

la neutralidad, sino también la pureza y uniformidad de l*s sujet*s, al mostrarl*s atravesad*s por múltiples pertenencias y por contradicciones de distintos órdenes. La contradicción de l*s sujet*s no debería llamarnos la atención como algo novedoso, así como tampoco debería hacerlo su permeabilidad o la interdependencia de unas personas con otras; no obstante, lo harán si nuestros discursos invierten cantidades enormes de recursos en cubrir estas “costuras” para que llegue a quien lee (y a nosotr*s mism*s) una imagen de unicidad, autonomía y uniformidad de l*s sujet*s, y también de los géneros y las posibilidades de abordar el pasado. Es por esto que las críticas al esencialismo y al fundacionismo de las identidades han sido ejes – y preocupaciones – recurrentes de esta Tesis, así como también la ambigüedad, la hibridez y la interseccionalidad que se ofrecen como alternativas. El mismo análisis se aplica a la configuración del relato mismo y de sus modos de entender el pasado; cabe retomar en este sentido la sugerencia de Joan Scott, quien explicita que “[e]l tipo de lectura que tengo en mente no daría por supuesta una correspondencia directa entre las palabras y las cosas, ni se reduciría a significados unívocos, ni apuntaría a la resolución de la contradicción” (1991: 793). Similarmente, Hayden White rescata la escritura modernista precisamente porque “autoriza (...) la inestabilidad del sujeto”, además de que “disuelve el acontecimiento, hace estallar la trama, hace ambiguo el punto de vista” (2010e: 216). Posicionamientos tales como estos de Scott o White resuenan fuertemente en los desarrollos provenientes del pensamiento queer, y también están contenidos, por ejemplo, en la propuesta foucaultiana de abordar el pasado desde un proyecto genealógico (abordado en 5.2.1), que contribuiría a la disociación de la identidad al exponer los modos en que “lo plural la habita, innumerables almas se enfrentan en ella; los sistemas se entrecruzan y se dominan unos a otros” (Foucault 2004: 66).

Desde el pensamiento queer, Lee Edelman establece una conexión entre las presentaciones esencialistas de la identidad y la configuración de relatos en términos de progreso, al afirmar que las historiografías queer deberían rechazar “toda sustancialización de la identidad, que se define siempre de manera oposicional, y, por extensión, [toda sustancialización] de la historia como una narrativa lineal (la teleología del hombre [sic] pobre) en la que el significado tiene éxito en revelarse a sí mismo – como sí mismo – a través del tiempo” (citado en Goldberg y Menon 2005: 1612). Por ello, “mostrar las costuras” significará también poner en cuestión las tramas de progreso o teleológicas, en las que el presente es una realización o consagración de un pasado que era (aún) imperfecto, incompleto o “erróneo”. Me interesó particularmente detenerme sobre este punto, porque considero que las consecuencias materiales de este tipo de presentaciones, al menos en lo que hace al colectivo lgbt, pueden ser peligrosas, tal como vimos en 4.2.2, 6.2.2, y paradigmáticamente con el caso de Stonewall analizado en 4.2.5. Con esta noción de “peligro” me refiero, en primer lugar, a la invisibilización de la agencia y las resistencia de l*s sujet*s del pasado,

ya que en él parecería haber lugar sólo para instancias de opresión y sufrimiento; en segundo lugar, a la obturación que se opera sobre las problemáticas presentes, que acabarían siendo arrojadas al campo de un desagradable anacronismo: ¿qué otro lugar quedaría si no para la angustia, la melancolía o incluso la opresión en esta época de “orgullo” y celebración? Al poner en cuestión las narrativas del progreso o de la superación, el enfoque queer de la historiografía que presento aquí cumple entonces la función de exponer las dificultades presentes, las urgencias de l*s sujet*s y colectivos a l*s que se refiere – y también de mostrar las instancias de agencia y empoderamiento que se dieron en un pasado que, de esta manera, deja de ser “radicalmente otro”, así como dejan de serlo l*s sujet*s que lo habitaron.

Esta atención a las urgencias, la agencia y el empoderamiento nos lleva a otro punto fundamental de la propuesta de “queerizar” la historiografía: el de *los usos políticos de los abordajes del pasado*. Considero que en comparación con otros enfoques, como pueden ser las políticas de la identidad o las historiografías “Gay & Lesbian”, las nociones de política, de identidad y de historiografía que habilitan las posturas queer con las que trabajé aquí tienen un mayor potencial político, tanto disruptivo como constructivo, para, parafraseando a Rorty, “hacer nuestros futuros diferentes de nuestros pasados”. El lugar que ocupa la historiografía en este proceso de construcción política no es menor, y mucho menos en el caso de sujet*s y colectivos que han sido tradicionalmente dejados por fuera de la presencia tanto historiográfica como política. Tal como explica la historiadora Carla Freccero, en estos casos el vínculo con el pasado es particularmente necesario para la supervivencia y la construcción de futuros – y allí, volviendo sobre lo dicho más arriba, las narrativas de progreso son sumamente dañinas. La autora afirma que las historiografías queer ponen en acto un “respeto por el pasado” que la historiografía “*straight*” (hetero) negaría (2006, citado en Levy-Navarro 2009: 18), ya que lo que denomina “el imperativo de la Historia *straight*” se basa, entre otras cosas, en una “lógica de lo ya-hecho del pasado” (“*logic of 'doneness' of the past*”), cimentada entre otras cosas en una visión progresiva. Las historiografías queer, por el contrario, usan – y necesitan usar – al pasado para sostener a las personas en el presente, y para tramitar otros futuros posibles.

Las distintas intervenciones realizadas hasta aquí sobre los usos, modos y presupuestos de la historiografía nos dejan con un problema fundamental: el de *los criterios de arbitraje*. La historiografía queer tal como la propongo aquí no sigue principios tales como la neutralidad, la objetividad, el realismo, el documentalismo, pero tampoco considera posible la elaboración de relatos radicalmente novedosos, libres de toda marca de su contexto y su genealogía. Ya la noción de performatividad tal como la enfoca Butler da cuenta de cómo toda producción se realiza en el marco de un escenario restrictivo, vinculado irremediabilmente a las descripciones disponibles en un entorno dado. Teniendo esto en cuenta, ¿de qué manera podremos elegir entre narrativas en

disputa? Descartadas las posibilidades de elaborar relatos neutrales y objetivos, y también la de hacer algo radicalmente diferente, ¿qué criterios usaremos para evaluar los trabajos historiográficos? En el apartado 5.3 tuvimos ocasión de acercarnos a algunas propuestas de la Nueva filosofía de la historia y del pensamiento queer en este sentido; encontramos así pautas en relación con la apertura de los relatos, su capacidad de generar nuevas discusiones y de estimular procesos críticos que pongan en cuestión los ordenamientos hegemónicos vigentes, y su modo de atender a las exigencias de representación de la comunidad en la que se insertan. En el apartado siguiente, volveremos sobre este punto en relación con las acusaciones de relativismo que se desprenden de este cuestionamiento de los criterios de arbitraje “tradicionales”.

Finalmente, “dejar visibles las costuras” del texto es también dar lugar al cuestionamiento y la crítica, así como también habilitar *la autocrítica en el marco del escrito mismo*. Tal como señala Martha Umphrey, “queerizar la historia” significa reconocer el carácter inestable e incompleto tanto de los procesos históricos como de nuestro acercamiento a ellos, y “requiere de nuestra parte un constante re-involucramiento, un constante cuestionamiento de nuestros propios presupuestos” sobre lo que es “adecuado” (1995: 20-21). Para tramar relatos que configuren otros mundos posibles y a la vez habiliten el ejercicio intelectual autocrítico, la historiografía queer no oculta sus costuras y su condición situada. Presenta además cierta resonancia con lo que Foucault denominó “heterotopía”, esto es, “utopías realizadas, en las que todos los otros lugares reales que se encuentran en la cultura son simultáneamente representados, contestados, e invertidos” (Foucault 1986: 24). La heterotopía, o el territorio de frontera al que me referí con Anzaldúa, ofrecen sitios de ambivalencia, autocontradicción e hibridez, en la que una misma figura, un mismo relato, sirve a la vez para reproducir y para contestar o refutar un lugar – incluido el suyo propio. De hecho, Foucault mismo enumera como uno de los principios de la heterotopía, el que sea “capaz de yuxtaponer en un mismo lugar real a varios espacios, varios sitios que en sí mismos son incompatibles” (*ibid.*: 25). En los siguientes apartados de este Capítulo, volveré sobre el tema de la autocrítica como eje fundamental de una perspectiva queer entendida como dinámica, contrahegemónica y responsable frente a las demandas de la comunidad en la que se inserta.

7.3. Algunas tensiones

Parte del ejercicio autocrítico propuesto deberá, por cierto, llegar a mi propia producción teórica, evaluando sus alcances, sus limitaciones, y los riesgos a los que está expuesta. Es por ello que considero necesario dedicar un apartado a las posibles tensiones contenidas en esta Tesis, y algunas objeciones con las que podría encontrarse tanto mi propio escrito, como las propuestas hacia una

“historiografía queer” que presento a través de él. Nuevamente, el objetivo no es ni podría ser resolver los problemas o darles un cierre, sino más bien exponerlos, “dejar visibles sus costuras”, para trabajar sobre ellos críticamente. Dado el carácter interdisciplinario del marco teórico elegido, y el hecho de que se trata de un cruce poco habitual, las objeciones pueden provenir desde perspectivas diferentes, y apuntan a aspectos distintos de la propuesta.

En primer lugar, es posible retomar *algunas de las objeciones hechas a la teoría queer* a las que me referí en el Capítulo 3, y contrastarlas con las características de la historiografía queer que propongo aquí. En primer lugar, en relación con las críticas externas, es frecuente el señalamiento de que la Teoría Queer (así como los posicionamientos no esencialistas en general) inhabilita la acción política y las luchas emancipadoras. Este riesgo sería aún más preocupante en el caso de sujet*s subaltern*s o excluid*s de los procesos políticos, históricos y académicos, que el proyecto teórico (en este caso, la teoría de la historia o su aplicación en trabajos historiográficos) se propone empoderar o incluir. Concretamente, vale preguntarse: ¿sería más fructífero a los fines de un proyecto político pensar en una historiografía que refuerce esas identidades, en lugar de destacar su carácter interseccional y construido, a fin de conquistar un empoderamiento basado en ellas? A lo largo del trabajo, he presentado diversas objeciones al esencialismo, provenientes tanto de la teoría de la historia (principalmente de la mano de Joan Scott), como de la teoría queer (ante todo en la figura de Butler). Sin pretender repetir aquellas respuestas en esta instancia, sí me interesa particularmente volver sobre la idea de “exterioridad constitutiva” (punto en el que convergen Scott y Butler) como algo implicado en toda noción fuerte de identidad, punto al que me referí en primera instancia en el Capítulo 4.2.4, y que apareció nuevamente en el 5.2.2 en relación con el mandato de neutralidad. El proceso de construcción de una identidad fuerte o esencial necesita, por un lado, una homogeneización de aquello que queda “por dentro” de la identidad, y, por otro, a una “limpieza” de todo lo que esa identidad no es, y que por lo tanto es arrojado por fuera de ella. En el primer caso, vimos con Anzaldúa cómo esto se traduce en presiones por optar por una de las identidades que atraviesan a un* sujet*, e incluso en el deber de defenderla incondicionalmente, aun contra las restantes pertenencias. El esencialismo, en el caso de Anzaldúa, significaba la necesidad de definirse, por ejemplo, por una identidad de mujer que chocara con su ser lesbiana, o una identidad mexicana que colisionara con su pertenencia chicana, o por su identidad de chicana que chocara con aquella de mujer. En lugar de fragmentar y requerir una jerarquización de las identidades, es posible trabajar con su multiplicidad, en su convergencia, a fin de enriquecer la experiencia política – y vital – de l*s sujet*s, con los aportes de cada una de ellas. La “raza mestiza” que propone Anzaldúa es precisamente aquella en la que la heterogeneidad, la diferencia e incluso la autocontradicción son herramientas de combate. Podría alegarse que el esencialismo no conlleva necesariamente una obligación de elegir una identidad por sobre las otras; no obstante, la

definición precisa de una identidad requiere en sí misma una delimitación de sus características, que pueden ser biológicas, experienciales, sociales, o de otra índole: ¿cómo sabremos, si no, si una determinada persona *es* esa identidad o no? Es en esa delimitación donde yace el problema, ya que ella necesariamente dejará por fuera características que podrían darse en algun*s sujet*s pasad*s, presentes o futur*s. He allí el ejercicio de construir una “exterioridad constitutiva”, y es allí donde reside la abyección (de sujet*s que no cumplen con la descripción, y de algunas características de otr*s que sí están incluid*s) – aquella que no está invitada al proyecto de empoderamiento político. Por lo dicho, considero que los enfoques queer, y las posturas no esencialistas en general, lejos de inhabilitar la lucha política, la hacen más provechosa, más inclusiva, e incluso más coherente, en los casos en que sus propias proclamas apelan a ideales tales como la diversidad, la equidad y la justicia social.

Así como la adopción del marco queer me obliga a enfrentar la posible objeción del nihilismo político, similarmente *el uso de la Nueva filosofía de la historia* me lleva a considerar el planteo que se le hiciera (y sigue haciendo) en innumerables ocasiones en relación con los peligros del relativismo al que, se dice, podría conducir la falta de criterio(s) para evaluar o elegir entre distintos relatos acerca del pasado. Los procesos que, siguiendo a Berkhofer, expuse en el Capítulo 2 en relación con la desnaturalización, la desmistificación, la desjerarquización, la desreferencialización y la deconstrucción advenidos en el siglo XX, han hecho emerger la preocupación de que no existirían más parámetros de arbitraje entre relatos, y que por lo tanto todo quedaría librado a una suerte de hedonismo de l*s historiador*s (siguiendo la línea de una de las exponentes más recalcitrantes de esta postura, Gertrude Himmelfarb, a quien me referí en 5.3). ¿Cómo saber que estamos ante “la verdad del pasado”, si cualquier relato, sin importar sus fuentes, su metodología de investigación o su modo de presentación sería igualmente válido? Existen distintas estrategias para responder a este tipo de cuestionamientos; aquí recuperaré sólo dos de ellas. En primer lugar, es posible poner en tela de juicio el planteo mismo, toda vez que expusimos los problemas de describir a la historiografía como un medio de acceso para “lo que realmente sucedió” o “la verdad” acerca del pasado. El análisis de la Nueva filosofía de la historia nos permitió comprender los modos en que la historia es tanto “hallada” como “construida”, poniendo en evidencia a los tradicionales paradigmas de “verdad/falsedad” y “realidad/ficción” como sostenidos por una ilusión de universalidad y objetividad. Un resultado central de esos paradigmas “tradicionales” es que sus criterios de arbitraje, a diferencia de los que propongo aquí, privilegian relatos que tenderían a clausurar la multiplicidad de significaciones del pasado. Por otro lado, el Capítulo 5.3 nos sirvió para comprender que no es necesariamente el caso que la puesta en cuestión del paradigma realista, objetivista, documentalista, nos deje sin criterios de arbitraje para implementar; serán otros, que

priorizarán aspectos diferentes de la historiografía e intereses distintos para el presente y el futuro. Recurrimos, por ejemplo, a la propuesta whiteana de hacer el foco en la relevancia situada del relato, en el sentido de que “tanto las ciencias sociales como las concepciones de la historia son más o menos útiles” no en términos absolutos, sino “dependiendo de las situaciones en que se encuentran las comunidades mismas” (White 2010d: 165). Desplazar el eje desde la “verdad” hacia la contextualización de la producción historiográfica (y académica en general), aunque sin dejar de lado el rigor metodológico, se condice con lo dicho anteriormente acerca de la explicitación de “las costuras” de la historiografía: se trata de asumir las distintas dimensiones del proyecto intelectual, hacerlas visibles y trabajar de acuerdo con ellas, desde un “saber situado” que ofrezca a quien lee la posibilidad de involucrarse en una discusión que es a la vez política, epistemológica y estética. Finalmente, y en sintonía con lo dicho respecto del esencialismo, hablamos de criterios de arbitraje que prioricen aquellos “relatos con los que patentizamos nuestra perplejidad para dejar abierta la discusión sobre el ser mismo del acontecer” (La Greca 2011: 239), sobre sus ambigüedades y sus derivaciones impensadas. En resumidas cuentas, el hecho de que los recursos de arbitraje no se basen en criterios de correspondencia o de realismo ingenuo⁷⁶ no sólo no inhabilita el conocimiento del pasado, sino que por el contrario multiplica sus posibilidades y su fertilidad para trazar puentes con el presente y el futuro.

A lo largo del trabajo, he afirmado que esta propuesta de (re)escrituras y (re)lecturas del pasado se piensa en el marco de los usos políticos de la historiografía, y particularmente como una herramienta para la incidencia política de l*s individu*s y colectivos que traman y son tramad*s en estos relatos. Un posicionamiento de estas características puede encontrarse con objeciones tales como las vistas más arriba en relación con los riesgos políticos del antiesencialismo de la Teoría Queer, o del supuesto relativismo de la Nueva filosofía de la historia. Pero también puede encontrarse con objeciones provenientes de aquell*s “nuev*s sujet*s” que han aportado lúcidas críticas a distintas propuestas enmarcadas en los estudios queer. Esto es: aun cuando efectivamente sea el caso que las historiografías tramadas de acuerdo a las propuestas que traigo aquí tengan incidencia política, cabe la posibilidad de que sea una que desatienda o incluso refuerce aquello que venía a contrarrestar. La pregunta no sólo es válida, sino que también requiere de una atención urgente, dadas las consecuencias negativas que ha tenido gran parte de lo hecho bajo la bandera de lo “queer” (entre otras) en distintos ámbitos de la academia y el activismo. El Capítulo 3 brindó la

76 Entiendo “realismo ingenuo”, siguiendo a Tozzi, como la postura de acuerdo a la cual la historia es algo a descubrir más que a construir, y que con ello afirma: que hay una única historia para todos los eventos; que existe un tema central único; que los eventos se hacen inteligibles en lo inmediato a través de tramas (*plots*); que hay una única naturaleza humana; que los criterios del realismo son ahistóricos, habilitando la posibilidad de una historia universal (Tozzi 2009: 97).

ocasión para exponer algunos de estos núcleos problemáticos, denunciados principalmente desde la teoría trans y los estudios críticos de la raza. Con las primeras vimos, por ejemplo, los modos en que las identidades trans muchas veces son utilizadas por las perspectivas queer como medio para lograr fines que les son ajenos, a la vez que producen un efecto tranquilizador al incluirlas en el discurso; en el caso de la raza, vimos señalamientos similares y una denuncia de que los desarrollos queer estarían yendo en la misma dirección de los estudios “Gay & Lesbian”, ocupándose de un reducido núcleo de problemas e intereses sospechosamente similares a los de varones blancos cissexuales y del Norte Global. En una línea similar, Scott Bravmann (1997: 120) señaló el riesgo de que el uso de “queer” como término “paraguas” recaiga en una universalización que necesariamente estará anclada en alguna(s) de las múltiples posibilidades que la palabra denota – seguramente aquellas hegemónicas dentro del colectivo.

Al igual que en el resto de las propuestas del pensamiento queer, cabe la posibilidad de que las estrategias presentadas a lo largo de esta Tesis reproduzcan jerarquías, operen sus propias exclusiones, e incluso recurran a ciert*s sujet*s como medios para avanzar en intereses propios, aunque lo hagan bajo la bandera de la apertura, la pluralidad y la interseccionalidad. De hecho, indudablemente la denominación de “nuev*s sujet*s” a la que me referí a lo largo de estas páginas deja por fuera otras subjetividades: aquellas que resultan ininteligibles aun para quienes nos proponemos ampliar el espectro de visión de la teoría y la praxis académica. Frente a estos riesgos, no sería adecuado plantear un conjunto limitado de estrategias para “resolverlos”, ya que la idea misma de resolución denota un cierre, un saldo favorable que no sería revisado ulteriormente. Me ha interesado más bien pensar en mecanismos de alerta, de equilibrios y contrapesos, que mantengan activa una revisión permanente y una escucha atenta de los señalamientos sobre la propia tarea, las fuentes y recursos utilizados, las posturas a las que adhiere. Entre ellas, toma particular importancia la atención a las condiciones materiales de existencia de los colectivos a los que nos referimos: si bien la instancia del reconocimiento en la esfera discursiva (particularmente la historiográfica) es fundamental, esto no debe hacer que perdamos de vista la urgencia de implementar prácticas de redistribución (aunque, evidentemente, no estén en el alcance directo del propio trabajo). Olvidar este segundo aspecto es un problema habitual de muchas posturas queer, tal como señalaron Viviane Namaste y otr*s autor*s a l*s que hice referencia a lo largo de este trabajo. También lo es la práctica de encarar el trabajo teórico de manera vertical, imponiendo en las comunidades una serie de categorías e indicaciones ajenas, o utilizándolas como objeto de estudio o fuente de “experiencias” (algo que denunciara, entre much*s otr*s, Hiram Pérez en su trabajo sobre los usos queer de la raza: Pérez 2005). Una de las claves fundamentales para no repetir estos vicios es, sin dudas, la práctica de incorporar en el proceso de elaboración a las comunidades a las que el trabajo académico pretende responder, o, cuando ello no fuera posible por

las características del trabajo, mantener abierto el diálogo con ellas, ya que, además de aportar su perspectiva teórica, podrán explicitar la agenda de prioridades y los límites y alcances de las propuestas en elaboración.

Es frecuente el señalamiento de la dificultad, para quienes trabajamos desde perspectivas tales como las que presento aquí, de no caer en la elaboración de respuestas en términos de progreso o “correctivas” respecto de aquello con lo que discutimos. Se trata, sin dudas, de una tensión presente a lo largo de este trabajo, y una con la que combato desde el inicio mismo de mis investigaciones – y a la que probablemente nunca le gane. Clare Hemmings es una de las autoras que abordan abiertamente la cuestión de “la tentación de producir un relato [*account*] más correcto” (2011: 27), y es categórica al afirmar que “el deseo de estar totalmente libre de un relato correctivo está siempre condenado al fracaso” (*ibid.*: 158). Desde su punto de vista, “la diferencia es ante todo una cuestión de foco”, lo cual la lleva a sugerir que la mejor manera de relacionarse con esta dificultad es “experimentar con *maneras* alternativas de contar cuentos [*stories*] feministas (más que contar historias feministas distintas en sí mismas) que comienzan desde resonancias y significados que las narrativas dominantes (...) oscurecen” (*ibid.*). Este tipo de enfoques, afirma la autora, requieren de una particular atención puesta en la memoria, el deseo y la incertidumbre como centrales a la práctica y a la política que llevamos adelante desde nuestras contribuciones al campo.

Por otra parte, posicionarse en este espacio a la vez teórico y político no es tarea fácil, ya que implica negociar pertenencias con ambas esferas. A lo largo de estas páginas, he intentado atender tanto a los modos de relatar el pasado que habilita la conjunción de aproximaciones queer y desarrollos de la teoría de la historia, como a las formas en que esta misma convergencia puede ser un instrumento útil de crítica social. Espacios dobles que a su vez se duplican, entonces: teórico y político, queer y heredero de la Nueva filosofía de la historia, pasado y futuro. Estas duplicaciones sugieren que podría tratarse de una heterotopía, ya que en cada una de esas interseccionalidades convergen lo que es y lo que puede ser, y una multiplicidad de caminos que incluso pueden llegar a contradecirse entre sí. A lo largo del proceso de escritura, estas dobles pertenencias implicaron decisiones políticas, epistemológicas y estéticas que habrán dado resultados con mayores o menores dosis de efectividad en cada caso. Nuevamente, creo que en la alerta a este tipo de dificultades, en la explicitación de la condición situada de los saberes, y en el reconocimiento de las tensiones, reside gran parte de la viabilidad del proyecto. No obstante, no dejo de reconocer que, como advirtiera Sara Ahmed (2004) respecto del racismo, el señalamiento del problema no conlleva una efectividad performativa⁷⁷: así como reconocer que somos racistas no nos hace automáticamente

⁷⁷ La autora critica lo que denomina “el modo de declaración”, en el que la admisión de “malas prácticas” se toman

anti-racistas, igualmente afirmar que -por ejemplo- la dimensión política del proyecto puede tener derivaciones no deseadas no evitará que estas se den, o que la propuesta reproduzca lo que viene a señalar como problemático. Es necesario implementar medidas concretas para llegar a los objetivos propuestos, algunas de las cuales espero haber presentado hasta aquí, y tener en vista el riesgo de recaer en aquello que se señala como problemático. Sin dudas, la apertura de la historiografía – y del diálogo filosófico – pueden ser buenos pasos en esta dirección.

7.4. Mirando al futuro

*“El pasado nunca se agota en sus vitalidades,
porque siempre es capaz de hacer surgir otra lectura, otro contexto,
otro marco que lo animará de diferentes maneras”*
Elizabeth Grosz⁷⁸

Concebir una investigación como un proyecto de acción teórica implica pensarla también en términos de intervención en los distintos campos con los que dialoga en tanto trabajo interdisciplinario. El objetivo, a fin de cuentas, es contribuir a que las prácticas de abordaje del pasado, así como también las reflexiones del pensamiento queer y de teoría de la historia, tengan a disposición un abanico mayor de herramientas para llevar adelante sus tareas atendiendo a sus aspectos políticos, epistemológicos y estético-formales, sin dejar de lado o jerarquizar ninguno de ellos. A partir de este posicionamiento general, mi trabajo se ha propuesto buscar, desarrollar y presentar herramientas para la producción de representaciones del pasado que puedan atender a las demandas derivadas del “surgimiento de l*s nuev*s sujet*s”, así como también para volver sobre las representaciones existentes (no sólo con un ojo crítico, sino también atendiendo a su potencial de relectura o reelaboración en función de aquellas mismas demandas), y habilitar mecanismos para que cada uno de los campos que convergen en el proyecto trabaje con un compromiso de alerta y autocrítica sobre las propias exclusiones. Asimismo, tal como emerge del apartado anterior, me he propuesto detectar y establecer prácticas que sean efectivas para desencadenar nuevas alertas ante decisiones y/u omisiones perjudiciales del trabajo teórico y práctico – decisiones y omisiones que seguramente estarán presentes también en este trabajo, y que pasaron desapercibidas precisamente por mis propios posicionamientos teóricos, políticos y contextuales.

Me interesa asimismo tener en cuenta las posibles derivaciones futuras del trabajo, esto es,

como signos de “buenas prácticas”, dando forma a “una fantasía de trascendencia en la que 'lo' que se trasciende es precisamente aquella 'cosa' que se admite en la declaración”: por ejemplo, el decir que somos racistas nos convierte automáticamente (y performativamente) en no racistas, o incluso anti-racistas.

78 Citado en Hemmings 2011: 190.

distintos tipos de mecanismos concretos de transferencia que puedan ponerse en práctica a partir de los aportes que presento, a fin de llevarlos más allá de la tarea individual y ponerlos a disposición de la comunidad (académica y/o activista, con o sin relación con lo que he denominado l*s “nuev*s sujet*s”) como un insumo de trabajo. Podrá utilizarse, por ejemplo, para imaginar y elaborar relatos del pasado, sea este de sujet*s identificad*s como “queer” o no, en los casos en que las narrativas existentes estén alcanzadas por las críticas que presento aquí en relación con la historiografía “tradicional”, la “Gay & Lesbian” o la que se alinea con los enfoques queer de los que mi propuesta se distancia. También puede responder, simplemente, a la inquietud de multiplicar los abordajes existentes, incorporar nuevas perspectivas, entablar diálogos nuevos y fértiles. Servirá también para leer y releer los relatos disponibles, buscar sus tramas, sus compromisos, y sus potencialidades; de este ejercicio podrá emerger un nuevo canon y nuevos modos de relacionarnos con el canon existente, tal como proponía LaCapra. En tercer lugar, al tratarse de un trabajo enfocado en gran medida en l*s denominad*s “nuev*s sujet*s”, podrá ser un insumo interesante para acompañar iniciativas relacionadas con el tramado de relatos de dichos colectivos, tales como talleres de memoria colectiva en el activismo de base, o proyectos de experimentación en registros historiográficos alternativos elaborados por fuera de los mandatos de la historiografía “normal”. Finalmente, es mi intención que las categorías que ofrezco aquí sean de utilidad para pensar el trabajo académico mismo, más allá de la disciplina, proveyendo herramientas para reflexionar acerca de los procesos de legitimación de los saberes, criterios de “cientificidad”, políticas de citación, limitación de los modos de presentación del trabajo intelectual, entre otros. Esta última tarea, que deberá también alcanzar a la propuesta que presento aquí, responde a uno de los elementos principales que me interesa tomar del pensamiento queer, y que emergió en numerosas ocasiones a lo largo de esta Tesis: el del llamamiento a la autocrítica y la revisión permanente del propio trabajo. Dado el lugar central que ocupa en mi propuesta, quisiera concluir estas páginas con algunas reflexiones sobre este punto.

Cuando Teresa de Lauretis propuso en el año 1990 traer la palabra “queer” hacia el ámbito académico, acuñando la denominación “Teoría Queer”, lo hizo con una explícita intención contrahegemónica dentro del panorama teórico de la época. Como vimos en el Capítulo 3, la autora proponía tomar el término ya utilizado desde hacía algunos años por el activismo, porque según ella “transmitía un doble énfasis – sobre el trabajo conceptual y especulativo que conlleva la producción de discursos, y sobre el trabajo crítico necesario de deconstruir nuestros propios discursos y sus silencios construidos” (De Lauretis 1991: iii-iv). En este sentido, consideraba que unir las nociones de “teoría” y “queer” habilitaba, además del trabajo sobre la producción de discursos, “un proyecto político en el que el diálogo crítico proveería una mejor comprensión de la especificidad y

parcialidad de nuestras respectivas historias, así como también lo que se juega en algunas luchas comunes” (De Lauretis 2011: 257). Se refería, principalmente, a una atención a las especificidades de las “luchas” de los colectivos gay y lésbico, pero también a la incorporación de otros ejes que pudieran servir para escapar al proceso de hegemonización de la academia por parte de una fracción privilegiada en términos de clase, raza, género y sexualidad.

Tan sólo dos años después, De Lauretis rechaza la fórmula que había acuñado, por considerar que su proyecto inicial no sólo no había sucedido, sino que probablemente no sucedería nunca. El foco principal del conflicto, de acuerdo a reconstrucciones sucesivas de la autora, fue la percepción de que aquello que había propuesto como una “hipótesis de trabajo” para los estudios relacionados con género y sexualidades se había transformado en tan corto tiempo en “una criatura conceptualmente vacua de la industria editorial” (citado en Jagose 1996). Ya desde ese momento, y en mayor medida con el paso de los años, De Lauretis llega a la conclusión de que la unión entre teoría y praxis o academia y política no tendría el lugar que ella había pretendido darle en el marco del término “queer”, pese a que la historia de este último, marcada entre otras cosas por el activismo de la disidencia sexual en la época de la crisis del sida, parecía cargarlo de un contenido político del que difícilmente podría querer desprenderse con tanta facilidad.

¿Qué sucedió en ese lapso? Quisiera aportar aquí una hipótesis al respecto. De Lauretis había propuesto el término “queer” aplicado a nuestra tarea (académica o político-activista) a partir de una doble funcionalidad: “sobre el trabajo conceptual y especulativo que conlleva la producción de discursos, y sobre el trabajo crítico necesario de deconstruir nuestros propios discursos y sus silencios construidos”. A la luz de los debates presentados en el Capítulo 2 y sucesivos, incluido el presente, tal vez sea necesario reconocer que ese segundo aspecto del ejercicio queer – la práctica permanente e ineludible de “deconstruir nuestros propios discursos y sus silencios construidos” – no ha sido tan prolífico como el primero. Se trata de una tarea que es a la vez teórica y política. De hecho, se trata de una tarea que (al igual que los desarrollos de la teoría de la historia vistos a lo largo de estas páginas) pone en cuestión esa distinción tajante entre teoría y política, y más aún cuando nos referimos a temáticas tan impregnadas por lo político como son, por ejemplo, la normativización, la delimitación y la exclusión de la diferencia sexual, genérica y corporal, temas centrales dentro de la producción actual de la Teoría Queer. Considero que si optamos por continuar pensando nuestro trabajo desde la categoría de lo “queer”, es urgente recuperar ese eje de autocrítica que dé cuenta de las limitaciones, fallas y potencialidades de las esferas política, epistemológica, y estética de nuestros textos, teniendo en cuenta los entrecruzamientos y complicidades de cada una de estas tres esferas. Para ello, puede cumplir un rol clave la intervención de otras producciones teóricas, tales como el poscolonialismo, los estudios trans, los estudios críticos de la raza, y, por supuesto, la Nueva filosofía de la historia. Esta última ofrece

herramientas valiosísimas para analizar los compromisos, alcances y cimientos implícitos de la producción teórica, así como también los modos en que construimos – o podríamos construir – nuestro pasado en relación con el presente y el futuro que buscamos. Pone el foco tanto en los relatos como en sus silencios, o, en términos de White, en “el decir” y el “ocultar”; se detiene en el trabajo que involucra la producción de discursos, desde su prefiguración hasta sus usos políticos en la esfera pública.

Estos y otros elementos del marco teórico con el que trabajé hasta aquí nos señalan algunas de las posibilidades que ofrece el trabajo de la filosofía de la historia, el pensamiento queer e incluso la historiografía para seguir aquellas dos direcciones señaladas originalmente por De Lauretis. Un ejercicio de retroalimentación entre los distintos desarrollos teóricos permitirá transitar esos caminos, y podrá contribuir a reforzar ambas direcciones señaladas por la autora, con particular atención a la segunda. En distintos puntos del escrito he intentado bosquejar algunas líneas de trabajo que se habilitan a partir de esa convergencia, modos de “hacer cosas” con este texto que sirvan para forjar herramientas valiosas a fin de establecer puentes entre pasado, presente y futuro.

En este sentido, sigo la intuición de Stuart Hall, a la que me referí con anterioridad, cuando afirma que “la teoría es siempre un desvío en el camino a algo más importante” (1997: 42) - esto es, un camino hacia su aplicación concreta para la mejora de condiciones de vida de las personas a las que afecta. Particularmente en relación con la historiografía, las palabras de Hall pueden resonar en la temprana sugerencia de White de que “[e]l historiador contemporáneo debe establecer el valor del estudio del pasado, no como 'un fin en sí mismo', sino como una manera de proveer perspectivas al presente que contribuyan a las soluciones de los problemas propios de nuestra época” (1986: 41). Considero que el criterio de valoración que propone White aquí puede ser aplicado también a otro tipo de desarrollos teóricos por fuera de la historiografía, incluyendo el trabajo en teoría de la historia, y para esto la tarea tanto crítica como autocrítica que encontramos en aquella reveladora declaración de De Lauretis debe jugar un rol fundamental.

Este tipo de proyectos no se limitan a la consideración de los contenidos a abordar en el trabajo de investigación, toda vez que tenemos en cuenta que simplemente añadir subjetividades o ámbitos de pertinencia al estudio del pasado no garantiza una transformación real ni de la historiografía, ni de las condiciones de existencia de las personas a las que se refiere. Tampoco se limitarán a pensar o incluso llevar adelante una serie de aplicaciones prácticas posteriores ya que, como vimos con Butler, las derivaciones de la producción teórica son inimaginables e incontrolables. A lo largo de estas páginas, he tenido en cuenta tanto los contenidos de la historiografía como sus aplicaciones futuras, pero también me he detenido en el vínculo entre los valores políticos que se defienden, las maneras de elaborar, respaldar y circular ese discurso, y los modos de presentarlo en términos

formales. Tal como señalaran White y la Nueva filosofía de la historia, es imposible escindir netamente las distintas esferas del trabajo histórico o académico, así como también su contenido y su forma, lo cual muestra la importancia de elaborar estrategias de intervención discursiva que avancen en coherencia entre cada uno de estos aspectos. A fin de cuentas, se trata de pensar no sólo en el pasado, o en los modos de abordarlo, sino también en el presente y el futuro: qué presentes construimos a través de nuestras visiones del pasado, qué problemas del pasado encontramos que siguen reproduciéndose en el presente, qué futuros diferentes podemos imaginar, y qué herramientas podemos aportar desde nuestro lugar para multiplicarlos.

Bibliografía

- AAVV (2009). *Biopolítica*. Buenos Aires: Ediciones Ají de Pollo.
- AAVV (2008). *Estudios Poscoloniales. Ensayos Fundamentales*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- AAVV (2004). *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- Abelove, H. (1995). The Queering of Lesbian/Gay History. *Radical History Review*, 62 (Spring 1995), 44-57.
- Ahmed, S. (2004). Declarations of Whiteness: The Non-Performativity of Anti-Racism. *Borderlands e-journal*, 3:2.
- Ankersmit, F. (1986). The Dilemma of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History. *History and Theory*, 25 (4): "Knowing and Telling History: The Anglo-Saxon Debate", 1-27.
- Anzaldúa, G. E. (1987). *Borderlands/La Frontera*. San Francisco: Aunt Lute Books.
- Bahtsetzis, S. (2008). Gender Abuse – Or, What it is to be Queer. *Bootprint magazine*, 2 (2), 23-25.
- Berkhofer, R. (1995). *Beyond the Great Story. History as Text and Discourse*. Londres: Harvard University Press.
- Bernini, E. (2004). Los Rubios o el documental contemporáneo. Conferencia ofrecida en la Cátedra Abierta "La escena contemporánea", 24 de abril de 2004, SUTERH.
- Bersani, L. (2010). Is the rectum a grave? *October*: 43, 197-222.
- Bevilacqua, G. (2012). Del discurso 'histórico' al 'cinematográfico': *Bastardos sin gloria* y la construcción de la historia. Nigra, F. (comp.). *Visiones gratas del pasado*. Buenos Aires: Imago Mundi, 193-209.
- Bevilacqua, G. (2013). Causal figuration in the classic-modern cinematographic representation of a modernist event: some reflections on *La Raíle*. Trabajo leído en el Encuentro *Metahistory 40th Anniversary*, Vitória, ES, Brasil, octubre 2013.
- Bornstein, K. (1998). *My gender workbook*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Boyd, N. A. (2008). Who is the subject? Queer Theory Meets Oral History. *Journal of the History of Sexuality*, 17 (2), 177-189.
- Bravmann, S. (1997). *Queer fictions of the past*. Londres: Cambridge University Press.
- Brown, W. (2001). *Politics out of history*. Princeton: Princeton University Press.

- Brown, W. (2005). *Edgework. Critical essays on knowledge and politics*. Princeton: Princeton University Press.
- Butler, J. (1997). *Excitable Speech: A Politics of the Performative*. Nueva York: Routledge.
- Butler, J. (1999). *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Segunda edición. Nueva York: Routledge. [1990]
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan*. Buenos Aires: Paidós. [1993]
- Butler, J. (2004). *Undoing Gender*. Nueva York: Routledge.
- Butler, J. y Chakravorty Spivak, G. (2007). *Who Sings the Nation-State?: Language, Politics, Belonging*. Nueva York: Seagull.
- Butler, J. (2011). Queer n'est pas une identité mais une stratégie.. Entrevista en Revista *Têtu*, Diciembre 2011, pp. 108-109.
- Butler, J. (2014). Gender Performance: The TransAdvocate interviews Judith Butler. Por Cristian Williams. *The Advocate*, 1 de mayo de 2014. Disponible en: http://www.transadvocate.com/gender-performance-the-transadvocate-interviews-judith-butler_n_13652.htm (última consulta mayo 2014).
- Brydum, S. (2013). Does the Stonewall Commemorative Plaque Erase Trans People's Role in Riots? *Advocate.com*, 24 de octubre de 2013. Disponible en: <http://www.advocate.com/politics/transgender/2013/10/24/does-stonewall-commemorative-plaque-erase-trans-peoples-role-riots> (Última consulta: 07/10/2014).
- Cabral, M. (2003). Ciudadanía (Trans) sexual. Lima: *Proyecto sexualidades, salud y derechos humanos en América Latina*. Disponible en: http://www.ciudadaniasexual.org/publicaciones/Articulo_Mauro_Cabral.pdf (Fecha de consulta: junio 2014).
- Cabral, M. (2005). La Paradoja transgénero. Lima: *Boletín electrónico del Proyecto sexualidades, salud y derechos humanos en América Latina*, 3 (18). Disponible en: http://www.ciudadaniasexual.org/boletin/b18/ART_Mauro.pdf (Fecha de consulta: junio 2014).
- Cabral, M. (2009). *Interdicciones. Escrituras de la intersexualidad en castellano*. Córdoba: Anarrés Editorial.
- Cabral, M. (2012). Conferencia ante el *4th European Transgender Council*, Septiembre 2012. Disponible en: <http://youtu.be/ELK4HjNW2D0> (última consulta: 04/10/2013).
- Campbell, F. K. (2008). Refusing Able(ness): A Preliminary Conversation about Ableism. *M/C Journal*, 11 (3).
- Carri, A. (directora) (2003). *Los Rubios*. Argentina.
- Chakrabarty, D. (1998). Minority Histories, Subaltern Pasts. *Economic and Political Weekly*, 33 (9), 473 y 475-479. [1997]
- Chambers, I. (1997). Migrancy, culture, identity. Jenkins, K. (1997). *The Postmodern History Reader*. Londres y Nueva York: Routledge, 77-81.
- Curiel, O. (2002). Identidades esencialistas o construcción de identidades políticas: El dilema de las feministas negras. *Otras Miradas*, 2 (2), 96-113.
- Danto, A. (1981). *The transfiguration of the commonplace*. Cambridge: Harvard University Press.

- Danto, A. (1985). *Narration and Knowledge*, Segunda edición. Nueva York: Columbia University Press.
- Danto, A. (2006). *Después del fin del arte*. Buenos Aires: Paidós.
- De Beauvoir, S. (1987). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo Veinte.
- De Lauretis, Teresa (1991). Queer Theory: Lesbian and Gay Sexualities. An Introduction. *differences. A Journal of Feminist Cultural Studies*. 3 (2), iii-xviii
- De Lauretis, Teresa (1994). Habit Changes. *differences. A Journal of Feminist Cultural Studies*, 6 (2-3), 296-313.
- De Lauretis, T. (2011). Queer Texts, Bad Habits, and the Issue of a Future. *GLQ* 17 (2-3), 243-263.
- Deleuze, G. (1999). *Conversaciones*. Valencia: Pre-Textos.
- Delfino, S. y Rapisardi, F. (2010). Cuirizando la cultura argentina desde la Queerencia. *Ramona*, 99, 10-14.
- De Sousa Santos, B. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo: Trilce Editorial.
- Dossena, M. (director) (2011). *Los invertidos*. Obra teatral. Buenos Aires.
- Duberman, M. et al. (comps.) (1989). *Hidden from History: Reclaiming the gay and lesbian past*. Nueva York: New American Library.
- Duggan, L. (1995). 'Becoming Visible: The Legacy of Stonewall'. New York Public Library, June 18-September 24, 1994. *Radical History Review*, 62 (Spring 1995), 188-194.
- Echavarren, R. (2005). *El diablo en el pelo*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- Elam, D. (1997) Romancing the postmodern: Feminism and deconstruction. Jenkins, K. (1997). *The Postmodern History Reader*. Londres y Nueva York: Routledge, 65-74.
- Eng, D., Halberstam, J. y Muñoz, J. (2005). What is Queer about Queer Studies Now?. *Social Text* 84-85, 23 (3-4), 1-17.
- Escoffier, J. et al. (eds.) (1995). *Radical History Review*: "The Queer Issue", 1995 (62).
- Fausto-Sterling, A. (2000). *Sexing the body. Gender politics and the construction of sexuality*. Nueva York: Basic Books.
- Ferguson, R. (2003). *Aberrations in Black: Toward a Queer of Color Critique*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Folman, A. (director) (2008). *Waltz with Bashir*. Israel y otros.
- Foucault, M. (1986). Of other spaces. *Diacritics* 16 (1), 22-27.
- Foucault, M. (1997). Sex, power, and the politics of identity. Rabinow, P. (ed.). *Ethics: subjectivity and truth*. Nueva York: New Press, pp. 163-173.
- Foucault, M. (2002). *Historia de la Sexualidad. Vols. I, II, III*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2004). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-textos.
- Foucault, M. (2014). *El bello peligro*. Buenos Aires: Interzona.
- Fraser, N. (1997). *Justice Interruptus*. Nueva York: Routledge.
- Gamson, J. (1995). Must Identity Movements Self-Destruct? A Queer Dilemma. *Social Problems*, 42 (3), 390-407.

- Goldberg, J y Menon, M. (2005). Queering history. *PMLA*, 120 (5), 1608-1617.
- Gopinath, G. (2005). Bollywood Spectacles. Queer Diasporic Critique in the Aftermath of 9/11. *Social Text* 84-85, 23 (3-4), 157-169.
- Grosz, E. (1994). *Volatile bodies*. Bloomington: Indiana U.P.
- Hacking, I. (1999a). *The social construction of what?* Cambridge: Harvard U.P.
- Hacking, I. (1999b). Making up people. Biagioli, M. (ed.) *The Science Studies Reader*. Nueva York: Routledge, pp. 161–171.
- Halberstam, J. (2005). Shame and White Gay Masculinity. *Social Text* 84-85, 23 (3-4), 219-233.
- Halberstam, J. (2011). *The queer art of failure*. Durham y Londres: Duke.
- Hall, S. (1990). The Emergence of Cultural Studies and the Crisis of the Humanities. *October*, 53, 11-23.
- Hall, S. (1994). Cultural identity and diaspora. Williams, P. y Chrisman, L. *Colonial Discourse and Postcolonial Theory: A Reader*. Nueva York: Columbia, pp. 392-403.
- Hall, S. (1997). Old and New Identities, Old and New Ethnicities. King, A. (ed.). *Culture, Globalisation and the World-System: Contemporary Conditions for the Representation of Identity*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 31-68.
- Hall, S. (1997). *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. Londres: Sage Publications and Open University Press.
- Hall, S. (2006). *A identidade cultural na pós-modernidade*. Rio de Janeiro: DP&A Editora.
- Haraway, D. (1988). Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies*, 14 (3), 575-599.
- Haraway, D. (1991). *Simians, Cyborgs, and Women*. Nueva York: Routledge.
- Haraway, D. (1999). Las promesas de los monstruos: una política regeneradora para otros inapropiados/bles. *Política y Sociedad*, 30, 121-163.
- Hausman, B. (2001). Recent Transgender Theory. *Feminist Studies*, 27: 2, pp. 465-490.
- Hekman, S. (2000). Beyond Identity: Feminism, Identity, and Identity Politics. *Feminist Theory*, 1 (3), 289-308.
- Hemmings, C. (2011). *Why Stories Matter*. London: Duke University Press.
- Heyes, Cressida (2012). Identity Politics. Edward N. Zalta (ed.). *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Spring 2012 Edition). Disponible en: <http://plato.stanford.edu/archives/spr2012/entries/identity-politics>. (Fecha de consulta: febrero 2014).
- Himmelfarb, G. (1997). Telling it as you like it: postmodernist history and the flight from fact. Jenkins, K. (1997). *The Postmodern History Reader*. Londres y Nueva York: Routledge, 158-174.
- Hunter, L. A. (2014). Dear cis folk. [post de Facebook]. Publicado el 7 de noviembre de 2014 en: <https://www.facebook.com/lourdes.hunterdior/posts/10203620980109678>. Última consulta: 9 de noviembre de 2014.
- Ibáñez, L. (2011). Los Invertidos, un texto en dos tiempos. *Periódico Queer*. 7: 86, p. 6.

- Iggers, G. (1998). *La ciencia histórica en el Siglo XX. Las tendencias actuales*. Barcelona: Idea Universitaria.
- Irigaray, L., (1974). *Speculum de l'autre femme*. Paris: Minuit. [Traducción castellana (2007). *Espéculo de la otra mujer*. Madrid: Akal].
- Jagose, A. (1996). Queer Theory. *Australian Humanities Review*, 4.
- Jenkins, K. (1997). Introduction: On being open about our closures. Jenkins, K. (1997). *The Postmodern History Reader*. Londres y Nueva York: Routledge, 1-30.
- Jenkins, K. (ed.) (1997). *The postmodern history reader*, Londres y Nueva York: Routledge.
- Kohan, M. (2004). La apariencia celebrada. *Punto de Vista*, 80, 44-47.
- Koselleck, R. (1979). *El futuro pasado*. Buenos Aires: Paidós.
- Koselleck, R. (1989). Linguistic Change and the History of Events. *The Journal of Modern History*, 61: 4, 649-666.
- Koselleck, R. (2004). *Futures past: on the semantics of historical time*. Nueva York: Columbia.
- Kuhn, T. S. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica. [1962]
- Kundera, M. (2005). Jerusalem Address: The Novel and Europe. *The art of the novel*. Londres: Faber & Faber, pp. 157-165.
- Laclau, E., y Mouffe, C. (2010). *Hegemonía y estrategia socialista*, Tercera edición. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LaCapra, D. (1985). Rhetoric and History. LaCapra, D. (1985). *History and Criticism*. Nueva York: Cornell University Press, pp. 15-44
- LaCapra, D. (2008). Cánones, textos y contextos. LaCapra, D. (2008). *Representar el Holocausto*. Buenos Aires: Prometeo, pp. 35-58.
- Lafont, C. (2002). Is objectivity perspectival? Aboulafia et al. (eds.). *Habermas and Pragmatism*. Nueva York: Routledge, pp. 185-209.
- La Greca, M. I. (2011). El valor de la narratividad en Hayden White: crítica, ambivalencia, y escritura de la historia. Tozzi, V. y Lavagnino, N. (comps.) (2011). *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía*. Sáenz Peña: Universidad Nacional de Tres de Febrero, 227-241.
- La Greca, M. I. (2014). The Future of Philosophy of History from its Narrativist Past. Figuration, Middle Voice Writing and Performativity. *Journal of the Philosophy of History* 8, p. 1-21.
- Lamble, S. (2011). Transforming Carceral Logics: 10 Reasons to Dismantle the Prison Industrial Complex Through Queer/Trans Analysis and Action. Stanley, E. y Smith, N. *Captive Genders. Trans embodiment and the prison industrial complex*. Oakland: AK Press, pp. 235-265.
- Laqueur, T. (1990). *Making Sex*. Cambridge: Harvard U.P.
- Levy-Navarro, E. (2009). Fattening Queer History. Where Does Fat History Go from Here?. Rothblum y Solovay (eds.) (2009). *The Fat Studies Reader*. Nueva York: New York University Press, 15-22.
- Llamas J. y Vidarte, P. (1999). *Homografías*. Madrid: Espasa Calpe.

- Lorde, A. (1981). Las herramientas del amo nunca destruirán la casa del amo. Moraga, C. y Anzaldúa, G. (1981). *This bridge called my back*. Nueva York: Kitchen Table, pp. 98-101.
- Love, A. (2010). On Stonewall Riot Initiator Sylvia Rivera's Birthday, Her Words About Gay Oppression Against Trans People Still Ring True. *Huffington Post*, 6 de julio de 2010. Disponible en: http://www.huffingtonpost.com/ashley-love/on-stonewall-riot-initiat_b_634115.html (Última consulta: 07/10/2014).
- Love, H. (2009). *Feeling Backward. Loss and the Politics of Queer History*. Cambridge y Londres: Harvard University Press.
- Lozano, E. (2009). Sobre la persistencia de la homofobia: reflexiones a partir de la obra teatral Los invertidos y algunos discursos académicos. *Actas I Congreso Interdisciplinario sobre Género y Sociedad: debates y prácticas en torno a violencias de género*, 1a edición. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. Hacia un feminismo descolonial. Mignolo, W. (comp.). *Género y descolonialidad*. Buenos Aires: Ediciones del signo.
- Lytard, F. (1997). The postmodern condition. *The postmodern history reader*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Malva (2011). *Mi Recordatorio*. Buenos Aires: Libros del Rojas.
- Martín A., L. (2006). *Visible identities. Race, gender, and the self*. Nueva York: Oxford University Press.
- McCurdy, K. (2008). Waltz with Bashir. *DG Magazine*, Diciembre 2008. Disponible en: <http://www.dgdesignnetwork.com.au/dgdn/dg-magazine-131/waltz-with-bashir/> (Última consulta: 05/07/2014).
- Melo, A. (2011). *Historia de la literatura gay en la Argentina*. Buenos Aires: Lea.
- Meyers, D. T. (1994). Difference: The challenge to moral reflection. *Subjection and subjectivity: psychoanalytic feminism and moral philosophy*. Nueva York: Routledge.
- Mohanty, C. T. (2008). Bajo los ojos de Occidente. Saber académico y discursos coloniales. AA. VV. (2008). *Estudios Postcoloniales*. Madrid: Traficantes de Sueños. [1986]
- Mohanty, C. T. (2003). 'Under Western Eyes' Revisited: Feminist solidarity through anticapitalist struggles. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 28 (2).
- Mohanty, S. P. (1997). *Literary Theory and the claims of history*. Ithaca y Londres: Cornell University Press.
- Moraga, C. y Anzaldúa, G. (1981). *This bridge called my back*. Nueva York: Kitchen Table.
- Morland, I. (2009). What Can Queer Theory do for Intersex? *GLQ*, 15 (2), 285-312.
- Morris, C. W. (1962). Introduction: George H. Mead as social psychologist and social philosopher. Mead, G. H. (1962). *Mind, Self and Society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Morton, D. (1995). Birth of the Cyberqueer. *PMLA*, 110 (3), 369-81.
- Mouffe, C. (2005). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mouffe, C. (2010), La crítica como intervención contrahegemónica. Conferencia inédita dictada en Buenos Aires, 2010.
- Moya, P. y Hames García, M. (eds.) (2000). *Reclaiming Identity. Realist Theory and the*

- Predicament of Postmodernism*. Berkeley: University of California Press.
- Muñoz, J. E. (2009). *Cruising Utopia. The then and there of queer futurity*. Nueva York: New York University Press.
- Murad, O. (2013). The use of modernist figuration in the representation of Argentina's recent past. Trabajo leído en el Encuentro *Metahistory 40th Anniversary*, Vitória, ES, Brasil, octubre 2013.
- Niethammer, L. (1992). *Posthistoire. Has history come to an end?*. Londres: Verso.
- Namaste, V. (2005). *Sex Change, Social Change: Reflections on Identity, Institutions, and Imperialism*. Toronto: Women's Press.
- Pérez, H. (2005). You Can Have My Brown Body and Eat it, Too!. *Social Text* 84-85, 23 (3-4), 171-191.
- Pérez, M. (2007a). (Post)Historia Queer: Desafíos de un programa historiográfico después del fin de los grandes relatos. Brunsteins, P. y Testa, A. (eds.). *Conocimiento, Normatividad y Acción*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Pérez, M. (2007b). Lo queer: ese huidizo objeto de la historia. Salvatico, L. y García, P. *Epistemología e Historia de la Ciencia. Selección de trabajos de las XVII Jornadas*. Volumen 13.
- Pérez, M. (2010a). Figuraciones opresivas, contrafiguraciones emancipadoras. *Cuadernos de Filosofía*, 55, 93-116.
- Pérez, M. (2010b). Pluralismo posthistórico en Arthur C. Danto: Del arte a la política. *Revista Diálogos*, 2º semestre de 2010, 18-23.
- Pérez, M. (2010c). Sujeto, objeto y agenciamiento del discurso. Trabajo leído en el XV Congreso de *Filosofía AFRA*, Buenos Aires, Diciembre de 2010.
- Pérez, M. (2012a). ¿Qué querés que te diga? Alter-narratividades y ansiedades políticas. Tozzi, V. y Lavagnino, N. (comps.) (2011). *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía*. Sáenz Peña: Universidad Nacional de Tres de Febrero, 301-309.
- Pérez, M. (2012b). Tan lejos y tan cerca: la historia en la generosidad de la frontera. Trabajo leído en el IV Congreso Iberoamericano de *Filosofía*, Santiago, Chile, Octubre de 2012.
- Pérez, M. (2013). Construyendo historias queer: Una celebración de la epifanía de la inadecuación. Trabajo leído en el encuentro *Metahistory 40th Anniversary*, Vitória, Brasil, Octubre de 2013.
- Perlongher, N. (1991). La desaparición de la homosexualidad. *Prosa Plebeya*. Buenos Aires: Colihue, 85-90.
- Perlongher, N. (1993). *La Prostitución Masculina*. Buenos Aires: Ediciones de la Urraca.
- Perrot, M. (1995). Escrever uma história das mulheres: relato de uma experiência. *Cadernos Pagu*, 4, 9-28.
- Phillips, M. S. (2004). Distance and historical representation. *History Workshop Journal*, 57, 123-141.
- Phillips, M. S. (2011). Rethinking historical distance. *History and Theory*, 50, 11-23.
- Queer Kids of Queer Parents against Gay Marriage (2009). Resist the Gay Marriage Agenda! [entrada de blog]. *Queer Kids of Queer Parents against Gay Marriage*, 9 de octubre de 2009. Disponible en: <http://queerkidssaynomarriage.wordpress.com> (Última consulta: noviembre de

- 2014).
- Queer Nation (1990). *Queers Read This*, volante entregado en la Marcha del Orgullo de Nueva York. Disponible en: http://zinelibrary.info/files/queers_read_this.pdf (Fecha de consulta: enero 2014).
- Radi, B. (2013). Defundamentos y Posfundaciones. Tecnologías de apropiación de subjetividades trans en la obra de Beatriz Preciado. Trabajo leído en el *XX Congreso AFRA de Filosofía*, Buenos Aires, Marzo de 2013.
- Radi, B. y Pérez, M. (2014). Pertener tiene sus privilegios: diversidad sexo-genérica en el ámbito educativo. Trabajo leído en las *XXI Jornadas sobre la Enseñanza de la Filosofía*, Buenos Aires, abril de 2014.
- Ramírez, V. (2011). Otros se ponían la camiseta del che, nosotras teníamos los pechos. Entrevista con A. Dandan, *Diario Página 12*, 27 de enero de 2011. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-161244-2011-01-27.html> (Última consulta: 5 de julio de 2014).
- Rojas Blanco, C. (2005). Voces que silencian y silencios que enuncian. *Noesis, género, feminismo(s) y violencia desde la frontera Norte*. 15 (18), 15-31.
- Romero Bachiller, C. (2005). Poscolonialismo y Teoría Queer. Córdoba, Sáez y Vidarte (2005). *Teoría Queer. Políticas Bolleras, Maricas, Trans, Mestizas*. Madrid: Egales, 149-164.
- Rorty, R. (1991). *Contingencia, Ironía y Solidaridad*. Barcelona: Paidós.
- Rorty, R. (1998). *Pragmatismo y Política*. Barcelona: Paidós.
- Rothblum, E. y Solovay, S. (eds.) (2009). *Fat Studies Reader*. Nueva York: New York University Press.
- Rubin, G. (1984) *Thinking sex: Notes for a radical theory of the politics of sexuality*. Parjer, R. y Aggleton, P. (1999). *Culture, society and sexuality: A reader*. Londres UCL, 143-178.
- Rubin, G. y Butler, J. (1994). Sexual Traffic. *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, 6 (2-3).
- Sancho, S. (2014). Desencuentros con lo queer/cuir. [columna de opinión]. *El telégrafo*. 31 de marzo de 2014. Disponible en: <http://www.telegrafo.com.ec/cultura/carton-piedra/item/desencuentros-con-lo-queer-cuir.html> Última consulta: noviembre 2014.
- Scott, J. W. (1991). The evidence of experience. *Critical Inquiry*, 17 (4), 773-797.
- Scott, J. W. (1992). Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría postestructuralista. *Debate feminista*, 3 (5), 85-104.
- Scott, J. W. (1997). *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man*. Cambridge: Harvard University Press.
- Scott, J. W. (1999). *Gender and the politics of history*. Nueva York: Columbia University Press.
- Scott, J. W. (2001). Fantasy Echo: History and the construction of identity. *Critical Inquiry*, 27 (3), 284.
- Scott, J. W. (2014). History Trouble: Entretien avec Joan Scott. *Vacarme*, 66 (versión digital). Disponible en: <http://www.vacarme.org/article2325.html> (Última consulta: 7 de julio de 2014).
- Sedgwick, E. (2008). *Epistemology of the Closet*. Berkeley: University of California Press. [1990]

- Sedgwick, E. (1993). (A)Queer y ahora. Mérida Jiménez, R. (2002). *Sexualidades Transgresoras*. Barcelona: Icaria, 29-54.
- Segato, R. (2003). La argamasa jerárquica: violencia moral, reproducción del mundo y la eficacia simbólica del derecho. *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Sonderéguer, M. (2000). Los relatos sobre el pasado reciente en Argentina: una política de la memoria. Comunicación oral en el Congreso LASA. Disponible en línea: <http://www.prodiversitas.bioetica.org/nota55.htm> Fecha de descarga: 01/06/2011.
- Spivak, G. C. (1987). A Literary Representation of The Subaltern: A Woman's Text from the Third World. *In other worlds. Essays in cultural politics*. Nueva York: Methuen, pp. 241-268.
- Spivak, G. C. (2003). ¿Puede hablar el subalterno?. *Revista colombiana de antropología*, 38, 297-364.
- Stanford Friedman, S. (1997). Making history: reflections on feminism, narrative, and desire. Jenkins, K. (1997). *The Postmodern History Reader*. Londres y Nueva York: Routledge, 231-236.
- Stone-Mediatore, S. (2003). *Reading across borders*. Nueva York: Palgrave MacMillan.
- Sullivan, N. (2003). *A Critical Introduction to Queer Theory*. Nueva York: New York University Press.
- Taylor, A. (directora) (2008). *Examined Life*. Canadá. 87 minutos.
- Tozzi, V. (2009a). Bautismos de la experiencia. Denominación y agencia en los relatos de posguerra de Malvinas. Mudrovic, M. I. (ed.). *Pasados en conflicto. Representación, mito y memoria*. Buenos Aires: Editorial Prometeo.
- Tozzi, V. (2009b). Figuring Malvinas War Experience. Heuristic and History as an Unfulfilled Promise. Ankersmit, F., E. Domanska y H. Kellner (2009). *Re-Figuring Hayden White*, Stanford: Stanford University Press.
- Tozzi, V. (2009c). *La historia según la nueva filosofía de la historia*. Buenos Aires: Prometeo.
- Umphrey, M. M. (1995). The Trouble with Harry Thaw. *Radical History Review*, 1995 (62), 9-23.
- Vélez-Pelligrini, L. (2011). Teoría queer: de la esperanza al gran fraude. *El viejo topo*, 281, 41-47.
- Villordo, H. (2010). *La brasa en la mano*. Resistencia: Librería de la Paz.
- Vila, F. (1997). *Non Grata*. Fanzine de circulación informal.
- White, H. (1973). *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- White, H. (1986). Historical Pluralism. *Critical Inquiry*, 12 (3), 480-493.
- White, H. (1986). The Burden of History. *Tropics of Discourse*. Baltimore: The John Hopkins University Press, 27-50.
- White, H. (1988). Historiography and Historiophoty. *The American Historical Review*, 93: 5, pp. 1193-1199.
- White, H. (1992). El valor de la narrativa en la representación de la realidad. *El contenido de la forma*. Barcelona: Paidós.
- White, H. (1999). The Modernist Event. *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*. Baltimore:

- John Hopkins University Press, 66-86.
- White, H. (2003). *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona: Paidós.
- White, H. (2010a). Writing in the middle voice. *The Fiction of Narrative: Essays on History, Literature, and Theory, 1957-2007*. Baltimore:, John Hopkins U.P.
- White, H. (2010b). La historia literaria de Auerbach. *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires: Prometeo, 33-52.
- White, H. (2010c). El evento histórico. *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires: Prometeo, 123-150.
- White, H. (2010d). El posmodernismo y las ansiedades textuales. *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires: Prometeo, 151-168.
- White, H. (2010e). Discurso histórico y escritura literaria. *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires: Prometeo, 203-216.
- White, H. (2011a). ¿Qué es un sistema histórico? *La ficción de la narrativa*. Buenos Aires: Eterna Cadencia [1972], pp. 251-264.
- White, H. (2011b). Escribir en la voz media. *La ficción de la narrativa*. Buenos Aires: Eterna Cadencia [1992], pp. 441-451.
- White, H. (2012). El pasado práctico. Tozzi, V. y Lavagnino, N. (comps.) (2011). *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía*. Sáenz Peña: Universidad Nacional de Tres de Febrero, 19-39.
- Wilkerson, William S. (2000). Is there something you need to tell me?. Moya, P. y Hames-García, M, (eds.). *Reclaiming Identity*. Berkeley: University of California Press. 251-278.
- Wittig, M. (1992). *The Straight Mind and Other Essays*. Boston: Beacon.
- Weems, M. (2011). Stonewall Inn and Christopher Park [entrada de blog]. *Qualia Folk*, disponible en <http://www.qualiafolk.com/2011/12/08/stonewall-inn-and-christopher-park/> (Última consulta: noviembre 2014).
- Young, I. M. (1990). *Justice and the politics of difference*. Princeton: Princeton U.P.
- Young, I. M. (2000). *Inclusion and democracy*. Nueva York: Oxford U.P.
- Young, I. M. (2005). *On Female Body Experience*. Nueva York: Oxford U.P.
- Zermeño Padilla, G. (2002). *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*. México D.F.: El Colegio de México.